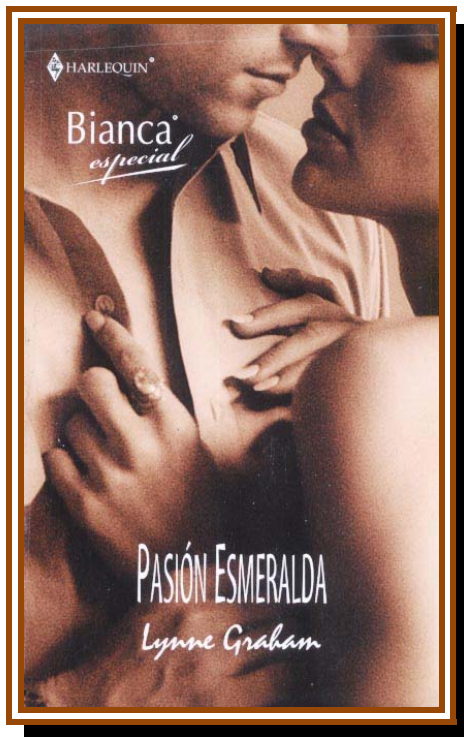


# Pasión Esmeralda

Lynne Graham



**Pasión Esmeralda (12.04.006)**

**Título Original:** Emerald Mistress (2005)

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Bianca Especial 05

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Rafael Cavaliere y Harriet Carmichael

## Argumento:

*Cuando todo su mundo se vino abajo, ella supo apreciar lo que le quedaba*

Harriet decidió olvidarse de Londres, de su carrera y de su novio infiel... Pero su nueva vida en Irlanda corría peligro: tenía como vecino al despiadado Rafael Cavaliere, cuya estrategia de hacerse con todos los activos de su empresa había dejado a Harriet sin trabajo. Ahora, además, parecía que tenía derecho a la mitad de su herencia.

Pero Rafael siempre estaba ahí para ayudarla... y seducirla con su innegable atractivo. ¿Sería posible que él también se sintiera atraído por ella? A riesgo de convertirse en una más de sus numerosas conquistas, Harriet decidió dejarse llevar y vivir una apasionada aventura junto a él...

## Capítulo 1

En un momento de sinceridad mordaz, acaecido entre el sueño y la vigilia en su habitación de un hotel de Manchester, Harriet Carmichael reconoció que su vida no era lo que una vez había soñado que sería. Aun así, no tenía la menor sospecha de que estaba a punto de enfrentarse a su peor pesadilla hecha realidad.

En cualquier caso, en su séptimo cumpleaños su padre le había enseñado a enumerar todas las cosas buenas que tenía, después de que su encantadora madre hubiera vuelto a faltar a una de sus visitas prometidas. Aquellas continuas decepciones le habían hecho tanto daño a Harriet que había aprendido muy pronto a mirar el lado positivo de las cosas. Así se protegía a sí misma, borrando los pensamientos negativos con un mantra en el que se repetía todo aquello por lo que debía dar gracias. En esta etapa de su vida, se sentía agradecida por tener un novio maravilloso, Luke, quien se había enamorado de ella a pesar de todos sus defectos. Luego, estaba su numerosa familia. Y también tenía un trabajo genial, en el que ganaba un sueldo fabuloso y que había animado a Luke a pensar en el matrimonio.

Una sonrisa soñadora curvó sus generosos labios. Inundada por un delicioso optimismo, agarró el mando a distancia y encendió la televisión para ver las noticias.

—Tras la reciente caída en las cotizaciones, la llegada a Londres de Rafael Cavaliere ha alimentado los rumores de una posible quiebra en el sector de la electrónica.

Harriet se irguió bruscamente en la cama hasta sentarse mientras en la pantalla aparecía la imagen del magnate italiano en el aeropuerto de Heathrow. Como de costumbre, iba rodeado por su personal y sus guardaespaldas, y su alta e imponente figura congregaba a un ejército de paparazzi frenéticos por llamarle la atención. Sin embargo, Cavaliere caminaba con tranquilidad, sin ninguna prisa por salir de aquel tumulto. El hombre de hielo, pensó Harriet adustamente. Aunque estaba en mitad de la treintena, irradiaba la autoridad y la seguridad de los ejecutivos poderosos y despiadados, gracias en parte a su enorme fortuna y su brillante don para los negocios. Con sus permanentes gafas de sol, su rostro era tan inescrutable como una pared de granito.

Viéndolo, Harriet sintió un escalofrío por la columna. Con mano impaciente se apartó un mechón de sus cabellos rojizos que le caía sobre la pálida frente, al tiempo que los suaves contornos de su rostro redondeado se tensaban en una mueca de desaprobación. Diez años antes, Rafael Cavaliere había adquirido la compañía farmacéutica en la que el padrastro de Harriet había trabajado. Despojada de todos sus bienes la debilitada empresa había acabado por desaparecer, y como consecuencia, el desempleo había hecho estragos en el pueblo de Harriet y había destrozado a más de una familia feliz. Harriet despreciaba todo lo que Rafael Cavaliere representaba: aquel hombre no creaba nada, simplemente destruía cuanto encontraba a su paso en nombre del progreso y los beneficios económicos.

En aquellos días, Harriet había sido una chica de campo, inmensamente feliz de ayudar en la escuela de equitación. Nada le gustaba más que trabajar con caballos. Por eso se había quedado tan desconcertada dos meses atrás, cuando recibió la inesperada herencia de una pariente desconocida que le había dejado un pequeño

negocio en la costa occidental de Irlanda. Al principio se había quedado absolutamente perpleja por la noticia, pero al asombro dejó rápidamente paso a la irritación, cuando se enteró de que había una interesante oferta para comprar la propiedad. Tanto se había indignado que a punto estuvo de tomar el primer vuelo hacia Kerry. Por desgracia, ninguno de los que la rodeaban compartía su entusiasmo por investigar su legado y patrimonio irlandés.

Su madre, Eva, había huido de Irlanda y de su familia tras quedarse embarazada siendo aún una adolescente. Se había instalado en Londres y nunca quiso decirle a su hija quién era el padre. A Harriet le habría encantado que la animara a visitar Ballyflynn, el pueblo natal de Eva, y habría aprovechado la oportunidad para intentar descubrir por sí misma la identidad de su padre. Pero la suerte no la acompañó, pues al día siguiente tenía que firmar los contratos para la venta del negocio. Apremiada para anteponer la sensatez al sentimentalismo, acabó cediendo a la presión y accediendo a vender la herencia que no había llegado a ver. Después de todo, hacer otra cosa habría provocado un drástico vuelco en su vida.

Su teléfono móvil empezó a sonar, y aunque se sentía incómoda por sus reflexiones, intentó responder con el mejor ánimo posible.

—Harriet... ¿sabes si mi traje de Armani sigue en la tintorería? —le preguntó Luke con voz tensa.

—Déjame pensar —dijo ella. El fin de semana pasado, Luke le había pedido que recogiera su traje si le era posible, y ella le había asegurado que lo haría. Pero ¿lo había hecho? Desde que el trabajo empezó a invadir su tiempo libre, le resultaba cada vez más difícil atender los pequeños detalles de la vida.

—Harriet... —la presionó Luke—. Tengo prisa.

—Sí, lo recogí.

—¡Pues no está en el armario! —espetó Luke, tan cortante e impaciente como sólo podía serlo un abogado. Había sido igualmente rotundo y categórico al afirmar que Irlanda era tan verde porque nunca paraba de llover, y que por tanto no podía considerar la isla como el lugar perfecto para sus vacaciones—. ¿Se puede saber dónde está?

Harriet se lo imaginó con el mechón de pelo rubio cayéndole sobre la frente y sus brillantes ojos verdes iluminando su rostro bronceado. El amor la hacía sentirse vacía y anhelante. Se estrujó los sesos y recordó haber entrado en el apartamento de Luke cargada con bolsas de la compra y el traje de Armani sobre el brazo.

—Dame un momento. Estoy intentando recordar.

—¿Por qué eres siempre tan desorganizada? —la acusó Luke, repentinamente furioso.

Atónita por aquella crítica tan injusta, Harriet apretó los párpados con fuerza e hizo un esfuerzo supremo por acordarse.

—Tu traje está colgado en la percha de la puerta de la cocina.

—Que está... ¿dónde? Oh, no importa —dijo Luke, no precisamente agradecido.

—Es la última vez que te hago un favor un sábado sólo para que puedas encontrarte con tus amigos en el gimnasio —declaró ella—. No soy desorganizada, ¡simplemente no tengo tiempo para tantas cosas!

Hubo un incómodo silencio al otro lado de la línea.

—Lo siento —murmuró Luke—. Me he pasado de la raya. ¿Te veré más tarde?

—No. Tendré suerte si consigo llegar a casa antes de la medianoche —respondió ella. Cuando llegara a Londres, aún tenía que llamar a la agencia, darle el parte a su jefa, Saskia, y escribir un informe detallado. La reunión mensual con los ejecutivos de Zenco en Manchester era el compromiso más importante de su agenda.

—Es una lástima, porque te echo mucho de menos —le aseguró Luke con su encanto habitual—. Aunque yo también tengo muchas cosas que hacer hoy, así que si llamas y te encuentras con mi móvil apagado, no te preocupes y deja un mensaje. Tengo prisa... te llamaré mañana, encanto.

¿Encanto? A Harriet la sorprendió aquel apelativo. Tenía un cierto deje de frivolidad que no era en absoluto el estilo de Luke. Su hermanastra, Alice, también lo usaba, pero Alice era una chica que siempre iba a la última moda. Harriet sonrió con cariño al pensar con orgullo en la joven y lamentó, no por vez primera, que las dos personas que más quería, su hermanastra y su novio, no pudieran estar juntos en la misma habitación.

El móvil empezó a sonar de nuevo, justo cuando estaba a punto de marcharse a la reunión.

—¿Estás viendo las noticias? —preguntó su jefa en tono frenético.

—No... ¿por qué? —dijo ella al tiempo que encendía el televisor con indiferencia. Saskia era la reina del melodrama.

—Zenco se ha ido a pique —dijo Saskia con voz áspera y dura.

A Harriet le dio un vuelco el estómago y observó la pantalla. Cientos de empleados se arremolinaban frente al edificio de Zenco. Algunos golpeaban las puertas de entrada, pero en el interior no parecía haber nadie. Los rostros reflejaban desconcierto, ira e incredulidad. La cámara se detuvo y enfocó a una joven que sollozaba.

—Has estado tratando con la gente de Zenco. ¿Cómo es que no te diste cuenta de que había problemas? —le preguntó Saskia. Su voz traspasó como un cuchillo el horror que sentía Harriet al ver el drama en televisión—. ¡Si nos hubieras avisado, habríamos podido retirarnos a tiempo!

—Pero, Saskia, ¿cómo podía yo...?

—En estos momentos no me interesan tus excusas —la cortó su jefa, que parecía estar histérica—. Ve allí ahora mismo y averigua lo que está pasando. ¡Y luego vuelve aquí enseguida! Sin el informe de Zenco se te acabó gastar a manos llenas como si te hubiera tocado la lotería.

Tras recibir aquellos ataques tan inesperados como injustos, Harriet se presionó las manos contra las acaloradas mejillas. Su jefa era famosa por su lengua afilada, pero era la primera vez que ella sentía sus efectos en persona. Hasta esa mañana había sido su empleada favorita, siempre al frente de las negociaciones con Zenco y de un presupuesto que no paraba de crecer. Si Zenco tenía problemas, también los tendría ella.

Dos años habían pasado desde que se incorporara a la plantilla de Dar Design. Por aquel entonces, aún se trataba de una empresa pequeña, pero a Zenco le había gustado su campaña creativa y la entusiasta presentación de Harriet. El resto era historia: la agencia había crecido con fulgurante rapidez y podía hacerse cargo de las

necesidades publicitarias de la multinacional. Pero ¿qué pasaría si de repente todo se venía abajo?

Seis horas más tarde, Harriet estaba cruzando el elegante vestíbulo de Dar Design. Un silencio espeluznante flotaba en el ambiente. Sus colegas asomaban las cabezas por las puertas y apartaban rápidamente la mirada. Nadie sabía qué hacer ni qué decir. Antes de que Harriet se embarcara en un avión de vuelta a Londres, Saskia la había llamado cuatro veces más, y todo el mundo debía de haberla oído gritar a pleno pulmón sobre la enorme fortuna que Zenco le debía a Dar Design. Los intentos de Harriet por hablar con Luke habían sido en vano; al llamar a su secretaria, ésta le dijo que estaría en una reunión hasta las seis, y su móvil estaba apagado, como él le había dicho.

Una mujer morena y demacrada, de cuarenta y tantos años y enfundada en un traje rosa de tweed, abrió de un brusco tirón la puerta del despacho.

—¿Y bien? —la increpó Saskia mordazmente. Harriet respiró hondo, entró y cerró la puerta tras ella.

—La cosa no tiene buen aspecto. Se rumorea que hay un agujero en las cuentas de Zenco y está pendiente una investigación de tres de los directores.

Saskia masculló una palabrota y le clavó a Harriet una mirada de profundo resentimiento.

—¿Por qué demonios me estoy enterando de esto ahora?

—La corrupción en las altas esferas no es un tema de conversación habitual entre el personal de Zenco —señaló Harriet con toda la tranquilidad que pudo—. Ninguno de ellos tiene contactos, y tampoco yo.

A pesar del distanciamiento que siempre había existido entre Valente Cavaliere y su hijo, Rafael decidió acudir al funeral de su padre.

Rafael creía que las rivalidades familiares no debían ser mostradas en público, y no tenía ningún motivo para ofender la tradición. Ciertamente, no le convenía mucho dejar Reino Unido justo cuando Zenco se iba a la quiebra, pero ya estaba pensando en ganar otros cuantos millones de libras aprovechándose de la ingenuidad y la avaricia de las personas.

Un silencio lleno de sobrecogimiento y respeto lo recibió en la capilla de Roma. Al ver el cadáver del viejo no mostró la menor emoción ni sentimiento. Aquella actitud impasible ante el féretro era un rasgo que su difunto padre habría admirado, sin duda. Setenta años alimentando una personalidad cruel y egoísta no le habían servido a Valente para conseguir la frialdad y el orgullo que Rafael demostraba.

La furia y la frustración por no poder intimidar a su hijo habían llevado a Valente a estar siempre en guerra con él. Le había hecho la competencia con métodos bastante turbios y escabrosos, y en demasiadas ocasiones había intentado hundir el imperio de su hijo. Derrotado, Valente se había dado cuenta de que, a su pesar, se enorgullecía de su propia sangre. Rafael tenía una inteligencia letal, un férreo control sobre sí mismo y una carencia absoluta de sentimiento. Poco antes de morir, Valente había llegado a la conclusión de que había creado un rey junto a la esposa irlandesa que no había cumplido sus expectativas.

Las reflexiones de Rafael junto al féretro no eran precisamente religiosas ni pacíficas. Al contrario; los recuerdos eran tan amargos y dolorosos que se le clavaban como cuchillos.

—Tu madre es una ramera y una yonqui. ¡No te creas una sola palabra de lo que diga esa zorra mentirosa! —le había advertido Valente a Rafael cuando éste tenía siete años—. Cuando la visites, no olvides nunca que tú eres un Cavaliere y que ella no es más que escoria irlandesa.

Valente, sin embargo, se había superado a sí mismo cuando Rafael se enamoró por primera y última vez a los quince años. Le había pagado a una prostituta de lujo para que sedujera a su impresionable hijo a lo largo de una semana.

—Tenía que convertirme en un hombre, y la verdad es que esa mujer se quedó impresionada. Sabrosa, ¿verdad? Lo sé porque la probé antes de mandártela —decía Valente con una risa lasciva—. Pero no puedes amarla. Es una fulana y nunca volverás a verla. En el fondo todas las mujeres son unas fulanas cuando se acercan a hombres con dinero y poder.

Aquella devastadora declaración estuvo acompañada de las carcajadas de los socios de su padre.

—Los sentimientos y los negocios son incompatibles —había sentenciado Valente cuando el padre del mejor amigo de Rafael se pegó un tiro por culpa del fracaso en una negociación después de que Valente se desentendiera de la misma—. Yo velo por mis intereses, y, siempre que me seas fiel, también por los tuyos. La familia y los amigos no cuentan para nada a menos que pueda sacar algo de ellos.

No mucho después Rafael había recibido un sermón sobre los valores del aborto, el rechazo y la intimidación en cuanto a los embarazos no deseados. Al pensar en aquella ironía, Rafael casi sonrió por primera vez en varios días. Valente había engendrado a una niña en Irlanda, durante una breve aventura con la viuda que una vez había sido la asistente de Flynn Court, el hogar ancestral de su mujer. Ahora Rafael tenía una hermanastra, una chica de quince años con una boca y unos modales insolentes y los grandes ojos de los Cavaliere. Él había pagado sus exclusivos internados durante los últimos cuatro años, aunque no le había hecho por ningún vínculo emocional. Rafael siempre tenía un propósito para todo. Su generosidad no sólo le había servido para avergonzar y enfurecer a su padre, sino para no quedar mal ante los recelosos habitantes de Ballyflynn.

Arrojó al féretro una foto descolorida de su madre y la ruinosa mansión de Flynn Court, deseando con todas sus fuerzas que el espíritu de su madre acosara el alma de Valente en el purgatorio y el infierno.

Siguiendo las órdenes de Saskia, Harriet acabó el trabajo antes de lo previsto y se marchó a casa. Para entonces, ya sabía que, con Zenco a punto de desaparecer, su carrera tenía las horas contadas. A corto plazo no la preocupaba estar una temporada en paro pues no tenía problemas económicos, pensó en un intento por mantener el optimismo. Pero Luke, siempre tan precavido, decidiría sin lugar a dudas que una fecha para la boda estaba fuera de toda cuestión.

Harriet intentó no pensar en la perspectiva de otro par de años ocultando su adicción secreta a las revistas de bodas y sonriendo con valentía cuando le

preguntaran cuándo sería el gran día. Se habría cortado el brazo antes de permitir que Luke sospechara lo ansiosa que estaba por casarse y ser madre, ya que no quería presionarlo. Pero llevaban cinco años juntos y dos de compromiso. A sus veintiocho años, estaba más que preparada para dar el siguiente paso.

Una vez en casa, escuchó un mensaje en su contestador automático.

—Pensé que tal vez podríamos quedar para comer —se oyó la bonita y cantarina voz de Alice. Tenía un cierto tono aristocrático, producto de su privilegiada educación—, pero veo que no estás. Seguramente estés trabajando por ahí, como siempre. ¡Lástima! Ya te llamaré en otro momento. Esta noche voy a ir a Nice.

Harriet reprimió un suspiro de decepción justo cuando el timbre de la puerta sonaba. Comer con su hermana pequeña y oír sus fascinantes anécdotas era siempre muy entretenido.

Era Juliet, la modelo rubia y glamurosa que vivía en la puerta de enfrente.

—Me mudo esta noche.

—Dios mío, eso sí que es repentino...

—Me voy a Europa con mi novio y tengo que pedirte un favor —Juliet, que nunca llamaba a la puerta de Harriet por ningún otro motivo, mostró su perfecta dentadura en una sonrisa esperanzadora—. Eres tan buena persona y te gustan tanto los animales... ¿Te importaría quedarte con Sansón?

Harriet parpadeó unas cuantas veces, horrorizada. Sansón era el chihuahua que Juliet había adquirido cuando la película *Una rubia muy legal* estaba de moda. Harriet se dio cuenta de que no había visto al perro desde que otro inquilino le recordó a Juliet que las mascotas no estaban permitidas.

—No sabía que aún lo tuvieras.

—Ha estado viviendo en una residencia de lujo para mascotas que me costaba una fortuna —se lamentó Juliet—. Pero ahora no tengo tiempo para venderlo.

—Lo siento... no puedo hacer nada —se apresuró a decir Harriet, endureciendo su corazón contra la idea del pobre perro abandonado—. ¿No podría encontrarle la gente de la residencia otro lugar?

—¡No, prefieren endosármelo a mí! —gimió Juliet—. Tienes que ayudarme. Danny pasará a recogerme en menos de una hora.

—Me temo que no tengo sitio para quedarme con un perro —dijo Harriet, intentando mantenerse inflexible ante la arrolladora personalidad de la rubia. A Luke no le gustaban los perros, y lo había dejado muy claro la vez que ella tuvo que cuidar de Sansón durante un fin de semana.

Una hora y media más tarde, tras haberse puesto el vestido azul favorito de Luke, iba de camino al apartamento de su novio con la intención de darle una sorpresa. Llevaba consigo los ingredientes para hacer un plato oriental. A Luke le encantaban sus dotes culinarias. ¿Debería alimentarlo bien antes de hablarle del negro futuro que se avecinaba? Al pensarlo le remordió la conciencia, y también al pensar en el pobre Sansón, tan pequeño e indefenso contra los otros perros del hogar canino. Pero el chihuahua no era su responsabilidad, se recordó a sí misma. A Luke lo irritaba sobremanera que se dedicara en cuerpo y alma a resolver los problemas de los demás. Entró en el moderno apartamento de Luke y se dirigió directamente a la cocina, pero se detuvo en seco cuando oyó unas risas procedentes del dormitorio. Sorprendida, se acercó a la puerta.

—La llamábamos Porky Pie cuando éramos niñas —estaba diciendo una voz femenina familiar—. Mamá estaba tan avergonzada de Harriet que una vez llegó a decir que era la hija de la asistenta. Era gorda y hablaba con un horrible acento pueblerino. Puede que haya adelgazado desde entonces, pero sigue teniendo una cara mofletuda y un trasero del tamaño de una cosechadora.

Harriet se había quedado petrificada. ¿Qué estaba haciendo Alice en casa de Luke, y por qué su hermana estaba contando cosas tan horribles sobre ella? ¿Intentaba divertir a Luke? En un par de ocasiones había oído cómo Alice se burlaba cruelmente de otros, pero lo había achacado a la inmadurez propia de una joven, ya que Alice era seis años menor que ella.

—Alice —la reprendió Luke en tono indulgente.

—Me llamo Porky Pie y soy un muermo. Sólo sé hablar de recetas, y estoy tan desesperada por gustar a los demás que dejo que todo el mundo me pisotee como si fuera un felpudo —la imitación de su voz hizo que Harriet pusiera una mueca de desagrado y su rostro palidciera más aún mientras entraba en la habitación—. ¿Prefieres una ración de mi pastel de chocolate o algo más jugoso, encanto?

—¿Tienes que preguntarlo? Abre estas hermosas piernas...

A Harriet le temblaron sus propias piernas y el estómago se le revolvió como un remolino cuando miró a través del amplio suelo de madera pulida sin poder creerse lo que veía. Luke estaba tumbado de espaldas en la cama, completamente desnudo, y tiraba de su hermanastra, igualmente desnuda, para colocarla encima de él. El sedoso cabello rubio caía sobre los esbeltos y bronceados hombros de Alice, que se reía con desenfreno al tiempo que adoptaba una postura mucho más íntima y sensual.

—Me encantan tus pequeños pechos... —dijo Luke con un gemido de placer, llevando sus ávidas manos hacia los montículos que se le ofrecían descaradamente, mientras Alice arqueaba la espalda en un movimiento eróticamente provocador.

Harriet se había quedado clavada en el sitio, contemplando absolutamente perpleja la escena que se desarrollaba frente a ella.

—No como los míos... —se oyó a sí misma decir. Su voz sonó alta y clara, pero a Harriet le pareció curiosamente flemática y carente de toda emoción.

Los dos amantes se quedaron paralizados tan repentinamente que en otras circunstancias podría haber resultado hasta cómico. Luke dio un respingo sobre la almohada.

—¡Harriet!

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Harriet con asco, apretando los puños al tiempo que se obligaba a no desviar la mirada.

Alice se apartó de Luke con calma y elegancia y miró a Harriet, desafiándola abiertamente con su belleza y sus brillantes ojos pardos.

—Meses. No puede saciarse de mí, ni en la cama ni fuera de ella. Siento que hayas tenido que enterarte de esta manera. Pero así es la vida. Es dura para todos nosotros. A mí no me ha hecho ninguna gracia tener que mentir, como si estuviera haciendo algo de lo que avergonzarme.

Luke se puso los pantalones torpemente y le ordenó a Alice que se callara. Harriet se estremeció ante la intervención de su novio... o mejor dicho, de su ex novio. Al acostarse con su hermana, había hecho trizas el compromiso. Haciendo un esfuerzo



supremo por controlarse y no permitir que sus emociones la traicionaran, se dio la vuelta y salió muy rígida del apartamento.

Al principio no podía respirar bien. Se sentía como si la hubieran encerrado en una caja y la hubieran privado del oxígeno. Luchaba contra la necesidad de gritar y llorar. Su mente reproducía una y otra vez lo que había visto y oído. Las palabras e imágenes eran como cuchillos dentados que le roían las entrañas. El dolor era insoportable. Había amado a Luke durante la mitad de su vida adulta. No podía imaginar una vida sin él. Pero tampoco podía soportar que Luke se hubiera acostado con su hermana. No sólo eso, sino que además se hubiera reído con las burlas de Alice. ¿Qué había pasado con la fidelidad y la decencia?

¿Y qué había pasado con la aversión que Luke y Alice se tenían mutuamente? ¿Con sus comentarios sarcásticos y su hostilidad recíproca? Luke se refería a Alice como a una princesita mimada, y siempre estaba criticando su actitud despreocupada y sus excesos. Por su parte, Alice veía a Luke como a un imbécil pomposo y arrogante.

¿Acaso aquella supuesta animosidad sólo era una tapadera para engañar a Harriet?

Cuando conoció a Luke en la universidad, había sido su amiga cuando en realidad había querido ser mucho más. Se había tenido que conformar con quedarse al margen y sonreír como una tonta cuando él salía y se acostaba con chicas más guapas y sofisticadas que ella. Sin embargo, a través de la amistad había acabado ganándose su confianza y su afecto. El amor había florecido cuando él empezó a buscarla para compartir con ella sus esperanzas, éxitos y fracasos.

A fuerza de pasar hambre, Harriet había adelgazado dos tallas para satisfacer los requisitos de Luke. Verdaderamente, aquél era el peor momento para apreciar que había cambiado su imagen sólo para parecerle más atractiva al hombre a quien le había entregado su corazón.

Aunque tal vez no hubiera sido más que un vano intento de engañar al destino. Tal vez Luke y ella no estaban hechos para estar juntos ni lo habían estado jamás. Como era lógico, ella no podía rivalizar con Alice, quien era seis centímetros más alta, rubia y con una figura imponente. Alice era una belleza y no tenía que esforzarse lo más mínimo por parecerlo.

Al desear a Luke, se había limitado a conseguirlo sin ni siquiera pedir disculpas. Seguramente había heredado esa filosofía de su madre. Eva había dejado sus humildes orígenes en Irlanda y no había perdido oportunidad para ampliar sus horizontes. Ahora, instalada en París y casada por tercera vez con un magnate noruego, había alcanzado todos sus objetivos en la vida. Harriet era su hija mayor y había sido criada por el primer marido de Eva. Alice y Boyce eran hijos del segundo matrimonio.

—Sólo tenemos esta vida —afirmaba Eva sin dudarle cuando dejó a su segundo marido por el tercero, mucho más joven, rico y poderoso—. A veces hay que ser egoísta para aprovecharla al máximo. Tienes que ser tú misma antes que nada.

Para Harriet aquél era un dogma cruel y extraño, pues a ella la habían obligado siempre a poner por delante los sentimientos y necesidades ajenas. Pero ahora que su propio mundo se derrumbaba a su alrededor, podía ver las ventajas que reportaba el egoísmo. Si vivía en la ciudad y trabajaba en un empleo altamente remunerado pero

poco satisfactorio, era solamente por satisfacer las expectativas de Luke. Ahora veía cómo podía volcar su destrozado corazón en algo mucho más positivo.

Con Luke fuera de su vida y un futuro laboral cada vez más negro, al fin era libre para hacer lo que realmente quisiera, se dijo a sí misma con vehemencia. Tenía que encontrarle una salida al optimismo e impedir que el dolor la ahogara. Si dejar a Luke en manos de su hermanastra implicaba la posibilidad de cambiar de vida y retirarse, a la campiña irlandesa, ¿no debería aprovechar la oportunidad? Después de todo, no habría una ocasión mejor para asumir el riesgo. Era joven, soltera, solvente y sana.

Se quedó atónita al encontrarse a Sansón, el chihuahua, junto a la puerta de su apartamento en una pequeña bolsa. A su lado tenía otra bolsa llena de complementos caninos, que incluían una colección de collares de diamantes falsos, abrigos de diseño y botitas a juego. Pero al hurgar en su contenido, Harriet no encontró ni comida, ni cuencos, ni siquiera una correa. El pequeño animal temblaba en el fondo de la bolsa, mirando fijamente a Harriet con sus enormes ojos suplicantes.

Harriet ahogó un gemido de exasperación. ¿Cómo podía Juliet abandonar a su perro cuando sabía que ella no podía hacerse cargo de él?

Sansón había sido abandonado, igual que ella, reconoció dolorosamente Harriet. Abandonado cuando pasaba de moda y aparecía una perspectiva más prometedora. Ella siempre había querido tener un perro... pero uno normal y grande, no uno que pareciera de juguete. Aunque, ¿una exigencia semejante no era propia de una fascista? ¿Acaso le había gustado a ella que Alice la juzgara mediante los imposibles parámetros de perfección femenina y resaltara sus defectos físicos? Se estremeció de culpa y frustración. No era culpa de Sansón ser tan pequeño.

El muro ruinoso y cubierto de hiedra parecía extenderse durante varios kilómetros a lo largo de la carretera, antes de que un letrero en inglés y en gaélico le anunciara a Harriet que había llegado a Ballyflynn.

El corazón empezó a latirle con rapidez. Lo primero que vio fue la vieja iglesia de piedra. ¿Habría rezado su madre allí de niña? En su esfuerzo por mirar hacia todos lados, redujo la velocidad del coche hasta casi detenerlo. A ambos lados de la amplia calle salpicada de árboles se alineaban unas bonitas casas pintadas de colores cremosos. Era una aldea pequeña y no muy animada, pero definitivamente pintoresca.

Aparcó junto a la casa de McNally, el abogado que se encargaba del testamento de su difunto primo, y agarró su bolso de diseño. Luke se lo había regalado para su cumpleaños.

De repente recordó la foto de Alice y Luke que habían publicado en un periódico sensacionalista dos semanas antes. Al instante sintió náuseas. Luke siempre había sido una persona ambiciosa que cuidaba mucho su imagen pública. Ávido por convertirse en socio de la empresa para la que trabajaba, le había dicho a Harriet que las apariencias eran cruciales cuando se trataba de impresionar a los superiores. Gracias a su indiscutible belleza y su pertenencia a la clase alta, Alice era sin duda un atractivo mucho mayor en los eventos sociales.

Harriet expulsó una temblorosa exhalación. Sólo habían pasado siete semanas desde que rompieron, y el dolor aún era demasiado crudo y reciente. Pero se dijo a sí misma que lo superaría sin ceder un solo palmo a la amargura o los celos.

Eugene McNally, el corpulento abogado de mediana edad y rostro colorado, le dio las llaves de la finca de Kathleen Gallagher, aunque no parecía muy contento de hacerlo. Su decepción había sido evidente cuando Harriet declaró que no tenía el menor interés en oír ni discutir la succulenta oferta que acababan de hacer por la propiedad. Sin embargo, aunque ya había recibido abundantes detalles por correo, Harriet tuvo que escuchar pacientemente el discurso del señor McNally sobre las deudas que había dejado su difunta prima.

—Esta herencia no va a hacerla rica —le advirtió—. Incluso puede que le cueste dinero. No es fácil obtener beneficios con los caballos.

—Lo sé —dijo Harriet, preguntándose si aquel abogado la vería como una joven ingenua y estúpida.

Era comprensible que haber cambiado de idea en el último minuto sobre la venta de la propiedad no fuera del agrado del señor McNally ni del comprador. Pero se había deshecho en disculpas por teléfono cuando un giro inesperado en su vida le había hecho replantearse su futuro. El comprador cuya oferta había rechazado era una empresa llamada Flynn Enterprises. Obviamente se trataba de una empresa local, pensó Harriet amargamente, y pisotear los negocios locales no era la mejor manera de hacer amigos.

Con todo, y a pesar de que su traslado a Irlanda era una jugada indiscutiblemente arriesgada por su parte, estaba convencida de que sus más allegados se equivocaban al considerar que estaba cometiendo el mayor error de su vida.

—¿Con esto pretendes castigarme y hacer que me sienta mal? —la había acusado Luke al enterarse, lleno de resentimiento.

—Parece que te has vuelto loca de repente —había murmurado preocupadamente su padrastro—. ¡Te estás comportando como una adolescente con la cabeza llena de pájaros!

—Sería más emocionante que te metieras en un convento que confinarte en ese pueblo de palurdos en el fin del mundo —le había advertido su madre, exasperada—. Yo me moría de ganas por salir de allí. No lo vas a soportar. ¡Estarás de vuelta en Londres en menos de seis meses!

Pero Harriet no lo veía de la misma manera. Sentía que estaba haciendo lo correcto. De hecho, se sentía diferente, aunque no podía explicarse por qué. Pero apreciaba enormemente que por una vez pudiera tener el pleno control sobre su destino. Eso le otorgaba una maravillosa sensación de libertad. Estaba impaciente por dirigir su propio negocio, y confiaba en el trabajo duro para salir adelante.

Salió muy lentamente de Ballyflynn. El mismo muro que la había recibido volvía a extenderse ante ella. Harriet sintió un nudo de expectación en el estómago. La servicial secretaria de Eugene McNally le había dado instrucciones precisas para llegar a la propiedad: tenía que seguir un kilómetro una vez cruzado el puente y torcer a la izquierda en el camino que aparecía tras un castaño.

El camino era desigual y sinuoso, y los setos que lo flanqueaban eran tan altos y densos que no se veía nada a ambos lados. Las blancas umbelas de las zanahorias silvestres que creían en los márgenes se mecían suavemente por la brisa ligera. No

podía esperar gran cosa, se recordó Harriet. Era muy importante ser realista y no albergar fantasías absurdas.

El camino se desplegaba en una extensión de hormigón rodeada por cobertizos y establos, contruidos con los materiales más variopintos y no precisamente pintorescos. Aquel lugar prometía trabajo y dedicación exclusiva, pero a Harriet no se amedrentó. Tenía un poco de dinero y un par de manos que invertir.

Giró en la esquina siguiente y el corazón casi se le salió del pecho. En medio de una espléndida arboleda se levantaba una casita blanca con un techo de paja tan empinado que parecía un sombrero de bruja. Las ventanas con parteluces y la puerta de madera corroída apenas destacaban por la desgastada pintura roja.

Completamente atónita por el aspecto excéntrico y anacrónico de aquella casa, así como por su supuesta edad, Harriet parpadeó un par de veces, frenó en seco y salió del coche a explorar.

La llave se introdujo en la cerradura con facilidad. Una buena señal, pensó Harriet, temblando por la emoción. Al entrar la recibió el sugerente olor a flores y cera de abejas. Un pequeño fuego ardía en una gran chimenea ennegrecida, que aún disponía de todos los accesorios metálicos que una vez habían servido como instrumentos de cocina. El resplandor de las llamas iluminaba la negra pátina de una mesa central, sobre la que había un florero de cristal mellado con rosas y espigas violetas.

Había dos puertas, la primera de las cuales daba a una pequeña habitación dominada por una cama con un alto cabecero de latón y un gran armario Victoriano. La otra puerta conducía a una extensión más moderna de la casa: una cocina que albergaba un fogón Aga y un escritorio bastante desordenado en un rincón, y cuyas paredes estaban empapeladas con escarapelas hechas jirones y fotos descoloridas de carreras de caballos. Un corto pasillo acababa en otro dormitorio.

Rezando porque la puerta final fuera la de un cuarto de baño con las correspondientes comodidades, Harriet giró el pomo.

— ¡Fuera! ¡Está ocupado, Una! — gritó una voz masculina al otro lado.

Casi en el mismo instante, Harriet oyó que se abría otra puerta y una joven que gritaba:

— Fergal... hay un coche fuera. Olvídate del baño. ¡Si es esa Carmichael la que ha llegado, no querrá encontrarse a un desconocido en su bañera!

Una adolescente alta y extremadamente delgada, con pantalones de montar y brillantes ojos pardos, vio a Harriet y se llevó una mano a la boca. Su pelo negro y puntiagudo con mechas moradas le daba un aspecto realmente gótico, pero era una chica extraordinariamente guapa.

Se oyeron los chapoteos de un cuerpo saliendo precipitadamente de una bañera.

— ¿Cómo sabes que no le gustará? Tengo un don con las mujeres — dijo Fergal —. Puede que hasta se alegre de encontrarme aquí...

— No podré darle una opinión sincera hasta que no lo haya visto — murmuró Harriet.

Un silencio se hizo en la estancia, y entonces la cabeza de un gigante rubio de ojos azules se asomó por la puerta para mirarla.

A pesar de la irritación que le producía encontrar su propiedad invadida por desconocidos, a Harriet no la sorprendió la seguridad que tenía Fergal en sí mismo

con las mujeres. A sus veintipocos años y con una sonrisa letal, era realmente atractivo.

— Demonios... ¡Lo siento! — gimió, y cerró la puerta con rapidez.

— Soy Una Donnelly... su moza de cuadra a tiempo parcial — se presentó la joven, alzando el mentón con orgullo.

— No sabía que alguien más tuviera las llaves de este lugar — comentó Harriet con cautela. Una se puso colorada.

— Fergal es como el socio extraoficial de Kathleen y siempre se ha sentido aquí como en casa.

— ¡Sólo que ahora hay una nueva propietaria! — exclamó Fergal desde detrás de la puerta, la cual había vuelto a abrir ligeramente.

— Supongo que debo daros las gracias por limpiar el polvo y encender el fuego — dijo Harriet.

Fue hacia la cocina y llenó la tetera para ponerla a hervir. Estaba muy cansada y muerta de hambre, y tenía que sacar a Sansón del coche. Después de haberse levantado al amanecer el día anterior, había conducido desde Londres a Gales, donde embarcó en el ferry. Una vez en suelo irlandés, se había alojado en una pensión y esa misma mañana había cruzado la isla hasta la costa atlántica en un viaje largo y agotador.

— No. ¿Por qué iba a tener que hacer yo eso? — preguntó Una, en un tono que sugería lo extrañas que le resultaban las tareas domésticas.

— Bueno, es obvio que alguien lo ha hecho.

— Pero yo no sabía con seguridad cuándo vendría usted...

— ¡Santo Dios! — exclamó Harriet, perdiendo el interés en aquel pequeño misterio cuando miró por la ventana. Una enorme mansión se levantaba en la colina que se elevaba junto a su nuevo hogar. Recortada contra el cielo gris, la casa era un perfecto ejemplo de arquitectura georgiana, y su emplazamiento era ciertamente espectacular—. ¿Qué es eso?

— Flynn Court.

Harriet se puso tensa al oírlo.

— ¿Guarda alguna relación con una empresa llamada Flynn Enterprises?

— Bastante — recalcó Una—. Con Rafael Flynn de su parte no tiene por qué preocuparse de nosotros. No queremos que se vaya. Estamos con usted, y nos parece genial que quiera sacar adelante este sitio.

— Me alegra oírlo — murmuró Harriet, ahogando un bostezo mientras iba al coche a buscar a Sansón y las provisiones que había comprado de camino.

¿Querría ese Rafael Flynn que se marchara?, se preguntó con una mueca de desagrado. Ya había intentado echarla de allí con una lucrativa oferta. Pero no conseguiría nada a menos que ella accediera. Entonces, ¿por qué las palabras de Una la hacían sentirse amenazada?

Sansón echó a correr en cuanto lo sacó de la bolsa y saludó a Una con un débil ladrido, pero reservó su mayor entusiasmo para la comida y el agua que Harriet le sirvió.

— Nunca había visto un perro tan pequeño — comentó Una con voz ahogada—. ¿Seguro que es un perro o es una rata? Será mejor que tenga cuidado con él en las cuadras. Los caballos pueden dar mucho miedo.

—Sansón se acostumbrará a este sitio. Puede que sea pequeño, pero tiene un corazón de león —declaró Harriet, decidida a fortalecer la imagen del chihuahua.

Una frunció el ceño, nada impresionada en absoluto.

—No lo deje suelto por ahí. Los sabuesos de Flynn Court se lo tragarían de un solo bocado.

Fergal salió del baño, vestido con ropas de montar. El pelo rubio y húmedo quedaba a escasos centímetros del techo, y sus ojos azules reflejaban una expresión de inquietud.

—Señorita Carmichael, soy Fergal Gibson —dijo, extendiendo la mano.

—Harriet, por favor —lo corrigió ella automáticamente.

Fergal dejó un juego de llaves en la mesa.

—No habría usado el baño de haber sabido que llegaría usted hoy. Aquí le dejo las llaves.

—¡No puedes rendirte así ante ella! —le espetó Una con furiosa vehemencia—. Como si este lugar no significara nada para ti y no te importe perder una fortuna. Kathleen nunca tuvo intención de que esto pasara...

—No te metas en esto, Una —la cortó Fergal, claramente avergonzado—. Harriet acaba de llegar, y estoy seguro de que prefiere tomar posesión de su nuevo hogar sin visitas indeseadas. Iré a encerrar a los caballos para esta noche, ¿de acuerdo?

Sin saber lo que decir ni lo que hacer, Harriet salió al patio con Una y el gigante. Como la prima de su madre había muerto cuatro meses antes, no se le había ocurrido que pudiera haber animales en la finca. Al menos, no había aparecido ninguno en la lista de bienes. ¿Y cuál sería exactamente el papel que desempeñaba un «socio extraoficial»? Al recibir una agresiva mirada de desconfianza por parte de la acalorada joven, Harriet reprimió un gemido. Empezaba a sospechar que su herencia irlandesa no iba a ser tan sencilla como había imaginado.

En la parte de atrás de la casa había un granero nuevo y una fila de establos vanguardistas. El asombrado escrutinio de Harriet se desvió de la explanada de arena con obstáculos hacia lo que parecía la entrada a un ruedo cubierto.

—Kathleen y Fergal se repartieron los gastos de la construcción. Él construyó los establos con sus propias manos. Le llevó tres años, y trabajaba de sol a sol para poder pagar su parte. Los caballos son suyos. Compró los potros y los entrenó para venderlos a los cuatro años —soltó la información con dureza—. Pero no tiene nada más, ya que todo lo invirtió aquí. Ni siquiera tiene derecho a recibir una indemnización.

Harriet tomó aire y lo expulsó lentamente.

—Hablaré con Fergal —respondió con tranquilidad—. Dame tiempo para instalarme. Una le clavó una mirada intensa.

—Sólo quiero que sea justa y haga lo correcto. Kathleen estaba muy orgullosa de él, y Fergal fue quien se ocupó de todo cuando ella cayó enferma.

Incómoda, Harriet asintió y se dirigió hacia las cuadras para evitar más discusiones. Allí, Fergal le presentó alegremente a los tres animales, lo que la ayudó a aliviar su inquietud. Había dos castrados marrones y un enorme semental negro. Al ver a Harriet, soltó un relincho nervioso y se puso a hacer cabriolas en su cuadra.

—Tenga cuidado con Pluto. Puede ser un verdadero demonio —le advirtió Fergal—. No intente agarrarlo.

—Es un animal magnífico —admitió Harriet, impresionada por la imponente presencia de Pluto.

—Es con el que espero hacer mi fortuna —le confesó Fergal con una sonrisa que iluminó su rostro bronceado—. No le haga caso a Una. Tiene buena intención, pero es demasiado joven para entender nada... Este lugar le pertenece a usted, y ésa fue siempre la voluntad de Kathleen —añadió en tono triste.

—Yo ni siquiera sabía nada de la existencia de Kathleen. Ojalá nos hubiéramos conocido —se lamentó Harriet con una mueca—. No lo digo sólo porque creo que sea lo debido. Desde que Kathleen Gallagher me incluyera en su testamento y yo tuviese que preguntarle a mi madre quién era, he deseado saber más sobre ella y esa rama desconocida de mi familia.

—Permítame que le diga que a veces es una bendición no saber nada de la familia —opinó Fergal, sorprendiéndola con la profundidad del comentario. Aquel joven escondía más de lo que sugerían su cándida expresión y fácil sonrisa.

Un par de horas más tarde, con Sansón pegado a sus talones, Harriet, dio una vuelta por los terrenos que le pertenecían según el plano de propiedad. Una ola de felicidad y entusiasmo había invadido temporalmente su cansancio. Allí, en aquella tierra fértil y productiva, levantaría un negocio viable y próspero que le permitía disfrutar de su nueva vida. No importaba que hubiese que cambiar el vallado o que las dependencias que no había construido Fergal necesitaran reformas urgentemente. De momento tenía dinero en el banco para ocuparse de todo. La verde y ondulante campiña salpicada por grupos de majestuosos árboles era realmente hermosa, y eso era mucho más importante para Harriet.

El olor del mar flotaba en el aire cuando siguió un sendero abrupto y serpenteante que la llevó hasta la costa. Una franja de reluciente arena blanca desaparecía en la distancia, y por el horizonte el sol empezaba a ocultarse en una impresionante gama de violetas y carmesíes. El murmullo de las olas del Atlántico rodeó a Harriet en el silencio y la soledad y dibujó una sonrisa en sus labios. Al día siguiente se ocuparía de solucionar cualquier problema, pero aquella noche era sólo para celebrar que era la dueña de un lugar maravilloso y que aquél era el comienzo de una nueva vida de independencia y libertad como nunca antes había conocido.

De vuelta en la casa, sacó de su equipaje sólo lo imprescindible y cenó un poco de sopa y pan. Pensó en lo cómodo que era no tener que ceñirse a una dieta estricta ni en sentir la acuciante necesidad de retirarse con hambre de la mesa.

Y también tenía sus ventajas no tener a un hombre cerca, se dijo a sí misma con animada determinación mientras entraba en el dormitorio. No le importaba en absoluto haber ganado peso desde la ruptura con Luke. Se puso una camisola con estampados de flores y unos shorts a juego y se metió en la cama con un suspiro de agradecimiento y satisfacción. Era delicioso estar bajo las sábanas con el estómago lleno.

Ya había amanecido cuando se despertó con un sobresalto. En alguna parte sonaban un ruido metálico y unos fuertes ladridos. El miedo la puso en tensión. Se levantó de la cama y corrió hacia la cocina. El horror le atenazó la garganta cuando vio la puerta del establo de Pluto balanceándose sobre sus goznes, mecida por la brisa. ¿Cómo demonios había salido el caballo?

Abrió la puerta trasera y se puso las botas de agua que había calzado la tarde anterior, mientras paseaba por sus dominios. Al girar en la esquina de la casa, vio a Pluto saltando sobre el seto que delimitaba su propiedad con la de Flynn Court. Masculló una palabrota y echó a correr tras el animal.



## Capítulo 2

Al despuntar el alba, Flynn Court estaba envuelta en la niebla que subía del mar y que ocultaba parcialmente la elegancia clásica de la mansión, así como disimulaba en gran parte el aspecto ruinoso que le habían infligido las décadas de desatención y abandono.

A medida que el sol se abría paso entre la bruma, Rafael descendió con el helicóptero hasta la pista de aterrizaje situada en el lado norte de la casa señorial.

Irlanda suponía un fuerte contraste para quien acabara de estar bajo el sol del Caribe. Nada más bajarse del helicóptero, Bianca, su amante actual, se estremeció de frío y anunció que se estaba congelando, pero Rafael hizo caso omiso del comentario. Ya le había advertido a Bianca que acompañarlo al remoto condado de Kerry exigía una cierta resistencia física, una carencia total de lujo y nada de tiendas exclusivas. En aquella tierra Rafael siempre se permitía relajarse, sabedor de que la gente de allí respetaba su intimidad. Los paparazzi que habían descubierto finalmente su ascendencia irlandesa no recibirían de los aldeanos ningún tipo de ayuda ni de indicaciones para encontrarlo.

El desayuno fue servido en el dormitorio principal por un miembro del personal que Rafael había enviado la semana anterior para que tuviesen la casa lista. Descalzo y con la camisa abierta, se acomodó con su café en el sofá que había junto a la ventana y se deleitó con la verde vista que se extendía hasta las rocas escarpadas y las dunas de la bahía donde tantas veces había jugado de niño.

En la casa de su padre en Italia había estado constantemente vigilado por las niñeras y guardaespaldas. Por miedo al violento temperamento de Valente, el personal había restringido las libertades y los juegos de Rafael en un intento por evitarle el más ligero de los rasguños. Sólo en Flynn Court había tenido oportunidad de ensuciarse en el barro, de pescar entre las rocas y de levantar diques en los riachuelos. Con su madre ajena a lo que estuviera haciendo, Rafael había corrido libre y salvajemente por la playa que se extendía al pie de la colina.

—Esto es sublime... —dijo Bianca empleando su palabra favorita, la que usaba para referirse a todo, desde una buena comida hasta un encuentro de sexo apasionado o un perfume caro.

Rafael se había olvidado de su presencia. Bianca apenas tenía conversación, por lo que dejar de prestarle atención no suponía la menor dificultad. Previamente había decidido que esa habilidad para rivalizar con el empapelado de las paredes era un punto a favor de Bianca. Estaba tendida sobre la cama, con su pelo rubio esparciéndose como una cortina ondulante sobre el hombro. Como correspondía a una modelo reconocida en el mundo entero por su belleza, su aspecto era tan inhumanamente perfecto como el de un anuncio, siempre buscando que sus poses tuvieran el máximo efecto posible. Su impecable figura lucía un conjunto de lencería de seda oscura, y unos pezones astutamente humedecidos destacaban contra el tejido para ser admirados como merecían. Rebosante de seguridad en sus múltiples atractivos, estiró lánguidamente sus larguísimas piernas en un movimiento eróticamente calculado. Pero Rafael no era fotógrafo y le gustaba el sexo sin tanta

coreografía. En aquel momento no sintió nada y supo que, una vez más, se había dejado vencer por el aburrimiento y la apatía.

En cualquier caso, los verdes ojos de Bianca estaban fijos en el objeto de su deseo femenino. Esbozó una sonrisa propia de Helena de Troya que iluminó la exquisita simetría de su rostro, y Rafael la observó pensando que ningún hombre, ni mujer, podría aspirar jamás a una exhibición semejante de amor propio. Bianca cambió ligeramente de postura y se pasó una mano por la esbelta curva del muslo. Parecía a punto de alcanzar el éxtasis, embelesada con su propia imagen en el espejo del siglo XVIII de la pared opuesta.

De repente, un ruido procedente del exterior hizo que Rafael desviara la atención hacia la ventana. Un caballo galopaba a vertiginosa velocidad a través del campo que se extendía más allá del césped. Rafael lo observó con interés. Era un gran aficionado a los caballos, y poseía unas cuabras mundialmente famosas en Kildare.

Se levantó para una mejor vista y entonces percibió un atisbo de color tras el seto que delimitaba el campo. Rápidamente agarró los prismáticos de la mesa.

Una mujer intentaba abrirse camino a través del seto. Iba vestida con un atuendo de lo más extraño: una camisola y unos shorts con flores rosas, que a todas luces parecía un pijama y unas... ¿botas de agua verdes? Rafael arqueó una de sus aristocráticas cejas negras. Un rayo de luz se reflejó en los cabellos de la mujer, tan rojos como el vino contra su pálida piel. ¿Podría ser la mujer de Londres tan dura e inflexible que se había negado a vender la propiedad Gallagher para devolverla a la hacienda de Flynn Court? ¿La mujer que quería retirarse al campo y llevar una vida idílicamente sencilla? Rafael no pudo evitar una sonrisa al pensar en eso. Otra soñadora más que acabaría mordiendo el polvo...

—Si la montaña no viene a Mahoma... —dijo Bianca en tono sensual, pasando las manos por debajo de la camisa de Rafael para recorrerle su musculosa espalda.

Rafael apretó los dientes y se movió para apartarla. No estaba de humor. Después de una semana en el yate en el que Bianca había aprovechado hasta la última oportunidad para pasearse desnuda delante de la tripulación, la modelo había perdido todo su misterio y atractivo para él. La había traído consigo para pasar el rato en el avión, tal vez con un poco de remordimiento por su parte ahora que el deseo se había esfumado. ¿Por qué se aburría tan fácilmente? ¿Por qué la búsqueda era más emocionante que la recompensa? Aunque si era sincero consigo mismo, ¿cuándo había tenido que emplear sus tácticas de seducción y persuasión para conseguir a una mujer?

Entornó la mirada y observó con atención a la mujer que corría por el campo. Sus pechos firmes y redondeados se balanceaban con descarado desenfreno. El semental surcaba como un gran pájaro negro la ondulante extensión de césped, seguido con evidente dificultad por la pelirroja. Tenía un trasero voluptuoso en forma de corazón. Rafael tuvo que admitir que le despertaba el interés, con aquella camisola ceñida a un cuerpo de tentadoras curvas que se asemejaba a un reloj de arena. Tanta opulencia femenina en un solo cuerpo era algo indiscutiblemente sexy. Sin pretenderlo, aquella mujer había logrado el efecto que Bianca había intentado en vano conseguir. Su libido adormecida se despertó con un arranque de entusiasmo sexual que lo sobresaltó.

—¡Hay una gorda corriendo por tu jardín! —exclamó Bianca con absoluta perplejidad.

¿Gorda? Rafael se habría echado a reír de no ser porque en aquel momento se dio cuenta de que el semental estaba muerto de miedo. En semejante estado de pánico, el caballo era tan peligroso para sí mismo como para la alocada mujer que lo perseguía. Sin dudarle un instante, Rafael corrió hacia las escaleras.

—Tranquilo, Pluto... Eres un caballo muy bueno... muy bueno —Harriet se esforzaba por hablar en tono tranquilo y reconfortante, pero apenas le quedaba aliento en los pulmones y sólo le salía un hilo de voz acompañada de agónicos resuellos.

Mostrando sus blancos dientes, Pluto giró bruscamente como un toro mecánico y se lanzó al galope hacia ella. Harriet se quedó petrificada. Por el rabillo del ojo advirtió un movimiento repentino, pero ésa fue la única advertencia que tuvo antes de que algo la levantara por los aires y la hiciera darse de bruces contra la tierra mojada, quedando sus costillas momentáneamente aplastadas bajo un cuerpo masculino y enérgico. El estruendo de los cascos pasando escalofriantemente cerca de sus orejas la hizo darse cuenta de que había estado a punto de ser arrollada y pisoteada.

—No se mueva —rugió una voz masculina con acento extranjero. El hombre se levantó y le quitó el cabestro de Pluto de la mano.

Harriet se dio la vuelta y vio cómo el hombre se acercaba al caballo, que resoplaba y se agitaba con inquietud. Era muy alto y se movía con una elegancia y seguridad pasmosas. Tenía el pelo negro y muy corto, y sus pies descalzos se hundían en la hierba mojada. Su camisa azul ondeaba hacia atrás por la brisa matinal, revelando un torso esculpido en fibra y músculo y ligeramente cubierto de vello oscuro, y unos vaqueros desgastados se ceñían a sus esbeltas caderas y poderosos muslos.

Harriet se reprendió a sí misma por aquel escrutinio tan fuera de lugar al que lo estaba sometiendo y entonces se percató de que le estaba hablando suavemente a Pluto. Aquel hombre sabía cómo tratar a los caballos, de eso no había duda. El gigantesco semental temblaba nerviosamente, y el hombre, sin dejar de hablarle con calma y serenidad, alargó las manos y le pasó lenta y hábilmente el cabestro por la cabeza. Harriet contempló en silencio cómo el animal se tranquilizaba bajo una autoridad mucho más firme de la que ella se hubiera atrevido jamás a intentar.

Hasta ese momento, sólo había llegado a ver el perfil de su rescatador, pero entonces lo vio cara a cara. Sus ojos azules se abrieron como platos y el corazón le dio un vuelco. Aquel hombre era arrebatadoramente atractivo, y por un segundo Harriet pensó que había algo familiar en su sorprendente aspecto.

Frunció el ceño y desechó esa idea, pero no apartó la mirada de él y siguió empapándose de la imponente vista con una avidez visual desconocida para ella. Tenía los pómulos recios y marcados, unos ojos dorados separados por una nariz recta y fuerte y una mandíbula robusta y agresiva.

—Gracias —dijo Harriet con voz temblorosa.

—Así que es usted la mujer que está pensando en retirarse a vivir al campo y cultivar verduras en mi puerta —dijo él con voz profunda y ronca—. Soy Rafael Flynn.

—Harriet Carmichael —se presentó ella, y fue al ver su mirada de burlona curiosidad cuando finalmente cayó en la cuenta de que iba en pijama, que no era precisamente la prenda que más favoreciera a su rolliza figura. Sintió que las mejillas le ardían de vergüenza y se enfureció consigo misma por tener que ruborizarse. Después de todo, un biquini habría mostrado mucha más carne—. Siento lo ocurrido. No sé cómo Pluto consiguió escapar de...

—Si su caballo hubiera llegado a la carretera, podría haber muerto —la interrumpió él tranquilamente.

A Harriet le pareció una falta de sensibilidad y cortesía afirmar una obviedad semejante. Se puso rígida a la defensiva y reprimió el impulso de decirle que Pluto no era suyo. Técnicamente el animal estaba a su cargo, pero no era su responsabilidad.

—Pero por suerte no ha llegado tan lejos —replicó con dureza, intentando no preguntarse hasta dónde habría llegado Pluto galopando por la carretera hasta que lo atropellaran.

Un hombre mayor y de rostro curtido con un traje oscuro se acercó corriendo a ellos y se hizo cargo del caballo.

—Tolly se encargará de devolverle a Pluto en un furgón.

Harriet se mordió el labio. Se sentía como una co—legiala a la que estuvieran reprendiendo por su comportamiento imprudente. Le habría gustado atrapar a Pluto ella misma y haberlo conducido a la cuadra. Pero había demasiadas cuestiones que aclarar, y era demasiado sensata como para considerar siquiera el riesgo de enfrentarse a un caballo tan grande y fuerte.

—Siento haberlo molestado.

—Tranquílícese... Al menos he tenido la oportunidad de ver un pijama realmente precioso —murmuró Rafael en tono suave.

Su intensa mirada recorrió con desvergonzado interés la abultada protuberancia de aquellos jugosos pechos, antes de dirigirse a la succulenta promesa de sus labios carnosos y rosados. De no haber sido por Bianca, habría invitado a su nueva vecina a compartir el desayuno con él en la cama. Pero sabía que, en lo que concernía a Harriet Carmichael, tenía que ocuparse de los negocios antes que nada. Él jamás permitía que nada lo apartara de su objetivo. Y ella iba a pasarlo muy mal si seguía interponiéndose en su camino.

Harriet no se esperaba un comentario semejante, que sin duda interpretó por una broma sarcástica a juzgar por la mirada furiosa que le echó.

—Muy divertido. ¡No quiero hacerle perder más tiempo!

Atónito por aquella respuesta tan poco apropiada a un comentario insinuante, Rafael frunció el ceño cuando Bianca eligió aquel momento inoportuno para salir de la casa.

—El paisaje es sublime —dijo con un suspiro, invadiendo el espacio de Rafael.

La rubia era tan escultural y hermosa que Harriet no pudo menos que ahogar un gemido, y sólo apartó la mirada cuando se dio cuenta de que iba virtualmente desnuda bajo el chal de seda con el que no llegaba a cubrirse por entero. También se sintió incómoda al ver la mano posesiva que la rubia ponía en el brazo de Rafael. ¿Sería culpable de haberse comido con los ojos a un hombre casado?

—Señorita Carmichael... —la llamó una voz masculina. Harriet se volvió y vio al hombre mayor y canoso, que acababa de darle las riendas de Pluto a un joven vestido con ropas de faena—. Soy Joseph Tolly. Hace cuarenta años nuestras familias eran vecinas. Se parece usted mucho a su madre.

Una amplia sonrisa de sorpresa y satisfacción barrió momentáneamente la incomodidad de Harriet.

—¿En serio? Dios mío, sin duda debió de conocerla. Me encantaría que me contara lo que recuerda de aquellos días.

—Será un placer recibirla esta tarde —le ofreció el hombre calurosamente.

—El placer será mío. ¿Dónde vive?

Rafael no estaba acostumbrado a que lo ignoraran, por lo que presencié con una mezcla de irritación y regocijo el intercambio de buenos modales y cortesía entre su mayordomo y su nueva vecina. Bianca se balanceaba hacia delante y atrás, como una niña amenazando con montar una pataleta. Nadie estaba demostrando el menor interés en ella, y la atención era el oxígeno de su existencia. Con aquel ejemplo ante sus ojos, Rafael no tuvo más remedio que admitir que la capacidad para entablar un diálogo amistoso fueran cuales fueran las circunstancias era un rasgo inimitablemente irlandés. Incluso se permitió una sonrisa benévola ante semejante muestra de sentimentalismo entre dos desconocidos. Habiendo rechazado su generosa oferta para comprar la finca, su sensual vecina estaba a punto de pagar un precio mucho más alto por aquel imperdonable desafío, y no sería de un modo tan civilizado como ahora. Cuando era necesario, Rafael estaba dispuesto a jugar cuanto hiciera falta, y no se detenía hasta conseguir el triunfo.

Al encontrarte con la mirada oscura y pensativa de Rafael, Harriet sintió un escalofrío. Pero un segundo más tarde recordó que seguía en el jardín de su fabulosa mansión georgiana, y entonces quiso que se la tragara la tierra. ¿Cómo podía haber olvidado que estaba paseándose al aire libre en pijama? No era extraño que Rafael Flynn la estuviera mirando como si se hubiese escapado del zoológico.

—Discúlpeme... —murmuró, y giró sobre sus talones para alejarse con la espalda muy rígida colina abajo.

Las rosas enormes y chillonas que llevaba estampadas en el trasero eran como un punzante recordatorio de su propio tormento. ¡Aquel hombre arrogante y despreciable se había reído de ella!

Pero tenía que reconocer, por mucho que la incomodara, que el modo en que se había ruborizado y cómo lo había devorado con la mirada no se le había podido pasar por alto. Cualquier hombre con ese atractivo tenía que ser consciente del efecto que provocaba en las mujeres. ¿Qué demonios le había pasado?, se preguntó encogiéndose de vergüenza.

Como si su reacción no fuera ya lo bastante humillante, el comentario mordaz sobre las verduras había sido un golpe muy duro. ¿Qué tenía de malo querer cultivar verduras? Parecía que el señor McNally, el abogado, había repetido todo lo que ella le había dicho... pero ¿por qué no iba a hacerlo? Ella no le había pedido que mantuviera en secreto sus aspiraciones agrícolas. Entonces, ¿desde cuándo se había vuelto tan sensible?

Después de darse una ducha rápida y de tomar un desayuno aún más rápido, empezó a planificar con todo detalle el renacimiento de aquella tierra. El primer paso

sería elegir un nombre para el negocio y colocar un letrero en la carretera. Sumida en sus pensamientos, acariciaba las suaves orejas de Sansón hasta que el perro suspiró de satisfacción. Tendría que realizar algunas investigaciones para averiguar cuáles eran las demandas locales y estudiar la competencia. También necesitaba ocuparse de las reformas, y tenía que hablar con Fergal para que le explicara en qué consistía exactamente su asociación extraoficial con Kathleen. Sería indispensable contar con la ayuda de alguien si quería montar un negocio próspero.

Fergal Gibson llegó al patio justo cuando estaban sacando a Pluto del camión procedente de Flynn Court.

—¿Qué ha pasado? —exclamó nada más bajarse del coche—. ¿Cómo ha escapado Pluto de la cuadra?

—La puerta está destrozada. Creo que Pluto la abrió de una coz y se escapó, pero no me explico por qué.

—Quizá se asustó al oír el helicóptero de Flynn —dijo Fergal. Pasó las manos sobre el semental en busca de alguna herida y soltó un suspiro de alivio al comprobar que estaba ileso—. Lo siento mucho —se disculpó mientras metía al caballo en otra cuadra—. Cambiaré el cerrojo de inmediato. Supongo que habrá sido una pesadilla intentar atraparlo.

—Fue Rafael Flynn quien lo atrapó —admitió Harriet con reparo.

Fergal se echó a reír.

—Ese hombre sí que tiene un toque mágico con las mujeres y los caballos. Según he oído puede lograr que hagan cualquier cosa por él.

A Harriet le brillaron los ojos, y estuvo tentada de comentar con ironía por qué Rafael Flynn parecía tener tan buena opinión de sí mismo.

—¿Está casado?

—¿Me lo pregunta en serio? Tengo entendido que su última amante es una modelo muy famosa.

Recordando a la mujer a la que había visto, Harriet pensó que tendría que habérselo imaginado. Invitó a Fergal a tomar el té una vez que hubiera acabado sus labores en el patio.

—Uno de los granjeros locales ha estado cuidando a los animales de Kathleen por usted —la informó él mientras se lavaba las manos en el fregadero de la cocina. Parecía sentirse como en su propia casa—. Tendrá que decidir qué hacer con ellos.

—¿Animales?

—Kathleen tenía debilidad por los animales perdidos. Hay una vieja yegua llamada Bola de Nieve que aún puede montarse. También hay un cerdo... oh, sí, y gallinas. Naturalmente, ninguno de esos animales tiene pedigrí. Los saqué de aquí antes de que Eugene McNally hiciera el inventario, porque sin duda se hubiera librado de ellos. Ahora le toca a usted tomar la decisión.

Harriet ya estaba sonriendo ante la perspectiva de tener una familia de animales que le ofrecerían un vínculo vital con esa prima desconocida a la que tenía agradecer la herencia.

—Si tuvieron un hogar con Kathleen, lo tendrán también conmigo —declaró.

El rostro bronceado de Fergal se iluminó con una sonrisa cálida y atractiva.

—Muy bien —dijo ella. Respiró hondo y rodeó la taza de té con ambas manos—. Estás usando estas caballerizas...

— Esperaba que pudiéramos llegar a un acuerdo — admitió Fergal.

— Me gustaría que fuera posible — le dijo Harriet sinceramente—. Pero necesitaré ganarme la vida de alguna manera, y no sé si conseguiría muchos ingresos con tus caballos ocupando tanto espacio...

— Puedo empezar a reparar las viejas caballerizas y trasladar allí a los caballos castrados. En eso consistía la segunda fase del plan de expansión de Kathleen. Las cuadras nuevas eran fundamentales para atraer a los propietarios que querían lo mejor para sus monturas.

Era muy fácil hablar con Fergal. Era un joven honesto y decidido, y no tenía el menor inconveniente en hablar de los planes originales de Kathleen. Tras haber abandonado el negocio de la escuela de equitación, debido a los altos costes de mantenimiento y seguros y a que sólo resultaba rentable en la temporada turística, Kathleen había albergado la esperanza de levantar unas cuadras que atrajeran a nuevos clientes y aumentaran sus ingresos.

— Debía de tener ahorros o algo así, porque se gastó una buena fortuna — le explicó Fergal—. Compró esa camioneta nueva, y el furgón para transportar caballos llegó sólo una semana antes de que sufriera su primer ataque al corazón — su buen humor se apagó un poco al recordar—. Tenía sesenta y tres años y parecía gozar de muy buena salud. Estaba esperando una operación quirúrgica cuando murió.

Harriet vio cómo Fergal tragaba saliva y supo que el joven le había tenido mucho cariño a la anciana mujer. Era muy amable y atento. A Harriet le recordó a un oso grande, rubio y bonachón.

— Debería acompañarme mañana a las carreras. Es el último evento de la temporada — le dijo Fergal con renovado entusiasmo—. Yo montaré a Tailwind. Puedo presentarle a algunas personas. La gente tiene que saber que está dispuesta a hacer negocios.

— Me encantaría — aceptó Harriet.

Entonces fue consciente de la mirada apreciativa que estaba recibiendo y miró hacia otro lado intentando no sonreír. Era halagador que el joven la encontrara atractiva, pero sospechaba que Fergal Gibson se lanzaría sin dudarlo si ella le daba pie, y eso acabaría con cualquier posibilidad de mantener una buena relación profesional. A menos que estuviera malinterpretando al chico, una aventura con él sería rápida, sencilla y sin el menor compromiso, y ése nunca había sido su estilo.

Aunque tal vez una aventura alocada fuera lo que necesitara en esos momentos. Después de todo, siempre había sido una persona extremadamente sensata y precavida, ¿y adonde la había conducido? Luke estaba ahora con Alice, se recordó a sí misma con amarga sinceridad.

— ¿Qué interés tienes en Harriet Carmichael? — le preguntó Rafael a su mayordomo mientras Bianca charlaba con una amiga por teléfono sobre lo sublime que era Irlanda... salvo por el mal tiempo, la ausencia de centros comerciales y clubes nocturnos, las incomodidades de la casa de Rafael y el tiempo que pasaba éste en las cuadras.

Tolly esbozó una pequeña sonrisa.

— ¿Eso no es algo íntimo?

Rafael se echó a reír, pues Tolly era el único que se atrevía a decirle que se metiera en sus propios asuntos.

— ¿Qué sabes de ella?

— Que no estará soltera mucho tiempo —predijo el viejo con rotundidad y un brillo malicioso en sus ojos azules.

Rafael arqueó una ceja en una mueca burlona.

— ¿En qué te basas para estar tan seguro?

— Es una chica muy guapa con una sonrisa encantadora, un terreno y un negocio. Cuando se trata de pillar un buen partido, los hombres de aquí no son ciegos ni estúpidos. No, esa mujercita estará comprometida para el invierno.

— Tal vez busque algo más emocionante —murmuró Rafael.

Los curtidos rasgos de Tolly se endurecieron.

— No lo creo, señor.

¿Señor? Rafael se preguntó por qué su viejo mayordomo era tan sensible a una joven a la que acababa de conocer. ¿Sería porque Tolly había conocido a la familia de Harriet Carmichael y por tanto consideraba a ésta como parte de la comunidad? ¿O simplemente estaba demostrando su desaprobación al comportamiento frívolo y despreocupado que Rafael mantenía hacia las mujeres y el sexo? Fuera lo que fuera, Rafael estaba intrigado por la repentina formalidad de Tolly.

Al otro lado de la habitación, Bianca había puesto música y había empezado a bailar moviendo sinuosamente las caderas. Se quitó la chaqueta lenta y provocativamente, seguida por el cinturón de cuero de la minifalda, y se contempló a sí misma en el inmenso espejo de marco dorado. Rafael decidió que su próxima amante sería mucho menos presuntuosa y mucho más inteligente y encendió la televisión para ver las noticias.

Joseph Tolly vivía en una pequeña y bonita casita junto a la oxidada verja trasera de Flynn Court. Harriet pensó, no sin cierta maldad, que para ser un hombre tan arrogante y seguro de sí mismo, Rafael Flynn era sin duda demasiado pobre para mantener su propiedad en buen estado.

Pero entonces, ¿por qué había intentado comprar el terreno de Kathleen Gallagher a un precio desorbitado?

El viejo Tolly apareció en la puerta antes de que Harriet tuviera tiempo de llamar.

— Entre —la invitó con una amplia sonrisa de bienvenida.

A Harriet la conmovió ver los cuidadosos preparativos que había hecho para su visita. Había una bandeja cubierta con un mantel blanco de encaje que contenía un juego de porcelana antigua y un pastel de chocolate de aspecto muy apetitoso. El mobiliario era muy sencillo y modesto, y todo estaba inmaculadamente limpio y reluciente.

— ¿Me contará todo lo que recuerda de la familia de mi madre? —le preguntó con impaciencia a su anfitrión, pero enseguida se ruborizó—. Se estará preguntando por qué se lo pido a un desconocido cuando mi madre aún está viva. A mi madre no le gusta mucho hablar del pasado.

— Tal vez no tenga mucho de lo que sentir nostalgia —sugirió amablemente Joseph Tolly—. En aquellos tiempos la gente de aquí se esforzaba por sobrevivir



como pudiera. Apenas había trabajo. Incluso hoy en día hay que animar a los turistas para que recorran los serpenteantes kilómetros de carretera que llegan a Ballyflynn. ¿Ha visitado el viejo lugar donde vivía su familia?

—No sé dónde está.

—La familia de su madre vivía no lejos de aquí, a unos cinco kilómetros del pueblo. La casa no tiene dirección, pero le dibujaré un pequeño mapa para que pueda ir a echar un vistazo.

—Gracias... Me encantaría —respondió Harriet.

—¿Quiere que le cuente lo que mejor recuerdo de su madre?

Harriet asintió muy seria y se ofreció para servir el té.

Viéndola llenar las tazas, Joseph sonrió y se recostó cómodamente en su raído sillón junto al fuego.

—Su madre debía de tener unos catorce años cuando decidió que no quería seguir siendo Agnes y empezó a llamarse a sí misma Eva.

Harriet parpadeó con asombro. No tenía ni idea de que su madre había elegido el nombre de Eva para sí misma. ¿Agnes? Lo único que había sabido acerca del pasado de su madre eran los datos básicos: que era la hija de un granjero quien se había quedado viudo siendo ella una niña y que su hermano mayor había muerto en un accidente con un tractor.

—¡Qué jaleo se armó! —dijo Tolly riendo—. Las monjas del colegio no toleraban los caprichos de las niñas, pero su madre se atrevió a desafiar a todo el mundo... incluso al viejo y arisco sacerdote que teníamos por aquel entonces —sus expresivos ojos invitaron a Harriet a que compartiera su buen humor—. Por desgracia tuvo que pagar un precio muy alto por su insolencia, porque su padre la sacó del colegio a una edad muy temprana, y era una alumna brillante.

—¿Cómo era mi abuelo? —preguntó Harriet ansiosamente.

—Dermont Gallagher tenía muy mal carácter —le confesó Tolly, con una expresión de sincera disculpa por tener que contárselo—. Fue un hombre sin suerte, y sus continuas frustraciones lo llevaron a ser un padre muy duro e intransigente. No permitía que su hija tuviera una vida normal como las de las otras niñas, así que cuando ella se fugó a nadie le extrañó. Cuando no la tenía trabajando en la granja, su padre la obligaba a trabajar para otras personas y se quedaba él con sus ganancias.

Harriet se quedó asombrada por lo que estaba aprendiendo, y finalmente comprendió por qué su madre había optado por enterrar aquel pasado distante.

—Ojalá me lo hubiera contado ella misma. Nunca imaginé que su infancia hubiera sido tan difícil.

—Su prima, Kathleen, le dijo una vez a mi difunta esposa que cuando su madre intentó plantarle cara a Dermont, éste la amenazó con meterla en el convento con las monjas. Esto puede parecerle increíble, pero hasta hace veinte años, algunos conventos se dedicaban a los negocios de las lavanderías y empleaban a mujeres jóvenes que habían sido puestas a su cargo porque supuestamente representaban una amenaza para la sociedad decente. Más de una hija desobediente acabó en uno de esos desgraciados lugares, y algunas de ellas nunca volvieron a salir.

Harriet se puso pálida cuando estableció la conexión.

—¿Se refiere a las lavanderías Magdalene? Tolly asintió gravemente.

—Sí. La vida era muy distinta aquí por aquellos tiempos. Nadie habría osado entrometerse entre un padre y su hija.

—Debió de sentirse muy sola... —murmuró Harriet. No la sorprendía que Eva, una vez se hubo librado de las amenazas y restricciones de su padre, hubiera optado por un estilo de vida alegre y despreocupado antes que hacer de madre.

—Pero ahora vive muy bien, ¿no? —comentó Tolly, cambiando alegremente de tema—. El año pasado vi una foto suya en una vieja revista. Parecía una reina, vestida con un traje de gala en alguna obra benéfica. Está muy lejos de aquella joven que ayudaba de vez en cuando en la tienda del pueblo.

—¿Podría darme los nombres de algunas de sus compañeras de colegio? —le pidió Harriet. Sospechaba que la clave para descubrir la identidad de su padre estaría entre las amigas y compañeras de su madre.

—Estaba al corriente de su situación familiar, pero no de mucho más. Somos de generaciones distintas —respondió Tolly mientras le servía un trozo de pastel de chocolate. Un velo había ensombrecido repentinamente su expresión, y durante unos minutos ninguno de los dos habló.

—Imagino que la fuga de mi madre provocaría un gran revuelo —dijo Harriet. Se sentía feliz y relajada gracias a la sinceridad de Tolly, y decidió corresponderle de igual forma—. Quiero averiguar quién fue mi padre.

Tolly se quedó atónito. Era evidente que no se esperaba una declaración semejante.

—Pero su madre...

—No, nunca quiso decírmelo —dijo Harriet tristemente.

—Pero no puede ir por ahí haciendo preguntas incómodas a gente que ni siquiera conoce —arguyó Tolly—. Podría ofender a alguien, incluso causarle problemas a alguien inocente por infundir sospechas. Mi consejo es que vuelva a hablar con su madre de esto.

Harriet reprimió un profundo suspiro. No estaba precisamente unida a su madre, y hacía lo posible por conservar la poca relación que tenían. La última vez que sacó el tema de su padre, Eva se había cerrado en banda y no había confesado nada.

—Creo que también necesita preguntarse a usted misma qué espera conseguir con la información que busca —le aconsejó Tolly—. Su padre bien pudo ser un hombre que rechazó a su hija cuando ella más lo necesitaba. Es posible que no tenga el menor interés en conocerla.

—Sí, lo sé. Y acepto esa posibilidad —dijo Harriet, que cada vez observaba a su anfitrión con mayor interés. La urgencia con la que Joseph Tolly le hablaba y aconsejaba le hizo preguntarse si él sabía más acerca de su familia de lo que estaba dispuesto a admitir—. ¿Hubo muchos rumores? —insistió, más descaradamente—. Quiero decir... la gente debió de hablar mucho sobre aquello, ¿no?

—A la gente le encantan los cotilleos, y casi nunca con un mínimo de decencia o sentido común —respondió Tolly—. Sería impropio por mi parte repetir las cosas que se dijeron. Si su madre estuvo viendo a alguien, nunca se supo.

Harriet decidió dejar el tema. Se sentía culpable por haberle revelado tanto a una persona a la que acababa de conocer, así que pasó el resto de la tarde escuchando las historias más animadas y menos delicadas que su anfitrión le relataba animadamente.

Eran más de las nueve cuando volvió a casa envuelta en sus divagaciones. Realmente, ¿qué esperaba conseguir averiguando la identidad de su padre? Sabía que tenía una profunda necesidad de conocer sus orígenes. Pero ¿habría algo más aparte de eso?

Harriet nunca había sentido que perteneciera a ningún sitio. Y nunca había sabido lo que era tener unos padres de verdad... al menos no durante mucho tiempo. De niña había estado dolida y confusa porque casi nunca veía a la madre a la que adoraba. Había tenido que aceptar la cruel realidad de que Eva se dedicara por entero a sus otros hijos. Pero quizá lo más doloroso de todo fue cuando Harriet descubrió que el hombre al que consideraba su padre no era su padre biológico.

Eva estaba embarazada de seis meses cuando se casó con Will Carmichael, un científico diez años mayor que ella. Parecía que su único interés había sido conseguir un anillo de bodas y un apellido para la hija que llevaba en el vientre. Will era un hombre tranquilo y estudioso que desde el principio se enamoró locamente de su novia irlandesa, pero la unión resultó ser un completo desastre. Un día que Eva paseaba por una calle de Londres, la detuvo un buscador de talentos que descubrió en ella a una modelo de moda. Como consecuencia, Eva contrató a una niñera para que cuidara a su hija pequeña y se lanzó a la fama, la fortuna y los viajes por el extranjero. El tambaleante matrimonio no tardó en resquebrajarse sin remedio.

Incluso después del divorcio, Will tuvo que cargar con la responsabilidad de criar a Harriet mientras que Eva se concentraba exclusivamente en su fulgurante carrera. Y cuando Harriet alcanzó los cinco años de edad, Eva volvió a casarse y se convirtió en una esposa de la clase alta. El acaudalado ejecutivo inglés con quien Eva tuvo a Alice y a Boyce se mostró muy reacio a que Harriet los visitara en su casa de campo de Surrey. No soportaba que nada le recordase el pasado que su hermosa mujer había tenido con otros hombres, y por salvaguardar la armonía matrimonial, Harriet fue expulsada de la vida de su madre.

Harriet tenía trece años cuando oyó la devastadora conversación por teléfono entre Eva y Will.

—Hace años quise decirle la verdad a Harriet, pero tú no estuviste de acuerdo —decía Will, con un tono de voz demasiado cortante para ser un hombre afable y tranquilo—. Ella cree que yo soy su padre, y cuando descubra que no lo soy sufrirá un shock muy grave. Los adolescentes son muy impresionables, Eva. No me importa que tu psicólogo opine que esto será bueno para ti. A mí sólo me preocupa cómo pueda afectar a Harriet.

Harriet se había quedado conmovida al enterarse de que el hombre que la había criado con tanto amor y sacrificio no tenía un vínculo carnal con ella. Aunque Will le había asegurado repetidas veces que la quería como cualquier padre biológico, Harriet se había sentido como un pájaro abandonado en el nido. Y su corazón, donde había guardado el amor de su padre para compensar el distanciamiento progresivo con su madre, se había hecho pedazos. Will Carmichael había asumido una responsabilidad que no le correspondía y había hecho todo lo que estaba en su mano principalmente porque no le había quedado más remedio. Y la negativa de su madre a no rematar la historia diciéndole a Harriet quién era su padre verdadero no había sido precisamente de mucha ayuda.

El día siguiente amaneció despejado y ligeramente ventoso, y Harriet se levantó con emoción de la cama: era un día perfecto para las carreras. Siendo una veterana de las cacerías campestres en su adolescencia, y consciente de lo duros que podían ser esa clase de eventos, se vistió con ropas cálidas y cómodas, calcetines térmicos y sus botas de agua.

Sansón se puso a trotar a su alrededor sin parar de ladrar hasta tuvo su desayuno servido.

—Eres un verdadero tirano —le dijo ella con afecto.

Fuera, en el patio, ya estaba todo en marcha, por lo que Harriet decidió que en lo sucesivo se levantaría más temprano. Fergal estaba limpiando un destartalado furgón para caballos, y Una Donnelly estaba haciendo trenzas con la enmarañada crin de Tailwind. Harriet se apoyó en la puerta de la cuadra para observar.

—Nunca se me ha dado bien hacer trenzas.

La joven la miró con una sonrisa sorprendentemente dispuesta. Sus ojos oscuros relucían de satisfacción, como si no estuviera acostumbrada a recibir halagos.

—Hace falta mucha práctica —confirmó—. Pero podría enseñarle, si quiere.

—Muy bien... ¿Te ha traído Fergal?

—No, tengo una bicicleta —respondió Una. Puso una mueca de disgusto y bajó la voz—. Fergal pasa por delante de mi casa, pero no quiere traerme porque teme lo que la gente pueda pensar. Se pone muy tonto con ese tipo de cosas.

Harriet le dedicó una sonrisa.

—Debería permitir que Fergal utilice el furgón de caballos nuevo —añadió Una—. Eso hará que el patio ofrezca un aspecto mucho mejor. Y usted tiene que pensar en la imagen que dará en determinados círculos.

Harriet se puso colorada y corrió hacia Fergal.

—Ni siquiera se me había ocurrido decírtelo... Por amor de Dios, ¡usa el furgón para caballos de Kathleen!

—Si lo hago, ¿me haría usted el gran favor de montar a Tailwind por el prado antes de la carrera? —le preguntó Fergal con una sonrisa.

—Será un placer.

—¡No puedes dejar que lo haga ella! —exclamó Una con incredulidad—. ¡Ésa es tarea mía!

Harriet abrió la boca para renunciar a cualquier deseo de usurpar el lugar de la joven, pero Fergal la miró con una expresión cargada de significado y asintió brevemente con la cabeza, suplicándole en silencio que no se entrometiera.

—Lo siento, Una. Pero Harriet tiene que darse a conocer y no hay mejor manera que ésta.

Una sacó la mitad del cuerpo sobre la puerta de la cuadra.

—¿Cómo puedes pensar en poner a Harriet antes que a mí? —preguntó con voz temblorosa.

Fergal se marchó hacia el furgón de caballos, situado en el otro extremo del patio, y Harriet se estremeció ante la mirada de indignación que vio en los pardos ojos de Una.

—¿Estás saliendo con él? —le preguntó la joven descaradamente.

Harriet agradeció estar en posición de poder formular una enérgica negativa.

—Pero aun así te ha elegido por encima de mí —siguió Una. Parecía estar a punto de echar a llorar—. Pero claro... Tú eres una mujer mayor.

—Lo hace sólo pensando en los negocios —respondió Harriet con toda la despreocupación que pudo, intentando no imaginarse a sí misma como una especie de vampiresa entrada en años aficionada a enamorar a jovencitos ingenuos. Recordaba demasiado bien lo sensible que ella misma había sido a la edad de Una ante la menor muestra de desprecio, y no podía decidir si la fascinante belleza de la chica era una bendición o una maldición—. ¿Te apetece una taza de té antes de que nos vayamos?

—Creo que yo no voy a ir —murmuró Una con voz ahogada—. No merece la pena, ¿verdad?

—Me encantaría contar con tu compañía —se apresuró a responder Harriet amablemente—. ¿Te das cuenta de que aún no sé nada de ti?

—Pregúntale a cualquiera en Ballyflynn. Soy la pequeña equivocación de Eilish Donnelly. ¡Siempre metiéndome en problemas! —exclamó, cediendo finalmente a las lágrimas—. ¡Y cuando el bruto de mi hermano se entere de que me han expulsado de otro colegio, me matará!

Se hizo un silencio lleno de tensión.

—Pondré la tetera a hervir —dijo Harriet, como si no hubiera oído nada extraordinario.

—Supongo que si te preguntara si te gusta Fergal me mandarías a tomar viento —farfulló Una.

—Desde luego.

La respuesta instantánea provocó una inesperada carcajada en la joven.

—Al menos dices lo que piensas y no me hablas como si tuviera seis años... ¡como hacen algunos a los que podría nombrar!

—Gracias... le debo una —le dijo Fergal con sincero agradecimiento cuando encontró a Harriet sola en la cocina—. Me alegra que usted vaya a estar por aquí ahora. Una puede ser muy temperamental. No sé lo que le ha pasado.

Harriet lo creyó. Fergal estaba pálido por el recuerdo del estallido emocional de Una, y prácticamente temblaba de los pies a la cabeza. Una era una chica de firmes propósitos y tenía a Fergal en el punto de mira, y él seguramente debía de tener cuidado para no darle falsas esperanzas. Harriet no pudo evitar recordar lo tímida y reservada que había sido con Luke, observándolo y amándolo desde lejos durante tanto tiempo, sin revelarle sus sentimientos hasta que no hubo peligro de un posible rechazo. Alice habría sido mucho más abierta, extrovertida y excitante desde el principio. Tal vez ésa era otra buena razón por la que Luke había elegido finalmente a su hermana.

—No me interprete mal. Una es una buena chica —añadió rápidamente Fergal—. Pronto encontrará a alguien de su edad.

Harriet, que sospechaba que Una era demasiado apasionada para olvidar tan fácilmente a su primer amor, no dijo nada y se esforzó por sacar otra vez a Alice y a Luke de sus pensamientos. El pasado no podía cambiarse y tenía que aprender a vivir con ello.

En el furgón para caballos, Una charlaba animadamente con Harriet mientras lanzaba miradas pétreas a Fergal, que conducía y no se daba cuenta de nada. A los

campos donde iban a celebrarse las carreras se accedía por una larga pista de tierra. Unas carpas servían como instalaciones improvisadas para los jinetes y también como bar, con un área cerrada para miembros exclusivamente. El evento había congregado a un gran número de personas, la mayor parte de las cuales iba vestida con la misma sencillez que Harriet, en previsión del barro y el mal tiempo.

Mientras aguardaba a que bajaran a Tailwind del furgón; oyó la conversación que mantenían varios hombres junto a ella. Al igual que le ocurrió con Fergal, le costó unos momentos poder distinguir las palabras en el acento melódico y musical de Kerry.

—Así que Martin el veterinario estaba intentando ver la yegua de Flynn que estaba de parto, mientras la modelo posaba junto a la pared de la cuadra como en uno de esos videoclips... ya sabéis, esos que están censurados. Y llevaba un vestido muy corto —relataba alguien en tono apremiante—. ¿Y qué dijo Flynn? ¡Le dijo que se fuera a buscar algo de ropa para ponerse antes de que asustara a la yegua! ¿Podéis creéroslo? —concluyó, con una mezcla de envidia y reverencia en la voz.

Con las mejillas coloradas, Harriet se alejó del grupo. A través del campo vio a la novia de Rafael Flynn saliendo de un gran todoterreno. Iba vestida con una chaqueta de tweed a medida y unos pantalones blancos de montar ceñidos a sus largas y esbeltas piernas. La rubia se paseaba como si estuviera en un desfile de modas, y su aspecto era tan espectacular que todo el mundo se detenía para mirarla.

Pero la atención de Harriet se dirigió hacia el hombre alto y moreno que caminaba a grandes zancadas hacia el prado. Rafael Flynn. Su altura y complexión lo destacaban entre la multitud. La brisa había agitado su frondosa cabellera negra, y su rostro enjuto parecía de bronce contra el jersey de color claro que llevaba bajo una chaqueta de corte tan elegante que sólo podía ser italiana.

Alguien chocó contra Harriet, que se tambaleó hacia atrás y cayó sobre las huellas de neumáticos que algún vehículo había dejado en el barro.

—Lo siento mucho... No la he visto. ¿Se ha hecho daño? —le preguntó un hombre corpulento y de edad avanzada mientras se agachaba para ayudarla.

Harriet miró el barro que le cubría la chaqueta y los pantalones y se echó a reír.

—No, estoy bien... Por suerte esta ropa se lava fácilmente.

A unos diez metros de distancia, Rafael presenció el encuentro sorprendentemente amable entre aquellas dos personas. Casi todas las mujeres que conocía se habrían puesto a chillar y a despotricar sin atender a razones. Pero la sonrisa instantánea de Harriet parecía destinada a tranquilizar a aquel idiota que la había empujado, asegurándole que la caída en el barro había sido una experiencia bastante divertida.

Justo en ese momento se acercó Bianca para quejarse de la suciedad que manchaba sus botas de piel recién pulidas. El diamante que él le había dado como regalo de despedida relucía en su cuello de cisne. En unas pocas horas Bianca estaría volando a Bélgica. Sacó un espejo de mano para comprobar su peinado y la tentación fue demasiado grande para ella, pues sucumbió a un examen exhaustivo de su rostro desde todos los ángulos posibles. Una soporífera sensación de hastío invadió a Harriet, que se alejó discretamente sin que Bianca se percatara.

—Me pregunto qué estará haciendo aquí Rafael Flynn —comentó Fergal mientras acompañaba a Harriet por el prado con su caballo castrado—. No suele acudir a este tipo de eventos.

Los jugadores de apuestas se alineaban a lo largo de la valla, impacientes por ver a los participantes de la próxima carrera. Harriet tomó las riendas de Tailwind. Cuando llevaba media vuelta completada por el prado, vio un par de ojos brillantes e incisivos fijos en ella y el corazón le dio un vuelco, como si de repente hubiera tocado una valla electrificada. Rafael Flynn. Se apresuró a apartar la mirada, sintiendo cómo se le ruborizaban las mejillas. El pelo cobrizo se expandió como una serpentina de fuego sobre su rostro, hasta que se lo sujetó inconscientemente con una mano.

Una vez que Fergal estuvo montado en Tailwind, para calentarlo antes de la carrera, le aseguró a Harriet que conocería a mucha gente. Fergal era muy popular y conocía a todo el mundo. Varios aldeanos hablaban con afecto y pesar sobre Kathleen, y le hicieron muchas preguntas a Harriet sobre el tipo de servicio que ofrecería una vez tuviera listo el negocio. En todo momento Harriet fue consciente de la enervante necesidad que sentía de mirar alrededor en busca de Rafael Flynn, pero luchó contra aquel impulso mortificante con todas las armas de las que disponía. Por amor de Dios, ¡ella ya no era una colegiala ni podía comportarse como tal!

Tailwind salió disparado de la línea de salida como una bala, pero tuvo que abandonar la carrera en la segunda valla. Abatido por la mediocre demostración, Fergal llevó al castrado al furgón.

—¿Dónde se ha metido Una? Harriet descubrió a la joven escondida detrás del puesto y se abrió camino entre la multitud hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? Fergal te está buscando...

Una la miró nerviosa.

—Enseguida voy. Mi hermano está por ahí. No quiero que me vea.

—¿Tan temible es?

—Más todavía —por un momento, Una pareció mucho más joven y vulnerable—. Nunca podré estar a la altura de sus expectativas. Quiere que sea lista como él, pero no lo soy.

—Apuesto a que eres mucho más lista de lo que tú misma te crees. No te subestimes tanto. ¿No puedes hablar con tu madre de esto?

Una se encogió bruscamente de hombros.

—Mi madre casi nunca está bien. No me gusta molestarla. Tengo a mi hermana, pero ella está casada y con un bebé... Por eso paso tanto tiempo en las cuadras.

Harriet reprimió el repentino impulso de abrazar a la joven.

—Siempre serás bienvenida.

Una mujer mayor la detuvo cuando volvía al furgón y le hizo muchas preguntas sobre los servicios de las cuadras. Mostró bastante interés en guardar allí a su caballo y quedó en llamarla para ir a echar un vistazo.

Con una sonrisa de satisfacción ante la posibilidad de ganar su primera clienta, Harriet se dio la vuelta y vio que Rafael Flynn se dirigía directamente hacia ella. El estómago le dio un vuelco y el corazón empezó a latirle desbocadamente.

—¿Es cierto que está planeando reabrir las cuadras? —le preguntó él sin más rodeos.

—Sí, no creo que sea tan buena jardinera para cultivar un huerto —replicó ella, manteniendo la mirada de aquellos ojos que parecían de oro fundido a la luz del sol.

Rafael Flynn apoyó una mano esbelta y bronceada contra un furgón y la miró fijamente. Harriet fue consciente al instante de su imponente estatura y poderosa

presencia. Obligada a levantar la vista, fijó su atención en aquellas negras pestañas increíblemente largas, que eran lo único que suavizaba su rostro duro y abrumadoramente masculino. De repente le resultó difícil respirar con normalidad.

— Los negocios no tienen ninguna dimensión personal para mí — dijo él —. Quizá encuentre que esa aventura de las cuadras le suponga un mayor desafío de lo que espera.

— ¡No me diga que usted está en la misma línea y que vamos a ser rivales! — exclamó Harriet sin disimular su horror.

Una expresión de desconcierto tensó fugazmente los rasgos de Rafael Flynn, Pero enseguida echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

— No... no estoy en esa línea, Harriet.

Tenía una sonrisa deslumbrante. Harriet sintió que se le acaloraban las mejillas, porque había algo íntimamente sexy en el acento con que pronunció su nombre. Ese nombre que siempre había odiado.

— Ese acento no es de Kerry, ¿verdad?

Él mantuvo la sonrisa, mostrando sus blancos dientes, y ella intentó apartar la mirada, sin éxito.

— En parte sí... pero mis orígenes están mezclados.

— Igual que los míos — dijo ella sin aliento. Luchaba desesperadamente por encontrar algo más interesante que decir, pero tenía la mente en blanco. Un nudo de excitación se apretaba cada vez más en su estómago, amenazando con estallar en una incontenible ola de calor.

— ¿Quieres cenar conmigo esta noche? — le preguntó él perezosamente, decidiendo aplazar de momento sus planes para arrebatarse la propiedad.

Sorprendida, Harriet pensó en la diosa amazona que vivía bajo su techo.

— Su novia...

Él se encogió despreocupadamente de hombros.

— Bianca ya es historia.

Su absoluta indiferencia al hecho de que Bianca los estuviese observando a veinte metros de distancia le provocó un escalofrío a Harriet.

— Pero ella está aquí...

— Ella sabe que se ha acabado. Se marcha esta tarde. ¿Y bien? ¿Qué dices? — la apremió secamente.

Harriet dio un paso atrás. Rafael Flynn personificaba todos los rasgos masculinos con los que había que tener cuidado: arrogante, desapegado emocionalmente, un depredador de pura sangre... Definitivamente, no era su tipo. Ella no podía pasar por alto ni excusar su desdeñosa actitud hacia la pobre Bianca.

— Muchas gracias, pero no. Lo siento. En estos momentos no quiero tener ninguna cita.

— Yo no tengo una cita desde los catorce años — dijo él, preguntándose si ella creía que una breve muestra de desinterés incrementaría su impulsividad... porque le resultaba del todo inconcebible que lo estuviese rechazando.

— Yo estuve comprometida hasta hace muy poco y aún estoy intentando superarlo.

— Yo haré que lo superes por completo — le prometió Rafael en voz baja y sensual.



— Además estoy muy ocupada — murmuró ella, incómoda, y retrocedió otros dos pasos. Se sentía intimidada por aquel despliegue de carisma masculino.

Rafael intentó ocultar su perplejidad al ver cómo se apartaba. No podía entender a qué estaba jugando. Porque era evidente que se trataba de un juego. A todas las mujeres les gustaba jugar. Pero esa mujer en particular estaba jugando según unas reglas desconocidas para él.

— Ha sido un pacer hablar con usted — dijo ella, y se dio la vuelta para marcharse mientras ponía una mueca de disgusto por su propia torpeza.

Rafael Flynn era literalmente el hombre de sus sueños, pero no era el tipo de hombre por el que ella se arriesgaría a sentir nada. Por Dios... ¡acababa de despreciar a una mujer tan imponente que dejaba embobado a todo el mundo! Fuera lo viejo y dentro lo nuevo. Aunque estaba convencida de que si él se fijaba en ella era más como un aperitivo que como un banquete. Después de todo, no podía competir con su ex novia, y le costaba aceptar el hecho de que la hubiese invitado a cenar. A ella, Harriet Carmichael, vestida con unos pantalones manchados de barro y botas de agua, sin maquillaje y con algunos kilos de más que cuando estaba con Luke.

Luke... La humillación que le provocaba su recuerdo apagó el ardor de sus divagaciones. Tal vez se tomaba la vida demasiado en serio. Tal vez necesitaba aprender a ser más liberal en lo que se refería al sexo opuesto. Aparte de un par de novios en la adolescencia, sólo había tenido a Luke en su vida. Ahora volvía a estar sola, y, aunque ya tenía veintiocho años, no se sentía más segura ni experimentada en relación a los hombres de lo que se había sentido a los veinte.

¿Acaso no había cometido el ridículo error de intentar imaginarse a Rafael Flynn como una pareja potencial para toda la vida? ¿Podría ser que sus instintos biológicos la estuvieran llevando al borde de la locura? Ese hombre estaba hecho para las aventuras sexuales. Era atrevido, desvergonzado y... excitante. Y, para ser sincera consigo misma, tenía que reconocer que era mucho más excitante de lo que Luke había sido nunca. Debería haber tenido el coraje de aceptar su invitación a cenar y su seducción. Tal vez eso la hubiera ayudado a sentirse un poco mejor cuando pensara en Alice y Luke formando pareja.

— Harriet... — la llamó Una, acercándose a ella con una expresión de angustia —. Creo que deberías alejarte de Rafael Flynn.

Aunque su propia reacción había sido alejarse de él lo más posible, Harriet ya estaba esperando que la invadieran las dudas y la confusión.

— ¿Por qué?

— Eres demasiado buena para él... Eres muy amable y confiada. Él pensará que eres tonta y te romperá el corazón.

— No tengo ningún corazón que pueda romperse. Ya me lo destrozó otra persona antes que el señor Flynn —le confesó tristemente Harriet—. Pero gracias por la advertencia.

— No me gustaría verte sufrir...

— ¿De verdad es tan malo? — preguntó Harriet. Deseaba tanto que le contara más cosas que habló con un tono inconscientemente apenado.

Una se ruborizó.

— No es que sea malo — se apresuró a explicar —. Simplemente, pertenece a otro mundo. Seríais como el agua y el aceite, y te pisotearía sin piedad.

—No... él no haría eso —replicó Harriet con firmeza.

Una no pareció convencida.

—Si una supermodelo no ha podido retenerlo ni cinco minutos, ¿quién puede aspirar a hacerlo?

Una mujer fuerte y dura capaz de encadenarlo y encerrarlo en una habitación, pensó Harriet distraídamente. No estaría de más inculcarle unas cuantas pautas de comportamiento.

Aquella tarde, dos clientes potenciales se pasaron a ver las cuadras. Harriet había trazado un plan de negocio y había preparado un contrato básico antes incluso de llegar a Ballyflynn, e intentaba calcular cuántos clientes necesitaría para que el negocio marchara. También estaba considerando la posibilidad de abrir una tienda para vender pienso y suministros básicos, siempre y cuando hubiese una mínima demanda. Se recordó firmemente que no necesitaba ganar una fortuna, sólo lo justo para mantenerse. Se había retirado allí para hacer realidad su sueño y disfrutar de una vida sencilla. Y una vida sencilla no incluía ningún trato ni relación con el tipo de hombre que mantenía aventuras con modelos famosas y despampanantes.

El lunes por la mañana recibió una llamada del abogado, Eugene McNally, quien la sorprendió diciéndole que necesitaba verla para un asunto urgente.

El hombre la recibió en su despacho con manifiesta incomodidad.

—Me temo que han presentado una demanda contra la finca de Kathleen Gallagher.

## Capítulo 3

Harriet miró anonadada al abogado.

— ¿No es un poco tarde para que algo así salga a la superficie?

— Lo es, pero acaban de informarme de que hace tres años Kathleen pidió un préstamo que ahora exige ser devuelto de... —dudó un momento— una manera u otra.

— ¿Quién concedió el préstamo? —preguntó Harriet, esforzándose por mantener la calma y pensar con claridad. Tenía ahorros en el banco, y no había ninguna razón que le impidiera hipotecar la casa... aunque una hipoteca aumentaría considerablemente sus gastos.

— Flynn Enterprises.

El silencio se alargó mientras Harriet trataba de digerir la sorprendente revelación.

— ¿De qué cantidad estamos hablando?

— De ciento cincuenta mil euros... más de cien mil libras —respondió gravemente el abogado—. Créame, no tenía ni la menor idea de esto.

Harriet se había quedado atónita al oír la cantidad, pero la furia empezaba a agitarse en su interior.

— ¿De verdad no lo sabía? —espetó, sin poder ocultar sus dudas—. Pero usted era el asesor legal de mi prima, y también su albacea.

— Kathleen no me consultó cuando firmó el acuerdo con Flynn Enterprises, ni yo recibí ningún documento relativo a la transacción —explicó Eugene seriamente—. Era evidente que su prima quería mantener la operación en privado. De haberlo sabido, habría intentado quitarle esa idea. No era sensato pedir un préstamo a su edad.

— Pero fue una jugada muy hábil por parte de Rafael Flynn. Dios mío, cien mil libras... —la boca se le había quedado seca—. ¿Cuáles fueron las condiciones del préstamo?

— Se estableció que no se pagaría nada durante tres años. Pero al cabo de ese período el préstamo tenía que ser devuelto o...

— ¿O qué? —lo apremió Harriet con voz ahogada.

— O Flynn Enterprises se quedaría con la mitad de la propiedad y se convertiría en el socio legal de Kathleen. La empresa también tendría el derecho a rechazar cualquier oferta en caso de una venta. El contrato fue preparado por un abogado muy hábil.

Harriet se quedó boquiabierta.

— ¿Está diciendo que podría acabar teniendo a Rafael Flynn como socio de un negocio que aún no echado a andar?

— Señorita Carmichael... —Eugene McNally respiró hondo y le tendió un documento sobre la mesa—. El señor Flynn puede trasladarse si quiere a su cuarto de invitados y usted no puede hacer nada por impedirlo.

— En ese caso pagaré el préstamo... ¡Conseguiré el dinero con una hipoteca! —declaró Harriet con vehemencia.

— No podrá hipotecar la propiedad si sólo es dueña de la mitad. La herencia no le pertenece al cien por cien. En estas circunstancias, le resultara imposible convencer a

una institución financiera para que le ofrezca una hipoteca. Este contrato la deja con muy pocas opciones.

Harriet se estaba poniendo pálida por momentos.

—Pero ¿por qué mi prima pidió prestada una cantidad tan enorme?

—Los ingresos de las cuadras cayeron en picado y empezó a contraer deudas. Supongo que el banco se negó a financiar las mejoras que quería hacer. También pensó que tenía a un ganador seguro en Fergal Gibson... aunque sé que hace dos años sufrieron una fuerte pérdida en una carrera. Pero Kathleen era una mujer eternamente optimista —el abogado dejó escapar un suspiro—. Seguramente confiaba en los tres años que tenía de plazo.

—Pero tuvo que ver el riesgo de tener a Rafael Flynn como socio...

—Puede que ni siquiera leyese la letra pequeña del contrato. Lo suyo eran los caballos, no los negocios. Por aquel entonces, el señor Flynn no era el dueño de Flynn Court. Pero es un hombre de peso en el mundo de la competición equina, y es posible que Kathleen pensara ingenuamente que sería una gran ventaja tener un socio como él.

Cien mil libras, pensó Harriet, cada vez más horrorizada. Era una suma exorbitante. Aunque empleara todo el dinero que había ganado con la venta de su apartamento de Londres seguiría sin poder devolver la cantidad y al mismo tiempo mantener la esperanza de reflotar el negocio. Salvar aquella deuda destruiría sus proyectos para las cuadras. Y si no la pagaba y conseguía tener beneficios, ¡Rafael Flynn se quedaría con la mitad de sus ganancias! ¿Ése era el hombre que se había atrevido a invitarla a cenar? ¡No era extraño que le hubiese advertido contra los desafíos que podían plantear las cuadras!

—¿Por qué no se ha mencionado antes este contrato? —preguntó duramente—. Me parece algo inexcusable que me esté enterando ahora.

—Por lo visto, el señor Flynn está dispuesto a olvidarse del contrato si accede a venderle la finca.

—¡Pues a mí me parece que su oferta es demasiado generosa teniendo en cuenta que su propia casa se cae a pedazos!

—El señor Flynn sólo tomó posesión de Flynn Court después de la muerte de su padre, Valente Cavaliere, hace algunas semanas. Creo que ha previsto un plan de renovación a gran escala —explicó el abogado, sin darse cuenta de la bomba que acababa de soltar.

Harriet lo miró con los ojos como platos, absolutamente perpleja.

—¿Cavaliere? Es... ¿Me está diciendo que Rafael Flynn es en realidad Rafael Cavaliere? —preguntó con un hilo de voz—. La primera vez que lo vi pensé que había algo familiar en él, pero nunca se me habría ocurrido establecer esa relación.

—Mi consejo, y esto se lo digo extraoficialmente, es que le venda la finca y se compre otro terreno por los alrededores —le sugirió el abogado, obviamente incómodo—. Es un hombre despiadado si alguien se interpone en su camino, pero ha sido extremadamente generoso con este pueblo y cuenta con el apoyo de toda la gente de aquí. Le está ofreciendo un precio más que justo. No puede luchar contra esa cantidad desmedida de dinero y poder...

—Míreme, señor McNally —le ordenó Harriet enfervorizadamente. La cobarde sugerencia de que aceptara la derrota sin más le llenaba de un furioso resentimiento y una fiera determinación a hacer justo lo contrario—. ¡Míreme!

Se marchó de vuelta a su coche ardiendo de ira. ¡Maldito fuera Rafael Cavaliere! ¿Qué demonios estaba haciendo un magnate italiano en una aldea irlandesa? ¡Y encima llamándose a sí mismo Flynn! Era como encontrarse a una barracuda en una pecera de peces de colores. No podía creer que aquello fuera cierto. No podía creer que una vez más Rafael Cavaliere se las hubiera ingeniado para proyectar la larga sombra de la desgracia en su camino. Detuvo el coche junto a la iglesia porque estaba temblando tan violentamente que no podía conducir. Pero el arrebató de furia la impulsó a llegar hasta Flynn Court y traspasar la derruida entrada de piedra. El largo camino de entrada estaba lleno de baches, pero flanqueado por sendas filas de magníficos cipreses, que de vez en cuando se separaban lo suficiente para ofrecer una impresionante vista de la bahía y el mar.

Harriet llegó la imponente mansión y frenó en seco frente a la puerta principal.

Tolly acudió a abrir a la llamada del timbre. —Señorita Carmichael... ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con voz grave.

En otras circunstancias y en otro estado de ánimo, Harriet se habría ruborizado ante los solemnes modales con los que Joseph Tolly asumía su papel oficial de mayordomo.

—He venido para ver a su jefe.

—Veré si el señor Flynn puede recibirla. Tome asiento, por favor.

Harriet prefirió quedarse de pie. El vestíbulo era un espacio amplio y semicircular, con enyesados profusamente elaborados cubriendo las paredes. Aun estando llena de polvo y necesitada de decoración, la sala era espectacular.

—Señorita Carmichael... veo que las malas noticias vuelan —dijo una voz masculina detrás de ella.

Con el rostro contraído como si hubiera sorbido un limón, Harriet se dio la vuelta. Su torturador estaba vestido con un elegante traje negro de diseño. Imponentemente alto y radiantemente atractivo, su aspecto también era intimidatorio. Harriet sintió cómo todos los nervios se le ponían en tensión.

—Permítame decirle que en los negocios se comporta como un criminal.

El rostro pétreo de Rafael Flynn permaneció impassible.

—Mi difunto padre estaría orgulloso de mí.

—No voy a venderle mi casa... Y no me importa lo que haga. No me gusta que me obliguen a hacer algo, señor Cavaliere. Pero me gustan aún menos sus métodos. ¿Por qué se hace llamar Flynn? ¿Para confundir a la gente? ¿Quién demonios esperaría encontrarse a un millonario italiano en un lugar de mala muerte como éste?

—Deje que le responda punto por punto —murmuró Rafael tranquilamente—. Mi certificado de nacimiento dice que soy Rafael Cavaliere Flynn y que nací aquí. Mi madre me puso el nombre. No me preocupa en absoluto el nombre que me haya adjudicado la prensa. Ni tampoco considero que la casa donde han vivido y han muerto generaciones de Flynn sea un lugar de mala muerte. Estoy orgulloso de este sitio y de mis orígenes.

La arrogante seguridad que mostraba en sí mismo fue insoportable para Harriet, que sintió cómo se le ponía la cara roja de ira. Que la reprendiera por sus malos

modales era la gota que colmaba el vaso, aunque, irónicamente, nunca se había atrevido a ser grosera con nadie.

—¿Es consciente de que ha arruinado mi vida como una plaga desde que tengo quince años? —le espetó, alzando la voz.

Rafael arqueó una ceja.

—No, no me he vuelto loca —siguió ella—. En los noventa absorbió Benson Pharmaceuticals. Mi padre se dedicaba a las investigaciones en el laboratorio y perdió su trabajo. Sólo era un empleado más entre cuatro mil. Usted cerró la empresa y lo vendió todo. El pueblo entero murió...

—Un negocio tiene que ser rentable para mantenerse.

—Mi padastro sufrió una crisis nerviosa. No pudo encontrar otro trabajo y tuvo que vender nuestra casa y casi todo lo que poseíamos a final de año. Los hombres como usted destruyen las vidas ajenas —lo acusó Harriet con voz temblorosa.

—Benson Pharmaceuticals perdió un importante contrato con una empresa asiática y se hundió. Yo no tuve nada que ver —alegó Rafael.

Estaba de pie bajo la bóveda, y la luz que se filtraba a través de la cúpula de cristal se reflejaba en su recia estructura ósea y su espesa cabellera negra.

Harriet se percató de que lo estaba contemplando sin darse cuenta y volvió a apartar la mirada de él. El rubor le ardía en las mejillas.

—Puede ser, pero usted no construye nada. Se limita a destruir las cosas para ganar todo el dinero que pueda.

—Se equivoca. En el caso de Benson, rechacé una oferta muy interesante para comprar las instalaciones y reconvertirlas en un centro comercial. Sabía que el pueblo se regeneraría más deprisa si los edificios se empleaban como un polígono industrial.

Harriet se había puesto muy tensa y rígida.

—No lo sabía, y si lo he juzgado mal...

—Lo ha hecho.

—Pues lo siento —murmuró ella entre dientes—. Pero supongo que los beneficios suelen ser lo primero para usted.

—El dinero es poder. Y también puede ser una gran fuerza para el bien así como para el mal. No me disculpo por lo que soy. ¿Creía usted que lo haría?

—Hace dos meses usted provocó la caída de Zenco. Yo estaba a cargo del presupuesto de marketing que Zenco tenía concertado con mi empresa. El impacto de esa caída provocó que mi empresa también se viniera abajo. Una vez más, usted volvió a ser una influencia nociva en mi vida. Por favor, discúlpeme si no soy una de sus admiradoras —concluyó Harriet cortantemente.

—Se trata de una serie de curiosas coincidencias. No soy un hombre supersticioso... —observándola atentamente, Rafael tuvo que reconocer que nunca había visto una piel tan inmaculada como la suya, y se preguntó si todo su cuerpo sería de la misma palidez cremosa—. Pero creo que debería tomar medidas para evitar que mi influencia vuelva a afectarla por tercera vez.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —espetó Harriet.

Rafael abrió la puerta que tenía junto a él.

—Deje que le muestre una cosa...

Harriet permaneció donde estaba y se cruzó de brazos, y él la dejó allí y salió. Los segundos pasaron tensamente, hasta que el temor de estar haciendo el ridículo la impulsó a seguirlo.

— Éste es el salón. Mire por las ventanas — le dijo él.

Con los brazos aún cruzados al pecho, Harriet avanzó rígidamente hacia la ventana. El aplomo de Rafael parecía burlarse de su torpeza.

Los ojos se le abrieron como platos cuando vio la horrible fila de edificios medio derruidos al pie de la colina. Aquellas lamentables ruinas, que destruían lo que debería ser una hermosa vista, eran los cobertizos que ella había estado pensando reconvertir en cuadras adicionales.

Rafael movió una de sus esbeltas y expresivas manos, extendiendo los dedos, y ella vio los genes italianos en su habilidad y fluidez para transmitir un mensaje sin abrir la boca. Era un rasgo fascinante, que contrastaba fuertemente con la frialdad que adoptaba ante el mundo. Cuando empezó a hablar, ella tuvo que esforzarse por recuperar la concentración.

— La casa en la que está viviendo fue construida como una *cottage orné* en el siglo XVIII.

— ¿Tan vieja? — preguntó Harriet, sin poder disimular su asombro.

— Se construyó como un capricho, no como una casa en la que vivir. Mi tatarabuelo, Randal Flynn, plantó a su alrededor el jardín botánico. Usted está viviendo, en efecto, en lo que formó parte del jardín de Flynn Court.

Harriet levantó el mentón.

— No lo sabía.

— La tierra que la rodea fue vendida debido a las necesidades económicas hace más de medio siglo. La compraron los padres de su prima. Pero la casa es un edificio histórico y, como tal, debe ser conservado y devuelto a su legítimo dueño.

— Esa casa jamás será suya — declaró ella con toda la vehemencia y firmeza que pudo.

Los ojos de Rafael relucieron desafiadamente.

— Nunca pierdo.

— No siempre puede conseguir lo que quiere. Sí, puede hacer toda clase de tratos y negocios y ponerme las cosas muy difíciles, pero no puede obligarme a vender — se detuvo un breve instante para reflexionar —. Oh, cielos, ¿tenía pensado sacar el tema de ese préstamo durante la cena?

— No soy tan vulgar — replicó él, con un tono tan tranquilo y categórico como agresivo era el de Harriet —. Aunque ciertamente podríamos discutir esto durante la cena y llegar a un acuerdo que nos beneficiara a ambos.

Los ojos de Harriet despidieron llamas tan azules como gencianas alpinas.

— Mientras su única propuesta sea que yo le venda mi casa, no tenemos nada que discutir. Le sugiero que vaya pensando en un término medio.

— Hay lugar para la negociación, no para un término medio.

— De acuerdo... — aspiró hondo y apartó la mirada de los fascinantes ojos dorados de Rafael, reprendiéndose a sí misma por aquella momentánea pérdida de concentración —. El contrato que mi prima firmó con su empresa podría salir a la luz y dejarlo en una situación bastante comprometedora. Y antes de que me diga que no le importa la opinión pública, piense en la dimensión local del asunto.

Rafael la miró con gélida impasibilidad.

— ¿Me está amenazando?

— Sólo le estoy diciendo que lucharé con todas las armas que tenga a mi alcance — respondió Harriet—. ¿Quiere que circule el rumor de que utilizó su dinero, su poder y a sus abogados para engañar a una anciana y hacerle firmar un contrato injusto? ¿Y que luego usó ese contrato para despojarme de mi herencia?

— Eso sería una burda falsificación de los hechos. La señorita Gallagher se puso en contacto con Flynn Enterprises, y fue lo bastante astuta para aprovecharse de mi deseo en adquirir la propiedad como arma de negociación. Además, se contrató a un abogado a cargo de mi empresa para asesorarla.

Cuando terminó de hablar, Harriet sintió que se ruborizaba por la culpa. Era dolorosamente consciente de las tácticas chantajistas que estaba empleando para afianzarse en su posición. Sin embargo, tenía que reprimir su sensibilidad... Estaba convencida de que suponía un obstáculo en el radio de acción de Rafael Cavaliere Flynn.

— ¿Puede demostrar eso que dice? —le inquirió, cerrando la puerta de su conciencia a cualquier noción de juego limpio—. Como sin duda sabrá, a la prensa le encanta contarle todo desde la perspectiva más escandalosa. Aunque se publique una retractación a posteriori, la gente se suele quedar con lo que ocurrió antes.

— ¿Y usted me acusa de hacer negocios como un criminal? —murmuró Rafael con suavidad. Aquella confrontación estaba tomando un cariz que nunca se hubiera imaginado. Su contrincante no estaba llorando ni suplicando, ni intentando apelar a sus buenos sentimientos.

Era raro que alguien sorprendiera sus expectativas, pero Harriet Carmichael lo había conseguido. Allí estaba, delante de él, orgullosa y erguida en su metro sesenta y cinco de estatura, vestida con una chaqueta negra de algodón de corte conservador y una falda que le llegaba por las rodillas. Para Rafael, que había pasado varias semanas con una mujer que se desnudaba a la primera oportunidad, aquel vestuario no podía ser más anticuado y pasado de moda. Con su penetrante mirada protegida por espesas pestañas, la examinó con una mezcla de interés y regocijo... muy a su pesar, ya que no podía creerse que esa mujer se hubiera atrevido a amenazarlo. Se preguntó cuánto tiempo esperaría para retarla a que hiciera lo que decía. Harriet no podía tener peor opinión de él y no se andaba con rodeos. Se suponía que aquello no debía preocuparlo, ya que no guardaba muchas ilusiones sobre sí mismo ni lo inquietaba la imagen que pudiera tener el mundo de él. Sin embargo, la deplorable opinión que Harriet se había formado lo irritaba de un modo inexplicable.

— No voy a renunciar a mi casa —le dijo ella desafiantemente—. Le he dado un giro radical a mi vida para venir a Irlanda y pienso quedarme aquí.

— ¿Eso quiere decir que piensa devolver el préstamo? —le preguntó él. Ya iba siendo hora de obligarla a poner los pies en la tierra. El rostro de Harriet palideció.

— ¿Tengo tiempo para analizar mis opciones?

— Cuatro semanas como máximo... y estoy siendo generoso —respondió él con rapidez—. Intente ser realista. Con lo que estoy dispuesto a pagarle por su herencia podrá comprarse un terreno por los alrededores, contratar a un arquitecto y levantar una réplica de su hogar actual.



—Pero le tengo demasiado aprecio a los vínculos familiares, y dudo mucho de que pueda encontrar algo que iguale en belleza a su hogar actual. Estaremos en contacto, señor Cavaliere Flynn.

—Lláname Rafael, por favor.

—La falsa camaradería no va conmigo.

La hermosa boca de Rafael se curvó en una mueca de desagrado al tiempo que pasaba junto a ella para abrirle la puerta.

—Ni los malos modales van conmigo.

Harriet volvió a ponerse colorada hasta las cejas. No podía negar que Rafael Flynn hacía gala de unos modales exquisitos. Echó la cabeza hacia atrás y se topó con la electrificante mirada de sus ojos dorados.

—Mientras su intención sea llevarme a la quiebra o dejarme sin hogar, los buenos modales me parecen bastante superfluos e hipócritas.

—¿No te parece que estás siendo un poco melodramática? —le preguntó él, acortando sus poderosas zancadas para seguir el ritmo de Harriet mientras la acompañaba a través del vestíbulo.

—No creo que mi casa signifique tanto para usted como significa para mí.

—Mi difunta madre jugaba en esa casa de niña. Su padre siempre le decía que era su deber recuperar esa propiedad para Flynn Court —una sombra casi imperceptible cruzó su recio rostro—. La vista tan desagradable que ofrece fue el constante recordatorio de su fracaso.

Harriet se quedó asombrada por aquel destello de emoción que Rafael no había podido ocultar. Estaba frente a un hombre temperamental y peligroso, lleno de una pasión controlada rigurosamente y que rara vez se permitía expresar sus verdaderas emociones. Sin embargo, aquel atisbo de sentimientos ocultos le revelaba más sobre su verdadera naturaleza que nada que hubiese visto antes.

—Me estás mirando —dijo él, bajando la mirada hacia sus labios carnosos y suaves.

El silencio que siguió pareció echar chispas entre los dos.

Ajena a todo lo que la rodeaba, Harriet sólo fue consciente de él.

—Y tú también.

—Me gusta tu boca —murmuró él, arrastrando las palabras en un tono lento y sensual—. Es muy sexy.

—Señor Flynn... ¿puede atenderme un momento, por favor? —preguntó una voz femenina y aguda.

Lentamente, Harriet volvió al mundo real y sacudió la cabeza como si quisiera despejarse de una ensoñación. Una mujer mayor con un elegante vestido había aparecido de repente. Tras ella había un hombre de menor estatura, que tecleaba febrilmente en un ordenador portátil.

—He decidido que el azul etrusco es el color apropiado para el vestíbulo.

—¿Azul? Pero si el vestíbulo está orientado hacia el norte —murmuró Harriet sin pensar—. Un amarillo apagado haría resaltar los tonos caramelo de las columnas de mármol.

Sorprendido, Rafael le echó una mirada cargada de respeto y admiración. La sugerencia de colores para su hogar ancestral parecía haber tocado su fibra sensible.

—El amarillo me parece bien. Harriet, ésta es mi diseñadora de interiores.

Le presentó a la mujer, pero Harriet, horrorizada por sus reacciones, estaba impaciente por marcharse.

«Me gusta tu boca». Un pecaminoso escalofrío la recorrió de arriba abajo y se sintió humillada por su propia susceptibilidad. Los ojos le escocían por un repentino aluvión de humedad. Después de todas las experiencias que había tenido esa mañana, la sensación de inseguridad que la dominaba era la gota que colmaba el vaso.

—Mi número privado... por si acaso necesita contactar conmigo —le dijo Rafael, tendiéndole una tarjeta.

Harriet la aceptó, pensando que jamás la utilizaría.

Como un oportuno caballero en un caballo de batalla, Tolly apareció de repente para abrirle la puerta.

—Gracias —murmuró ella.

—Conduzca con cuidado —le aconsejó el viejo en un atribulado susurro.

Cuando Harriet volvió a su casa y Sansón se lanzó hacia ella para darle la bienvenida, estaba dominada por la ira y la frustración. Sólo había pasado una semana desde su llegada, convencida de que sus sueños se harían realidad. Por una vez había creído que las cosas le saldrían maravillosamente bien.

Respiró hondo y trató de reprimir el arrebato de autocompasión que amenazaba con invadirla. Tenía que mantener la calma y no perder los nervios, se dijo a sí misma.

Un par de horas más tarde, estaba haciendo números y cuentas cuando llamaron a la puerta.

Era Tolly, que traía una cesta de verduras frescas.

—Del huerto de la cocina. Nosotros tenemos demasiadas.

Harriet no se dejó engañar por la amable excusa, porque la expresión de los ojos de Tolly delataba su preocupación.

—Su jefe y yo hemos tenido una ligera discrepancia de opinión, y eso es todo lo que voy a decir al respecto.

—Oficialmente, ya no trabajo para Rafael Flynn —protestó el viejo. Tomó a Sansón del suelo y lo llenó de caricias.

Harriet lo miró con una ceja arqueada.

—No comprendo.

—Llevo años jubilado. Tengo una casa acogedora y una buena pensión, pero me aburro sin hacer nada —admitió Tolly tristemente—. Por eso aún intento ser de utilidad en Flynn Court. Cualquier cosa que me diga será estrictamente confidencial.

—No hay nada que decir —insistió Harriet, deseosa de dejar el tema—. Supongo que estoy un poco estresada porque tengo que volver a Londres para arreglar el envío de mis cosas. ¿Hay en el pueblo alguna residencia para perros?

—Puede quedarse conmigo. Nos haremos compañía el uno al otro.

—¿Seguro que no le importa?

—En absoluto. A la difunta señora Flynn le gustaba tener perritos pequeños —comentó Tolly alegremente.

Harriet se acercó a la ventana para mirar el tráiler de ganado que entraba ruidosamente en el patio.

—Me pregunto quién será.

— ¿Un cliente?

— No, los primeros caballos no llegan hasta la semana que viene, cuando lo tenga todo preparado para acogerlos.

Un hombre alto y delgado de unos treinta años, de pelo negro y despeinado y ojos azules y tímidos, salió del todoterreno. Su nombre era Patrick Flannagan y era el amable vecino que había estado cuidando a los animales de Kathleen. Harriet agradeció la distracción, pero esperaba que Fergal y Una pudieran hacerse cargo de las nuevas mascotas durante su ausencia.

Las gallinas formaban una colección bastante lamentable, pero con la ayuda de Tolly pronto estuvieron felizmente instaladas en el gallinero. El gallo, Albert, pequeño y blanco e imbuido de un considerable engreimiento, tomó posesión inmediata del tejado del gallinero y se puso a cantar en un tono tan fuerte y agudo que no se correspondía nada con su diminuto tamaño.

— Fergal le traerá la yegua — informó Patrick —. Pero tengo a Peanut en el asiento trasero.

— ¿A quién?

Patrick puso una mueca y sacó a un cerdito robusto del asiento.

— Es todo un engorro. Kathleen la crió como animal doméstico y ahora no sabe comportarse como una cerdita. Tuve que encerrarla en el granero por su propia seguridad.

Harriet contempló perpleja a Peanut, que salió corriendo hacia la casa.

— ¿Un animal doméstico?

Patrick sacudió la cabeza.

— Es una cerdita doméstica. Kathleen solía decir que era mucho más lista y limpia que cualquier perro.

Harriet siguió a Peanut al interior de la cocina. Con el marcado aspecto de un cerdo agradecido por reencontrarse con las comodidades de una casa, Peanut se tumbó en el viejo felpudo frente a la cocina y se estiró a sus anchas para echar una siesta. Tan asombrado como podía estar un perro, Sansón salió de debajo de una silla y se puso a ladrar agresivamente, pero Peanut se limitó a rodar juguetonamente, como si fuera otro perro. Perplejo, el chihuahua se debatió entre avanzar y retroceder mientras calibraba al intruso. Finalmente, cada uno se quedó con un extremo del felpudo.

Patrick no tenía prisa por volver a casa. Aceptó una taza de té y con meticulosa seriedad le ofreció a Harriet unos cuantos consejos sobre la cría de animales. También le prometió llevarle un libro sobre pollos que había pertenecido a su madre.

Tolly se quedó en la casa hasta que el joven se marchó.

— Creo que ha hecho una conquista — le comentó a Harriet con una risita divertida —. Nunca había visto a este joven hablar tanto. Es muy callado, ¿sabe? Pero es de buena familia y tiene una granja.

Harriet se puso colorada ante la significativa valoración del viejo.

— No estoy buscando a un hombre, Tolly.

— Pero seguro que el amor la está buscando a usted, y no podrá escapar cuando la encuentre — replicó él, antes de marcharse con una sonrisa.

El amor, pensó Harriet desanimadamente, y soltó una amarga carcajada que resonó en las paredes de la cocina. Se había pasado casi toda su vida adulta

enamorada de un hombre que la había sustituido sin el menor escrúpulo. Tal vez fue esa falta de sentimientos y sensibilidad por parte de su ex novio lo que más le había dolido. Luke no había tenido el menor problema en seguir adelante una vez acabada la relación. Era como si ella hubiese estado enamorada de un hombre que no existía realmente, porque el hombre al que había amado y al que creía conocer nunca habría mostrado una indiferencia tan cruel a su sufrimiento. No había ninguna evidencia de que Luke hubiese dudado lo más mínimo antes de sucumbir a la atracción de su hermana menor.

Y eso le hacía preguntarse si Luke la había amado de verdad alguna vez o si simplemente había llegado a verla como un hábito más en su vida. ¿Se habría aburrido con ella? ¿Se habría sentido atrapado y agobiado con el compromiso? Recordó su poca disposición a fijar una fecha para la boda y vio el rechazo desde una perspectiva nueva y humillante. Era posible que hubiese sabido desde mucho tiempo antes que ella no era la mujer adecuada para él.

Fergal trajo a Bola de Nieve, la vieja yegua, que entró tranquilamente en su cuadra. Harriet la ensilló y salió a montar. Bola de Nieve recorrió lentamente el camino de tierra con inquebrantable buen humor; era lo que mejor convenía a Harriet y a su falta de práctica equina.

Mientras Harriet disfrutaba de su paseo con Bola de Nieve, Tolly le servía una copa a su patrón extraoficial y le contaba que Harriet Carmichael estaría probablemente casada antes de que acabara el año.

Rafael frunció el ceño y decidió tomarse a broma la predicción.

— ¿Has estado consultando la bola de cristal, Tolly?

— No hace falta. Patrick Flannagan se la comía con los ojos, y los más callados son siempre los más rápidos en actuar cuando aparece la mujer adecuada — opinó Tolly —. Aunque esa mujer tendrá mucho donde elegir.

— ¿En serio? — preguntó Rafael, alentándolo para que continuara —. Los buitres la están acechando, ¿no?

— A Fergal Gibson le gustaría sin duda tener alguna posibilidad... pero tiene encima a esa niñera infernal dispuesta a sacarle los ojos a cualquier mujer que mire dos veces a su chico.

— Eso es todo un obstáculo — admitió Rafael —. Pero tengo la absoluta certeza de que a Harriet no le interesa ningún hombre en estos momentos.

— Desde luego... eso es lo que siempre aparentan las mujeres ¡hasta que aparece el hombre adecuado! — declaró Tolly, con una convicción tal que le puso a Rafael los nervios de punta.

Diez días más tarde, antes de regresar a Ballyflynn de Inglaterra, Harriet hizo una valoración general de la situación.

Antes de haber salido de Irlanda, se había pasado dos días investigando la posibilidad de recaudar fondos para pagar el préstamo de Kathleen, pero la había echado para atrás su temor singular al fracaso. Había consultado a un abogado de Dublín y no había averiguado nada que pudiera consolarla. En cambio, le había

encantado recibir una llamada de su madre, quien le dijo que estaría de visita en Londres al mismo tiempo que ella. Animada por la perspectiva, pues no veía a su madre desde hacía varios meses, Harriet se había sentido lo bastante enérgica y dispuesta para tratar con la empresa de transporte que había contratado para trasladar sus muebles a Ballyflynn, y para entregarle finalmente las llaves de su apartamento londinense a su abogado.

De hecho, había acabado aceptando la realidad de que no podría reunir la cantidad de dinero necesario para hacer desistir a Rafael Flynn de su interés en la propiedad y el negocio.

Aquella tarde lo llamó al número que le había facilitado.

—Hola, soy Harriet Carmichael —se presentó con cautela.

Indiferente a la junta directiva, que se había quedado en silencio sepulcral en cuanto él respondió al móvil, Rafael curvó sus expresivos labios en una lenta sonrisa y contempló los tejados de Roma bajo un radiante cielo azul. Un destello relució en sus ojos dorados al oír el tono ansioso de Harriet.

—Harriet... —murmuró suavemente—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo una pregunta. ¿Aceptarías que te pagara el cincuenta por ciento del préstamo ahora más un porcentaje reducido de la propiedad?

—No hay trato —respondió Rafael sin dudarle un segundo.

—¿Sería posible alguna variación de las condiciones?

—No.

A Harriet no la sorprendió su intransigencia. Después de todo, Rafael tenía las cartas a su favor en lo que concernía al préstamo. Pero si ella elegía la opción alternativa las probabilidades estarían mucho más igualadas, y era posible que a Rafael no le se hubiera ocurrido pensar en eso. Respiró hondo y alzó el mentón, preparándose para hablar con el mayor ánimo posible.

—Entonces estamos hablando de... Hola, socio...

A Rafael le pareció muy divertida la sorprendente respuesta.

—Me temo que no me asocio con nadie —confesó con voz profunda y ronca.

—Oh sí, claro que sí. Lee la letra pequeña —le aconsejó Harriet animadamente, intentando sacarle el máximo partido a la situación—. Además, siendo tú el director general de Flynn Enterprises, hablaré contigo y sólo contigo. No me hagas discutir con nadie de rango inferior, por favor. Mientras tanto, he estado pensando y creo que con el toma y daca...

—Tampoco soy buen candidato para este tipo de propuestas.

—Con el toma y daca, algo podrá hacerse respecto a esa vista que tanto te disgusta desde tu ventana —siguió Harriet—. ¿Alguna vez te ha dicho alguien que tienes una actitud muy negativa?

Los brillantes ojos de Rafael relucieron aún más.

—No, tú eres la primera.

—Créeme, esto puede salir bien. Sé que saldrá bien. Puede que no sea lo que ninguno de los dos tenía pensado, pero...

—Como socia, tendrás que cenar conmigo —la interrumpió él, llevado por un simple propósito que nada tenía que ver con los negocios.

—No creo que tenga tiempo. Como en estos momentos no puedo permitirme contratar a un mozo de cuadra, estaré muy ocupada limpiando el estiércol y dando

de comer a los caballos, así como explorando nuevas vías de negocios. Avísame cuando puedas concertar una reunión para discutir las posibilidades.

Harriet finalizó la llamada con un estremecimiento de satisfacción. ¿Cenar con él? ¡Tenía que estar bromeando! Para cuando hubiese acabado de despreciar todas las propuestas que ella pensaba hacerle, se habría cansado de ser su socio y se mostraría mucho más razonable a los términos de una negociación.

A la mañana siguiente visitó a su madre en su hotel de lujo. Vestida con un traje exquisito de la exclusiva moda parisina, Eva besó a su hija en cada mejilla y se sentó en un sofá. Aunque su madre era varios centímetros más alta que ella, Harriet siempre se sentía torpe y desgarbada junto a su figura esbelta y delicada, y se preguntaba cómo era posible que Joseph Tolly hubiera visto un parecido entre ellas. Las dos tenían el mismo color de pelo, pero los rasgos de su madre eran tan perfectos que incluso en la cuarentena seguía atrayendo miradas de rendida admiración.

—Tengo una gran sorpresa para ti —anunció Eva alegremente—. Como sabrás, Gustav tiene muchos contactos en el mundo de los negocios. Un amigo suyo va a abrir una agencia de publicidad en París. Todo lo que tienes que hacer es llamar a este número y concertar una entrevista —dijo, poniendo una tarjeta de visita en la mesita con una floritura.

—Pero yo no estoy buscando otro trabajo —alegó Harriet, mirando a su madre con asombro—. Estoy muy agradecida de que tu marido se tome la molestia de buscarme algo, pero...

—Gustav ha estado encantado de poder ayudar. No creo que puedas hacerte una idea de lo preocupados que hemos estado por ti —replicó Eva con una pizca de censura en la voz.

Harriet se puso colorada y decidió no preguntar a quién se refería exactamente su madre al hablar en plural.

—Bueno, no era mi intención preocupar a nadie. Un trabajo en París... Dios mío, ¡sería fantástico para perfeccionar mi francés!

Eva habría fruncido el ceño, de no ser porque su frente era una zona libre de arrugas gracias a las inyecciones de Botox.

—La agencia será bilingüe. Me quedaré muy decepcionada si no piensas seriamente en esta oportunidad. Tienes que volver a tu vida.

La incomodidad de Harriet aumentó. No era propio de su madre entrometerse tanto en sus asuntos, y eso la inquietaba. Entrelazó las manos y miró fijamente a Eva.

—En estos momentos siento que mi vida está bien encaminada. Aprecio lo que intentas hacer por mí, pero podría encontrar otro trabajo en publicidad si quisiera. Para ser sincera, te diré que prefiero trabajar con caballos...

—Pero estás tirando tu vida por la borda —la acusó Eva—. ¡Ballyflynn está en el fin del mundo! Nunca podrás hacer fortuna allí...

—No es mi intención hacer fortuna. ¿Por qué te molesta tanto lo que estoy haciendo? —le preguntó Harriet, decidiendo formularle finalmente la espinosa pregunta. Era dolorosamente consciente de que su traslado a Irlanda irritaba sobremanera a su madre, aunque ésta no quisiera reconocerlo.

—No me molesta —protestó Eva, pero no pudo ocultar el resentimiento de su tono reprobatorio—. Pero ya me dirás qué puede ofrecerte un lugar como Ballyflynn.

—La oportunidad de vivir en el campo y trabajar con caballos... y la sensación de estar unida a mi familia.

—¿Qué? —espetó Eva con manifiesto desdén—. ¿Con un padre al que ni siquiera conoces y al que debería alegrarte no conocer?

Se hizo un silencio sepulcral. Harriet se puso pálida ante la mención de un hombre cuya existencia Eva había fingido ignorar. El corazón le latía con fuerza.

—La verdad es que no me estaba refiriendo a mi padre. Me refería a Kathleen Gallagher y al hecho de que tú hubieras crecido allí. ¿Por qué dices que debería alegrarme de no conocer a mi padre?

Eva apartó la mirada del intenso escrutinio al que la sometía su hija.

—Yo no he dicho eso.

—Sí, lo has dicho —insistió Harriet con expresión afligida—. ¿Te agredió? ¿Fui yo el resultado de una violación? Si es ésa la razón por la que nunca has querido hablarme de mi padre, preferiría saberlo.

Eva arqueó una ceja y arrugó la nariz en una mueca de desprecio ante una sugerencia semejante.

—Pues claro que no fui violada.

Harriet sintió un inmenso alivio por su respuesta. En más de una ocasión se había preguntado si el empeño de su madre por guardar silencio podría ser su manera de ocultar alguna verdad inconfesable. Al mismo tiempo había sido igualmente consciente de que su madre tendía a ignorar o rechazar cualquier cosa que la hiciera sentirse incómoda. Por aquella razón nunca habían hablado tampoco de la aventura entre Alice y Luke.

—Entonces dime por favor quién es mi padre.

Eva le lanzó una mirada furiosa de reproche.

—¿Por qué sigues insistiendo cuando sabes perfectamente que me niego a hablar de eso? Tengo derecho a proteger mi intimidad. Créeme, no importa para nada quién fuera tu padre.

—Lamento ser tan persistente. No quiero hacerte enfadar. Pero a mí sí me importa saber quién es mi padre. Lo único que quiero es que me digas su nombre —confesó Harriet—. Significa mucho para mí; de otro modo no se me ocurriría sacar un tema que sé que tanto te disgusta. Y te estaría enormemente agradecida si me dieras alguna idea de lo que pasó, de modo que pudiera conocer mi propia historia.

Eva hizo girar sus ojos azules en un gesto de exasperación.

—¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo, Harriet? —la reprendió con irritación—. Te he invitado porque pensé que podría inculcarte un poco de sentido común al tiempo que te hacía un favor. Gracias a Gustav tienes la oportunidad de conseguir un trabajo magnífico y empezar de nuevo en París.

—Sí —admitió Harriet con un suspiro, profundamente dolida por haber arruinado el encuentro con su madre—. Pero por desgracia no quiero vivir en París.

—Pensé que esto te ayudaría a superar esa tontería con Luke.

—¿Tontería? —repitió Harriet, horrorizada por la palabra que había utilizado su madre y que trivializaba de un modo inaceptable la traición que casi la había destrozado por completo.

Su madre expulsó un profundo suspiro.

—Mira, no sé cómo decirte esto, y no me importa admitir que detesto cargar con la responsabilidad... pero no hay nadie más para hacerlo, así que ahí va: Alice y Luke están comprometidos y ya han fijado una fecha para su boda.

La poca sangre que aún le fluía por las venas abandonó el rostro de Harriet. Asqueada por las náuseas que le revolvían el estómago, forzó una tímida sonrisa y se obligó a no mostrar la menor reacción. Aunque en realidad no importaba cómo reaccionase, ya que Eva tuvo mucho cuidado de no mirar directamente a su desolada hija.

—¿Cuándo... cuándo es la boda? —se oyó a sí misma preguntar, aunque en el fondo no quería saberlo.

—En agosto. A tu hermana le gustaría que fueras su dama de honor.

Por si Harriet no se sintiera ya lo bastante pisoteada, aquella sugerencia terminó de rematarla.

—Tú y Alice estabais muy unidas. Te echa de menos. Y no quiere que los amigos y familiares piensen que hay problemas entre vosotros tres. Tienes que aceptarlo, Harriet.

—Ya lo he aceptado, pero eso no significa que esté preparada para acompañar a Alice en la iglesia como su dama de honor. Creo que eso sería ir demasiado lejos para todos —mientras hablaba se sentía como si se hubiera congelado de los pies a la cabeza, ya que no se atrevía a expresar ninguna emoción. No quería recibir compasión ni mostrar sus verdaderos sentimientos. Pero sobre todo la aterraba que su madre pudiera revelarles esos sentimientos a Alice y a Luke. Estaba dolorosamente claro por quién había tomado partido.

Una hora más tarde, sin haber probado bocado del copioso almuerzo que tan elegantemente había sido servido, Harriet besó la fría y perfumada mejilla de su madre y se marchó. La aparente indiferencia de Eva la había traspasado como un cuchillo. ¿Era inevitable que Alice fuese su hija favorita? Alice, tan hermosa, encantadora y segura de sí misma, quien nunca había dejado de estar unida a su madre. Harriet no soportaba pensar en Alice y Luke estando comprometidos y preparando una boda. Aunque tampoco era sensato hundirse en pensamientos semejantes cuando había prometido que pasaría el resto de la tarde en casa de su padrastro.

El domicilio Carmichael era muy animado y ruidoso, y a primera vista siempre parecía estar atestado de críos. Sólo habían pasado seis años desde que Will Carmichael cambiara de profesión y se embarcara en una nueva carrera como profesor de ciencias en un instituto de enseñanza media. Allí había conocido a Nicola, una profesora de arte veinte años menor que él, y en un corto periodo de tiempo se había encontrado casado y con gemelos. Josh y Jake tenían ya cuatro años y la pequeña y encantadora Emily tenía dos.

Harriet se había alegrado de que Will, cuyo amor propio había quedado devastado por las infidelidades de Eva, hubiera encontrado finalmente la felicidad y una nueva familia con otra mujer. Sus hijos «verdaderos», como recalcó Nicola el día en que nacieron los gemelos. Harriet había ocultado entonces su malestar, consciente de que Nicola no lo decía con intención de causar daño. Al contrario; Nicola siempre había recibido con los brazos abiertos a la hijastra de su marido.



—Nunca me gustó Luke —le confesó Nicola mientras le tendía una taza de café. Sin malgastar una gota de energía, la enérgica mujer rubia le prohibió a Emily que no le tirara de la cola al gato y les advirtió a los gemelos que si no dejaban de pelearse se irían de inmediato a la cama.

—¿No? —preguntó Harriet, intentando parecer despreocupada y ocultando su consternación por sacar una vez más el controvertido tema. Por lo visto Nicola había decidido que ya había pasado el tiempo suficiente para poder abordar el asunto sin rodeos.

—No. Luke siempre pensaba que era un hombre especial. Nunca he conocido a tu hermanastra, pero por lo que dice Will, también ella parece estar muy pagada de sí misma. Las parejas como ésa no duran mucho —declaró en tono de consuelo—. Sus egos se estrellan inevitablemente.

El deseo de revelar los planes de boda de Alice y Luke era demasiado fuerte, pero Harriet consiguió resistirse a la tentación y esconder la noticia en lo más profundo de su subconsciente.

—Estás muy callada —comentó Will Carmichael mientras la llevaba en coche al aeropuerto—. O bien mis hijos te han agotado las fuerzas o bien te ocurre algo malo.

Harriet pensó en hablarle de las dificultades económicas de su herencia irlandesa y de su nuevo socio, pero no era eso lo que más le importaba. Todo su ser estaba siendo consumido por la revelación que su madre le había soltado horas antes.

—Luke y Alice van a casarse en agosto.

Su padrastro la miró horrorizado por un instante, antes de devolver la atención a la carretera. Tras unos segundos de incómodo silencio, la tomó de la mano y se la apretó fuertemente. No dijo nada. No había necesidad de decir nada. Harriet supo que lo entendía. Y sabía que estaba sufriendo por ella. Los ojos le escocieron por las lágrimas contenidas, pero consiguió mantener la compostura gracias a su férreo autocontrol. No quería llorar delante de su padrastro y preocuparlo aún más. Will había sido un apoyo fundamental para ella cuando su vida se había desmoronado. De eso ya hacía más de dos meses; iba siendo hora de superarlo... Pero no creía que jamás pudiera perdonar a Luke y a Alice hasta el extremo de ser la dama de honor de su hermana.

Harriet recogió a Sansón de camino a casa desde el aeropuerto de Kerry. El chihuahua le dio una entusiasta bienvenida, y Tolly pareció bastante triste de ver partir a su huésped canino. Eran más de las ocho cuando llegó a su casa.

Peanut estaba durmiendo, pero se despertó en cuanto ella entró y se puso tan frenética al verla como Sansón. A pesar de su humor sombrío, Harriet no pudo evitar una carcajada. Sacó una botella de vino del armario y se sirvió una copa. Fergal le había advertido que el vino casero de Kathleen era letal, y esperó que la ayudara a conciliar el sueño. Aquella noche estaba decidida a quemar todo lo que le recordara a Luke.

Una le había dejado una nota en la mesa, pero su caligrafía y gramática eran tan pobres que a Harriet le costó varios minutos descifrarla. Venía a decir que los animales habían sido atendidos, lavados y alimentados y que no había que preocuparse más por ellos durante la noche. A Harriet la sorprendió que una chica

tan brillante apenas fuera capaz de expresarse por escrito, y se preguntó vagamente si Una sería disléxica, recordando los esfuerzos similares que le había visto a una amiga del colegio.

En ese momento empezó a sonar su teléfono móvil.

— Soy Boyce — anunció su hermano menor con su brusquedad habitual —. ¿Estás bien, pequeña?

— ¿A quién llamas «pequeña»? Sólo tienes veintiún años. ¿Tienes idea de cuánto tiempo hace que no sé nada de ti? Te has hecho tan famoso que apenas puedo verte ya.

— Eres peor que una novia — se quejó Boyce.

Harriet sonrió.

— ¿Sigues de gira con el grupo?

— Sí, pero volveré pronto a Londres, y estoy pensando en ir a Irlanda a hacerte una visita.

— Me encantaría verte — le dijo ella efusivamente —. Pero te advierto... la casa es muy poca cosa.

— Sólo quiero un lugar tranquilo y privado para descansar. Estoy rendido — le confesó Boyce.

Apenas habían pasado tres años desde que Boyce y tres amigos formaron 4Some, uno de los grupos con más éxito en la industria discográfica. Boyce era el cantante y el líder. Acosado por hordas de chicas histéricas allá adonde fueran, 4Some estaba de gira mundial, tocando en aforos llenos y ganando una fortuna, pero la agenda de su hermano era demasiado exigente y agotadora.

— ¿Me prometes que no le dirás a nadie que voy a quedarme contigo? — le preguntó Boyce con cierta inquietud —. No puedes confiar en que la gente no se vaya de la lengua con la prensa, y quiero disfrutar de tranquilidad total.

— Aquí la encontrarás — le prometió Harriet.

— Aún no me has dicho cómo estás — dijo él, notablemente afectado —. Si te sirve de consuelo, creo que Luke es un idiota y no puedo creer que Alice se haya enamorado de él.

— ¿De verdad lo ama? — preguntó Harriet sin pensarlo siquiera.

— Eso dice ella, pero no la estoy excusando — declaró Boyce, incómodo —. No me pidas que tome partido, por favor.

— No lo haré. Mejor no hablemos del tema.

Cuando Boyce colgó, Harriet tenía el rostro tenso por la emoción contenida. Fue al dormitorio y sacó la caja que había guardado debajo de la cama el día de su llegada. Era una caja con recuerdos demasiado preciados que debería haber dejado en Londres, se recriminó a sí misma. Debería haberlo tirado todo después de descubrir a Luke en la cama con Alice, no haberse llevado las cosas a Irlanda.

¿De verdad Alice amaba a Luke? ¿Y qué diferencia suponía eso? Agarró el reproductor de CDs y la botella de vino y sacó la caja al campo. La vació y se dirigió hacia los establos a buscar lo necesario para encender un fuego.

La voz dulzona que había acompañado la noche en la que conoció a Luke vibraba en el reproductor de CDs. Harriet se arrodilló y encendió el fuego con manos temblorosas. La angustia y la agonía la acosaban. Luke nunca la había amado del modo en que amaba a Alice: era evidente que no podía esperar por llevarla al altar,

pues ya tenían fecha para la boda. Con el corazón destrozado, Harriet permitió que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Volvió a poner la canción en el CD y tomó otro trago del vino casero. ¡Luke iba a ser su cuñado y ella tendría que aprender a vivir con eso! Pero ¿cómo podía aprender a vivir con un dolor semejante?

—Es una hora muy extraña para encender una hoguera —comentó una voz profunda y familiar, sacándola de sus divagaciones—. Vi el resplandor desde Flynn Court y decidí venir a comprobar si había peligro de que ardieran las cuadras.

—No soy tan estúpida —protestó ella, girando la cabeza a regañadientes.

Rafael Flynn estaba a un metro y medio de distancia. Su silueta se recortaba contra el cielo estrellado, y visto desde de la posición de Harriet parecía increíblemente alto y autoritario.

—Agradezco tu preocupación, pero no estoy de humor para tener compañía —añadió duramente.

—¿Esta muestra de sentimentalismo está destinada a hacerme sentir mal por nuestras negociaciones? —le preguntó él secamente.

Algo en el interior de Harriet explotó.

—¡Malditos seáis... los hombres! —espetó, emprendiéndola contra él—. ¿Por qué estáis todos igual de obsesionados? Mi ex novio me acusó de dejar el país para hacer que se sintiera mal. Ahora tú piensas que estoy representando una especie de melodrama por llamar tu atención. Bueno, pues ya puedes ir despertando y uniéndote al mundo real. ¡En estos momentos me importa un bledo esta estúpida sociedad! Tengo cosas mucho más importantes en la cabeza.

Acostumbrado a que las mujeres expresaran su insatisfacción de un modo mucho más retorcido, Rafael pensó que Harriet era maravillosamente directa a la hora de expresar sus sentimientos.

—¿Como cuáles?

—¡El hombre al que amo va a casarse con mi hermana en agosto! —exclamó ella. Agarró una de las fotos del montón que tenía al lado y la arrojó al fuego—. Por eso estoy quemando todo esto.

Rafael se agachó y tomó una foto.

—¿Qué haces? —chilló ella. Se levantó de un salto e intentó arrebatarle la foto de la mano.

—Fomentando tu piromanía... ¿Éste es él? ¿La causa de tus penas? —extendió la foto de Luke para que ella la viese, pero manteniéndola deliberadamente fuera de su alcance.

Harriet decidió que no podía perder la dignidad en una lucha absurda y se cruzó de brazos mientras asentía bruscamente.

—Sufrirá de sobrepeso al llegar a los cuarenta. Ya empieza a quedarse calvo... y no es muy alto —comentó Rafael irónicamente—. Tendrías que darle un premio a tu hermana por habértelo robado. ¡Se ha quedado con un hombre bajo, gordo y de calva incipiente!

—La mayoría de las mujeres cree que Luke es muy presentable.

Harriet estaba furiosa por la insolencia de Rafael. Además, una cosa era haberle dicho que aún estaba superando una ruptura sentimental, pero ser pillada in fraganti cuando se disponía a quemar las fotos, los recuerdos y los CDs era demasiado embarazoso.

—Deberías mirarlo con ojo crítico —observó él, volviendo a mirar la foto—. Yo sólo veo a un señor bastante ordinario, no a un príncipe de cuento.

¿Ordinario? Era curioso, pero ella no se había dado cuenta hasta entonces de que Luke empezaba a tener entradas, o que una papada amenazaba su barbilla. Definitivamente le había gustado su forma de cocinar. El resto había sido una mentira. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar las románticas veladas en las que ella le había preparado la cena mientras él le contaba cómo había sido su día en el trabajo.

—Lárgate —le ordenó con voz baja y débil.

—Mi intención es acelerar el proceso de recuperación —dijo él, impertérrito.

—Estás molestándome. Estoy intentando revolcarme en la autocompasión, ¡y a nadie le apetece hacerlo con alguien delante! —la cabeza le daba vueltas por la combinación de la brisa nocturna y el vino.

—Seré una compañía totalmente objetiva.

—Pero no deberías estar aquí... Esto es un ritual femenino. La música, las lágrimas ¡y el fuego para quemar las fotos!

Rafael se agachó junto al montón de recuerdos y lo observó con una ceja arqueada.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ese enano? ¿Una vida entera?

Harriet se ruborizó intensamente y volvió a agacharse.

—Él no era ningún enano y... Oh, por amor de Dios. Hace ocho años que lo conozco. Al principio sólo éramos amigos, pero durante los últimos cinco años fuimos pareja.

—Todo ese tiempo... —murmuró Rafael, sacudiendo la cabeza con sincero asombro ante un compromiso tan duradero—. Me parece de muy mal gusto... por no decir una obsesión.

—¡Yo lo quería!

—¿Te das cuenta de que ya estás hablando en pasado? —observó él sin ocultar su satisfacción.

—¿Crees que no sé que tengo que superar esto? Pero no es fácil seguir adelante sin alguien que ha sido una parte fundamental en mi vida. ¿Nunca te han hecho daño?

Los ojos dorados de Rafael se entornaron y reflejaron el resplandor de las llamas.

—Una vez, cuando era joven... Pero nunca más.

—Estupendo, ¡así que te dedicas a ofrecer consejo cuando en realidad eres una persona herida emocionalmente que se enamora como la gente normal! —lo acusó ella.

Rafael mostró su desacuerdo con una brusca carcajada.

—No estoy herido en absoluto. He visto la angustia que provocan las tonterías sentimentales, y hace mucho que decidí que no volvería a cometer ese error. ¿Puedo?

Harriet asintió y vio cómo él probaba el vino directamente de la botella. Tuvo que reprimir el ridículo impulso de ir a la cocina en busca de un vaso, como correspondería a una buena anfitriona.

—Demasiado dulce para mi paladar... pero es fuerte —comentó Rafael—. Sospecho que te provocará una buena resaca.

Desafiando la advertencia no solicitada, Harriet le quitó la botella y tomó un trago. Rara vez probaba el alcohol, pero se negó a preocuparse por los efectos. Estaba harta de tomar siempre el camino más seguro y sensato. Alice nunca lo había hecho y era

la que iba a recorrer el pasillo de la iglesia al ritmo de la Marcha Nupcial. Metió otro CD en el reproductor y bajó el volumen sólo porque vio la mueca de desagrado que ponía Rafael.

— ¿Cómo has conseguido no volver a enamorarte? —le preguntó con interés, a pesar de sí misma. La mera idea de volver a arriesgar su corazón le parecía aberrante. Por otro lado, la perspectiva de estar sola el resto de su vida, con la única compañía de Sansón y Peanut, no le parecía tan atractiva como debería ser.

— Muy sencillo —respondió Rafael con una seguridad aplastante en sí mismo—. Es una cuestión de autodisciplina.

Harriet se quedó muy impresionada por aquella respuesta, ya que con frecuencia había sospechado que la causa principal de sus mayores pesares era precisamente la falta de determinación. Necesitaba más fuerza de voluntad. Había estudiado una carrera que en el fondo no era de su agrado sólo por complacer a su padrastro, y luego había aceptado un trabajo de gran presión sólo para hacer feliz a Luke. Una y otra vez los deseos de los demás habían influido drásticamente en sus decisiones. ¿Por qué tenía aquella apremiante necesidad de satisfacer a los demás más que a sí misma? Aunque... ¿esas personas no habían sido las que ella amaba?

Ahora intentaba imaginarse cómo sería tener la autodisciplina necesaria para disfrutar de una relación sin ceder al peligroso deseo de aferrarse a esa persona para siempre. Así habría de ser, pensó tristemente mientras contemplaba una foto en la que aparecían Luke y ella en una fiesta de la universidad. Rápidamente la tiró a las llamas. Aquella noche había sido tan feliz y tan ingenua que le había confiado su vida a Luke. Pero no quería albergar memorias visuales del novio de Alice, ni tampoco guardar los recuerdos de un pasado que sería mejor olvidar.

— ¿Cuestión de autodisciplina? —repitió, y se permitió mirar a Rafael por primera vez desde que invadiera sin contemplaciones su particular ceremonia incendiaria.

Inmediatamente se vio absorbida por la cautivadora presencia de aquel cuerpo grande, poderoso y relajado. No podía negar lo obvio. Rafael Cavaliere Flynn era un hombre arrebatadoramente guapo y atractivo. De hecho, la simple contemplación de sus rasgos fuertes y carismáticos podría convertirse fácilmente en una adicción. Pero una adicción inocente, pensó Harriet. Después de todo, mientras siguiera enamorada de Luke no corría el menor peligro de enamorarse de un hombre que estaba tan fuera de su alcance como un alienígena de un lejano planeta. Un hombre, además, con quien ninguna mujer en su sano juicio podía albergar la menor esperanza de echar raíces. Por tanto, alentada por la nula posibilidad de tenerlo como pareja, se permitió admirar sin tapujos las ardientes profundidades de sus ojos dorados, que eran verdaderamente espectaculares.

— ¿Cuándo empezó Luke a ver a tu hermana? —le preguntó él, consciente de que al fin había conseguido su plena atención. Lo divertía no poder recordar cuándo había tenido que esforzarse por despertar el interés de una mujer.

Harriet se lo dijo. Le contó cómo lo había descubierto y lo destrozada que se había quedado. Luego, al ser animada para que se extendiera en varios puntos, llegó a contarle cómo había sido toda su relación con Luke, desde sus comienzos hasta su amargo final. Fue como soltar una confesión, aunque cualquier tentación de entretenerse con detalles irrelevantes fue implacablemente atajada por su

interrogador, quien se negó a mostrar la menor impresión o compasión... hasta que Harriet le reveló la oferta que había recibido para ser dama de honor.

En ese punto la expresión de Rafael se endureció visiblemente.

— ¿Me tomas el pelo?

— No. Sospecho que es la forma que tienen mi madre y Alice para fingir que Luke y yo nunca estuvimos hechos el uno para el otro —invadida por la tristeza, Harriet arrojó al fuego un montón de fotos y un pingüino de peluche con un corazón rojo de satén—. No quiero que se case con él. Es tan mezquino y egoísta por mi parte...

Rafael intentó no sonreír mientras ocultaba subrepticamente la botella de vino y el reproductor de CDs, antes de que ella pudiera darse cuenta de que las desgarradoras canciones de desamor y traición habían acabado.

— No creo que en ti haya la menor malicia.

— ¿Qué sabrás tú de eso?

— Posiblemente más que tú —repuso él, pensando en las mujeres que había conocido. Harriet era terriblemente sincera y no hacía oídos sordos a su conciencia.

Pero al ver la expresión interrogativa de sus brillantes ojos azules, decidió no asustarla con historias de mujeres extremadamente astutas y codiciosas. En vez de eso, se limitó a levantar una mano y apartarle un mechón de pelo rojizo que le caía sobre la mejilla.

A Harriet se le dilataron las pupilas y se le hizo un nudo en la garganta.

— Se supone que estoy quemando mis cosas... no hablando contigo.

Como si estuviera dispuesto a ayudarla, Rafael agarró algunos objetos y los arrojó al fuego.

— ¿Siempre haces lo que se supone que tienes que hacer?

El timbre intenso y profundo de su poderosa voz despedía una intimidad que recorrió la tensa espalda de Harriet como una suave caricia. Un ligero estremecimiento la sacudió y, como si temiera romper el hechizo que la tenía embelesada, asintió con la cabeza.

— Sí.

— Eso es ser demasiado predecible.

— Querrás decir aburrido.

— Te preocupas demasiado por todo. No puedes tomar todas las decisiones como si estuvieras siguiendo una especie de reglamento —la censuró Rafael, avivándole el calor de la mejilla con su aliento—. Tienes que aprender a disfrutar de ti misma otra vez.

Sus ojos parecían de oro fundido a la luz de la hoguera. Harriet intentó respirar hondo una vez más.

— ¿Por qué no estás haciendo lo que hacen los multimillonarios un viernes por la noche?

Su rostro esbelto y atractivo permaneció enervantemente inexpresivo.

— ¿Y qué es lo que hacen?

Harriet se encogió tímidamente de hombros, para dar a entender que no tenía la menor idea de lo que hacían los multimillonarios en sus fines de semana.

— Algo en sus yates o aviones privados... Jugar en un casino... esquí acuático... celebrar una gran fiesta con un montón de hermosas mujeres... No estar contemplando una hoguera en un prado de Irlanda...

— Te estoy contemplando a ti.

Su mirada era tan intensa y penetrante que le dejó la boca seca. Y entonces Rafael inclinó la cabeza y la besó como si fuera lo más natural del mundo.

Sabía a humo, vino y sexo. Harriet se estremeció por la excitación y la emoción, pero al mismo tiempo la aterraba lo que estaba sintiendo. Incluso estando mareada por el vino, podía reconocer que estaba en manos de un hombre extremadamente sensual y experimentado.

Cuando él la soltó, ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

— Eres perfecto para una aventura — murmuró sin pensar en lo que decía.

Rafael se quedó rígido de repente.

— ¿Cómo?

— Dios mío... ¿he dicho eso en voz alta?

— Eso parece... así que explícate.

Harriet dejó escapar una carcajada y se concentró en lo que iba a decir.

— ¿Qué hay que explicar? Eres un hombre con una reputación salvaje y aventurera...

— ¿Y tú en cambio eres del tipo de «hasta que la muerte nos separe»?

— Yo estaba con Luke.

Una débil sonrisa se dibujó en los firmes labios de Rafael.

— A él lo elegiste para pasar el resto de tu vida, ¿y a mí sólo me ves útil para una aventura?

Harriet se dio cuenta entonces de que su fría sonrisa no alcanzaba sus ojos y tragó saliva con dificultad. ¿Lo había ofendido? ¿Cómo era posible que ella pudiera ofenderlo? Rafael Cavaliere Flynn tenía fama de ser un mujeriego. Incluso él mismo había admitido que en su vida no entraba el amor. Ella admiraba su frialdad y deseaba emularlo para poder olvidar a Luke y el dolor de la traición. ¿Por qué la pasión sin cadenas tenía que ser un privilegio masculino?

— Por favor, no te lo tomes como un insulto — le murmuró arrepentidamente, pues en algún momento había empezado a disfrutar del estímulo que le provocaba su presencia.

Rafael se encogió de hombros en un gesto típicamente italiano.

— ¿Cómo podría considerar un insulto una verdad semejante?

— Besas de maravilla — añadió ella, pero enseguida se llevó una mano a la boca y ahogó un gemido—. Esto tampoco debería haberlo dicho. Tápatelo los oídos... ¡No escuches nada!

Rafael observó las fotos que aún quedaban por quemar y las arrojó a las brasas, para luego empujarlas con el pie hacia la destrucción. Harriet estaba loca de amor por un hombre que podría hacer de modelo en catálogos de gnomos para el jardín. Sólo había bebido el equivalente a dos pequeñas copas de vino, pero a juzgar por las tonterías que estaba diciendo era evidente la poca tolerancia que tenía al alcohol. ¿Que era perfecto para una aventura? ¿Así era como lo veía? ¿Como una especie de gigoló que sólo servía para una noche? Era una opinión demasiado ofensiva, incluso para él.

Harriet se dispuso a levantarse, pero la cabeza empezó a darle vueltas y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Rafael se irguió en toda su estatura y alargó una mano fuerte y esbelta para ayudarla.

— Antes de irme quiero ver cómo entras en casa.

— Tienes muy buenos modales. Eso me gusta — murmuró, balanceándose ligeramente hasta que él le rodeó la espalda con un brazo y la mantuvo firmemente sujeta.

— Estoy encantado de que te hayas dado cuenta.

Harriet quería seguir siendo la mujer nueva y valiente que se había propuesto ser, así que se soltó de su agarre y echó a andar en dirección más o menos recta sobre la hierba. Sin embargo, Rafael la ayudó a salvar la valla y luego saltó él mismo con la agilidad de un atleta para acompañarla a través del patio.

— Te invitaría a pasar, pero me caigo de sueño — le confesó ella —. ¿Cuándo vamos a tener una reunión de negocios?

— Tengo que ir a Nueva York — respondió él. Una profunda decepción invadió a Harriet.

— Oh...

— Hablaremos mañana a las dos de la tarde. ¿En mi casa o en la tuya?

— Aquí será mejor.

— Mientras tanto, nunca te devolví el amistoso saludo que me diste por teléfono — dijo él. Le clavó la mirada en sus ojos inocentes y desconcertados y tiró de ella hacia su cuerpo alto y musculoso —. Hola, socia...

Y diciendo eso, la besó hasta dejarla sin el poco aliento que le quedaba. Harriet no se esperaba el beso y no tuvo tiempo para levantar sus defensas, de modo que se zambulló en el calor de la pasión que estallaba en su interior. Jadeando, temblando y dolorosamente consciente de la reacción que despertaba hasta el último de sus nervios, se sorprendió de la fuerza seductora de su propio placer. No quería respirar ni quería que él se detuviera. Sólo quería permanecer donde estaba y sentir lo que estaba sintiendo para siempre.

Pero Rafael abrió la puerta que tenía tras ella, la hizo entrar en la cocina y le dio las buenas noches. Durante unos minutos Harriet se quedó de pie y a oscuras, completamente aturdida, sin saber muy bien lo que le había pasado.



## Capítulo 4

A la mañana siguiente, Harriet se resistía a despertar. Un remolino de fuego giraba vertiginosamente en su cabeza, y ella se aferraba al dolor con la convicción masoquista de que se merecía sufrir por haber abusado tontamente el vino.

Y luego estaba el beso de Rafael Flynn... No podía dar crédito a lo ocurrido. Posiblemente el aislamiento al que se veía confinado en el condado de Kerry lo había empujado a bajar sus exigencias. Por lo que ella había visto, Ballyflynn no rebosaba precisamente de mujeres jóvenes y guapas. Pero entonces recordó que Rafael no la había besado una vez solamente. Lo había hecho en dos ocasiones... y las dos veces se había empleado a fondo. Naturalmente, había una explicación más obvia: ella estaba en el lugar y el momento oportunos y él tenía ganas. Aquello parecía tener sentido, ya que era perfectamente natural que un reconocido mujeriego viese más que ganas de pasarlo bien.

Los golpes que sonaron en la puerta del dormitorio le hicieron soltar un gemido de autocompasión. La puerta se abrió con un chirrido.

— ¿Harriet? — la llamó Una —. ¿Quieres recibir tu primera clase de trenzado?

Harriet se sentó de un respingo en la cama, ignorando el terrible dolor de cabeza.

— Sí... buena idea.

— Llevo aquí más de una hora, pero te he dejado dormir hasta tarde — dijo la joven desde el umbral.

Harriet miró angustiada el reloj despertador y vio que sólo eran las siete de la mañana.

— Dame diez minutos — le pidió a Una con una valerosa sonrisa.

— Todo ha estado muy tranquilo por aquí mientras estabas fuera. Apenas he visto a Fergal — se lamentó Una, mientras le enseñaba a trenzar la crin de Bola de Nieve —. Empiezo a pensar que me está evitando.

— Supongo que estará muy ocupado — sugirió Harriet, intentando sin mucho éxito seguir el ejemplo de la joven —. Pero tengo que discutir un par de cosas con él. ¿Sabes dónde podría encontrarlo a media mañana?

— En Dooleys Bar, por supuesto — respondió Una, obviamente sorprendida por lo que ella consideraba una pregunta innecesaria.

Harriet la miró con ojos muy abiertos, pero no hizo ningún comentario y se ofreció para llevarla a casa. Hacía una mañana espléndida, y mientras esperaba a que Una cargara su bicicleta en la camioneta, se quedó junto a la valla admirando los verdes prados que se extendían hasta la franja de arena blanca y las centelleantes aguas del Atlántico. Era una vista tan hermosa que casi hacía daño a los ojos.

— Corre el rumor por el pueblo de que has tenido una pelea con Rafael Flynn. Está visto que eres mucho más descarada de lo que pareces — le dijo la joven con una mirada burlona.

Harriet se puso colorada al recordar el beso de la noche anterior.

— ¿No crees que tenga que evitarlo? — se apresuró a preguntar para disimular el rubor.

— No, ¡si tienes el valor de luchar contra él, podrías ser su mujer ideal! Harriet se echó a reír.

—No lo creo.

Una le pidió que la dejara en el centro de Ballyflynn. Era día de mercado y la calle principal estaba muy atestada de gente y puestos improvisados. Harriet compró verduras frescas y sintió una punzada de remordimiento al pensar que aún tenía que preparar el terreno para su propio huerto.

Dooleys Bar parecía compartir el mismo edificio que la oficina de correos. Harriet atravesó las puertas pintadas de verde y entró en una sala acogedora con el suelo de losas y el fuego encendido. El olor de la turba ardiendo la hizo pensar en los extensos páramos y brezales que había por cultivar.

El bar estaba abarrotado de granjeros. Todos se giraron para mirarla y algunos la saludaron. A Harriet le pareció divertido que a pesar de que no había visto antes a ninguno de ellos todo el mundo sabía quién era.

—¿Cómo estás? —le preguntó Fergal alegremente.

Harriet se avergonzó de sí misma por sus suposiciones mezquinas. Fergal no estaba sentado en un taburete bebiendo cerveza, sino detrás de la barra sirviendo las bebidas.

—Se han producido algunos cambios en las cuadras, pero podemos hablar más tarde.

—Fergal... yo me ocupo de la barra mientras te tomas un descanso —dijo una mujer menuda de piel blanca, asomándose desde detrás del mostrador de correos. Tenía hecha la permanente y unos ojos agudos y penetrantes—. ¿Por qué no me presentas a tu nueva amiga?

Por alguna razón, aquella petición hizo que Fergal se pusiera tan rojo como un tomate, al tiempo que un silencio sepulcral invadía el bar.

—Mamá...

Atónita porque la amistosa bienvenida de su madre hubiera convertido a Fergal en un muchacho tímido y balbuceante, así como por el repentino interés de los parroquianos, Harriet se apresuró a intervenir.

—Señora Gibson... soy Harriet Carmichael.

—Encantada de conocerla. Fergal... ¡no hagas esperar a la señorita! —apremió la señora a su hijo—. ¿Dónde le gustaría sentarse?

—Gracias, pero iremos mejor a la cafetería —dijo Fergal, abriendo con presteza la puerta para que Harriet saliera.

—Si hubiera sabido que estabas trabajando, no se me habría ocurrido entrar —se disculpó Harriet cuando entraron en la cafetería que había al otro lado de la calle. Estaba angustiada por la vergüenza que le había hecho pasar al joven—. ¿El bar es un negocio familiar?

—Pertenece a mi tío. Después de que mi padre muriera nos trasladamos a vivir con él —explicó él mientras le retiraba una silla para que se acomodara—. Daría lo que fuera con tal de poder dedicarme por entero a los caballos, pero me gano la vida ayudando a mi madre en el bar.

Harriet se desabrochó su chaqueta de vellón.

—Quiero mantenerte informado de lo que va a pasar con las cuadras... Desde ahora en adelante, Rafael Flynn será mi socio —dijo, y le dio un resumen de lo que el joven necesitaba saber.

—Creo que será un reto bastante grande para él compartir algo, porque siempre ha sido el jefe supremo de todo. Aunque nació sabiendo más de caballos de lo que muchos logran aprender en toda una vida. Siempre elige a los ganadores —admitió Fergal con sincera admiración—. ¿Sabes si me querrá echar de las cuadras?

—Aún no lo sé —respondió ella.

En ese momento la distrajo el ruido de un coche frenando en seco y giró la cabeza para mirar por la ventana. Un Range Rover negro se había detenido en la calle, y del mismo había salido Rafael Flynn con la aparente intención de atrapar a la chica que corría con la cabeza gacha en dirección opuesta. La expresión de Rafael parecía esculpida en granito cuando le bloqueó el paso.

—¡Dios mío, es Una! —exclamó Harriet—. ¿Qué demonios está haciendo?

Cuando la joven rompió a llorar, Fergal apartó la mirada, visiblemente incómodo.

—Bueno, su hermanastro ha descubierto finalmente que Una no estaba a salvo en la escuela, como él pensaba —dijo con un suspiro—. Una ha estado corriendo de un lado para otro intentando evitarlo. Me siento culpable por no habérselo dicho a Rafael. Unos cuantos sí lo hicieron, pero no me gusta causarle problemas a Una.

Harriet, que estaba a punto de salir para proteger a Una, se quedó inmóvil con medio cuerpo fuera de la silla.

—¿Her... hermanastro? ¿Una es la hermanastra de Rafael Flynn?

—Lo siento, debería haberme dado cuenta de que no lo sabías. Pero es un secreto a voces en el pueblo, porque fue todo un escándalo. La madre de Una y el padre de Rafael... bueno —frunció el ceño—. El padre de Rafael no quiso asumir ninguna responsabilidad, pero Rafael sí lo hizo en cuanto se enteró de la existencia de Una. Ha hecho todo lo que está en su mano por ayudarla, pero ella se rebela continuamente contra él.

—Me dijo que su hermano era un bruto y que le daba un miedo de muerte —gimió Harriet, viendo cómo la joven se subía al coche de Rafael como si fuera una prisionera derrotada—. Ojalá hubiera confiado en mí.

—Rafael sólo intenta mantenerla en el colegio y alejada de problemas.

—¿Vive ella con su madre durante las vacaciones?

—Con su hermana. Pero Philomena es una mujer casada incapaz de controlar a Una.

Harriet se acercó a la tienda de prensa para comprar su revista de caballos favorita. El dueño estuvo charlando con ella con la amistosa cordialidad y descarada curiosidad que tan frecuentes eran en Ballyflynn. Harriet seguía preocupada por Una, pero intentó borrar de su memoria lo que había visto. Después de todo, Fergal le había dejado claro que Rafael actuaba buscando siempre lo mejor para la joven, de modo que no podía entrometerse entre ellos. Sin embargo, sólo podía pensar en la relación tan difícil y tormentosa que debían de tener los dos hermanastros. Ambos eran igual de orgullosos, testarudos y obstinados.

Justo antes de volver a su camioneta, se fijó en el escaparate de la tienda de regalos del pueblo, que también era una galería de arte, y vio un par de vistosos pendientes. El cumpleaños de Nicola sería dentro de dos semanas, pero la tienda estaba llena de clientes y decidió que no había tiempo que perder.

Antes de que pudiera subirse a la camioneta, la madre de Fergal salió del bar y la invitó a cenar el domingo. A Harriet la sorprendió la invitación, pero aceptó con una

sonrisa y se marchó. En un par de horas tenía que reunirse con Rafael Flynn, y quería llegar con tiempo a casa y estar impecable para la visita.

A las dos menos cinco estaba tirada en el suelo de su dormitorio, intentando subir la cremallera de sus vaqueros favoritos. Fue en ese preciso instante, cuando estaba a medio centímetro de lograr su objetivo, cuando oyó que se acercaba un vehículo. Consternada, dejó escapar el aliento y la cremallera volvió a bajarse. Mientras se esforzaba por intentarlo de nuevo llamaron a la puerta principal.

Con un gemido de angustia, se quitó los vaqueros de un tirón enérgico. Como había olvidado correr las cortinas, tuvo que arrastrarse hasta la cómoda para sacar unos pantalones holgados. Se los puso frenéticamente y corrió a abrir la puerta.

—Lo siento... ¿he llegado demasiado pronto? —preguntó él, adoptando una expresión maliciosa al observar su aspecto desarreglado y despeinado.

Él, en cambio, iba impecablemente vestido con una chaqueta marrón, unos pantalones bombachos y botas de piel. Con gran dificultad, Harriet reprimió el impulso de pasarse una mano por el pelo para retocárselo un poco.

—No. Estaba haciendo limpieza en el trastero —le dijo con calculada despreocupación, pensando que había sido precisamente eso lo que había estado haciendo hasta que se dio cuenta de la hora y tuvo que lavarse y cambiarse de ropa a toda prisa—. Perdí la noción del tiempo. ¿Qué te gustaría ver primero?

—Ya lo he visto todo... A menos que hayas hecho algún cambio —la miró con una ceja arqueada—. No, me parece que no.

Momentáneamente desconcertada ante lo que sospechaba que había sido una provocación para desarmar cualquier pretensión que pudiera tener ella, Harriet decidió darse por aludida e ir directamente al grano.

—Muy bien, en ese caso empecemos —sugirió, cerrando la puerta tras ella para impedir que Peanut y Sansón salieron como centellas y arruinaran su credibilidad negociadora.

—Punto primero —dijo Rafael antes de que ella pudiera seguir hablando—. Quiero que esta casa sea reformada.

—Lo entiendo, pero...

—Naturalmente, yo correría con los gastos. Harriet frunció el entrecejo, evidenciando su asombro.

—Pero aquí es donde vivo...

—Ahora la mitad me pertenece —señaló él tranquilamente—. Me conformaré con que se restaure el exterior. Traeré a un especialista para que haga una valoración, pero creo que una de las primeras medidas será cambiar el tejado.

Siendo la casa un edificio histórico, la preocupación de Rafael era lógica, admitió Harriet a regañadientes. Y tampoco podía objetar nada a su oferta de pagar los gastos. Sin embargo, al reclamar su derecho a reparar el techo bajo el que ella vivía, estaba atacando directamente al corazón de su seguridad. Recordarle que era el dueño de la mitad de su hogar no podía ser más inoportuno.

—Estoy haciendo una propuesta bastante lógica —recalcó él.

—En teoría no tengo ningún inconveniente, siempre y cuando ningún cambio se haga sin mi consentimiento. Tendrás que respetar el hecho de que ésta es mi casa, y creo que debería consultar esto con un abogado, para comprobar que más adelante no tendrías derecho a un porcentaje mayor por haber pagado tú las reformas.

Una sombra oscureció los ojos de Rafael.

—O eres mi socia o no lo eres. La desconfianza hará que cualquier acuerdo entre nosotros sea inviable.

Harriet se puso rígida, como si él hubiera hecho restallar un látigo contra su costado... Y en cierto sentido lo había hecho. Si no accedía a sus demandas, Rafael lo tendría muy fácil para impedir que su negocio prosperara.

—La confianza es mucho pedir.

—Hay una cosa que debes saber sobre mí —dijo él en tono ligero y coloquial—. Nunca miento y nunca estafo a nadie. Cuando quiera algo te lo diré. Y cuando no me guste algo de ti lo sabrás.

Era una advertencia innecesaria, porque Harriet no podía imaginarse a Rafael Cavaliere Flynn sufriendo su rencor en silencio. En todos sus movimientos y palabras resonaba la inequívoca autoridad de alguien acostumbrado a conseguir todo a su manera.

—Bueno, respecto a los cobertizos que crees que te estropean la vista... —empezó ella, decidida a llevar la iniciativa, pero Rafael la cortó con un elegante gesto de manos, dando a entender que no había nada que discutir.

—Tienen que ser derribados. No hay otra opción.

La exasperación se apoderó de Harriet.

—Dime, ¿tienes pensado dejar que dé mi opinión?

—No quiero hablar de negocios contigo, Harriet —le confesó él—. Tenía pensado algo mucho más entretenido. Por desgracia, hay otras obligaciones que son prioritarias.

Harriet apartó la mirada de él, como si estuviera a dieta y le hubieran puesto delante una caja de chocolatinas.

—Eso es irrelevante —dijo con firmeza—. Esto es una reunión de negocios porque tenemos una sociedad en esta finca.

—El concepto de sociedad es nuevo para mí —murmuró él, parodiando la actitud severa de Harriet con una expresión divertida y maliciosa.

Debatiéndose entre la frustración y la admiración que le producía su carisma, Harriet respiró hondo y miró hacia los cobertizos.

—Te dejaré que los derribes si me construyes ocho cuadras nuevas en la parte de atrás.

—Harriet... —Rafael suspiró—. Eso es imposible...

—¡Entonces tendrás que aguantarte con esta vista desde tu ventana! —espetó ella con voz cortante—. No puedo tener unas cuadras sin las instalaciones adecuadas. ¡Tengo que ganarme la vida!

—Me opondré firmemente a que se levanten más construcciones en este lugar.

—En otras palabras, tienes un conflicto de intereses.

—Eras bien consciente de ello cuando decidiste asociarte conmigo en vez de devolverme el préstamo —le recordó él.

Harriet sentía que la sangre le hervía en las venas y pasó la mirada por los alrededores mientras luchaba por reprimir la ira. Su temperamento estaba a punto de estallar, algo a lo que no estaba acostumbrada. Por regla general se comportaba como la persona más ecuánime y tolerante que se pudiera conocer, alguien que podía tratar las situaciones más difíciles sin perder la paciencia y el sentido común. Sin embargo,

Rafael podía sacarla de quicio con un gesto tan simple como alzar una de sus aristocráticas cejas.

— Hay otra posibilidad.

— No me imagino cuál puede ser — replicó ella en tono mordaz.

Rafael levantó tranquilamente uno de sus anchos hombros.

— Mi intención era discutir esta opción de inmediato, pero preferiste exponer primero tu caso.

A Harriet le ardían las mejillas. La sorprendía que la furia no la hiciera levitar.

— Vamos — dijo él —. Sube al coche y te mostraré cuál es la alternativa.

Harriet respiró lenta y profundamente y subió al asiento de cuero del Range Rover. Sospechaba que estaba a punto de ser ceremoniosamente eclipsada y que él iba a demostrar una habilidad insuperable para conseguirlo. Pero entonces recordó un tema que podía sacar.

— Esta mañana te he visto con Una en el pueblo — dijo con toda la despreocupación de la que fue capaz.

— Y esta tarde voy a acompañarla personalmente de vuelta a su internado. No tenía ni idea de que la habían expulsado — declaró Rafael, echándose para atrás en el asiento y observándola atentamente —. Varias personas han estado conspirando contra mí para que no me enterara. Si la directora del colegio no me hubiera enviado una segunda carta, seguiría sin saber nada.

— ¿Qué opina su madre de todo esto?

— Su madre es una alcohólica que ha fracasado repetidas veces en su rehabilitación. Yo soy el tutor legal de Una. La metí en el internado porque el ambiente de su casa era insoportable. Las vacaciones las pasa con su hermana.

Harriet estaba atónita.

— No tenía ni idea... Viene a menudo a los establos. Está loca por los caballos y es muy buena con ellos. ¿Por qué la han expulsado?

— Por mal comportamiento, rebeldía, desobediencia... En los últimos tres años ha estado en cuatro colegios diferentes.

— ¿Es posible que se haya quedado atrás y los estudios le resulten demasiado duros?

— Lo dudo.

— Aun así, no pasaría nada por hacerle una prueba.

Rafael se echó a reír y llevó el Range Rover a la carretera.

— ¿Por qué? ¿Por ser una adolescente?

Harriet se reprendió a sí misma por sospechar que Rafael tal vez no fuera consciente de las dificultades que tenía su hermanastra para expresarse por escrito. No era raro que prefiriera mantener aquel asunto en secreto.

Sacó un pedazo de papel del bolsillo y apuntó su número de teléfono.

— Dile que los caballos echan de menos sus atenciones y que si tiene tiempo para llamarme me encantaría saber de ella — dijo, dejando el papel en el salpicadero.

Rafael no hizo ningún comentario y entró en Flynn Court por la verja junto a la que vivía Tolly. ¿A Harriet le gustaba Una? Eso sí que era una sorpresa. ¿Y Una era buena con los caballos? Nunca se lo habría imaginado. Hablar con su hermanastra suponía más dolor que otra cosa. Tendría que exigirle una explicación por su última falta; a ella le entraría un arrebató de mal humor, se echaría a llorar y se negaría a

hablar, y entonces él dictaría sentencia. Había desistido de hablarle sobre los valores de la educación y la recompensa que proporcionaba el buen comportamiento en lo que se refería a respeto y privilegio. Ahora regían la fuerza de la autoridad y las amenazas. Pero no había sido ésa su intención.

— ¿Adonde me llevas, si puede saberse? — le preguntó Harriet.

— Ten paciencia.

El largo camino pasaba por una espléndida avenida de altos cedros antes de bajar por una suave pendiente hasta una vasta edificación amurallada que quedaba completamente oculta a la vista desde la casa de Harriet.

— No sabía ni que existía — dijo ella mientras pasaban por debajo de una vieja entrada de piedra en forma de arco.

— Sólo es visible desde el mar.

Cuando el coche se detuvo en la amplia extensión de adoquines, los ojos de Harriet se abrieron como platos.

— Oh, Dios mío... — murmuró con un hilo de voz. Abrió con impaciencia la puerta y salió del coche para mirar de cerca.

Era un patio magnífico donde el tiempo parecía haberse detenido, pues toda la mampostería y puertas estaban impecables. No había ningún hierbajo a la vista, y ni un solo adoquín fuera de lugar. Fascinada, se paseó bajo las arcadas que se alineaban a tres lados del patio. Las cuadras habían sido reformadas según los criterios modernos básicos, con agua, alcantarillado y detector de humos. De igual interés era la espaciosa sala que se abría bajo las imponentes columnas dóricas, en el extremo más alejado. Qué tienda tan maravillosa se podría montar allí, pensó Harriet al instante, mirando por las ventanas.

— ¿Qué te parece?

La pregunta la sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y vio a Rafael apoyado en el capó del Range Rover con una sonrisa dibujada en su irresistible boca.

— ¿Tú qué crees? — estaba tan alucinada por las fabulosas posibilidades que ofrecía aquel lugar que apenas podía hablar —. ¿Cómo es que está todo en tan buen estado?

— ¿A diferencia de Flynn Court, quieres decir? — preguntó él —. Este lugar me ha pertenecido desde hace mucho tiempo. Hace unos quince años empecé a comprar partes de la propiedad original siempre que se ponían a la venta. Pero la casa perteneció a mi padre hasta su muerte.

— Entonces, ¿por qué tu padre no la mantuvo?

— Había sido el hogar de la familia de mi madre, y tan grande era el amor que mi madre le tenía a la casa como el odio que mi padre le guardaba. Valiente siempre se dejaba llevar por sus impulsos, y ninguno de ellos albergaba la menor caridad.

Harriet estaba sorprendida por la absoluta indiferencia con la que Rafael comentaba la maldad de su padre.

— ¿Tus padres no se llevaban bien?

— Estaban divorciados.

¿Sería posible que la influencia más perversa pudiera haber condenado la casa de la colina al abandono y la ruina? Ahora Harriet podía ver las cuadras desde otra perspectiva. Tal vez Rafael no mostrara ninguna emoción, pero la fuerza del vínculo

a la casa de su madre, y posiblemente también a su recuerdo, se manifestaba en el excelente estado de conservación de aquellos edificios.

— ¿Por qué me has traído a ver este sitio?

— Pensaba que ya te lo habías imaginado. Yo consigo recuperar mi vista y a cambio tú obtienes unas cuadras nuevas con las que hacer negocios. También ganas los servicios de un mozo de cuadra a jornada completa. Sólo tengo un par de caballos aquí, y David podría ocuparse de más trabajo.

Harriet observó a Rafael con perplejidad.

— No puedo creer que estés hablando en serio. ¿Me estás ofreciendo todo esto a cambio de unos cobertizos en ruinas? ¿Cuál es la trampa?

— No hay ninguna trampa — dijo él, mirándola impasible—. No tienes que morder todas las manos que intenten darte de comer.

Aunque su enervante tranquilidad la irritaba, el instinto le decía a Harriet que había mucho más bajo la engañosa frialdad que Rafael mostraba.

— Pero tiene que haber... quiero decir, para empezar, instalar un negocio aquí no sería nada práctico... ¡No puedo ocuparme de unos caballos que tenga a cuatro kilómetros de mi casa por carretera!

— Eso no es problema. Voy a reabrir el camino que se unía al que pasa por detrás de tu casa. Tú y tus clientes podéis usarlo como atajo. También ayudará a alejar el tráfico de Flynn Court. El mozo de cuadra vive en un apartamento justo encima de las cuadras, por lo que siempre podrá ocuparse de cualquier emergencia.

Harriet había esperado que Rafael le pusiera todos los obstáculos posibles. Y en vez de eso le estaba ofreciendo una oportunidad única en la vida.

— También me gustaría discutir la posibilidad de cambiar el campo que tienes frente a tu casa por uno adyacente al camino. Así podría replantar varios de los árboles que fueron cortados.

Harriet soltó una prolongada espiración.

— Lo pensaré.

— Excelente — dijo él. Se dirigió hacia el maletero del coche y sacó una botella de champán y dos copas.

— ¿Qué estamos celebrando? — preguntó ella, desconcertada una vez más. Empezaba a apreciar ese comportamiento imprevisible que convertía a Rafael Flynn en un rival tan poderoso en el mundo de los negocios.

Rafael descorchó la botella y sirvió el líquido dorado y espumoso en las delicadas copas de cristal.

— Vamos a beber por mezclar los negocios con el placer.

— Pero yo no... — las burbujas le hicieron cosquillas en el labio al tomar un sorbo.

— Normalmente, yo tampoco — dijo él. Dejó la copa y se acercó perezosamente a ella—. Pero me encanta quebrantar reglas.

A Harriet le dio un vuelco el estómago.

— ¿Estás dispuesta?

Sin previo aviso, le quitó la copa de la mano. Sus ojos parecían despedir chispas cuando, muy lentamente, la atrajo hacia su cuerpo fuerte y musculoso.

El corazón de Harriet empezó a latir tan frenéticamente como un juguete al que acabaran de darle cuerda. Sabía que debía adecuar sus palabras a su comportamiento y escapar, pero todo su ser luchaba contra el poco sentido común que le quedaba.



— Anoche había estado bebiendo...

— No te pongas tan seria —la censuró él con ironía. Harriet se ruborizó hasta las orejas.

— Estoy pensando que... somos socios... y luego está Luke...

Rafael se encogió despreocupadamente de hombros.

— Eso depende de ti. Vas a tener dos semanas para pensarlo.

— ¿Dos semanas? —Harriet ahogó un gemido involuntario—. ¿Piensas estar fuera tanto tiempo?

Una sonrisa iluminó los pétreos rasgos de Rafael.

— Me encontraré contigo el viernes a las seis de la mañana... y daremos un paseo por la playa. Tengo a una yegua para hacerle compañía a mi caballo castrado. Sácala de vez en cuando mientras estoy fuera.

Consultó la hora en su reloj y llevó a Harriet de vuelta a casa. Harriet se sentía desgarrada por la duda y la indecisión. ¿Qué debía hacer? ¿Lanzarse a la aventura o no?

— Por cierto —murmuró él cuando ella abrió la puerta para salir—. No me gustan las aventuras de una sola noche.

Harriet a punto estuvo de caerse de bruces.

— Ni a mí tampoco.

— Podrías haberme hecho creer lo contrario.

## Capítulo 5

El domingo por la noche Harriet cenó con la madre de Fergal. Al verse tratada como una invitada de honor, le resultó evidente que la señora Gibson había visto en ella a una buena novia para su hijo, así que ignoró educadamente todas las insinuaciones de aquella mujer tan autoritaria y resuelta y consiguió marcharse sin ofenderla.

Patrick Flannagan también se había pasado a verla aquella tarde y la había invitado a ir a Dooleys. Harriet rechazó la invitación con toda la discreción que pudo.

No fue hasta la semana siguiente cuando por fin tuvo la ocasión de ir a la tienda de regalos del pueblo y comprar los pendientes que había visto para la mujer de su padrastro.

Por suerte, los pendientes aún no se habían vendido. Mientras esperaba a que la dependienta los sacara del escaparate, tuvo la sensación de estar siendo observada y giró la cabeza. Una mujer morena y elegante que estaba ordenando los estantes la miraba fríamente desde el otro lado de la tienda. Harriet se puso colorada, pero enseguida se preguntó por qué había llegado a esperar que toda la gente del pueblo la saludara con una cálida sonrisa.

—Robert... ¿no ibas a montar esta mañana la nueva exposición en la galería? — preguntó la morena en tono mordaz a un hombre mayor y obeso que había salido de la parte de atrás de la tienda con una gran caja de cartón en los brazos—. Tendrás que ponerte a ello si quieres acabar a tiempo.

Mientras Harriet confirmaba que se llevaría los pendientes, la mujer se los arrebató a la dependienta y los pasó en silencio por la caja registradora.

—Así que tú eres la hija de Agnes Gallagher, de Inglaterra —comentó mientras le daba el cambio a Harriet—. ¿Estás pensando en quedarte aquí mucho tiempo?

—Para siempre, espero —respondió ella. Guardó cuidadosamente el diminuto paquete en el bolso y levantó la mirada con una sonrisa—. ¿Conocía usted a mi madre?

La mujer le lanzó una mirada llena de desprecio.

—No tanto como la conocían los hombres... si sabes a lo que me refiero.

La respuesta pilló completamente desprevenida a Harriet.

—Creo que prefiero no saberlo —murmuró, poniéndose rígida.

—Como quieras.

Con el rostro ardiéndole, Harriet salió de la tienda prometiéndose que aquélla era la última vez que compraba allí. ¿Qué habría hecho Eva para despertar tanta antipatía? Era muy probable que aquella mujer morena hubiese ido a la escuela con su madre. Eva había admitido sin tapujos que prefería la compañía de los chicos a la de las chicas, y con frecuencia se quejaba de que su aspecto y la popularidad que gozaba entre los hombres provocaban la envidia de las demás mujeres. Seguramente el estatus y la fortuna que había conseguido desde que abandonara Ballyflynn habían contribuido a agravar los celos.

—¡Señorita Carmichael! —la llamó una hosca voz masculina detrás de ella.

Harriet se detuvo y se dio la vuelta. Un hombre de complexión baja y gruesa, con un rostro redondo, alegre y barbudo, se esforzaba por alcanzarla.

— ¿Sí?

— Soy Frank Kearney...

El padre Kearney, pensó Harriet al fijarse en el alzacuello y la desastrada chaqueta negra.

— No he podido evitar oír su conversación en la tienda. Debe de estar siendo un día muy duro para la señora Tolly — afirmó el sacerdote en un valiente intento por quitarle importancia al asunto—. Estoy seguro de que no pretendía decir lo que ha dicho...

— Tolly... — Harriet frunció el ceño con sorpresa al repetir el nombre familiar—. ¿La mujer de la tienda es pariente de Joseph Tolly?

— Por supuesto — confirmó el sacerdote—. Sheila está casada con el hijo de Joseph, Robert.

— Tolly no me dijo que tuviera ningún hijo.

— ¿La veré pronto en misa? — se limitó a preguntarle el padre Kearney.

— No me educaron como a una católica, padre.

— Eso no es culpa suya — dijo él con un brillo en sus grandes ojos pardos—. — La capilla siempre está abierta y será un placer recibirla.

De vuelta a casa, Harriet se detuvo un momento a admirar el estiloso letrero bajo el castaño que ahora indicaba Cuadras de Flynn Court. El viejo camino que pasaba por detrás de la casa se había vuelto a abrir y a pavimentar, y rodeaba el pie de la colina flanqueado por viejas hayas hasta los soberbios establos.

Aparcó en el exterior de la propiedad y cruzó a pie la entrada hacia su oficina, equipada con un ordenador y un teléfono. Las paredes de piedra protegían del frío, y Harriet ya había comprobado la conveniencia de dejar el fuego encendido en la vieja chimenea.

Peanut y Sansón abandonaron la alfombra al instante para ofrecerle una ruidosa bienvenida, al tiempo que el teléfono empezaba a sonar.

Era Una, que había llamado a Harriet casi a diario desde que volviera al internado. Como de costumbre, la joven la acribilló a preguntas sobre los caballos y las cuadras.

— ¿Qué tal el nuevo letrero?

— Fantástico. Tenías razón... Ese chico es un verdadero artista — respondió Harriet, entusiasmada con el trabajo que había realizado el diseñador recomendado por Una. A petición de la chica, que le dijo que había perdido el diccionario, le dio el significado de varias palabras.

— ¿Sabes algo de Rafael? — le preguntó Una con impaciencia.

— No — Harriet sonrió, preguntándose a quién trataba de engañar con su falsa indiferencia.

— Hagas lo que hagas, no lo llares — le advirtió Una muy seria.

— No lo llamaría ni aunque me estuviese ahogando — le aseguró Harriet, pero enseguida se avergonzó del comentario y apretó los labios con la esperanza de que Una lo pasara por alto.

— Deberías buscarte a otro chico y salir con él por Ballyflynn... pero no con Fergal.

— Una... no sé de dónde has sacado la ridícula idea de que estoy desesperada porque me llame tu hermanastro. Es mi socio, y si quiere quedarse al margen y dejar que yo me ocupe sola de las cuadras, por mí estupendo.

—De acuerdo... finge que no hay nada más si eso te hace sentir mejor —el disgusto de Una por lo que ella había malinterpretado como un desaire era evidente—. Rafael está jugando a lo mismo.

Pero no había ningún juego, pensó Harriet con tristeza, cediendo finalmente a la insistencia de Peanut y arrojándole una pelota al patio para que la cerdita corriera a cazarla. El silencio de Rafael era la prueba irrefutable de que no le interesaba lo más mínimo el negocio de las cuadras... ni ella. Por otro lado, apenas había salido del país cuando un equipo de expertos en construcciones y jardines del siglo XVIII se habían presentado en su puerta para realizar un minucioso estudio de la propiedad mientras discutían acaloradamente entre ellos. ¿Cómo se suponía que su autoestima iba a superar que un techo de paja tuviera más interés que ella? Después de todo, todos esos expertos debían de haber recibido noticias de Rafael.

El chillido de un cerdo furioso la hizo levantarse de un salto. Uno de los viejos perros de caza de Flynn Court había atrapado la pelota de Peanut y retozaba alegremente en el patio. Sansón se lanzó en su persecución ladrando de entusiasmo. El perro soltó la pelota y se puso a jugar con el chihuahua. Con sus pequeños ojos redondos brillantes de inteligencia porcina, Peanut se acercó trotando y recuperó hábilmente su juguete favorito.

Unos minutos después llegó el cliente que Harriet estaba esperando con el poni de su hijo en un tráiler. El negocio estaba en expansión, y Harriet no pudo entender por qué se sentía tan nerviosa y angustiada.

Rafael salió de la ducha y agarró una toalla.

Aún no había amanecido. ¿Aparecería Harriet? Por primera vez en su vida de adulto, no confiaba en lograr un éxito inmediato con una mujer. Y tenía que reconocer que aquella sensación singular de inseguridad lo fascinaba. Ni siquiera sabía por qué la había invitado a compartir un placer que normalmente prefería disfrutar solo. ¿Sería la aparente indiferencia de Harriet el secreto de su atracción? Él nunca se había topado con un desinterés semejante por parte de una mujer.

Pero no había ningún secreto, pensó con exasperación. Harriet estaba enamorada de otro hombre y punto.

Sin embargo, no todo estaba tan claro. Había esperado que Harriet lo llamara con regularidad para ponerlo al corriente sobre las cuadras. Había asumido que se aprovecharía de su vasta experiencia en los negocios para pedirle consejo. Asimismo, había estado convencido de que aprovecharía la excusa de la sociedad para asegurarse de que él no la olvidase mientras estaba fuera. Pero ella no había hecho ninguna de esas cosas, y eso lo intrigaba sobremanera.

Al pie de la colina, Harriet yacía en la cama, rígida por la tensión y completamente despierta, obligándose a sí misma a volver a dormirse. No iba a acudir a la cita. Rafael no estaría allí. No habían quedado formalmente. Y aunque estuviera, sería una locura. Tenían una relación profesional y, a diferencia de él, ella siempre seguía las reglas con gran respeto. En cualquier caso, se había quedado en la cama demasiado tiempo y ya era tarde para empezar a prepararse.

Pero un segundo después, algo más fuerte que la razón, y muy parecido a una descarga de adrenalina, la impulsó a levantarse de un salto. No fue una decisión

tomada a conciencia. Tenía que lavarse el pelo, así que soportó una ducha de agua templada antes de volver corriendo al dormitorio y ponerse ropa limpia sobre la piel aún húmeda. Sabía que se odiaría a sí misma sin remedio si Rafael no aparecía. Tras pasarse un peine por el pelo mojado y echárselo hacia atrás con una mueca de dolor, se puso las botas de montar y fue a ensillar a Bola de Nieve, dando gracias a las estrellas porque la vieja yegua fuera un animal tan dócil.

Una vez en el camino, con sus sentidos agudizados al máximo para captar el más ligero sonido de actividad humana, oyó el roce de una brida y las inquietas pisadas de unos cascos. El pulso se le aceleró y espoleó a Bola de Nieve para que recorriera a mayor velocidad los metros finales.

Una lenta sonrisa iluminó los duros rasgos de Rafael, que montó en su castrado negro con la agilidad de un jinete consumado.

Harriet le devolvió la sonrisa y le resultó imposible borrarla de su boca; de repente se sentía increíblemente contenta.

—Siento llegar tarde.

—Estaba a punto de ir a buscarte y sacarte de la cama —admitió Rafael—. Hoy estaba decidido a disfrutar de tu compañía. ¿Te gustaría ver la finca antes de bajar a la playa?

—Me encantaría.

—Me parece que no has sacado a pasear a la yegua que te ofrecí. ¿No te gusta?

Harriet se avergonzó. Missy, la yegua que Rafael tenía para su caballo castrado, era una preciosidad, y seguramente sería una delicia montarla. Pero aceptar tantos favores la hacía sentirse incómoda.

—Sí, me gusta mucho, pero no he tenido tiempo para...

—Sería muy amable por tu parte si la pusieras a hacer un poco de ejercicio.

—De acuerdo —aceptó ella mientras pasaban junto al huerto de Tolly—. Ya he estado aquí antes, viendo las verduras de Tolly —confesó, lo que le dio la oportunidad para sacar el tema que había estado atosigándola durante toda la semana—. No sabía que Tolly tuviera un hijo en el pueblo... Me sorprendió que no me lo dijera, y no quise preguntarle por qué no lo había hecho.

—Eso tiene fácil explicación. Tolly tiene suerte si puede ver a Robert una vez al año —respondió Rafael adustamente—. Su mujer murió cuando Robert era un crío, y su cuñada insistió en llevárselo con ella. Tolly fue apartado de su hijo, y Robert aprendió a mirarlo con desprecio por dedicarse al servicio doméstico.

Harriet puso una mueca de horror.

—Pobre Tolly...

—Le estuvo muy agradecido a la pareja por portarse tan bien con su hijo, y esperaba que las cosas cambiaran cuando Robert creciera.

—Pero ¿ellos no...?

—No. Tolly sólo ve a su hijo cuando éste viene al pueblo.

—Eso es muy triste —dijo Harriet con un suspiro—. Le estoy tomando mucho cariño a Tolly.

—Le siguió ofreciendo un apoyo incondicional a mi madre mucho después de que todos sus parientes y amigos hubieran dejado de preocuparse por ella —el tono extrañamente cálido y cordial con el que habló hizo que Harriet fijase la mirada en su atractivo perfil.

— ¿Por qué lo hicieron? —le preguntó con el ceño fruncido.

— Mi madre sufría adicción a ciertos medicamentos y a menudo se comportaba de un manera confusa e incoherente —dijo él, girando la cabeza para ver el acongojado rostro de Harriet—. Tolly se encargó de llevar la casa y de que mi madre recibiera atención médica regularmente. Nunca podría pagarle todo lo que hizo por ella.

— ¿Cómo llegó tu madre a ese estado?

— Mi padre la destruyó sin piedad —declaró Rafael con un brillo escalofriante en sus ojos—. La conoció en Dublín cuando ella aún estaba superando la muerte de su primer marido. Mi padre derribó todas sus defensas y consiguió que se casara con él al cabo de un año.

— ¿Qué salió mal?

— Valente empezó a sospechar que ocupaba un segundo lugar respecto a su predecesor en el corazón de mi madre. Después de que yo naciera, la acusó de haberse casado con él por el dinero y por salvar Flynn Court de la ruina.

— ¿Y entonces qué ocurrió? —preguntó Harriet, totalmente absorta con su historia.

— Mi padre invitó a su amante a casa para humillarla. Cuando mi madre intentó protestar, él se puso violento y ella acabó refugiándose en la medicación. Entonces mi padre pidió el divorcio y obtuvo mi custodia alegando ante el juez que mi madre había tenido una aventura. Mi madre nunca se recuperó de la humillación pública. Sólo se me permitía verla durante seis semanas cada verano. Murió cuando yo tenía catorce años... mucho antes de poder hacer algo por ayudarla.

El destello de dolor que Harriet vio en sus ojos la tocó en el corazón. Comprendía cómo debía de haberlo marcado la incapacidad para ayudar a su madre. La culpa y el remordimiento se habían apoderado de él siendo niño, y aún seguían acosándolo.

Sin dudarle, alargó una mano y lo tocó en el brazo.

— Creo que tus visitas significaron mucho para ella, así que le hiciste un gran bien sólo por estar ahí.

Rafael se quedó aturdido por aquel gesto de compasión. Por un breve instante su orgullo amenazó con provocarle una reacción furiosa, pero la preocupación que expresaban los ojos de Harriet era demasiado sincera.

Harriet, sin embargo, estaba avergonzada por haber sido tan estrecha de miras. Rafael era inmensamente rico, pero no albergaba la menor avaricia, y ella había supuesto como una ingenua que siempre había tenido todo lo que deseaba y que su infancia había sido feliz y maravillosa. Ahora, apenas podía creerse que hubiera sido tan superficial y prejuiciosa. Era muy probable que el trauma sufrido de niño lo hubiera convertido en el superviviente y triunfador que era.

Ansiosa por enmendar su fallo, decidió sincerarse también ella.

— La moneda siempre tiene dos caras. No le guardabas mucho afecto a tu padre, pero al menos sabías quién era. Mi madre se marchó de Ballyflynn estando embarazada y nunca ha querido revelarme la identidad de mi padre. Aunque tampoco parece que fuera nada para tirar cohetes.

El tono irónico de aceptación casi hizo reír a Rafael, que se olvidó de su propia tensión. Que Harriet se tomara el espinoso caso de su origen con tanta frivolidad era muy refrescante.

— Debes de sentir mucha curiosidad —dijo él.

—Sí, pero estoy llegando a la conclusión de que esa curiosidad no me conducirá a nada y que hay cosas mucho más importantes de las que ocuparse en esta vida.

La fragancia de los lirios impregnaba el aire. Estaban siguiendo un tortuoso sendero a través de un bosque de robles y acebos que se extendía por un valle, al abrigo del viento. El silencio llenaba a Harriet con una sensación de paz. Los troncos retorcidos y las rocas desgastadas estaban cubiertos por una capa verde de musgo y líquen. Los helechos frondosos se entremezclaban con las acederas, y las silenes rojas crecían bajo los árboles.

—Es un lugar maravilloso —dijo Harriet con un suspiro—. Si me dices que hay hadas escondidas por aquí, te creo.

Unos minutos después, Rafael detuvo a su castrado en un claro cubierto de hierba. Desmontó y ayudó a Harriet a bajarse de Bola de Nieve.

—Según la leyenda éste es el corazón del bosque, y la magia es más poderosa donde un roble, un fresno y un espino crecen juntos.

Harriet lo miró a los ojos y sintió que se le aceleraba el corazón.

—Nunca hubiera imaginado que conocías las leyendas y tradiciones populares.

Entonces la boca de Rafael se fundió con la suya y Harriet se perdió por completo en la magia. Embriagada por su sabor, se estremeció de emoción por la reacción que él provocaba en ella. Nunca había sentido nada igual, y el deseo era como una corriente vigorizante que recorría su cuerpo.

Él levantó la cabeza, con el pelo revuelto por los dedos de Harriet, y esbozó una sonrisa lenta y seductora.

—Mí tienes hechizado, *a mhilis*.

Harriet intentó que no la delatara su decepción cuando él la soltó con la misma naturalidad con la que la había tomado minutos antes.

—¿Eso es gaélico? ¿Conoces la lengua? —le preguntó.

—Como un nativo... ¡A Valente lo sacaba de quicio! —respondió él con un brillo de regocijo en la mirada. Agarró firmemente las riendas de Bola de Nieve y ayudó a Harriet a que volviera a montar.

El bosque dejó paso a una extensión de pasto que llegaba hasta las dunas. Harriet pudo oler el fuerte olor salado del mar. El castrado de Rafael aceleró el trote, pero Bola de Nieve bajó con mucho más cuidado hasta la playa.

—La próxima vez monta mi yegua —le dijo Rafael con rotundidad.

—No se me da muy bien aceptar favores.

—No hay problema... Encontraré algo que puedas hacer por mí a cambio —respondió él en tono burlón, provocando que a Harriet se le subiera el rubor a las mejillas.

El color del Atlántico era tan azul como el cielo, pero mucho más vivo. Las olas golpeaban las rocas y levantaban cascadas de espuma antes de romper en la playa, extendiéndose sobre la blanca franja de arena con un suave murmullo.

Harriet espoleó a Bola de Nieve para que marchara al trote, disfrutando de la tonificante brisa marina. Su montura no podía competir con la de Rafael, y contempló maravillada cómo se lanzaba al galope sobre la arena. Era un jinete excelente.

Cuando ella se bajó de Bola de Nieve para investigar una piscina natural entre las rocas, él regresó a medio galope a su lado.

—Para esto soy una cría —admitió Harriet alegremente—. El agua es tan cristalina que es como contemplar un mundo marino en miniatura.

Cuando se irguió, Rafael la atrajo hacia él y le cubrió los labios con un beso apremiante y devastador. La fuerza terrenal de su pasión la asustó y la excitó al mismo tiempo. Una flecha de fuego le traspasó el vientre, desencadenando una reacción que la estremeció por entero.

Él le tomó el rostro entre las manos y le clavó una mirada de ferviente deseo.

Harriet sentía una tensión y un calor insoportable. Su propia respuesta la asustaba, pero nada era comparable al tormento que le provocaba estar separada de él aunque sólo fuera un centímetro. Intentó apretarse contra él, buscando a ciegas el contacto que su cuerpo ansiaba.

Rafael soltó un gemido ronco y masculino y, apoyándola de espaldas contra las rocas, volvió a tomar febril posesión de su boca mientras ella se aferraba a sus hombros robustos. Entrelazó los dedos en sus mechones rojizos y deslizó una mano experta por debajo de su chaqueta y su camiseta para llegar a la punta endurecida y ultrasensible de un pecho. A Harriet se le escapó un gemido de la garganta y emitió un agónico jadeo en busca de aire bajo los depredadores labios de Rafael.

Entonces su teléfono móvil empezó a sonar y ella se puso rígida. Una llamada era lo último que se esperaba en esos momentos.

—No contestes —le ordenó Rafael, acariciándole el labio inferior hinchado con el pulgar. Sus fascinantes ojos dorados mantenían cautiva a Harriet, cuyo cuerpo seguía temblando de abrasadora pasión—. Vamos a Flynn Court para disfrutar de un largo y tranquilo desayuno.

Pero la urgente necesidad de responder siempre al teléfono estaba demasiado arraigada en Harriet como para poder ignorarla. Quien llamaba era Davis, para decirle que debía volver cuanto antes a las cuadras.

—No sabía que habíamos estado fuera tanto tiempo —dijo Harriet cuando finalizó la llamada—. Tengo que darme prisa... Hay una clienta esperando.

Rafael la miró con una expresión de profundo desconcierto a la que sobaban las palabras.

—Es una nueva clienta —se apresuró a añadir Harriet en tono de disculpa, avergonzada por su poca disposición a dejarlo—. Ha llegado con antelación y...

—Entonces no es problema tuyo —dijo él.

—Pero será un problema si esta señora decide llevar sus caballos a otra parte.

—Deja que Davis se ocupe de ella.

Los azules ojos de Harriet apelaban a su comprensión.

—Estoy vendiendo un servicio, y esta mujer tiene todo el derecho a recibir mi atención personal en su primera visita.

—Pero esto es una locura.

—Me va a costar mucho trabajo conseguir una clientela suficiente. No puedo evitar imprevistos como éste.

—Creía que te habías venido a Irlanda para llevar un estilo de vida más sencillo.

—Ese estilo de vida se volvió mucho más complicado cuando decidí asociarme y aumentar mi margen de beneficios —replicó ella con pesar.

—Si eso es todo lo que te inquieta, cóbrate las pérdidas de mi parte de ganancias —le sugirió él.



Aquella oferta, formulada con tanta despreocupación, angustió aún más a Harriet.

— Por favor, no digas eso...

Rafael, la tomó suavemente de la mano.

— Deseas estar conmigo. ¿Crees que no lo sé?

Harriet se apresuró a retirar la mano.

— ¡Pero no hasta el extremo de permitir que pagues por mi tiempo!

Su móvil empezó a sonar otra vez justo cuando llegaba a las cuerdas.

— Discúlpame... Estoy mal acostumbrado a conseguir siempre lo que quiero y cuando quiero — admitió él, aunque sin parecer en absoluto avergonzado—. ¿Cenamos juntos esta noche?

La expresión angustiada desapareció de los ojos de Harriet en cuanto oyó la invitación, formulada con aquella voz tan profunda y sensual.

— De acuerdo.

Tan excitada como una adolescente, y embarazosamente avergonzada por la realidad, Harriet acabó su jornada laboral tan pronto como pudo y volvió a casa para rebuscar en su armario y pintarse las uñas. Justo a las ocho en punto Rafael hizo sonar la bocina de su coche para avisarla de su llegada, pero Harriet entró en la cocina en vez de abrir. El orgullo le exigía que no respondiera al primer bocinazo. Pasaron dos minutos angustiosamente lentos. Quería ir a la puerta, pero sentía que no podía. Para distraerse, le arrojó la pelota a Peanut.

Se quedó perpleja cuando la puerta trasera se abrió, pues había olvidado que no estaba cerrada con llave. La aparición de Rafael, impecablemente vestido con un traje de raya diplomática y una camisa de seda, provocó un estallido de frenéticos ladridos de Sansón, que enseguida intentó congraciarse con el recién llegado.

— He visto cómo te escondías en la cocina — dijo Rafael, mirándola impertérrito.

Harriet se puso tan colorada como una colegiala a la que hubieran sorprendido en una travesura.

Rafael ladeó la cabeza y siguió escrutándola a fondo, irradiando un perfecto control masculino.

— ¿Es posible que estés intentando amaestrarme?

Harriet intentó adoptar una expresión seria, pero la ironía de Rafael fue demasiado para ello y no pudo evitar una carcajada.

Peanut dejó caer la pelota a los pies de Rafael, esperanzada.

— ¿Por qué tienes un cerdo en tu cocina? — preguntó él con admirable calma.

— Calla... Peanut no sabe que es una cerdita. Cree que es una perra.

Peanut empujó la pelota con el hocico hasta los zapatos italianos de Rafael, quien la apartó de un puntapié. Cansada de su intransigencia, la cerdita volvió a atrapar la pelota y la dejó caer encima de su pie.

— Creo que ella también intenta amaestrarme — dijo él con un brillo de regocijo en los ojos, y arrojó la pelota sobre el suelo embaldosado.

Con una exagerada galantería que hizo sonreír a Harriet, la hizo subir al espléndido deportivo que estaba aparcado fuera. Harriet tuvo que mirar el logo con los ojos entornados para identificarlo como un Lamborghini, lo que la impresionó aún más.

Rafael la llevó a un pequeño restaurante con vistas a una cala de agua tan resplandecientemente azul que podría pasar por una laguna tropical. Parecían ser los

únicos clientes, y el personal era tan silencioso y discreto que Harriet no consiguió ver a la persona cuya mano le llenaba la copa de vino. O tal vez fuera la compañía lo que le impedía ser consciente de lo que pasaba fuera del mágico círculo de su mesa. Se tomó con gusto un plato de cordero y salmón acompañado de verduras que se deshacían en su boca, y se permitió el capricho de pedir dos flanes en vez de uno.

Rafael la miraba asombrado.

— Es toda una novedad estar con una mujer a la que le guste comer.

— Luke era feliz cuando me moría de hambre y me quedaba en los huesos — admitió ella, deleitándose con el café brasileño que sirvieron junto a los licores.

Rafael le pasó un dedo sobre el dorso de la mano en un gesto de reproche.

— Has sido bendecida con unas curvas divinas... No las pierdas.

Harriet sintió que se quedaba sin aire, como si acabara de subir corriendo una empinada colina.

— Te puedo prometer sin temor a equivocarme que seguiré teniendo estas curvas en un futuro próximo, al menos.

— Conmigo puedes ser tú misma.

Harriet dejó que el licor dulce y picante le mojara la lengua, deseando empaparse con el sabor de Rafael. Y entonces, como si él pudiera leer sus pensamientos, se levantó tranquilamente y la llevó de vuelta al coche.

Una mezcla de pánico, asombro y excitación se apoderó de ella. Ya no pensaba en Luke cada cinco minutos. De hecho, los dolorosos recuerdos de su ex novio y de Alice empezaban a desvanecerse sin que ella se estuviera dando cuenta. Aun así, no había el menor sentido común en lo que estaba sintiendo: estaba tan loca por Rafael Cavaliere como una adolescente imprudente y apasionada. Pero... ¿no era exactamente eso lo que se había dicho a sí misma que anhelaba y necesitaba? ¿Una aventura alocada sin riesgos ni compromisos?

Pero, en un momento de inseguridad, temió que si se acostaba con Rafael seguiría deseándolo a la mañana siguiente y durante mucho más tiempo del que sería de esperar. Aquella certeza la asustó, porque sabía que Rafael jamás le ofrecería ningún tipo de compromiso. Había sido muy claro al respecto, y ella no podía criticarlo ni censurarlo. Al mismo tiempo tenía que reconocer la habilidad y maestría de Rafael en crear un ambiente romántico y sensual. Pero eso no era más que un artificio, y ella sería una estúpida si olvidaba la realidad. Sus emociones parecían seguir descontroladas. ¿Por eso se sentía tan angustiosamente vulnerable? De repente, sentía un miedo terrible de que volvieran a hacerle daño.

Rafael aparcó junto a la casa, tomó la llave de los temblorosos dedos de Harriet y salió ágilmente del vehículo para abrir la puerta.

Sorprendida por la destreza y rapidez con las que Rafael ejecutaba sus maniobras, Harriet salió del coche y lo siguió con movimientos mucho más torpes e inseguros.

— Me lo he pasado muy bien — dijo él. Incluyó la cabeza y le dio un casto beso en la mejilla, como si estuviera besando a un familiar mayor.

— Yo también... — murmuró ella, y se puso roja cuando lo vio alejarse de vuelta hacia el Lamborghini. Se moría de vergüenza porque la estuviese mandando a paseo.

Justo antes de meterse en el coche, Rafael se detuvo y se giró tranquilamente.

— El próximo fin de semana estaré en mis cuadras de Kildare. Te llevaré a las carreras de Leopardstown el viernes. Te avisaré con tiempo para arreglarlo todo.

Como una marioneta con el cuello rígido, Harriet asintió y entró lentamente en su casa. Nada más cerrar la puerta, oyó que Rafael arrancaba el motor y se alejaba. Le entraron ganas de dar puñetazos al aire y ponerse a gritar a pleno pulmón. Pero al mismo tiempo se sentía débil, temblorosa... y aliviada, como si una terrible amenaza se hubiera esfumado sin llegar a causarse ningún daño. Rafael podía llevarla a las cotas más altas y al segundo siguiente hacerla caer en picado. Con él, no tenía la menor idea de cuál era su lugar ni hacia dónde se dirigía. Pero ¿acaso no se suponía que eso formaba parte de una aventura? Entonces, ¿por qué ni siquiera había intentado besarla?

Incluso Rafael estaba sorprendido de su propio control. Al percibir las dudas de Harriet en su silencio, se había preguntado si estaría pensando en su ex novio. Y era extraordinario lo mucho que lo irritaba esa sospecha, ya que él nunca había sido un amante posesivo. Nunca le había importado si una mujer pensaba o no en él. Al fin y al cabo, lo único que perseguía era la pasión, no la conexión emocional.

Sin embargo, una parte perversamente testaruda de él estaba empeñada en que Harriet lo deseara sin ningún tipo de reservas... y sin malgastar energías mentales en el pasado.

Decidida a no darle ninguna razón a Rafael para que se arrepintiera de haberla invitado, Harriet hizo un enorme esfuerzo por engalanarse para las carreras. Condujo hasta Cork para visitar una pequeña y selecta boutique donde compró un elegante vestido de color tabaco y rosado y un sombrero muy favorecedor.

Durante la semana se dedicó a preparar la tienda para su apertura. Aunque su plan original era vender únicamente productos básicos, se quedó abrumada por la cantidad de tiempo que necesitaba para encargar las mercancías y disponerlas en el local.

Una la llamó una vez tan sólo, pero se mostró tan poco comunicativa que Harriet se quedó muy preocupada e intentó averiguar si le ocurría algo malo. Se sentía culpable y agradecida a la vez de no haber mencionado aún su cena con Rafael, y se quedó aliviada cuando Una le reveló a regañadientes que tenía exámenes a la semana siguiente. Harriet la llamó un par de días más tarde e intentó animarla recordándole que pronto llegarían las vacaciones de verano.

El día de las carreras, un helicóptero aterrizó en la pista construida para tal efecto en Flynn Court para recoger a Harriet. El hipódromo de Leopardstown estaba a unos doce kilómetros de Dublín. Sintiendo como un miembro de la realeza, Harriet subió al helicóptero llevando a Sansón en los brazos... Rafael le había asegurado que el chihuahua también podía ir. Mientras admiraba la hermosa vista aérea del paisaje irlandés se preguntó, con cierto nerviosismo, si estaba a la altura del desafío que suponía ver a un hombre que viajaba por aire en vez de usar el autobús.

Cuando se bajó del helicóptero, con Sansón metido en una bolsa especial que sólo mostraba sus brillantes ojos y orejas puntiagudas, vio a Rafael esperándola a unos pocos metros junto a una limusina y se sintió de repente como si hubiera amanecido en su interior.

Una vez en la limusina, le resultó muy difícil apartar la vista del atractivo rostro de Rafael, y para distraerse le preguntó sobre las carreras y el hipódromo. Mientras

Sansón se removía en el asiento de cuero, haciendo lo posible por llamar la atención de su anfitrión, Rafael le explicó que Leopardstown había sido construido en 1880, siguiendo como modelo el hipódromo de Sandown, en el sur de Inglaterra.

—Me gusta tu vestido —le comentó. Aunque era de corte conservador, realizaba la exuberante figura de Harriet con un buen gusto que impresionó a Rafael. Y el sombrero de organza con plumas le parecía encantadoramente femenino. Los colores que lucía resaltaban su piel cremosa y la brillante caída de sus cabellos rojizos—. Voy a disfrutar mucho presentándote al resto del grupo.

La sonrisa de Harriet se tensó un poco. No había esperado que fuera a pasar el día como parte de una multitud.

—¿Socios tuyos?

—Y también conocidos. Este encuentro se concertó hace varias semanas, para devolver la hospitalidad que recibí en el extranjero.

Con Sansón devuelto una vez más a la bolsa, Rafael llevó a Harriet al Leopardstown Pavilion, un vasto edificio con fachada de cristal donde se celebraban toda clase de eventos para lo más selecto de los aficionados a las carreras. En cuanto Harriet se bajó de la limusina y se quedó al lado de Rafael, fue consciente del interés que despertaba entre los presentes.

—¿La prensa te suele fotografiar en eventos como éste? —le preguntó bruscamente a Rafael.

—Siempre que mi caballo gana. ¿Te molestaría? —le preguntó él con su cinismo habitual, esperando una respuesta negativa. Aún no había conocido a ninguna mujer a la que no le gustara ver su cara en los periódicos.

—Sí, la verdad es que sí. Si no te importa, preferiría quedarme al margen —respondió ella.

No quería arriesgarse a atraer la atención de los paparazzi, porque sabía que no descansarían hasta descubrir la identidad de la misteriosa pelirroja que se paseaba con un perro en miniatura del brazo de Rafael Cavaliere. La ruptura con Luke y la inminente boda de éste con Alice podrían ser aireadas y avivar lo que, por otro lado, era una historia bastante aburrida. Alice era muy fotogénica y le gustaría darse a conocer públicamente. Por desgracia, esa clase de publicidad sería un engorro para la familia de Harriet.

—¿Te avergüenzas de mí? —le preguntó él con una ceja arqueada.

—¡No seas tonto! —lo recriminó Harriet con una carcajada, y le explicó el motivo de sus preocupaciones. Pero, por alguna razón, lo que en principio parecía tan sencillo resultó ser muy complicado cuando tuvo que expresarlo bajo el intenso escrutinio de Rafael.

—Puedo leer tu mente como si fuera un libro abierto... y lo que veo es tristeza. Harriet lo miró con asombro.

—¿Cómo dices?

—Te resistes a que te fotografíen en mi compañía porque no quieres que Luke sepa que ahora estás conmigo —se burló él en un tono glacial.

—¡Eso es un disparate!

—A mí no me parece ningún disparate. Aún tienes la esperanza de volver con tu ex novio...

—¡Claro que no!

—No te creo, *a mhilis* —respondió él secamente—. Pero dejémoslo ahí. No veo que tenga ningún sentido involucrarme en tus preocupaciones íntimas.

Harriet respiró hondo. Aquella muestra de desinterés había sido un golpe muy duro, y estaba irritada consigo misma por haber desaprovechado la oportunidad para refutar las sospechas de Rafael. Aunque, por otro lado, una defensa demasiado vehemente la habría hecho parecer excesivamente ansiosa por complacer.

Mientras luchaba con sus dudas e inquietudes, entraron en la suite privada que Rafael había alquilado para sus invitados. No habían pasado ni veinte segundos desde su entrada, cuando una multitud se agolpó en torno a él para conseguir su atención. Entre los efusivos saludos y empujones, Harriet se vio apartada tan rápido de su lado que ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba. Resignada a pasar desapercibida o a ser ignorada, no fue la única sorprendida cuando Rafael miró a su alrededor para buscarla y esperó a que volviera a su lado.

Todos los que lo rodeaban se apartaron lentamente para abrirle camino a Harriet, quien se puso colorada al verse convertida en el centro de atención. Pero, al mismo tiempo, se sentía secretamente complacida de que, a pesar de la discrepancia de opiniones que habían tenido minutos antes, Rafael se hubiera percatado inmediatamente de su ausencia y no hubiera perdido ni un segundo en reclamarla.

Al cabo de una hora la cabeza de Harriet le daba vueltas por el torbellino de impresiones y retazos de conversación en varios idiomas diferentes. Rafael la presentó como «Harriet», pero sólo cuando alguien preguntaba su nombre... y fueron pocos los que lo hicieron. Harriet conversó animadamente sobre caballos y pronto eligió a aquellos invitados para quienes la cría, la doma y las carreras de caballos eran un tema de gran interés. Con ellos congenió fácilmente, y algunas admiradoras colmaron de mimos a Sansón. Sin embargo, por primera vez desde que conoció a Rafael, fue consciente de su inmensa fortuna y su estatus social. En torno a él la gente hablaba en voz baja y respetuosa, y cuando se dirigían a él lo hacían con una precaución extrema y una humildad exagerada. Algunos hacían gala de un ostentoso humor masculino que hizo estremecerse a Harriet, pero Rafael permanecía impertérrito, y aunque sus modales eran impecables su actitud era tan sumamente reservada que intimidaba a todos. A menudo guardaba silencio y no intentaba entretener a los invitados, quienes en cambio hacían lo posible por intentar entretenerlo a él.

Harriet también se quedó atónita por la manera tan descarada en que varias mujeres la ignoraban mientras le dedicaban a Rafael lánguidas miradas de invitación, sugerentes insinuaciones y comentarios seductores. Pero él no respondía a nada de eso. Era como si estuviese tan acostumbrado a recibir invitaciones femeninas que simplemente no se percataba de ellas. Harriet llegó a avergonzarse de su propio sexo al percibir el atisbo de desprecio que ensombreció su expresión cuando la esposa de otro hombre alabó su atractivo masculino con flagrante deseo.

Tras la comida, los invitados abandonaron la mesa para seguir alternando. Harriet se estaba sirviendo un café cuando oyó la conversación que estaba teniendo lugar detrás de ella.

—Ahora entiendo por qué Rafael no me hace caso. Es evidente que prefiere a las chicas con caderas generosas —estaba diciendo una mujer. Hablaba en voz baja, pero su perfecta dicción la hacía claramente audible.

Una ola de consternación invadió a Harriet. A medio metro de donde se desarrollaba aquel diálogo, pero oculto por la puerta que se abría al balcón, Rafael giró la cabeza con la rapidez de un rayo láser dirigido a su objetivo.

—Desde luego no es precisamente delgada —corroboró una segunda voz femenina, y Harriet tomó una inspiración tan profunda que a punto estuvo de estallar—. Ni tampoco tiene el menor reparo en mostrar sus atributos... Ese vestido de seda resalta todas sus curvas de un modo ostensiblemente voluptuoso.

—Los implantes de glúteos son la última moda en Norteamérica. Creo que me vendría bien renovar mi figura —dijo la primera mujer con toda seriedad.

Con un brillo de regocijo ardiendo en sus ojos y una radiante sonrisa dibujada en sus firmes labios, Rafael volvió al lado de Harriet, quien tenía el rostro encendido, y la atrajo hacia él.

—¿Es éste el momento perfecto para decirte que tienes el trasero más fabuloso que he visto en mi vida? —le murmuró con voz ronca.

—¡Con comentarios como ése te puedes ganar una buena reprimenda! —lo avisó ella en un susurro mordaz. Temblaba ligeramente entre sus fuertes brazos, pero estaba decidida a mantener toda la dignidad y compostura que pudiera después de haber oído una conversación tan embarazosa.

—Harriet... el secreto de tu belleza reside en que todo lo que hay en ti es verdadero —le confesó, haciéndole levantar la cabeza hacia él.

Descendió con los labios hacia la curva expuesta de su cuello y Harriet se estremeció por la descarga de sensualidad que recorrió su cuerpo. Rafael le acarició el cuello con la punta de la lengua, en un contacto tan sutil que Harriet pensó que lo había imaginado cuando él volvió a erguirse. Parpadeó rápidamente y comprobó que nadie se había dado cuenta de nada. Aun así, tenía los nervios a flor de piel y las piernas apenas podían sostenerla.

—Vamos a las pistas —la apremió él perezosamente—. Cuando apuesto por un caballo no veo la carrera desde el palco. Me gusta estar en primera línea.

La soltó con la misma ligereza de sus caricias y la condujo hacia la salida.

## Capítulo 6

El caballo de Rafael, llamado Intrépido, era un precioso ejemplar castaño con una estrella blanca en la frente, y el jockey que lo montaba era un campeón. Mientras Rafael hablaba con su adiestrador, Harriet vio cómo los caballos se lanzaban a galope desde los cajones de salida. A pesar de sus reservas, se sorprendió a sí misma atrapada en la emoción de la carrera. Y cuando Intrépido se puso en cabeza se entregó por completo a animarlo con frenética devoción.

— ¡Vamos, vamos...! ¡Es una centella! — exclamó exaltada cuando el caballo cruzó la línea de meta con varios cuerpos de ventaja.

Rafael obtuvo casi tanto placer del inocente entusiasmo de Harriet como por el triunfo de su purasangre.

— Realmente sabes apreciar a un ganador. Te compraré algo especial para celebrarlo.

Harriet lo miró angustiada.

— No, gracias. No tienes que comprarme nada.

— No tengo por qué hacerlo... pero quiero hacerlo — declaró él, inflexible.

— Rafael, yo...

— Si no quieres que te saquen fotos conmigo, te aconsejo que te apartes de los ganadores — le sugirió él, y se alejó sin darle tiempo a protestar.

Al quedarse a una distancia discreta, Harriet no recibió la menor satisfacción por excluirse. Una rubia de sugerentes curvas y con un vestido blanco tan corto y ajustado que debería estar prohibido se había enganchado a Rafael y reía con deleite. Harriet abrió los ojos como platos. En vez de apartar a la hermosa acosadora, Rafael la rodeó con un brazo mientras los flashes de las cámaras destellaban frenéticamente. Harriet apretó los dientes y se preguntó quién sería aquella rubia, pero decidió que no se rebajaría a preguntarlo.

La victoria dio paso a una gran celebración en la suite privada, donde prodigaron las bebidas y donde se emitió una y otra vez la grabación de la carrera de Intrépido, comentada y analizada minuciosamente por los espectadores. Cuando la fiesta estaba en su apogeo, Rafael llevó a Harriet aparte y le sugirió que se fueran a su casa. A Harriet no la sorprendió, viendo lo aburrido que parecía ante el buen ánimo, el exceso de alcohol y las desinhibiciones de sus invitados.

— ¿No te gustan las fiestas? — le preguntó ella mientras salían.

— Cuando era niño, Valente celebraba una fiesta cada noche. Llegué a desarrollar un gusto preferente por la sobriedad y la conversación racional — le confesó él suavemente.

Harriet se ruborizó.

— Me imagino lo que debiste de pensar cuando me encontraste junto a aquella hoguera, con una botella de vino y soltando un montón de tonterías.

Rafael la observó con regocijo.

— Que eras una especie aparte.

Pilotó el helicóptero hasta Kildare, volando con la misma seguridad con la que conducía por tierra, y aterrizó a cien metros de una imponente mansión victoriana rodeada por fastuosos jardines.

—¡No me habías dicho que tuvieras dos casas señoriales! —exclamó Harriet, perpleja al ver el majestuoso edificio.

—Ésta fue la primera propiedad que compré en Irlanda. La casa iba incluida en el terreno. Y no es una mansión señorial. Es muy pequeña.

—¿Pequeña? —repitió Harriet, más perpleja aún. Aquella casa debía de albergar diez dormitorios, al menos.

Sansón se quedó durmiendo en la casa, agotado por las excesivas atenciones que había recibido de las admiradoras en el hipódromo, y con el apetito saciado por las abundantes golosinas que le habían ofrecido.

Rafael llevó a Harriet a dar una vuelta por las cuadras, que se extendían por varios acres de terreno verde y ondulante perfectamente delimitado por vallas y verjas. Harriet se quedó absolutamente impresionada. Rafael parecía tener contratado a bastante personal, ya que los establos estaban impecables y los caballos, perfectamente atendidos. Era comprensible que le costara ver las cuadras que compartían como un negocio que mereciese la pena.

—¿Vas a quedarte conmigo esta noche?

En el silencio de uno de los graneros, la pregunta directa pilló a Harriet desprevenida. Se le subieron los colores y se encontró involuntariamente con sus ardientes ojos dorados.

Rafael cerró lentamente las manos sobre las suyas y la atrajo hacia él con tranquilidad y confianza.

—Cuando Intrépido cruzó la línea de meta, quise celebrarlo a solas contigo. Nunca me ha gustado menos desempeñar el papel de anfitrión.

A Harriet se le hizo un nudo en la garganta que le dificultó la respiración. Quería que la besara. Y quería besarlo tan apasionadamente que el cuerpo le dolía por la tensión sexual. Impulsada por un arrebato más fuerte que ella misma, se inclinó hacia delante.

Él la miró con embriagadora intensidad y, sin previo aviso de su intención masculina, la agarró y tomó posesión de sus labios entreabiertos con manifiesto apremio y urgencia. Harriet se quedó sin aliento por la sorpresa, pero al mismo tiempo exultante por la pasión desatada que demostraba Rafael. Hundió los dedos en la espesura de sus negros cabellos y dejó que la aprisionara de espaldas contra la pared. Impredecible como siempre, Rafael abandonó el fervor inicial y lo sustituyó por una exploración deliciosamente lenta y provocativa que derritió a Harriet como si estuviera hecha de miel.

Rafael alzó la cabeza y soltó una ronca carcajada. Los ojos le brillaban como diamantes a la luz del sol. Cada vez que la tocaba, una descarga de lujuria y deseo se apoderaba de ella.

—Nos estamos comportando como un par de adolescentes...

Las manos de Harriet, que había mantenido aferradas a sus hombros, bajaron hasta las solapas de la chaqueta para apretarlo más contra ella.

Su obstinación silenciosa hizo sonreír a Rafael.

La deseaba en aquel momento y en aquel lugar. No quería esperar. Pero su autodisciplina innata acabó prevaleciendo. Lo exasperaba aquel deseo tan extraño a actuar por impulso. La tomó de la mano y la apartó de la pared.



— Los mozos están esperando en la sala de personal para celebrar la vuelta a casa de Intrépido.

A Harriet le ardieron las mejillas de vergüenza y, por un momento, no pudo reconocerse a sí misma en la descarada mujer que había intentado retener a Rafael. Pero Rafael Cavaliere Flynn estaba suponiendo una revelación para ella en más de un sentido, reconoció mientras intentaba calmar los temblores que le había provocado aquel beso tan sensacional. Ningún hombre la había excitado nunca hasta ese extremo sólo con un beso. Un intenso hormigueo la recorría de los pies a la cabeza, haciéndola ser consciente de cada palmo de su cuerpo.

Volvieron a la mansión en silencio. La brisa nocturna le refrescaba su acalorada piel. No la molestaba el silencio. Había descubierto que no tenía ninguna duda, y se preguntaba si eso se debería a su incapacidad para pensar con coherencia. Se sentía tan increíblemente feliz que quería reír a carcajadas.

Rafael le tomó el rostro entre las manos y volvió a besarla. Luego, entrelazó los dedos con los suyos y la condujo hacia la escalera de madera profusamente tallada. A Harriet se le empezó a acelerar el corazón e intentó concentrarse en lo que la rodeaba. Su atónita mirada recorrió el majestuoso mobiliario, los grandes cuadros y una amplia y valiosa colección de objetos de arte. Entonces Rafael abrió una puerta y se retiró para que ella entrase en primer lugar.

Estaban en un dormitorio, y Harriet no pudo entender por qué se sentía tan cohibida ante una situación tan previsible.

— Eres tímida... — susurró Rafael, maravillado —. No estoy acostumbrado a ver ese rasgo en una mujer.

— No soy tímida — protestó ella a la defensiva —. Simplemente, no estoy acostumbrada a esta... quiero decir...

— No debes tenerme miedo — le aseguró él, y la estrechó entre sus brazos para besarla apasionadamente.

Pero su habilidad para hacerla prender en llamas con un solo beso también lo convertía a él en una clase aparte de hombre... una clase a la que ella nunca había conocido.

— Te he deseado desde el primer momento que te vi — le confesó él con un susurro ronco.

— Ten cuidado... parece que te estás poniendo romántico — le advirtió ella con voz jadeante.

— Lo mío no es el romanticismo. La realidad es muchísimo más excitante — la hizo girarse y, lenta y cuidadosamente, le bajó la cremallera del vestido.

El aire frío le acarició la espalda. Rafael separó las dos partes del vestido y le levantó la melena rojiza para pasarle la lengua por la piel sensible de la nuca. A Harriet se le formó un nudo de anticipación en el estómago y dejó escapar una exhalación entrecortada.

El vestido cayó a sus pies con un susurro sedoso. Rafael la hizo girarse de nuevo hacia él y la recorrió intensamente con una mirada de apreciación masculina, desde sus labios hinchados hasta los pechos turgentes y cremosos aprisionados en un sujetador color albaricoque.

— Eres preciosa...

Harriet estaba temblando.

—No, no lo soy...

—No me estás escuchando... Eres preciosa, *a mhilis*.

Animada por el cumplido, Harriet resistió el impulso de abrazarse a sí misma para ocultar sus generosas curvas y en vez de eso se quitó los zapatos. Él la levantó en sus brazos y, tras dejarla suavemente en la cama, se apartó y se quitó con despreocupada elegancia la chaqueta y la corbata, dejándolas caer al suelo.

—Eres muy desordenado —dijo ella con un hilo de voz, esforzándose por no recoger las ropas desperdigadas por el suelo que tanto ofendían su innato sentido del orden.

Una sonrisa irreverente curvó la boca de Rafael.

—Fui un niño mimado.

—Me lo imagino... Los criados tenían que hacerlo todo.

La sonrisa de sincero reconocimiento que esbozó Rafael despertó una extraña sensación de euforia en Harriet.

—Pero nunca es tarde para aprender nuevos hábitos —dijo ella.

—Tendrás que enseñarme.

A Harriet se le secó la boca cuando la camisa desabrochada de Rafael se abrió para revelar un pecho esculpido en fibra y músculo. Se quedó ensimismada por la increíble visión. Hasta ese momento nunca había apreciado que un hombre también pudiera ser hermoso, y la carga sexual que su cuerpo masculino irradiaba la mantenía embelesada. Con las mejillas encendidas, respiró honda y temblorosamente y consiguió apartar la mirada de él. Quedarse boquiabierta no era una reacción muy sofisticada ni sensual.

—Así que el desorden te molesta... ¿Qué más? —le preguntó Rafael, moviéndose lentamente hacia ella.

—Ahora mismo no puedo pensar en nada... —murmuró. Y era cierto. En aquel momento tenía la mente en blanco.

La lengua de Rafael se entrelazó con la suya, antes de pasar los labios sobre la delicada curva de su mandíbula y la esbelta columna de su cuello, donde el pulso le latía nerviosamente.

—No quiero que pienses —le dijo—. Sólo quiero que sientas.

Harriet no era más que un manojo de nervios e impaciencia líquida. El resto de sus prendas desapareció sin que ella se diera cuenta. Rafael hundió el rostro entre sus exuberantes pechos con una avidez que la hizo jadear involuntariamente. El calor le empapó la pelvis, mientras pequeños temblores de tensión la recorrían de arriba abajo. Nunca había sabido que el deseo físico pudiera llegar a doler.

Cuando él le permitió volver a tomar aire, se deshizo en agónicos jadeos en busca de oxígeno.

—¿Qué te resulta tan sorprendente? —le preguntó él, como si fuera capaz de leer sus pensamientos y emociones.

—Nada... —murmuró ella, pero estaba absolutamente maravillada por lo que estaba experimentando. La vergüenza por ser tan ignorante le hizo ocultar la verdad de que nunca se había excitado tanto con nadie. Descubrir a los veintiocho años que su capacidad para disfrutar era mucho mayor de lo que siempre había creído era todo un shock. —¿Hablabas en serio cuando me dijiste que me has deseado desde el primer momento que me viste? —le preguntó ella bruscamente.

Él la miró con una expresión divertida.

—Desde luego que sí... Tienes un cuerpo de fábula.

—¡Pero cuando me conociste llevaba puesto un pijama de flores! —le recordó ella.

—Sí, unas flores que se ceñían a los lugares adecuados. Tenías un aspecto increíblemente sexy. Nada más verte, me volví loco de deseo.

Le pasó la punta del dedo índice entre los pechos. Con la piel ultrasensible a su tacto, Harriet dio un respingo, como si unos cables ardientes se hubieran tensado en su interior.

Se encontró con la mirada de aquellos ojos dorados y resplandecientes, enmarcados por espesas pestañas negras, y el corazón le dio un vuelco. Él se removió contra ella, haciendo gala de una agilidad y seguridad asombrosas, y Harriet quedó convencida de que era un hombre que jamás había dudado de sí mismo. Sabía exactamente lo que hacía, adonde se dirigía y lo que quería. Era fascinante.

—¿Y Bianca? —le preguntó de repente, aunque no había sido su intención ser tan indiscreta.

—Eso ha terminado, pero nada tiene que ver contigo —dijo él, mirándola con ojos sagaces—. No vayas a cargarte con esa responsabilidad. Eres demasiado vulnerable.

—Soy mucho más dura de lo que parezco...

—La cerdita que gobierna en tu cocina no opina igual que tú.

Riendo, Harriet cedió a la tentación y volvió a tirar de él hacia ella. No podía saciarse de aquella boca experta y extraordinaria, que parecía trazar la forma de su corazón escondido con una habilidad erótica que la seducía por completo. Dejó de hablar y reír, sacudida por una necesidad más apremiante y salvaje, y entre jadeos y gemidos ahogados intentó reunir fuerzas para tomar aire.

—Por favor...

Entonces, cuando la escalada de placer había alcanzado un límite insostenible, él se colocó sobre ella y se hundió en las profundidades de su calor femenino. Una ola de placer abrasador rugió en el interior de Harriet. El poderoso miembro de Rafael se quedó quieto y rígido un instante, como la viva imagen del erotismo. Acarició las enrojecidas caderas de Harriet con pericia y maestría, mientras con la punta de la lengua se introducía en la húmeda invitación de su boca.

—Parece que estás hecha para mí, *a mhilis* —murmuró Rafael con un gruñido de satisfacción.

Era un amante portentoso. Su ritmo se adecuaba perfectamente a las necesidades más profundas de Harriet, que sentía cómo la excitación y un torrente de sensaciones exquisitas la anegaban por entero, sumiéndola en la dulce y tormentosa marea de placer interminable. Y cuando finalmente alcanzó la cúspide, dejó escapar un grito de éxtasis y se zambulló sin reservas en la inmensidad del clímax. Las convulsiones le recorrieron el cuerpo, y fueron debilitándose lentamente a medida que caía en una deliciosa sensación de abandono.

De repente, y por primera vez en su vida, comprendió por qué el mundo en el que vivía estaba tan obsesionado con el sexo. El sexo estaba en todas partes, pensó medio aturdida, en revistas y películas... Un tema picante de discusión que nunca le había interesado. Nunca en su vida había hablado de sexo. Había hecho lo posible por ocultar su mojigatería mientras por dentro se preguntaba de qué iría todo aquello. Sólo ahora podía apreciar que no había conocido la verdadera pasión hasta que

Rafael se la había mostrado. La verdadera satisfacción se le había escapado hasta ese instante de gloria infinita y maravillosa liberación que había surgido desde los confines más terrenales de su cuerpo. Nunca había sospechado que le quedara nada por descubrir. ¿Cómo podría haberse imaginado que una dimensión totalmente nueva aguardaba a ser explorada si nunca había experimentado la verdad por ella misma?

Rafael la observaba con los ojos medio ocultos por sus espesas pestañas negras. Con el pelo rojizo desparramado sobre la almohada, y un ligero rubor en las mejillas, Harriet ofrecía un aspecto encantadoramente hermoso. Su piel era tan delicada, sus ojos tan claros y azules... Le gustaba su silencio, la apacible calma que siempre irradiaba, como si una tranquilidad inviolable se hubiera afianzado en el centro mismo de su corazón. Y su resplandeciente sonrisa de satisfacción lo elevó a alturas insospechadas. Sabía que era bueno en la cama, pero ella lo miraba como si fuese una especie de dios. Casi se echó a reír ante una idea tan absurda. Entonces, en el momento en que normalmente se apartaba de la amante de turno, la rodeó con un brazo en un gesto superficial de afecto y la apretó contra él.

— Me parece que una segunda vez es más que probable, *a thaisce* —le susurró, con una voz profunda y reposada.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó ella, levantando la vista para mirarlo.

Nunca se cansaría de admirar sus rasgos esbeltos y atractivos. Tenía una estructura ósea extraordinaria, unas pestañas más largas que las suyas propias y unos ojos vivos e intensos. Una vez le había parecido frío y distante, pero ahora lo sentía cercano, cálido y familiar.

— Que eres un tesoro.

— ¿Y qué más?

— Que eres encantadoramente dulce. Una virtud con la que rara vez me he topado en mi dilatada experiencia.

Harriet se sintió embriagada por la felicidad y se estiró con lenta y pausada sensualidad. Los miembros le pesaban deliciosamente, lánguidos y agotados. Pensó que podría quedarse así para siempre. Nunca se había sentido más relajada, más femenina ni más en armonía con el mundo, y se regodeó con cada punto donde sus curvas entraban en contacto con la poderosa figura de Rafael. El olor de su piel húmeda la embelesaba. Los dedos se extendieron posesivamente sobre la musculosa superficie de su abdomen.

— Luke... —susurró.

En cuanto aquel nombre salió de sus labios fue consciente de su error. El horror por lo que había dicho de modo inconsciente la dejó de una pieza. No podía imaginar de dónde había salido el nombre de Luke, ni por qué lo había pronunciado sin haberlo pensado siquiera. Conmocionada por su propia indiscreción, permaneció quieta y rígida como una estatua. Sintió cómo Rafael se ponía tenso bajo ella, pero el cambio en su lenguaje corporal fue tan imperceptible que Harriet albergó la tímida esperanza de que no hubiese oído su imprudencia verbal. Tal vez su ángel de la guarda había intervenido para distraer la atención de Rafael en el momento oportuno.

— Tengo que ducharme —murmuró él suavemente.

No había nada en su tono de voz que insinuara algo diferente. Se apartó de ella sin ninguna prisa, pero Harriet sintió cómo la traspasaba su frialdad y supo al instante que se había dado cuenta. Naturalmente que se había dado cuenta, se recriminó a sí misma con severidad. ¡No era precisamente duro de oído! Era imposible que no oyera cómo lo llamaban por un nombre distinto en un momento tan íntimo y personal.

—Rafael... ¡no sé cómo me ha pasado! —exclamó. El pánico le hizo soltar las palabras tan rápidamente que casi se tropezaron unas con otras—. Seguramente creerás que estaba pensando en Luke, pero te juro que no es así. Hoy no he pensado ni una vez en él... ¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a pensar en él cuando estoy contigo?

Rafael se encogió ligeramente de hombros. Su pétreo rostro permanecía impasible, y sus ojos habían perdido todo su brillo. Un frío glacial traspasó a Harriet: sabía que no estaba escuchando sus excusas.

—¿Importa? —preguntó él suavemente.

—Sí, claro que importa... ¡Importa mucho! —declaró ella con voz ahogada—. He sido una imprudente y una desconsiderada, pero por favor, créeme si te digo que no significa lo que piensas.

—No presumas de saber lo que yo pienso.

Harriet se puso pálida. Tenía la piel húmeda y el estómago revuelto. Rafael volvía a ser un hombre intocable e indiferente hacia ella. Entró con la misma elegancia calculada en el cuarto de baño y al momento siguiente se oyó el agua de la lluvia. A Harriet le castañeteaban los dientes, hasta que se dio cuenta y los cerró con fuerza para detener aquella reacción nerviosa. Pero seguía estando dominada por un frío mortal, sin poder comprender cómo había podido torcerse todo con fulgurante rapidez. En un momento todo había sido maravilloso, y al siguiente todo había desaparecido, como un espejismo, dejando atrás un recuerdo burlón...

Con el cuerpo rígido y tensionado, Rafael se apoyó de espaldas contra la pared de azulejos de la ducha, tan grande para albergar una fiesta, y poco a poco fue abriendo los puños. Gracias a su sorprendente fuerza de voluntad consiguió templar su temperamento, aunque seguía estando enfadado con ella, lo cual era una reacción perfectamente natural. Después de todo, nunca le había pasado algo así. Había oído historias de experiencias similares y había estado totalmente convencido de que ninguna mujer cometería jamás un error semejante en su presencia. Que lo llamaran por el nombre de otro en su propia cama era una ofensa intolerable. Y aún lo irritaban más los patéticos intentos de Harriet por enmendarlo. Él no era ningún estúpido. Era obvio que Harriet había estado pensando en Luke. ¡Posiblemente cerrando los ojos e imaginándose que era su ex novio quien la abrazaba! Sólo de pensarlo volvía a sentirse invadido por la furia y la indignación. Cuando salió del cuarto de baño, el teléfono estaba sonando. Con una toalla alrededor de sus angulosas caderas, fue a responder. Atendió la llamada con el ceño fruncido, afirmó que arreglaría la situación, masculló una breve disculpa y volvió a colgar.

—¿Puedes estar lista para salir en quince minutos? —le preguntó adustamente a Harriet—. Tengo que volver enseguida a Ballyflynn. Una ha vuelto a fugarse de la escuela.

—¡Oh, no! —exclamó Harriet, levantándose del tocador donde había estado cepillándose el pelo—. ¿No tendrías que llamar al colegio antes que nada?

—No veo ningún sentido en llamar a St. Mary a esta hora. Si conozco a mi hermana, ya estará camino de casa —mientras hablaba, se vestía con rapidez y presteza—. Tengo que llamar a su madre y a su hermana para averiguar si saben algo de ella. Como de costumbre, me tacharán de ser un bruto y de perder el tiempo, ¡porque nadie ha tenido las agallas ni el interés en decirme la verdad!

—Lo siento...

—No, esta vez será Una la única que lo va a sentir.

Harriet no pudo ocultar su preocupación.

—Rafael...

—¿Tienes la más mínima idea del peligro en que puede estar Una? Cada vez que hace algo así, tengo que llamar a la policía para comprobar que no la han secuestrado. Es muy joven, y muy ingenua en lo que se refiere a su seguridad personal —declaró Rafael con cortante claridad—. La última vez que se escapó hizo autostop por medio país para llegar a casa. ¿Puedes imaginarte lo que pasaría si se subiera al coche equivocado con el conductor equivocado?

Harriet se puso pálida.

—No se me había ocurrido pensar en eso.

Sansón fue bruscamente despertado de su siesta en la cocina. El animal dejó escapar un débil gruñido de protesta, pero Harriet lo sostuvo en alto y lo miró fija y severamente.

—¿Qué ha sido eso?

Los oscuros ojos de Sansón parpadearon y se entornaron. Parecía tan avergonzado de sí mismo como un chihuahua podía estarlo.

—Ni un gruñido más —le advirtió Harriet, colocándose bajo el brazo.

Volvió a encontrarse con Rafael en el vestíbulo.

—¿Alguna noticia?

—Ninguna.

Harriet casi tuvo que correr para mantener su paso acelerado e impaciente hacia el helipuerto.

—Es evidente que Una se siente muy desgraciada en el colegio...

—Una se siente muy desgraciada cuando la obligan a hacer algo que no quiere hacer. Hasta que yo entré en su vida, hacía exactamente lo que le daba la gana y siempre estaba faltando a clase.

—Está en época de exámenes, y la presión es demasiado grande para ella —insistió Harriet amablemente—. Creo que tiene serias dificultades para seguir el ritmo de los estudios.

—Una es igual que Valente: más lista que un demonio y tremendamente manipuladora. Está convencida de que si logra ser expulsada de otro internado, acabará rindiéndome y le permitiré dejar la escuela para siempre este verano. Lo siento, pero no sabes de lo que estás hablando —concluyó, rechazando terminantemente la sugerencia de Harriet.

Harriet estaba tan consternada y disgustada que los ojos le escocían por las lágrimas contenidas. No le resultaba fácil llorar, pero en aquellos momentos apenas podía reprimirse. El calor y la intimidad que habían existido entre ellos se habían

esfumado como si nunca hubiera existido. ¿Podía culpar a Rafael por eso? Intentó imaginarse cómo reaccionaría ella si él la llamara por el nombre de otra mujer. Sin duda haría estragos en su amor propio, y la haría preguntarse si la estaba utilizando como sustitua de alguien con quien preferiría estar. Aunque sospechaba que, siendo últimamente más razonable que melodramática, habría prevalecido la calma y el sentido común.

Rafael podía haberse ofendido, pero era lo bastante inteligente para aceptar que cualquiera podía cometer esa clase de errores y que no tenía por qué significar nada. Por otro lado, era perfectamente posible que nada de lo que hubiera dicho o hecho fuera la causa de aquel repentino distanciamiento que percibía en él. Era un pensamiento mortificante, pero tal vez el único interés de Rafael había sido acostarse con ella.

Aquella sospecha avivó su temperamento y tuvo que esforzarse por mantener la concentración en el problema de Una. Estaba muy preocupada por la joven, y temía que Rafael fuera a ser demasiado duro con ella. Y aunque tenía mucho cuidado de no entrometerse en asuntos que no eran de su incumbencia, sentía que al menos debía enseñarle a Rafael la nota llena de faltas de ortografía de su hermana. Por increíble que pareciera, Rafael no parecía ser consciente de la pobre alfabetización de Una, ni de las dificultades que eso le podría estar acarreado en la escuela. Rafael parecía creer que los problemas de la chica se debían únicamente a su actitud rebelde y obstinada. Aunque tal vez tuviera razón, reconoció Harriet tristemente. Después de todo, ¿cuánto conocía ella a Una?

Cuando aterrizaron en Flynn Court, se subieron al Lamborghini y Rafael la llevó a casa de inmediato.

—Hay algo relacionado con Una que quiero enseñarte —le dijo ella torpemente cuando se detuvieron junto a su casa—. ¿Puedes esperar un momento?

La sorprendió descubrir a Peanut esperándola en la casa, en vez de estar en el granero donde Fergal había dicho que la dejaría aquella noche, pero no se paró a pensar y sacó rápidamente la nota del cajón de la cocina. Rafael la esperaba de pie junto al coche, con los brazos apoyados en la puerta del conductor.

—¿Qué es esto? —preguntó secamente cuando ella tendió la nota.

Harriet se puso rígida, dominada por una mezcla de irritación y humillación. Se preguntó si Rafael pensaba que estaría usando alguna estratagema para mantenerlo junto a ella.

—Una me la escribió hace unas semanas... He pensado que deberías echarle un vistazo.

Rafael miró el trozo de papel arrugado que tenía en la mano y se colocó delante del coche para leer a la luz de los faros.

—¿Una escribió esto? ¿Es una broma? —preguntó bruscamente.

—No sabe escribir muy bien...

Rafael le lanzó una mirada de absoluta incredulidad.

—¡Pero esto parece escrito por un niño de preescolar!

—Creo que Una intenta ocultar sus problemas, pero ¿podría esto explicar su fracaso en la escuela? Siempre que puede parece usar un corrector ortográfico en un ordenador, pero casi todos sus deberes tienen que estar escritos a mano. Cuando

hablé con ella por teléfono la última vez, se sentía muy triste y desdichada... Creo que se debía a la presión de los exámenes.

El rostro de Rafael había palidecido y tenía una expresión desolada.

—Nunca he visto a Una leyendo o escribiendo. No sabía que tuviera un problema semejante.

—Estoy segura de que con la ayuda adecuada podría ponerse al día, pero tendrás que tener mucho cuidado al hablar de esto con ella —le advirtió Harriet—. Se avergüenza de sí misma por sus problemas. Cree que es estúpida...

—Ella no es estúpida —declaró Rafael, triturando la nota con sus largos dedos—. Seguramente sea disléxica. Como yo.

Fue el turno de Harriet de quedarse atónita, sin saber qué decir.

—Oh... —fue lo único que pudo murmurar, poniendo una mueca de disgusto por su propia falta de fluidez verbal.

—Qué ciego he estado —dijo Rafael en voz baja y arrepentida—. Te agradezco mucho que me hayas hecho darme cuenta.

Harriet volvió a entrar en casa. Bueno... había conseguido la aventura que pensaba que quería y se había quemado los dedos a conciencia. Pero si al menos había conseguido algo positivo para Una, la experiencia habría merecido la pena.

—¿Se ha ido Rafael?

Harriet dio un respingo. A unos metros de ella estaba Una, de pie en la puerta de la cocina. Por una vez, la chica parecía tener quince años y ofrecía una imagen conmovedoramente frágil, con los ojos y la nariz hinchados por las lágrimas.

—Me has dado un susto de muerte... —susurró Harriet—. ¿Dónde estabas cuando entré hace unos minutos?

—Intentando dormir en la habitación de invitados —murmuró la joven—. Sé dónde deja Fergal la llave de repuesto...

—Bueno, me alegro de que estés aquí y de que estés bien. ¿Llamas tú a tu hermano o lo llamo yo?

—¡No! —exclamó Una, sollozando—. ¡Por favor, no lo hagas!

Harriet la rodeó con un brazo reconfortante, le tendió un paquete de pañuelos y dejó que el torrente de lágrimas siguiera su curso natural.

—¿Por qué has venido aquí?

—Pensé que estarías en casa y que podríamos hablar, pero no estabas —murmuró Una con voz temblorosa.

—Rafael está muy preocupado por ti.

—No, no lo está. Él nunca se preocupa por mí.

—Claro que sí...

—No. ¿Sabes cómo se enteró de mi existencia? Mi madre estaba muy mal, así que el padre Kearney fue en busca de Rafael y le dijo que yo era la hija de su padre. A Rafael no le quedó más remedio que aceptarme como un acto de caridad. Para él no soy más que una molestia y un motivo de vergüenza.

—Mi padrastro me crió él solo. Tampoco tuvo otro remedio, pero aunque no fuéramos de la misma sangre, siempre me ha querido como a una hija —dijo Harriet tranquilamente—. Tú y Rafael sois de la misma sangre, y eso él lo valora. Claro que le importas.

Una levantó la cabeza y la observó atentamente entre sus párpados hinchados.



— ¿Te lo ha dicho él?

— No, no es la clase de hombre que se sienta cómodo hablando de cosas como ésta. Pero he visto cómo se preocupa por tí, y creo que te entiende más de lo que tú misma te imaginas. Él tampoco tuvo una vida muy feliz en casa cuando era niño.

La joven no pudo ocultar la sorpresa que le produjo aquella revelación.

— ¿Lo dices en serio?

— Tal vez tu hermano y tú tengáis más en común de lo que crees.

— Sí, como que soy rica y lista —farfulló Una.

— Él también es muy irónico.

— ¿Está furioso conmigo?

— Está más preocupado que furioso. Por favor, deja que lo llame y le diga que estás sana y salva.

— No... Yo lo haré —murmuró Una—. ¿Estás saliendo con él?

— No —respondió Harriet—. Pero hoy me ha llevado a las carreras de Leopardstown.

— ¿Y eso no es estar saliendo juntos? —preguntó Una, debatiéndose ante el teléfono como si fuera un objeto peligroso que fuera a atacarla en cualquier momento.

No cuando la relación se había acabado antes de que empezara, reflexionó Harriet, repentinamente seria.

¿Por qué se había acostado con él? ¿Cómo era posible que en su momento todo le hubiera parecido tan maravilloso cuando visto en perspectiva le resultaba un craso error? ¿Cómo había llegado a creer que podía manejar una aventura sexual? ¿Qué clase de idiota era, pensando que podría renunciar a sus principios y salir impune? Porque ahora, en vez de la firme creencia de que podía disfrutar de la pasión sin compromiso, se sentía vulgar, estúpida y tremendamente desgraciada. Unas pocas horas y todo había terminado. Sólo de pensarlo se encogía de vergüenza.

Una llamó al móvil de Rafael. Decidida a no interferir, Harriet permaneció en el interior de la casa cuando la joven salió al encuentro de su hermano. Unos minutos más tarde, Rafael apareció en la puerta en persona.

— Gracias —dijo, con una expresión extrañamente abierta y sosegada—. Es la primera vez que Una no me trata como a un enemigo. Te lo debo a ti.

— No me debes nada.

— Aprende a aceptar con elegancia los cumplidos, la gratitud y los regalos —replicó Rafael con voz suave como la seda—. No voy a cambiar ahora la costumbre de toda una vida.

La esperanza prendió en el interior de Harriet, que se apresuró a sofocarla, enojada consigo misma. No iba a empezar a buscar mensajes subliminales en cada comentario de Rafael. Ni tampoco iba a dar un brinco de dolorosa expectación cada vez que sonara el teléfono a la semana siguiente.

— Yo tampoco —dijo, reprimiendo un sugerente bostezo. Era un modo de insinuarle que la estaba manteniendo de pie en la puerta.

La ruptura con Luke la había convertido en una mujer más dura y curtida, se dijo a sí misma, y Rafael Cavaliere Flynn ya era agua pasada. La había usado como un medio para desahogarse y le había herido momentáneamente el orgullo. ¡Pero eso era todo! Y, naturalmente, siempre podía sacar algo en positivo. Ahora que sabía lo

que era ser utilizada para una breve aventura, y si hacía caso de la sabiduría popular, estaba en una excelente condición emocional para involucrarse en una relación más profunda y duradera con otra persona. Y si en aquel momento presentía que jamás volvería a mirar a ningún otro hombre... bueno, eso era porque estaba cansada y desfallecida, nada más.

— Rafael... ¡mi hermana y mi cuñado se irán a la cama si no te das prisa! — lo llamó Una desde el Lamborghini —. ¡Y Philomena se pondrá furiosa si despertamos al bebé!

— Tranquilízate... Les he dicho que esta noche vas a quedarte en Flynn Court.

Rafael siguió mirando a Harriet hasta que ella se puso rígida por los nervios y la tensión de evitar encontrarse directamente con su penetrante mirada. Cuando finalmente se dio la vuelta y se alejó hacia el deportivo, Harriet dejó caer los hombros y cerró con un rápido portazo.

El teléfono empezó a sonar. Era Boyce.

— Llevo todo el día intentando localizarte — se quejó su hermano —. ¿Sabes qué? Mañana por la tarde llego al aeropuerto de Kerry.

— ¡Oh, eso es genial! — exclamó Harriet, encantada por la perspectiva de tener a un invitado en casa.

## Capítulo 7

Rafael se despertó de golpe por un ruido infernal. Parecía una mezcla entre un aullido animal y el escalofriante roce de una tiza contra una pizarra.

Un gallo flaco y blanquinegro había tomado posición en la desgastada estatua de Neptuno que estaba emplazada bajo su dormitorio. Rafael se levantó de la cama y se acercó a la ventana más próxima. El ave emitió otro horrible chirrido, antes de bajar de la estatua, revolotear frenéticamente sobre la valla y desaparecer entre los altos hierbajos del prado.

—No me puedo creer que no hayáis oído el escándalo que ha montado ese pajarraco esta mañana —comentó Rafael en la mesa del desayuno.

—Tengo el sueño muy profundo —dijo Una, decidida a proteger a Albert, el gallo de Harriet.

—A mis setenta años no puedo aspirar a oír como un hombre joven —dijo Tolly con expresión divertida.

Para Harriet el día había tenido un comienzo igualmente animado. Habiendo tardado en conciliar el sueño, durmió más de la cuenta y se levantó en un estado frenético. Tuvo que saltarse el desayuno y correr a dar de comer a los caballos, ya que no le parecía justo aprovecharse de la presencia de Davis si ella estaba en casa. Luego, tuvo que comprobar y ordenar los artículos para la tienda que le habían llegado en un envío masivo. El sábado próximo era el día fijado para abrir el negocio. Para dar publicidad a la inauguración, había organizado con ayuda de varios padres una gincana para ese día, y había prometido que donaría un porcentaje sustancial de sus beneficios a una institución benéfica. Para promocionar las cuadras de Flynn Court por todos los medios posibles, había pedido a la radio local que cubriera el evento.

Al mediodía aún seguía corriendo contrarreloj y tuvo que volver a la casa para cambiarse de ropa. Se puso lo primero que encontró y salió disparada hacia el aeropuerto. Cuando estaba a mitad de camino se dio cuenta de que se había puesto una camiseta blanca y una minifalda rosa que tendría que haber tirado mucho tiempo atrás, de no habérselo impedido su tacañería.

El vuelo de su hermano ya había aterrizado cuando ella llegó al aeropuerto. Boyce estaba sentado en un banco, intentando pasar desapercibido con unas enormes gafas de sol y un sombrero texano que le cubría sus mechones rubios y puntiagudos. Lucía tantas etiquetas de diseño, que Harriet pensó que tintinearía como un cascabel si lo sacudía.

—¡Siento llegar tarde! —exclamó ella con voz ahogada.

Con el cariño habitual que prodigaba a su familia y a sus fans, Boyce rodeó a su hermana con los brazos para darle un fuerte y efusivo abrazo.

Harriet se fijó entonces en el pequeño vendaje que le cubría parte de la nariz.

—Dios mío... ¿qué te ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

—No... me enderecé la nariz hace unos días —admitió Boyce. El tono tan bajo con que lo dijo le advirtió a Harriet que su incursión en el mundo de la cirugía estética era un asunto de máxima confidencialidad.

Harriet se quedó atónita, pero se tragó cualquier comentario o crítica a la decisión de su hermano. Después de todo, Boyce trabajaba en una industria que le daba una importancia crucial al aspecto. Había nacido con una nariz respingona y poco agraciada que le daba aspecto de duende y por la que sin duda había sido objeto de burlas, pensó Harriet tristemente. Era un rasgo genético que toda la familia compartía, hasta que él había decidido borrarcelo. Harriet tuvo que reprimir el impulso de tocarse su propia nariz.

Boyce agarró su bolsa y miró a su hermana de arriba abajo.

—Por cierto, estás muy guapa —dijo, sacudiendo lentamente la cabeza—. ¡Librarte de Luke ha sido sin duda lo mejor que te ha pasado nunca!

—No me vengas con adulaciones —replicó ella, girando la cabeza bruscamente. Tenía la extraña sensación de que la estaban observando. Pero al pasar la mirada por el resto de pasajeros no vio a nadie que estuviese mirando en su dirección.

—No te estoy adulando —insistió su hermano—. Estás radiante porque has recuperado tus fuerzas. La última vez que te vi estabas demasiado delgada... y siempre estabas cansada. Te has dejado crecer el pelo y eso te sienta muy bien. Incluso la falda que llevas te favorece. A Luke le gustaba que te vistieras como una señora vieja y apagada.

Harriet parpadeó y soltó una carcajada involuntaria.

—¡Gracias por hacerme sentir tan bien!

—¿Por qué siempre te niegas a creer las cosas buenas que la gente dice de ti?

—¿Eso hago? —preguntó ella, poniéndose colorada.

—Es irritante —reconoció Boyce con sinceridad.

—Eres la segunda persona que me dice eso en veinticuatro horas. Supongo que nunca me he sentido muy segura con mi aspecto.

—Deberías sentirte cómoda en tu propia piel —afirmó Boyce.

—Eso suena muy razonable... sobre todo viniendo de un hombre que se acaba de operar la nariz.

—No has perdido la costumbre de lanzarle pullas a tu hermano, ¿eh? —dijo él. Sacudió la cabeza con una triste sonrisa y la tomó del brazo para conducirla a la salida—. Vamos, salgamos de aquí. No quiero arriesgarme a que me reconozcan.

—No creo que aquí tengas que preocuparte mucho por eso —le aseguró Harriet—. Mis vecinos están más interesados en el precio de la tierra y en los costes de una granja.

A Boyce le encantó el paisaje natural de Irlanda y las tortuosas y tranquilas carreteras flanqueadas de árboles. Incluso le pareció algo especial toparse con un viejo tractor conducido por un hombre aún más viejo, que amablemente les dio paso con la mano en una curva cerrada. La casa, con su extravagante techo de paja, le resultó sorprendentemente pequeña y fascinante. Hasta el cuarto de invitados ofrecía un aspecto cálido y acogedor, después de que Harriet lo hubiera amueblado con sus propios muebles. La inmensa televisión que había puesto en la cocina, donde antes había estado el escritorio, hizo que Boyce abriera los ojos como platos.

—Temía que no tuvieras televisión —le confesó con un escalofrío—. No puedo vivir sin los partidos de fútbol.

Harriet sonrió y le tendió el mando a distancia. No había necesidad de decirle que había comprado el televisor la semana anterior y con motivo de su visita. Quería que su hermano se sintiera como en casa y disfrutara lo más posible de su estancia.

Fergal llamó a la puerta cuando estaban a punto de tomar la comida que ella había preparado la noche anterior. Boyce masculló en voz baja y se levantó de un salto para refugiarse al fondo de la habitación.

— ¿Crees que me ha visto?

— Pues claro que sí... Fergal viene todos los días a ver a sus caballos...

— No tiene por qué saber quién soy. Dile que sólo soy un amigo.

— Lo siento, no sabía que tuvieras compañía —dijo Fergal cuando Harriet abrió. Observó la cocina vacía tras ella y se fijó con curiosidad en la mesa dispuesta para dos, con un mantel blanco, una botella de vino y copas de cristal.

— Un amigo de Londres ha venido a visitarme —explicó Harriet, sintiéndose muy incómoda.

— Un tipo bastante tímido, ¿no?

— Eh... sí, supongo que sí.

— Bien... En ese caso no os interrumpiré.

— No, en serio, no tienes por qué irte tan rápido. Fergal la miró atónito.

— Viéndote así vestida y con el vino en la mesa, hasta yo puedo imaginar que se trata de una ocasión especial. ¿Puedo hablarle de esto a mi madre?

— ¿Tu madre? —repitió Harriet, desconcertada.

Fergal le dedicó una sonrisa.

— Ha decidido que serías una buena esposa para mí.

Harriet puso una mueca.

— Oh, cielos...

— Pero si se entera de que estás con otro hombre cambiará de opinión.

— Entonces cuéntaselo todo —le aconsejó ella. Boyce volvió a salir de su escondite en cuanto Fergal se marchó.

— ¿Se lo has dicho?

— No... ¡pero ahora piensa que eres mi novio!

— Si está interesado en ti, esto servirá para hacerlo desistir. Y si no lo está, no tiene la menor importancia —replicó su hermano con una alegre sonrisa—. Mientras tú seas la única persona que sepa quién soy realmente, estaré a salvo de los paparazzi.

— Hay muchos famosos que viven en la costa occidental de Irlanda. Sinceramente, no sé por qué tienes que ocultarte.

— Sólo estoy siendo discreto. De ningún modo he venido aquí a ocultarme. Lo primero que quiero hacer es visitar el lugar donde nació mamá... ¿Has estado ya ahí?

— No. Cuando me dijiste que ibas a venir decidí que era un viaje que debíamos hacer juntos. ¿Cómo está mamá?

— No muy contenta de que haya venido aquí en lugar de a París —respondió su hermano con una mueca—. Y... frenética con los preparativos de la boda.

— Está bien —dijo Harriet con una amarga sonrisa—. Es lo que esperaba. ¿Cómo está la pareja feliz?

— ¿Quieres que te sea sincero?

– Quiero que seas brutalmente sincero.  
– A Alice no le sientan muy bien tus zapatos.  
– No sabía que intentara ponérselos.  
– Se ha tropezado unas cuantas veces, pero supongo que no debería dar detalles.  
– Dijiste que no tomarías partido por nadie –le recordó Harriet, y alzó su copa de vino en un gesto alentador—. He superado lo de Luke, pero es natural que sienta curiosidad.

– Alice gastó algunas bromas en una cena de abogados y ofendió a varios colegas de Luke. Los amigos de éste la aburren soberanamente y, tras pasar un fin de semana en el norte con sus futuros suegros, se niega en redondo a volver allí. Luke buscaba en ella a la chica juerguista y las emociones prohibidas, y Alice buscaba en él al abogado listo y solvente. Pero no creo que ninguno de ellos esté preparado para la convivencia rutinaria.

Boyce siempre había sido tremendamente astuto. Una habilidad que lo había ayudado a evitar los peligros que conllevaba alcanzar la fama a una edad tan temprana. Harriet se asustó un poco al oírlo hablar sobre la relación de Alice y Luke, pero también se quedó impresionada. También la alivió comprobar que la traición de su hermana le dolía más ahora que el engaño de su ex novio. No había tardado en ver que por Luke no merecía la pena llorar, pero sí echaba de menos el lazo que había compartido con Alice antes de que Luke se interpusiera entre ellas y las convirtiera en rivales.

– ¿Y qué me cuentas de tu vida amorosa? –le preguntó para cambiar de tema. Era mejor no ahondar en el pasado.

Boyce apretó los labios, súbitamente serio.

– Tuve algo bastante intenso con una chica. Fue difícil de llevar, pero ya se terminó.

A Harriet le picaba la curiosidad y dudó si debería pedirle más detalles, pero en aquel momento sonó el timbre de la puerta. Era una entrega especial, y Harriet se sorprendió al ver la firma de Rafael en la tarjeta. Nerviosa y excitada a su pesar, extrajo con mucho cuidado un estuche de joyería del sobre acolchado. Fuera lo que fuera, estaba decidida a devolverlo.

Abrió el estuche y se encontró con un broche de oro en forma de herradura tachonado de diamantes y esmeraldas. Las joyas eran tan brillantes que la aturdieron. Era un regalo verdaderamente precioso. Devolverlo iba a costarle mucho, pero no podía aceptar un presente tan valioso de alguien como Rafael.

– Vaya, vaya... –dijo Boyce, riendo mientras miraba el broche por encima del hombro de Harriet—. Una herradura dorada y, lo que es peor, elegida con pésimo gusto. Las joyas de imitación nunca deben ser tan ostensiblemente falsas.

– Sí –murmuró Harriet, cerrando de nuevo el estuche. Prefería que su hermano sacara sus propias conclusiones antes de verse en la humillante necesidad de explicarle los motivos de su reciente comportamiento.

– Aunque por otro lado... supongo que eres el tipo de mujer a la que le gustan los broches de herradura –añadió Boyce, pero su sensibilidad innata le hizo adoptar una cómica expresión de disculpa—. Lo siento. No pretendía tener tan poco tacto. Me alegro de que vuelvas a tener a un hombre en tu vida.

—Yo no... eh... esto es sólo un regalo amistoso de alguien que me llevó a las carreras el otro día —balbuceó ella.

Boyce se pasó la mayor parte del día siguiente en la cama, recuperando el sueño perdido. Harriet había oído cómo despegaba el helicóptero de Rafael a las ocho de la mañana, y no fue hasta bien entrada tarde cuando lo oyó regresar.

El lunes amaneció un día cálido y soleado. Harriet resistió el fuerte impulso de llamar a Rafael a una hora inexcusablemente temprana sólo para oír su voz mientras le explicaba que, por mucho que le gustara el broche y aunque no quería ofenderlo, no podía aceptarlo. Decidió que un encuentro cara a cara sería más amistoso y menos propenso a malinterpretarse que una llamada telefónica.

Mientras Harriet seguía angustiada tratando de encontrar la manera para aproximarse a Rafael sin darle una impresión equivocada, él estaba recogiendo a Una de casa de su hermanastra en el pueblo. Debería haber estado en Roma, pero se había visto obligado a cancelar sus compromisos. A Una le había entrado el pánico cuando él le mencionó la cita que había concertado para ella con un psicólogo en Tralee. Rafael había asumido rápidamente que si no quería arriesgarse a que la chica se perdiera otra vez, tenía que ofrecerle su apoyo personal antes de obligarla a afrontar cualquier tipo de prueba.

Una se subió al Range Rover calzando unas botas grandes y pesadas. Rafael la observó fijamente. Casi daba miedo mirarla: iba de negro de los pies a la cabeza, con los ojos pintados de tonalidades moradas y los labios de rojo granate resaltando contra su piel blanca. Era el vivo retrato de una vampiresa gótica. A Rafael le entraron ganas de reír, pero era demasiado prudente como para cometer esa torpeza.

—¿Sabías que Harriet ha vuelto con su ex? —le preguntó ella.

Rafael se quedó completamente rígido.

—¿Su ex?

—Luke. Un vecino lleva un servicio de taxis al aeropuerto y ayer vio a Harriet recogiendo a un hombre. Lo estaba abrazando y besando... ¡puaj! —le confesó Una como si le entraran náuseas—. He llamado a Fergal para preguntárselo, y por lo visto interrumpió una especie de celebración en casa de Harriet. Así que es cierto. Pero no puedo creerlo. Pensaba que Harriet tenía más orgullo. ¿Estás enfadado?

—¿Por qué debería de estarlo? —se limitó a decir él, y su hermanastra quedó en silencio.

Rafael dio marcha atrás con el todoterreno para salir a la carretera. No sentía nada. Nunca sentía nada. Las reacciones sentimentales eran para el resto del mundo, no algo con lo que él pudiera identificarse. De niño había tenido que aprender a controlar sus emociones. Obligado a presenciar la crueldad de Valente, e incapaz de intervenir, Rafael había apagado sus respuestas humanas: era el único modo de preservar la cordura y sobrevivir.

Harriet y Boyce disfrutaron de un copioso desayuno antes de usar el mapa hecho a mano de Tolly para encontrar la casa donde Eva y generaciones anteriores de Gallagher habían nacido. La finca se llamaba Slieveross, y estaba tan apartada como

había advertido Tolly. Aunque sólo la separaban cinco kilómetros de Ballyflynn, tuvieron que recorrer a pie un sendero largo y empinado por la falda de una montaña, bordeado por arbustos que resplandecían con las fucsias silvestres. Se detuvieron varias veces para tomar aliento y admirar el increíble panorama que ofrecía la costa escarpada. Abajo, las olas del Atlántico rompían al pie de los abruptos acantilados. La granja era un edificio pequeño y ruinoso, situado al abrigo de la colina.

—Menudo lugar sería éste para alejarse de todo —comentó su hermano, en un tono de sobrecogimiento y anhelo que pilló a Harriet por sorpresa—. Mira qué vista. Parece estar fuera de este mundo. No se ve un alma, y ni siquiera se divisa la carretera. ¿Puedes oír el silencio? No recuerdo cuándo fue la última vez que «oí» el silencio. Pagaría lo que hiciera falta por conseguir esta granja y reformarla.

—¡Pero mamá se volvería loca! —exclamó Harriet, desgarrada entre la consternación y la esperanza. Sabía que ella recibiría toda la culpa si Boyce, el ojito derecho de su madre, se establecía en Irlanda. Al mismo tiempo, no habría nada que la complaciera más que el privilegio de ver más a su hermano.

—Tal vez sea hora de que mamá supere sus manías. No veo por qué tendría que influir en mí. Me gustaría disponer de un lugar tranquilo donde poder componer y relajarme... Aquí podría ser un tipo normal y corriente.

Boyce siempre había sido una persona con mucha iniciativa e influencia en los demás. De vuelta a casa, le pidió a Harriet que llamara a Ballyflynn para ver si podía averiguar quién era el propietario actual de Slieveross. Con esa identidad confirmada, y después de una visita al abogado Eugene McNally, Boyce volvió a la casa con intención de llamar a su mánager para discutir los pros y los contras de comprar una casa en Irlanda.

—¿Hiciste mi cama antes de salir? —le preguntó desde el cuarto de invitados mientras ella preparaba un rápido almuerzo.

—No. ¡Soy tu hermana, no tu asistente!

—Bueno, pues alguien la ha hecho —afirmó él.

Harriet se acercó a la puerta.

—Seguramente fuiste tú sin darte cuenta.

—¡De eso nada! —declaró, extendiendo las manos en un rotundo gesto de rechazo.

—Pues tal vez tengamos hadas en casa... ¡Y ojalá se queden mucho tiempo si les gusta limpiar! —se burló Harriet.

—No te imaginas de lo que son capaces los paparazzi —dijo su hermano con preocupación—. Alguno podría haber entrado aquí para sacar fotos o en busca de una buena historia.

—¿Y los paparazzi suelen hacer las camas de sus víctimas?

Una sonrisa borró la gravedad del atractivo rostro de Boyce.

—Está bien, ya sé que me estoy poniendo paranoico —admitió.

—No tienes de qué preocuparte. Estoy completamente convencida de que mientras estés en Ballyflynn no serás acosado por la prensa ni por nadie.

El día transcurrió rápidamente, y Harriet estaba decidida a ver a Rafael. Él debía de pensar que era una maleducada por no haberlo llamado enseguida para agradecerle el regalo, reflexionó ella con cierto sentimiento de culpa, aunque la



verdad era que no habría sabido qué decirle. Dejó a su hermano discutiendo animadamente por teléfono con su mánager y se fue a su dormitorio a arreglarse.

Allí la asaltó la sospecha de que los frascos de perfume que había sobre la cómoda habían sido ligeramente desplazados. Por alguna razón, la habitación se le antojaba diferente a la vista, aunque no había ningún cambio evidente. ¿Se habría subido Sansón a la cama y había arrugado la manta? Era perfectamente posible. Ella no permitía al chihuahua entrar en el dormitorio, pero el animal no cesaba en su empeño.

¿Qué demonios le estaba pasando?, se preguntó. No era una persona paranoica ni obsesiva. ¡Nadie había estado en la casa mientras su hermano y ella visitaban Slieveross! Todo estaba en orden, igual que como lo había dejado. ¿Por qué permitía que Boyce la asustara? Aunque, considerando la fama de su hermano en la industria discográfica, no sería mala idea cerrar con llave mientras él estuviera allí. De modo que salió y quitó la llave de repuesto de su más que evidente escondrijo, debajo de una piedra junto a la puerta trasera.

Eran casi las cuatro cuando llegó a Flynn Court. No había ni rastro de Tolly, y fue una criada quien la hizo pasar a la biblioteca. Harriet estaba asombrada por el deseo tan intenso que sentía de volver a ver a Rafael. El profundo anhelo brotó en su interior sin previo aviso y la inundó de una timidez insoportable. Cuando Rafael caminó hacia ella para saludarla, impecablemente vestido con un elegante traje gris plateado a rayas, la tensión nerviosa hizo que Harriet empezara a soltar su discurso a borbotones.

—Quería llamarte por teléfono para preguntarte qué estaba pasando con Una, pero supuse que tendríais muchas cosas que solucionar entre vosotros y decidí esperar un día o dos. Pero cuando enviaste el broche...

—¿Te ha gustado? —la interrumpió él con voz suave.

Harriet entrelazó los dedos mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Mucho... Quiero decir, es precioso. Pero...

—Me alegro de que te guste. Lo pasamos muy bien juntos, y mis genes italianos e irlandeses me hacen ser bastante sentimental —su tono profundo y reposado no podría haber ofrecido un contraste más cínico con lo que afirmaba—. Me gusta despedirme con estilo. Por favor, no intentes devolver el regalo.

El shock dejó sin aire a Harriet. ¿Despedirse con estilo? No movió un solo músculo, pues no confiaba en sí misma para ocultar su dolor. El día de las carreras no había sabido si Rafael tenía pensado o no volver a verla. Pero cuando recibió el broche de diamantes y esmeraldas se había convencido de que sus temores eran infundados. No se le había pasado por la cabeza que un hombre eligiera un regalo semejante para ponerle fin a una aventura. Pudo sentir cómo la sangre se le helaba en las venas. Era como si se hubiese despertado a la fuerza de un sueño y se encontrara caminando por la cuerda floja, teniéndole pánico a las alturas. Y, lo peor de todo, no estaba en absoluto preparada para la fuerza de su propia reacción.

—¿Una...? —en el vibrante silencio que siguió, Harriet pronunció el nombre de la joven como si fuera un salvavidas al que aferrarse.

Los espectaculares ojos dorados de Rafael se posaron en ella con expresión impasible y distante.

— Le he permitido faltar los últimos días del curso. En cualquier caso, el colegio no quiere que vuelva. Es disléxica y ha aceptado recibir ayuda especial. Le he dicho que buscaré las posibilidades que haya por aquí cerca y que tomaré una decisión al final del verano. Pero no le he prometido nada.

Harriet forzó una valiente sonrisa.

— Me parece muy bien... Estáis hablando entre vosotros y lo estáis solucionando todo. Me alegro por ello, pero me sorprende que no me haya llamado ni haya venido a ver los caballos. Aunque supongo que estará muy ocupada en estos momentos.

— Es posible — murmuró él, asaltado por un débil regocijo. Era consciente de que su hermanastra estaba muy decepcionada con Harriet y de que le hablaría con franqueza cuando hubiese superado su fase actual de malhumor.

— ¿Te he hablado de la inauguración de la tienda que tengo prevista para el próximo fin de semana?

— No sabía que tuvieras previsto abrir una tienda.

— Dijiste que no te interesaban los detalles. Pero en el futuro lo pondré todo por escrito para asegurarme de que estés bien informado — declaró ella animadamente, e intentó mantener el buen humor mientras le hablaba de la gincana —. Servirá para hacer publicidad.

— ¿De verdad piensas que seguirás viviendo en Ballyflynn dentro de un año?

El tono seco y escéptico con que formuló la pregunta hizo que las pálidas mejillas de Harriet se cubrieran de color. La aparente convicción de Rafael de que las cuadras se hundirían antes de doce meses era el insulto definitivo.

— Sé muy bien que la mayoría de los negocios nuevos van a la quiebra el primer año, pero el mío no será uno de ellos. La tienda sólo venderá artículos de primera necesidad, pero debería proporcionar las suficientes ganancias para cubrir los gastos, y además servirá para atraer a los clientes. Tal vez no te hayas dado cuenta, pero cuando me ofreciste aquel magnífico establo georgiano como base, y un mozo residente, me diste una oportunidad inmejorable para salir adelante.

El teléfono que había sobre el escritorio empezó a sonar.

— Dile a Una que me llame cuando pueda — le pidió Harriet, y se dio la vuelta para marcharse. Se sentía como si hubiera soportado diez asaltos en un ring con un peso pesado.

Rafael ignoró el teléfono y fue a abrirle la puerta, preguntándose por qué seguía teniendo con ella mejores modales de los que nunca había tenido con ninguna otra mujer. Y se preguntó también qué haría ella si él se aprovechaba del ferviente deseo que la había dominado días antes. Un deseo que había sido algo completamente nuevo para Harriet. El amor verdadero contra la pasión sexual. Rafael no estaba convencido de que ella fuese lo bastante fuerte para resistir la tentación. En esas circunstancias, Valente no habría dudado en jugar sucio. Pero a Rafael lo sorprendió descubrir que, a diferencia de su difunto padre, él sí tenía escrúpulos.

— ¿Dónde está Tolly? — preguntó ella, sintiendo la necesidad de romper el silencio mientras cruzaba el vestíbulo con pasos firmes y espalda erguida, intentando mantener su dignidad.

— Su hermano en Inglaterra se ha puesto enfermo. Se fue a verlo ayer.

Harriet se subió al coche y se alejó sin mirar atrás ni montar un drama. Se sentía vacía y conmovida, después del vuelco emocional que le había provocado Rafael.

Estaba loca por él. Su atractivo, su reputación, su carisma, su sonrisa... No, no quería pensar en su sonrisa. Había sido una aventura pasajera y ya había terminado. Entonces... ¿qué le pasaba? Tuvo que detenerse a mitad de camino para calmar la respiración y apartarse las lágrimas que le inundaban los ojos.

Decidida a no levantar las sospechas de su hermano, estuvo conduciendo un rato con la ventanilla bajada, esperando que la brisa borrara los rastros de las lágrimas secas. Aprovechó para pasarse por el supermercado y comprar algo de comida. Cuando estaba pagando en la caja, vio a la hija política de Tolly, Sheila, que la miraba fijamente junto a los congeladores. ¿Qué problema tenía esa mujer? Irritada, estuvo a punto de ir hacia ella y preguntárselo. Pero entonces apareció el marido de Sheila, Robert, y los dos se alejaron.

Estaba saliendo otra vez del pueblo cuando vio a Una. Harriet le hizo señas con la mano y buscó frenética un lugar para aparcar en la concurrida calle, pero cuando finalmente detuvo el coche la joven se había esfumado. Harriet frunció el ceño, pues estaba segura de que Una la había visto. ¿Se habría confundido? ¿O quizá había algo más en el repentino silencio de Una? Entonces recordó la nota que le había enseñado a Rafael y se puso pálida. Era muy posible que Una estuviese enfadada por eso y considerara que Harriet había traicionado su confianza al entrometerse.

Cuando llegó a casa, se sorprendió al encontrar a Boyce y a Fergal viendo un partido de fútbol en amigable compañía, como si se conocieran de toda la vida. Con sendas botellas de cerveza en la mano, los dos se pusieron a gritar como locos cuando uno de los equipos marcó un tanto.

—Así que ya os habéis conocido... —dijo Harriet con la voz más despreocupada que pudo.

—Sí... ¡Eh, fíjate en ese regate! —exclamó Boyce, con la vista pegada a la pantalla.

Harriet se rió de sí misma por haber temido que su hermano notara que había estado llorando. Boyce no se habría dado cuenta de nada... a no ser que ella se interpusiera entre la pantalla y él.

—¿Vendréis esta noche al *ceidlih*? —les preguntó Fergal cuando acabó el partido—. Será una noche estupenda de música y diversión.

—No me lo perdería por nada —dijo Boyce.

—¿Qué ha pasado con tu miedo a ser reconocido? —le preguntó Harriet cuando Fergal se marchó. Su hermano le lanzó una mirada de satisfacción.

—Le he dicho mi nombre a Fergal, e incluso que soy músico, y no ha mostrado ninguna reacción. No tiene ni idea de quién soy. Y si alguien de su edad no me reconoce, ¿quién podrá hacerlo? ¿Por qué no me habías dicho que el pub del pueblo es famoso por su música tradicional? Me encantan ese tipo de cosas.

—¿Te refieres a Dooleys? ¿Es famoso? No lo sabía.

—Fergal parece un buen tipo —declaró Boyce, como si estuviera dándole su aprobación.

—Somos sólo amigos.

Harriet descubrió que las puertas al fondo del minúsculo bar que había visitado daban a una sala amplia de techo bajo, con suelo de losas y un alegre y crepitante fuego. Un grupo de *ceidlih*, compuesto por un violinista, un acordeonista y un tipo

con un silbato, amenizaba el ambiente. La atmósfera era muy agradable, y los asistentes tataraban la melodía y seguían con los pies el ritmo de la música.

Boyce estaba tenso al principio por pisar un lugar público, pero enseguida se relajó. A las dos horas de estar allí, cuando la sonrisa de Harriet parecía pegada en su cansado rostro, Fergal llevó al violinista a conocer a Boyce. Enseguida iniciaron una animada conversación sobre instrumentos y estilos musicales. Boyce había sido un flautista aventajado de niño, e igual de competente con el violín. Parecía estar en su elemento.

Aquella noche Harriet no durmió bien, y cuando se despertó a las cinco de la mañana decidió salir a dar un paseo con Bola de Nieve. Rodeó el establo para dirigirse al coche y se detuvo en seco. En la pared de la cuadra había una pintada, y a Harriet se le hizo un nudo en la garganta y se le revolvió el estómago al leerla.

*Déjalo en paz.*

Las palabras estaban pintadas con esmalte blanco y era obvio que alguien se había dado mucha prisa, ya que la pintura goteaba de cada letra. Harriet estaba segura de no haberla visto cuando salió con Boyce la noche anterior, pero al regresar estaba muy oscuro y no recordaba haberse fijado en la pared.

Tragó saliva con dificultad. ¿«Déjalo en paz»? Aquella era su casa. El mensaje tenía que estar sin duda dirigido a ella. Pero ¿a quién se suponía que tenía que dejar en paz? ¿A Rafael? ¿Y quién sentía la necesidad de avisarla? ¿Quién pretendía acaparar la atención de Rafael en esos momentos? ¿Una, que estaba intentando salir del agujero? Pero le costaba creer que Una estuviera detrás de una acción de tan mal gusto, cuyo único propósito era alarmar y asustar. Era escalofriante pensar que alguien con intenciones hostiles había estado en su casa y había expresado su furia en aquella advertencia. Pero, por mucho que intentara desechar la idea de que Una fuera la responsable, era dolorosamente consciente del fuerte temperamento y el carácter impulsivo de la chica.

Tomó una rápida decisión y fue al granero donde guardaba varias latas de pintura. Abrió una de pintura blanca, vertió un poco en un recipiente y se dispuso a cubrir la pintada. A los pocos minutos estaba perdida de gotas de pintura, pero las palabras habían sido lo suficientemente cubiertas para resultar legibles. Más tarde le daría otra mano y no le contaría a nadie lo sucedido. Sólo podía haber sido Una, y eso la entristecía. No se había dado cuenta hasta ese momento del cariño que le había tomado a la joven. ¿Sospecharía Una que Rafael y ella estaban envueltos en una relación secreta? Bueno, pronto saldría de su error y descubriría que, mientras que Harriet no era una rival por conseguir la atención de Rafael, sí había un mundo de hermosas mujeres ahí fuera, esperando a que chasqueara con los dedos para lanzarse contra él.

—He estado pensando... —dijo Boyce al día siguiente, recostándose en la silla después del almuerzo—. Voy a hablar con mamá y a sugerirle que es hora de que te diga quién es tu padre.

A Harriet casi se le salieron los ojos de las órbitas. No podría haberse quedado más horrorizada por un comentario semejante.

—Ni hablar, Boyce. Eva nunca me perdonará si la atacas de esa manera. Dará por hecho que yo te he presionado y...

—No dejaré que mamá cometa ese error. Tal vez tenga miedo de lo que Alice y yo podamos pensar, y quiero que entienda que eso no tiene la menor importancia para mí. Necesita que la apoyen y la animen a hablar después de todos estos años, pero tú no tienes que disculparte por pedir esa información. Estás en tu derecho, y cuando ella se percate de que cuentas con apoyo tal vez decida hablar.

Harriet se mordió el labio inferior. Boyce siempre había sido el niño mimado de su madre, quien se comportaba de un modo completamente distinto con él. ¿Cómo podía Harriet hacerle entender que temía dañar irremediabilmente la relación con Eva?

Boyce le dio una palmadita en la mano.

—Confía en mí —le dijo con total seguridad en sí mismo—. Conozco a mamá... y sé de lo que estoy hablando.

Aquella tarde, Harriet estuvo trabajando hasta muy tarde en los establos. El mozo se había tomado uno de sus días libres y había mucho que hacer. Boyce se había ofrecido para ayudarla, pero ella se había negado, ya que a Boyce nunca se le habían dado bien los trabajos manuales. Cuando acabó de darle de comer a los caballos, fue a la oficina a empezar con las facturas mensuales. Peanut estaba inusualmente inquieta, y no paraba de olisquear en la puerta y de arañar el suelo de piedra. Sansón ladró un par de veces y echó a correr de un lado para otro. De no haber estado tan ocupada, Harriet se habría vuelto loca con tanto jaleo. Sólo cuando oyó un fuerte portazo salió a investigar.

Se sorprendió al ver a Rafael entrando en el almacén, al otro lado del patio. Parecía estar buscándola.

—¿Rafael? —lo llamó.

Alto y autoritario, se giró con rapidez y agilidad y le clavó la intensa mirada de sus ojos dorados.

—La verja del prado estaba abierta. ¡Tus caballos se han escapado!

Harriet se puso pálida, pero enseguida se puso en marcha.

—Llamaré a Fergal... ¡Necesitamos su ayuda!

—Dile que antes compruebe la carretera. Yo iré a avisar a Davis.

Harriet localizó a Fergal en el móvil. El muchacho le aseguró que estaría allí en cinco minutos.

—¡No entiendo cómo ha podido pasar! —exclamó ella con voz ahogada.

—Por descuido —dijo Rafael en tono burlón.

—Mío no. Compruebo las verjas a diario...

—¿Cuántos caballos tenías en ese prado? —le preguntó, mientras Davis bajaba corriendo por las escaleras de su apartamento.

—Seis...

—Una yegua vieja está pastando junto a la verja, y he arrinconado a un castrado gris en el huerto. Eso hacen dos menos. Tú vigila este extremo del camino. Davis, tú ven conmigo... Recorreremos en coche la finca e intentaremos localizar al resto —su voz era áspera, fría y horriblemente impersonal.

—No soy una descuidada —insistió Harriet—. Te juro que he comprobado...

—Tuve que salirme del camino cuando el castrado apareció enfrente del Range Rover. Suerte que tengo reflejos rápidos. Cualquier otro podría haberse matado.

—Lo siento... de verdad que lo siento —murmuró ella, sintiéndose muy desgraciada.

Rafael la recorrió con la mirada de arriba abajo. Con sus pantalones de montar y su jersey, el pelo recogido en una cola de caballo y sus intensos ojos azules ensombrecidos por el agotamiento, no podría aspirar a ganar un premio de belleza ni de vanidad. Sin embargo, el atractivo natural de su delicada estructura ósea y de su exquisita piel de porcelana se acrecentaba por aquella imagen de fragilidad. Rafael no quiso pensar en las posibles actividades que la habían privado de sueño hasta ese extremo. Sin decir palabra, se subió a su todoterreno.

Harriet bloqueó el camino con la camioneta. Seis caballos sueltos. Mirado por donde se mirase, era un desastre. ¿Cómo se había abierto la verja? ¿Habría sido un excursionista? Pero los caminantes solían tener cuidado con el ganado y las puertas, y muy pocos se atrevían a entrar en un prado lleno de caballos. La responsabilidad si alguno de los animales resultaba herido recaería sobre las cuadras. Harriet se había ocupado de asegurar convenientemente el negocio en caso de accidente, pero ¿qué pasaría si se corría la voz?

Fergal llamó para decirle que Boyce y él llevaban a dos de los caballos que habían recogido en el camino.

—Gracias a Dios... No sé cómo ha podido ocurrir...

—Es muy extraño —corroboró Fergal sin dudarlo—. Este par de caballos son tan dóciles que han venido a nuestro encuentro. Deben de haber tenido miedo de alejarse demasiado.

Harriet recogió al castrado gris del huerto y a la vieja yegua que se había quedado pastando tranquilamente junto a la puerta y los metió en el prado. Ninguno había resultado herido, y tampoco se apreciaba ningún desperfecto en el pesado cerrojo de la verja. De ahora en adelante, y como medida adicional de precaución, ataría la verja una vez cerrada.

Fergal y Boyce llegaron. Su hermanastro conducía el coche muy despacio, y Fergal iba a pie con los caballos.

—Pareces agotada, hermanita —comentó Boyce—. Pero no hay que lamentar ningún daño.

—Si conseguimos recuperar a los dos caballos que quedan antes de que resulten heridos, estaré de acuerdo contigo —dijo ella con un suspiro—. Rafael está muy furioso.

Fergal puso una mueca de disgusto.

—Los caballos deben de haberse alejado a galope por el camino cuando se escaparon dijo Fergal con una mueca de disgusto—. Odio dar malas noticias, pero han llegado hasta Flynn Court y han destrozado el césped.

Harriet soltó un gemido.

—¿Quién es Rafael? —preguntó su hermano.

Fergal miró a Harriet, quien se puso colorada bajo el intenso escrutinio del joven. Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros como quitándole importancia a la identidad de Rafael.

—Un vecino...

—¿Joven? —insistió Boyce.

—Bastante —respondió ella.

El ruido de unos cascos sonaron en el camino y el débil rugido de un motor la hicieron moverse antes de que el resplandor de unos faros traspasara la creciente oscuridad del crepúsculo que empezaba a engullir el paisaje.

Davis llevó al prado a los caballos que faltaban.

—¿Están todos bien? —le preguntó Harriet angustiosamente.

La puerta del conductor del Range Rover se abrió y emergió Rafael con la elegancia letal de una pantera.

—Ninguno está herido, pero no mereces haber tenido tanta suerte —le dijo fríamente—. Estos caballos han estado sueltos una hora, por lo menos.

Boyce salió entonces desde detrás del seto y Rafael se quedó momentáneamente rígido y con el ceño fruncido. Era mucho más alto y fuerte que Boyce, y de aspecto mucho más amenazador.

—No deberías hablarle así a Harriet —le advirtió Boyce.

—No pasa nada, de verdad. Las palabras no hacen daño —se apresuró a intervenir Harriet, intentando impedir que Rafael le dijera algo cortante y ofensivo a su hermanastro—. Aún no te lo he contado, pero Rafael y yo somos socios en las cuadras.

—¿Desde cuándo? —le preguntó Boyce con asombro—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿A qué viene ese secretismo?

—No me pareció importante —mintió Harriet, sin mirar a su hermano a los ojos. Había ocultado sus dificultades porque sabía que Boyce se habría ofendido de que ella no le pidiera ayuda económica.

Rafael le dio las gracias a Davis y le permitió marcharse, y se apoyó de modo casi indolente en el capó de su todoterreno. Estaba completamente relajado y no hizo el menor intento para unirse a la conversación. El tipo rubio que estaba con Harriet no era su ex, Luke. Nada más ver al joven se había dado cuenta de que los rumores del pueblo habían malinterpretado la verdad. El invitado de Harriet no guardaba ningún parecido con las fotos que Rafael había visto. En realidad, era bastante obvio que el visitante, con quien Harriet compartía la misma piel blanca y los mismos rasgos delicados, era un familiar.

De repente, Fergal acudió al rescate de Harriet al recordarle a Boyce que sus nuevos amigos estarían esperándolo en Dooleys.

—Seamus me ha conseguido una flauta y voy a improvisar esta noche con ellos —explicó Boyce a Harriet—. ¿Estarás a tiempo en casa? Me gustaría que vinieras.

Tensa como estaba, Harriet se emocionó por el deseo de su hermano de que lo oyera tocar. Lo vio alejarse con Fergal y levantó la cabeza, demasiado consciente de la silenciosa presencia de Rafael.

—Me temo que no tengo nada más decir sobre la verja —declaró, aunque no se atrevía a mirarlo a los ojos—. Cuando la vi por última vez, estaba firmemente cerrada.

Rafael avanzó con fluidez hacia ella. Sus pasos hacían crujir suavemente la hierba.

—La verja me importa un bledo.

Harriet se quedó atónita por su rechazo del tema en cuestión.

—Lo siento... no lo entiendo.

Rafael le tomó las manos apretadas en puños y, haciéndole extender los dedos, las cubrió con las suyas propias.

—Durante las últimas cuarenta y ocho horas he creído que estabas celebrando una íntima reconciliación con tu ex.

—¿Mi ex? ¿Te refieres a Luke? —preguntó ella, atónita por aquella declaración—. Mi único huésped ahora mismo es mi hermano. ¿Cómo se te ocurrió pensar que había vuelto con Luke?

—Por ahí se dice que tu invitado era un amante. Que yo lo creyera es, en realidad, mi culpa —declaró con voz suave y melosa y un destello líquido de reproche en sus increíbles ojos dorados.

Era muy difícil mantener un desafío verbal con Rafael, reconoció Harriet para sí. Allí estaba, arrebatadoramente atractivo y carismático. Tenía la habilidad de dejarla sin respiración diciendo al mismo tiempo las cosas más indignantes.

—¡No es culpa mía que hayas decidido creerte un rumor absurdo sobre mí! —espetó ella, soltándose de su agarre.

Los ojos de Rafael brillaron con una frialdad incisiva.

—Me llamaste por su nombre en la cama. Eso es algo más que un rumor absurdo. Y luego oigo que estás abrazando a un tipo rubio en el aeropuerto y que lo tienes hospedado en tu casa. No puedes culparme por haber sacado mis propias conclusiones.

—¡Puedo culparte por demasiadas cosas! —lo acusó ella—. No confiaste en mí. No te molestaste en comprobar los rumores. Ni siquiera me diste la oportunidad de defenderme a mí misma.

—¿Por qué estás sacando todo esto de quicio?

«Lo creas o no, que se deshagan de ti no es una experiencia precisamente divertida», estuvo tentada de decirle. La indiferencia que Rafael mostraba al daño que le había infligido con su rechazo la sacaba de sus casillas, hasta el punto de que ella misma estaba asustada por el arrebató de furia que había surgido de la nada y que había avivado su temperamento a cotas insospechadas. Y la frialdad de su calma impasible sólo conseguía enfurecerla aún más.

—Para mí no es sacarlo de quicio. Pero supongo que debería estarte agradecida por haber mostrado tu verdadera naturaleza tan rápido.

Rafael alzó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Harriet echó hacia atrás la cabeza y lo miró con ojos desafiantes.

—Me has decepcionado.

Rafael se quedó absolutamente perplejo por aquella acusación, y sintió cómo la ira amenazaba con romper su férrea autodisciplina. Ninguna mujer lo había acusado jamás de algo semejante. Los hombres que defraudaban a las mujeres eran cobardes, débiles e indignos de toda confianza, y él se enorgullecía de no ser nada de eso.

—¿Adonde quieres llegar, diciéndome eso?

—Creo que es deleznable que ni siquiera me dijeras que habías oído que Luke estaba conmigo —a pesar de su intención por mantener la compostura frente a la frialdad de Rafael, la voz le tembló ligeramente por la intensidad de sus emociones.

Rafael tensó su recia mandíbula.

—Fue un malentendido.

—Soy demasiado ordinaria para ti. Tú crees que lo único que importa son las citas glamurosas, los regalos caros y la pasión en la cama. Y sí, tienes razón... Todo eso es



terriblemente excitante. Pero me habría quedado mucho más impresionada si te hubieras molestado en preguntarme quién era mi invitado. Que simplemente me apartaras de tu lado lo dice todo. La imagen era más importante, ¿verdad? ¡Todo era más importante que mis sentimientos o yo!

Rafael le mantuvo la mirada, pero el brillo de sus ojos revelaba que no estaba oyendo cosas de su agrado.

— ¿Qué le ha pasado a tu deseo por tener una aventura sin compromiso? ¿Con esa actitud tan despreocupada que tanto admirabas?

— Lo que pasó... fuiste tú —admitió ella sin dudarlo—. Tú me hiciste desear algo más que una simple aventura.

— Pero a mí tampoco me gustan las aventuras... Y quiero que vuelvas conmigo.

Harriet se estremeció. No estaba preparada para una declaración así. La confusión y la inseguridad se apoderaron de ella. Cuando habían estado juntos se había sentido sorprendentemente cerca de él, y tremendamente feliz. Pero él se había convertido de repente en un extraño frío y distante, protegiéndose tras un infranqueable muro de reserva. Le había hecho daño, y Harriet sentía ese dolor como una bofetada de advertencia por su propia ingenuidad.

— ¡No soy un juguete que puedas volver a meter en la caja cuando te canses y quieras probar otro!

La expresiva boca de Rafael se torció en un gesto de desagrado, ya que aquélla era una descripción bastante acertada de su comportamiento habitual con las mujeres.

— No es así como te he tratado.

— Lo siento... No funcionaría —murmuró Harriet, posando en él sus angustiados ojos azules. La penetrante mirada de Rafael la prendió rápidamente. Parecía desconcertado porque ella no cayera en sus brazos como un fruto maduro.

Sacudida por un terrible deseo de abrazarlo, Harriet mantuvo las manos firmemente sujetas a los costados y concentró toda su atención en mirarse las botas. ¿Por qué su ira se había esfumado? No lo sabía. Rafael ni siquiera se había disculpado, aunque era poco probable que supiera cómo disculparse. Tal vez nunca se había visto en esa necesidad, gracias a todas esas personas ansiosas por complacer a un hombre rico y poderoso.

«Pídeme perdón», lo apremió mentalmente. «Pídeme perdón... pídeme perdón».

— Hay algo más que deberías saber sobre mí, *a mhilis* —dijo él, mirándola con la implacable resolución que sustentaba su personalidad—. Nunca renuncio a un desafío.

— Debo irme... Tengo que cambiarme antes de ir al pub —murmuró ella, y empezó a retroceder hacia su vehículo, lenta pero segura.

— Harriet...

— ¿Qué? — apenas podía respirar y tenía toda su atención fija en él.

— Eres extraordinaria... No ordinaria.

Harriet sintió cómo se le acaloraban las mejillas y cómo toda su determinación y firmeza abandonaban su cuerpo, como un cubo de agua lleno de agujeros. Podía sentir cómo la tentación retumbaba en su corazón. Asustada, se subió rápidamente en la camioneta, recordándose que aún podía huir gracias a que no se había atado a Rafael de ninguna manera. No iba a quedarse con un multimillonario aburrido para

que éste se cansara de su extraordinaria ordinariez mucho antes de que ella se cansara de él.

En Dooleys, Boyce estuvo tocando con el grupo. Su talento con la flauta fue apreciado por el silencio del público mientras tocaba y por los prolongados aplausos que siguieron.

—No puedo creer que sólo me queden un par de días para estar en Ballyflynn —le confesó a su hermana—. Quiero que sepas que me lo he pasado genial y que he hecho grandes amigos. Aunque no pueda comprar Slieveross vendré con regularidad.

—Me encanta que estés aquí.

De repente su hermano dejó su bebida con una exclamación ahogada y se levantó.

—¿Qué pasa?

Boyce sacudió la cabeza y volvió a sentarse.

—He creído haber visto a una chica que conozco, pero debo de haberlo imaginado. Aquí dentro hay muy poca luz.

Harriet pasó la vista por la abarrotada sala justo cuando una figura alta y familiar apareció en la puerta. Era Rafael. Algunas personas lo llamaron cuando se acercó a la barra a pedir una cerveza. Con sus largos dedos rodeando una jarra de Guinness, se giró para observar la estancia y a Harriet le dio un vuelco el corazón. Vestido con un jersey azul marino y unos vaqueros desgastados, estaba endiabladamente sexy. Cuando miró en su dirección, Harriet apartó la mirada. Tenía el rostro ardiendo.

Rafael se acercó entonces a su mesa y le pidió con la mayor naturalidad que le presentara a su hermano. Harriet observó anonadada cómo se sentaba con ellos y se ponía a hablar con Boyce. Un murmullo de interés recorrió el bar y todas las miradas se concentraron en su mesa. Rafael adoptó una expresión divertida por la estupefacción que su llegada había provocado en Harriet y se recostó en la silla para seguir hablando con Boyce con una confianza asombrosa. Siendo un hombre tan sumamente reservado, no dejaba de ser sorprendente el esfuerzo que había tenido que hacer para conocer a Boyce.

—¡Realmente tienes poder de atracción, nena! —le susurró Fergal cuando pasó junto a ellos—. Rafael no suele venir por aquí.

Boyce fue invitado a volver al escenario para seguir tocando, pero para sorpresa de Harriet declinó la invitación alegando estar muy cansado. Entonces le ofreció una sonrisa de disculpa a Rafael y le pidió a Harriet que lo llevara a casa.

—Estaremos en contacto —dijo Rafael con una expresión divertida en sus ojos.

Boyce esperó a que Harriet y él salieran al aparcamiento para encararla.

—Rafael Cavaliere... ¡El maldito Rafael Cavaliere! Eso tampoco ibas a decírmelo, ¿verdad?

—¿Decirte qué? —preguntó ella, perpleja. No se había dado cuenta de que Rafael hubiera sido tan franco sobre su identidad.

—¡Que el mayor mujeriego del mundo occidental es tu vecino y tu socio en las cuadras! —espetó Boyce—. Casi me caí de la silla cuando supe quién era. Déjame que te diga una cosa: ¡ningún hermano que se precie de serlo permitiría que su hermana cayese en las garras de un hombre con la reputación de Cavaliere!

Harriet se subió al asiento del conductor.

— Por amor de Dios, Boyce... Soy una mujer, no una cría...

— No sabrías cómo tratarlo. Siempre está pasando de una mujer a otra. ¿No lees los periódicos? Te lo hará pasar bien durante unas pocas semanas y luego serás historia. Si va detrás de ti, es porque aquí no puede encontrar a muchas supermodelos ni actrices.

Aquel comentario traspasó a Harriet como un cuchillo afilado. Boyce se quedó repentinamente callado, como si supiera que había tenido poco tacto. Pero Harriet tenía que admitir que era cierto: ella jamás podría ser una supermodelo. ¿Y acaso ella misma no se había preguntado si su atracción por Rafael no se debía a la cercanía y a la falta de competencia?

— Harriet... no quería decirlo de esa manera...

— Tranquilo, no me has ofendido.

Boyce dejó escapar un suspiro.

— La traición de Luke te ha dejado en un estado muy vulnerable. ¡Lo último que necesitas es a un millonario que te regale joyas para luego olvidarse de tu nombre cuando se canse de ti!

— Pero al menos me lo pasaría bien... por una temporada. No puedo decir que con Luke me divirtiera mucho, aunque no me di cuenta de eso hasta después de la ruptura — afirmó Harriet. Apagó el motor cuando se detuvieron junto a la casa y alzó el mentón—. La vida es demasiado corta para lamentarse. ¿No te ha gustado nada de Rafael?

Su hermano la miró sorprendido.

— ¿Cuándo he dicho yo que no me guste? Es listo, con personalidad... un poco intimidatorio, tengo que admitir. Pero no tengo nada contra él.

Harriet no pudo evitar una carcajada.

— ¿No?

— No. Pero no quiero que vuelvan a hacerte daño. Asumámoslo... lo tuyo son las relaciones estables, y él ni siquiera sabe lo que es eso.

## Capítulo 8

Rafael yacía en la cama, escuchando con resignación cómo el maldito gallo de Harriet saludaba al amanecer en Flynn Court. Estar familiarizado con la experiencia no atenuaba en absoluto el impacto del estridente canto de Albert. A pesar de la conspiración silenciosa que mantenían Tolly y Una, sabía que el gallo pertenecía a Harriet ya que Davis así se lo había confirmado. Por lo visto, Albert visitaba los establos para un segundo repertorio cada mañana, y Davis no era precisamente un admirador del animal.

—He oído que es usted un excelente tirador, señor —le había comentado el mozo, esperanzado—. ¿Quién sospecharía si ese pajarraco desaparece en el aire?

—Albert es un animal doméstico —le había advertido Rafael tranquilamente—. Quiero que disfrute de una vida larga y saludable.

Harriet se despertó temprano. Con la celebración de la gincana al día siguiente, le quedaban unas horas muy ajetreadas por delante. El viejo granjero que poseía Slieveross había accedido a encontrarse con Boyce, pero había declarado que de momento no tenía intención de vender. El subastador había advertido a Boyce que el viejo querría seguramente dejar pasar algunas semanas, decidiendo si estaba preparado o no para desprenderse de la tierra.

—Vaya forma pintoresca de hacer negocios —comentó Boyce mientras desayunaban.

Las dos mujeres encargadas de organizar la gincana llegaron sobre las nueve. Traían consigo a varios ayudantes para colocar los obstáculos y dividir el campo en varias secciones, de modo que pudieran celebrarse varios eventos al mismo tiempo. Harriet acababa de sentarse en la oficina para terminar de ordenar las facturas cuando llamaron a la puerta. Ésta se abrió lentamente y apareció Una.

—Soy yo... Supongo que te habrás preguntado dónde he estado —dijo la joven, claramente incómoda.

—Sí.

La chica se puso colorada.

—Pensaba que habías vuelto con tu ex novio y me enfadé contigo.

—Pero ¿por qué pensaste eso? —le preguntó Harriet amablemente.

—Vas a pensar que soy patética...

—En absoluto.

—Sólo quería que ligaras con Rafael.

Harriet se quedó atónita.

—¿Tú... en serio?

—Tú me gustas. Creía que serías buena para él. Por favor, no le digas que te he dicho esto, pero tiene un gusto horrible con las mujeres —le confesó la muchacha en tono culpable.

Harriet apenas podía mantener la compostura.

—¿Eso es verdad?

—Todas están interesadas en su dinero, y están llenas de silicona y de injertos. Pero tú eres aficionada a los caballos, igual que él, y no estás siempre preocupada por tu aspecto. Sabía que a él le gustaría eso de ti. Yo estaba esperando a que os juntarais y...

—¿Insinuándome sobre cuál era la mejor forma de conseguirlo?

Una asintió y se arrodilló en el suelo para acariciar a Sansón y rascar a Peanut tras la oreja, en el punto exacto para dejar a la cerdita tranquila y satisfecha.

—Así que me puse furiosa cuando pensé que habías elegido a un hombre que te había engañado —admitió—. Rafael dijo que no era asunto mío y que no debía permitir que eso supusiera ninguna diferencia para mí. Sé que eso es cierto, pero éramos amigos y no pude evitar llevarme un disgusto.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Harriet con el ceño fruncido. Se creía cada palabra que había dicho Una, pero no podía imaginarse a la joven pintando aquel mensaje en la pared del establo.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —le preguntó Una.

—No, pero de ahora en adelante creo que sería mejor para ti que te preocuparas menos por lo que haga tu hermano o a quién vea —respondió Harriet tranquilamente—. Y ahora, si has venido para quedarte me vendrían bien un par de manos para ayudar por aquí hoy.

A la hora de comer, apareció Tolly con una gran cesta cubierta.

—Te he traído un picnic.

—¿En serio? —dijo Harriet con una radiante sonrisa, encantada de que hubiera ido a verla—. ¡Oh, podría darte un abrazo! Espero que nos acompañes.

Los azules ojos de Tolly brillaron de satisfacción.

—Si insistes.

—Pues claro que insisto. Vamos, Una. Nos sentaremos en la hierba a disfrutar del sol —sugirió.

La pradera que se extendía junto a las cuadras relucía de florecillas silvestres: primavera amarillas, berros de prado rosados y margarita salpicaban la amplia extensión de hierba. Al otro lado del camino, el campo estaba sembrado de obstáculos multicolores para la gincana. Harriet ayudó a Tolly a extender la manta en el suelo y él abrió la cesta para revelar una apetitosa selección de manjares.

—Delicioso —pronunció Una alegremente mientras masticaba con rapidez. Tomó un panecillo más y se levantó para arrojarle la pelota a Peanut.

—¿Cómo está tu hermano? —le preguntó Harriet a Tolly—. He oído que estuvo enfermo.

—Eamon tiene un problema de corazón, pero se está recuperando bien. Rafael me mandó a Liverpool en su avión privado y contrató además a un especialista —soltó un suspiro—. Es muy generoso, pero sólo aquéllos que han visto esa faceta suya pueden apreciarlo. A Rafael no le gusta que le den las gracias ni que se hable de la ayuda que presta. Pero ha ayudado a más de una familia necesitada de esta comunidad.

—¡Harriet! —gritó Una, con una voz tan fuerte y aguda que Harriet se estremeció—. Creo que deberías venir...

La joven estaba mirando el coche de Harriet.

—No me digas que se ha pinchado una rueda —gimió Harriet, cruzando el camino hasta el terreno de grava.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Una con un estremecimiento.

Una corona funeraria de crisantemos rosas y blancos descansaba contra el parabrisas frontal del coche. A Harriet se le revolvió el estómago al ver la tarjeta con el consagrado mensaje escrito a mano: *Descanse en paz*. Se quedó petrificada en el sitio, mirándola con una mezcla de horror y perplejidad. Una horripilante sensación de amenaza le puso la carne de gallina.

—¿De qué se trata? —preguntó Tolly llegando a su lado, pero cuando vio la corona se detuvo en seco y su amable rostro se tornó en una expresión acongojada.

—¿Crees que es una broma? ¡Es espeluznante! —exclamó Una, retrocediendo varios pasos—. Creo que deberías llamar a la garda inmediatamente.

—¿La garda? —repitió Harriet, preguntándose cómo era posible que la corona pareciera tan bonita y al mismo tiempo tan amenazadora.

—La garda... la policía —aclaró la joven—. ¡Despierta, Harriet! Alguien debió de dejarla mientras estabas en las cuadras. Deberías llamar a esas mujeres que estaban instalando los obstáculos y preguntarles si han visto a algo.

Tolly ya se había retirado unos metros para llamar con el móvil.

—No, no llames a la policía —le pidió Harriet—. Dame un momento para pensar.

—Me temo que ya he llamado a Rafael. Él sabrá lo que hacer —dijo Tolly—. No permitamos que esto nos estropee el picnic.

Pero Harriet se había quedado muy afectada y había perdido el apetito. En cualquier caso, Rafael llegó a los cinco minutos. Examinó detenidamente la corona, le dijo a Tolly y a Una que no tocaran nada y sugirió que Harriet y él hablaran en casa.

—Siéntate —le ordenó a Harriet cuando estuvieron en su despacho de Flynn Court—. Parece que has sufrido un shock.

—Tal vez porque no es esto lo primero que ha pasado.

Rafael se apoyó contra el escritorio y mantuvo una actitud indignamente relajada mientras ella le hablaba del mensaje en la pared.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No le di mucha importancia... Oh, por amor de Dios —le lanzó una mirada de arrepentimiento—. Seguramente me odies por decírtelo, pero en su momento pensé que había sido Una, porque sabía que estaba enfadada conmigo. Y no, ahora no sospecho de ella ni creo que tenga nada que ver con esa corona de flores. No es el tipo de persona que haga las cosas a escondidas.

—Estoy de acuerdo... Mi hermana es mucho más directa. No creo que tengamos que preocuparnos por la corona —le aseguró en tono lento y tranquilo—. Sin embargo, hay que informar a la garda. Y pediré también que comprueben el coche.

—No me gusta reconocerlo, pero estoy un poco nerviosa —murmuró Harriet—. ¿Tienes alguna ex novia que fuera capaz de hacer cosas como ésta?

—Todo es posible —respondió él encogiéndose de hombros, dando a entender que tampoco había que preocuparse por las ex novias. A Harriet esa actitud le resultó tremendamente reconfortante.

—No me gusta pensar que alguien ha sido lo bastante atrevido para dejar esa cosa en mi coche a plena luz del día —admitió ella.

—Davis dice que las cuadras atraen muchas visitas, así que un coche más no llamaría la atención.

—¿Crees que es buena idea celebrar la gincana mañana?

—¡Pues claro que sí! —respondió él con vehemencia—. Te preocupas demasiado. Estoy seguro de que esto no ha sido más que una broma pesada.

En cuando dejó a Harriet, Rafael fue a ver a Davis para ordenarle que no perdiera de vista a Harriet hasta que sus propios hombres estuvieran allí para vigilarla. A continuación, llamó a su personal de seguridad y los puso al corriente de los hechos, haciendo especial hincapié en sus sospechas de que alguien había abierto la verja y dejado salir los caballos la otra noche. Enfatizó también la necesidad de mantener la discreción, pues no quería que Harriet se alarmara, y encargó que unos cuantos hombres vigilaran la gincana. Luego, condujo hasta casa de Harriet y llegó a tiempo de pillar a Boyce.

Un rato después los dos hombres se despidieron, tras haber acordado cómo había que tratar la situación. La opinión que Boyce tenía de Rafael había mejorado considerablemente...

La primera sorpresa de Harriet llegó cuando Boyce se levantó al amanecer e insistió en acompañarla. Y aún la sorprendió más cuando le quitó la escoba de las manos y le dijo que él se encargaría de barrer el patio hasta dejarlo impecable.

Un bonito ramo de flores la esperaba en la oficina. La tarjeta llevaba la inconfundible firma de Rafael, y Harriet se encontró a sí misma sonriendo de oreja a oreja. Tras el desagradable incidente del día anterior, aquel ramo era todo un detalle por parte de Rafael, y Harriet no pudo dejar de pensar en él. No se había disculpado, pero ella tampoco había sabido excusarse por haberlo llamado con el nombre de Luke. De modo que estaban empatados, decidió tristemente. Si él la hubiera llamado Bianca y a continuación hubiera acogido a una invitada en su casa, ella también habría tenido sus dudas y se habría cerrado en banda. Después de haber visto el comportamiento mezquino de Luke, no se habría arriesgado a exigir una explicación.

Rafael la llamo al móvil mientras ella estaba comprobando el recorrido de la carrera de obstáculos.

—¡Las flores me han encantado! —exclamó en cuanto reconoció su voz, pero enseguida puso una mueca de disgusto por ser tan impresionable.

—Esperaba que te gustasen. He encargado ayuda para ti.

—Oh, no es necesario —se apresuró a decir ella.

—Alguna vez deberías recordar que soy tu socio —murmuró él perezosamente—. Han empezado las vacaciones y hace un tiempo espléndido. Le has dado mucha publicidad a la gincana, de modo que asistirá mucha gente.

—Eso espero.

—Una gran asistencia de público exige una supervisión metódica y exhaustiva para tenerlo todo a punto. Mi personal ha hecho algunos arreglos para cubrir todas las contingencias. Lo único que tienes que hacer es aceptar la ayuda discreta de los organizadores y expertos que he contratado.

—¡Cielos! Tal vez te di una impresión equivocada. Éste será un evento muy pequeño... ¡Tendré suerte si reúno a doscientas personas! ¿Piensas hacer acto de presencia?

—Sí.

Dos mujeres jóvenes se presentaron poco después de la llamada de Rafael, seguidas por varios hombres fornidos. Pronto llegaron los primeros padres con sus hijos. Cuando dos furgones de caballos aparecieron, Harriet agradeció que uno de los hombres se ofreciera para hacerse cargo del aparcamiento y asegurarse de que las vías de acceso quedaban despejadas. No pasó mucho rato hasta que empezó a ver que había subestimado el potencial de un evento rural. Aunque era temprano, el tráfico no paraba de circular hacia las cuerdas. Un coche de la guardia con dos agentes uniformados también había tomado posición.

Una cola se había formado en la tienda, donde Boyce se encargaba de la caja registradora, repartiendo cambio y envolviendo cepillos y brochas.

—¿Sabes? Podrías ganarte la vida como doble —le dijo una joven—. Eres idéntico a ese Boyce Taylor del grupo 4Some, aunque él es mucho más alto y fuerte.

—Oh, bueno... no se puede tener todo —dijo Boyce, sobreactuando por su propio bien.

—No creo que seas ni la mitad de guapo que ese chico de 4Some —intervino Harriet, muy seria, mientras se disponía a ocupar su lugar.

Los ojos de Boyce brillaron con regocijo.

—Muchas gracias.

A media mañana Harriet fue a la competición de doma que estaba teniendo lugar en la explanada. Le encantaba ver a los niños en sus ponis. Fergal se unió a ella y la ayudó a identificar a los niños y a sus padres.

—Cuando descubrí que Boyce era tu hermano decidí no decirle a Una que era ese cantante tan famoso —le confesó bruscamente—. Ella ya sabe que sois parientes, pero seguro que te has preguntado por qué no se lo aclaré enseguida.

Hasta ese momento Harriet no había sido consciente de que quedaba algo por aclarar con Una. Se giró hacia Fergal y lo miró atentamente.

—¿Estás diciendo que todo este tiempo has sabido quién era Boyce?

—Harriet... ¡es mundialmente famoso! Pero tiene derecho a preservar su intimidad si así lo quiere. Una le habría pedido un autógrafo y se habría puesto a tontear como loca con él. Pensé que era mejor que no se acercara por aquí mientras él se quedaba en tu casa. No estoy diciendo que no confíe en él... ni en ella, pero...

Harriet vio cómo se ruborizada y sintió lástima de él. Era curioso ver hasta qué extremos protegía a Una.

—Pero pensaste que era mejor no correr el riesgo, ¿verdad? ¿Quién más sabe que Boyce es el líder de 4Some?

—Unos cuantos —admitió Fergal con una sonrisa—. Es un artista con la flauta. Cualquiera que lo oyese pensaría que es un músico profesional y una estrella.

Harriet desvió la mirada de Fergal hacia donde el Range Rover de Rafael se había detenido. Se estremeció de emoción y dejó a Fergal para ir a su encuentro. Pero cuando vio a la hermosa mujer que bajaba del coche de Rafael, fue como si una mano invisible le atenazara la garganta. Por desgracia él ya la había visto, por lo que era demasiado tarde para poner en práctica una táctica evasiva.



Irradiando una clase exquisita, Rafael recorrió la multitud con la mirada antes de dirigirse a Harriet.

—Puedes felicitarte a ti misma. Eres una estrella de las relaciones públicas.

—Y tú tenías razón. Me equivoqué. Estamos siendo desbordados.

Con sus grandes ojos pardos centelleando, la mujer se echó hacia atrás su larga melena negra y esbozó una radiante sonrisa en su atractivo rostro.

—Hola... Soy Frankie.

Harriet no creyó que hubiera un solo hombre en veinte kilómetros a la redonda que no conociera a Frankie Millar. Tras haber sido una modelo despampanante, Frankie se había lanzado al mundo de la televisión y había cosechado un enorme éxito como presentadora. Famosa y con talento de sobra, se dedicaba a entrevistar a los ricos y famosos en sus propio programa de tertulias.

«Anoche debió de acostarse con ella», pensó Harriet sin poder evitarlo. Sentía que se estaba poniendo enferma. Aunque ya habían pasado dos días desde que Rafael le dijera que quería volver con ella, y ella lo había rechazado terminantemente, de modo que ¿qué otra cosa esperaba? Los hombres ricos, guapos y solteros no estaban solos mucho tiempo.

—Rafael me ha dicho que eres la primera socia que ha tenido en su vida —le comentó Frankie alegremente—. ¿Cómo es estar asociada con él?

—Interesante. No discutimos mucho sobre las decisiones, y surgen un montón de imprevistos —para evitar mirar directamente a Frankie, quien estaba añadiendo a su interminable lista de virtudes una actitud cálida y amistosa, se fijó con una sonrisa plastificada en las escarapelas que se repartían a los ganadores de la carrera de obstáculos—. Pero Rafael tiene la enervante costumbre de darse cuenta de todo lo que a mí se me pasa por alto, así que no puedo quejarme. Discúlpame... tengo que atender unas cosas. Ha sido un placer conocerte, Frankie.

Mientras Harriet se alejaba sin poder ocultar su impaciencia, Frankie vio cómo Rafael contemplaba a la pelirroja de buenas curvas con la intensidad que normalmente reservaba para los caballos de carreras.

—Deberías haberle dicho que estuve casada con tu mejor amigo —le reprochó Frankie.

Rafael miró a su compañera con una expresión maliciosamente divertida.

—Ha sido un descuido deliberado.

—¡Maldito bastardo! —espetó ella—. ¡Espero que te haga pasar por un infierno!

—Seguramente lo haga. No es fácil.

—Si no le dices que sólo soy una amiga, se lo diré yo.

Cegada por el arrebató de sentimientos contradictorios que ardían en su interior, Harriet caminó lentamente entre las filas de vehículos aparcados. Rafael había encontrado una sustitua y, lo que era aún peor, una sustitua más delgada, guapa y sexy que ella, y encima con un programa de televisión propio.

Oyó un grito y creó reconocer la voz de su hermanastro. Frunció el ceño y levantó la vista del suelo.

Boyce estaba corriendo a través del camino como si persiguiera a alguien. De hecho, varias personas parecían haber emprendido la misma persecución. Harriet se giró para ver qué había provocado aquella conmoción. ¿Habría sido un accidente? ¿Un robo? Entonces oyó el chirrido de unos neumáticos sobre la grava y sólo tuvo un

segundo para ver cómo un coche con una mujer llorando al volante iba directo hacia ella.

Alguien le gritó. De repente algo la empujó y la hizo volar por los aires, salvándola del peligro. Se golpeó el hombro contra el costado de una furgoneta, antes de caer al suelo formando un enredo de brazos y piernas. Horrorizada y sin aliento, luchó por llenarse de aire los pulmones aplastados. Oyó un espeluznante ruido metálico cuando el coche que había estado a punto de atropellarla giraba a una velocidad endiablada y colisionaba contra un vehículo estacionado.

Rafael se inclinó sobre ella. Sus ojos parecían despedir llamas, y su rostro estaba cubierto por una expresión de ansiedad y preocupación como Harriet nunca había le había visto.

— ¿Estás herida? —le preguntó con voz apremiante—. Dime que estás bien.

A Harriet le escocía el hombro y le dolía todo el cuerpo por el duro golpe que se había dado contra el suelo al caer, pero en aquel momento aquellas molestias no significaban nada para ella. Rafael había arriesgado su propia vida para salvarla del inevitable impacto.

— Frankie se casó con mi mejor amigo. La he usado como cebo para comprobar si te molestaba verme con otra mujer —le confesó agarrándola de la mano. Sus propios dedos estaban temblorosos. Le presionó un beso en la palma antes de levantar la cabeza—. He sido un estúpido y un maldito creído. ¡Podrían haberte matado!

— Está bien... —murmuró ella. Se le había formado un nudo en la garganta por el shock y la emoción, y tuvo que parpadear frenéticamente para reprimir las lágrimas—. Me gustan los hombres creídos.

Por un breve segundo pensó que iba a besarla. Pero entonces los interrumpieron los gritos y el llanto desgarrador de una mujer. Rafael se irguió a toda prisa y la ayudó a levantarse.

— Creo que hemos dado con tu acosadora... Espero que no haya herido a nadie.

— ¿Mi acosadora? —repitió Harriet, y se fijó en la escena que tenía lugar a quince metros de ella.

Por suerte nadie parecía haber resultado herido en el accidente, pero una mujer joven y rubia gritaba y golpeaba como una histérica el capó del Porsche que había estado a punto de atropellar a Harriet, a quien rodearon un buen número de los empleados de Rafael, así como un agente de la garda. Pero lo que más llamó la atención de Harriet fue ver a su hermano a unos metros de distancia. Estaba mirando a la mujer rubia con una expresión sombría poco habitual en él, hasta que finalmente se alejó.

— ¡Boyce! —grito la mujer frenéticamente—. ¡Ayúdame! ¡No me dejes así!

Encorvado y abatido, Boyce se acercó a Harriet y la rodeó con los brazos.

— Lo siento tanto... De verdad que siento todo esto. ¿Estás bien? Gracias a Dios que no estás herida.

Si Gemma te hubiese atropellado, no podría haber vivido con mi culpa...

— ¿Por qué dices eso? —le preguntó Harriet, poniendo una mueca de dolor mientras la mujer rubia seguía sollozando desconsoladamente—. ¿Gemma? ¿La conoces?

— Vamos a otro sitio para hablar. Estamos atrayendo la atención —dijo Rafael. Le rodeó los hombros con un brazo y la condujo hacia su coche—. La persona que te

acosaba era la ex de tu hermano, Gemma Barton, que estaba loca por él. Boyce rompió la relación, pero ella se lo puso tan difícil que él se alegró de irse de gira con el grupo. Evidentemente, ella lo siguió hasta Irlanda y asumió que tú eras su última conquista.

—Oh, cielos... —murmuró Harriet, mirando el rostro pálido y adusto de su hermanastro mientras permitía que Rafael la ayudara a subir al coche—. ¿Por qué no se me ocurrió que era él a quien se refería la pintada del establo?

—Sospecho que imaginaste que yo me merecía una acosadora más que él.

Harriet se quedó horrorizada al sentir cómo le temblaba el labio por aquella respuesta.

—¿Cómo sabes tú más de esto que yo? —le preguntó—. Oye, ¿por qué estoy en tu coche?

—Porque yo te he hecho subir —respondió él sosegadamente.

—Pero no puedo dejar la gincana —arguyó ella mientras Boyce subía al asiento trasero.

—Sí, claro que puedes. Mi personal está más que capacitado para encargarse de todo. Tiene que verte un médico...

—No...

—Y denunciar a la garda a esa mujer que ha estado acosándote.

—Gemma...

—No intentes humanizar a la psicópata que ha estado a punto de matarte —la censuró Rafael con despiadada frialdad—. ¡Hace cinco minutos casi te atropelló!

—Pero eso fue un accidente. Ella no me vio. Yo me puse delante del coche sin darme cuenta. Le vi la cara y tenía el rostro desfigurado por las lágrimas y el dolor. Ni siquiera estaba mirando al frente.

—¿Crees que eso me hace sentir mejor? Discúlpame... Volveré enseguida. Boyce, asegúrate de que tu hermana no va a ninguna parte.

—Descuida —respondió Boyce como un alumno obediente.

—¿Vas a permitir que Rafael te diga lo que tienes que hacer? —le recriminó Harriet.

—No me gustaría que los medios de comunicación se enteraran de esto —admitió Boyce gravemente—. Gracias a Rafael la situación está bajo control. Ha hecho que su gente te esté vigilando desde ayer.

—¿De qué estás hablando?

—Los organizadores de eventos no suelen ser tan robustos. Casi todo el personal que ha estado ayudándote hoy forma parte de su equipo de seguridad.

—No tenía ni idea. Pero antes de que vuelva Rafael, hablame de Gemma y de lo que pasó entre vosotros. Para empezar, ¿quién es ella?

—Es la hija de un acaudalado constructor. Cuando empezamos a salir ella era muy divertida, pero aquello no duró. Empezó a escuchar mis llamadas y a montar escenas de celos. Me robó una llave de mi apartamento y se presentaba a todas horas sin avisar. No sabía cómo tratarla, así que rompí con ella. Amenazó con quitarse la vida. Hablé con sus padres y se mostraron muy comprensivos, pero aun así me sentía culpable.

—No tenías por qué —le dijo Harriet.

Estaba impresionada de que Boyce hubiera intentado ayudar a Gemma incluso después de que ella se convirtiera en un problema tan engorroso—. ¿Cómo descubrió que estabas en Irlanda?

—Eso también fue culpa mía. Me llamó para invitarme a su fiesta de cumpleaños y yo le dije que me resultaría imposible asistir porque estaba en el extranjero. Parece que consiguió los detalles de un amigo que tenemos en común, quien no sabía lo que había pasado con Gemma. Me quedé destrozado cuando Rafael me contó anoche lo que estaba sucediendo. Ojalá me hubieras contado lo de la amenaza en la pared. Verás, creía haber visto a Gemma en Dooleys, pero supuse que me había confundido...

Harriet frunció el ceño.

—¿Cuándo viste anoche a Rafael?

Pronto se dio cuenta de lo engañosa que había sido la aparente despreocupación de Rafael. Una vez que Boyce hubo confesado que era posible que fuese su ex novia la responsable de todo, Rafael había insistido en tomar todas las precauciones necesarias.

—Dijo que su instinto lo empujaba a cancelar la gincana, pero que a largo plazo estarías más segura si Gemma salía de su escondrijo y se la atrapaba. Su equipo de seguridad tenía una foto suya y la hizo circular. Yo llamé a sus padres anoche y ellos me confirmaron que estaba por aquí. Estaban haciendo los preparativos para volar hasta aquí y llevársela a casa.

Rafael abrió la puerta trasera del Range Rover y depositó a Peanut en el maletero. Harriet oyó el gruñido de la cerdita y giró la cabeza sorprendida.

—¿Has encontrado a Peanut?

—Sabía que los tendrías contigo —dijo él. Abrió la puerta del copiloto y sacó a Sansón del bolsillo interno de su Barbour—. Los hombres de verdad no suelen llevar chihuahuas en público, *a thaisce* —le dejó al perrito en su regazo—. Bueno, ya tenemos a una cerda y a un perro a bordo. Supongo que no querrás tener también al gallo, ¿verdad?

—¿Albert? —preguntó ella riendo—. ¿Cómo has sabido lo de Albert?

Rafael arqueó una de sus aristocráticas cejas.

—Su fama se ha extendido.

—Es un ave doméstica a la que le gusta pasearse por la finca. No le gustaría nada que lo montaras en el coche.

El móvil de Boyce empezó a sonar. Al responder, murmuró una disculpa al tiempo que se bajaba del Range Rover y les dijo que se fueran sin él.

—Tú eres su hermana. Dile que tiene que aclararlo todo con los padres de Gemma Barton —dijo Rafael—. No puede estar en ambos lados.

—¿Cómo sabes que son los padres de Gemma con quienes está hablando?

—Un sexto sentido. Boyce debería retirarse a tiempo. Gemma será arrestada y acusada de...

—De nada que me haya hecho a mí. No pienso denunciarla sólo por una ridícula amenaza en la pared y una corona de flores.

—Boyce cree que ha estado en el interior de la casa también. Estoy seguro de que fue ella quien dejó salir a los caballos.

—¿También crees que fue ella la responsable de eso? —preguntó Harriet, horrorizada.

—Tuviste suerte. Cualquiera de esos caballos podría haber provocado un grave accidente en el que alguien hubiera resultado herido.

—Lo sé, pero Gemma Barton tiene problemas. Necesita ayuda más que un castigo...

—Entonces, cuando ataque a la próxima novia de Boyce, recaerá sobre tu conciencia haber sido demasiado blanda para denunciarla.

Harriet se estremeció por la advertencia.

Rafael aparcó en Flynn Court y Harriet parpadeó con sorpresa.

—Creía que ibas a llevarme a casa.

—Han estado a punto de atropellarte, y en estos momentos siento la anticuada necesidad masculina de vigilarte de cerca. En cualquier caso, el médico llegará pronto.

A Harriet no le gustó nada comprobar que le temblaban las manos.

—¿Qué me pasa?

—Has sufrido un shock. No soportas la idea de haberle causado una molestia a alguien, por pequeña que sea, y por eso intentas actuar como si nada hubiera ocurrido. Pero te has llevado un buen susto, te has hecho daño y estás conmocionada. Tu reacción es perfectamente normal.

Atónita por lo bien que parecía conocerla, Harriet no discutió y se concentró en intentar que sus dientes dejaran de castañetearle. Sin decir palabra, Rafael la levantó en brazos y la llevó hasta una sala de estar, amueblada en azul claro, y la acomodó suavemente en un sofá. Tomó el paño de mohair del brazo y lo usó para taparla.

Sansón saltó al sillón que había al lado y se acurrucó, y Peanut se estiró bajo una silla cercana y observó el territorio desconocido con sus ojos pequeños y brillantes.

Rafael fue a encargar el té, llamó a su jefe de seguridad, lo que le llevó un buen rato, y volvió a la sala para descubrir que Harriet se había quedado dormida. Aprovechó para hacer varias llamadas más y para observarla detenidamente mientras dormía, preguntándose cuáles eran las cualidades que la hacían distinta a todas las mujeres a las que había conocido.

Físicamente daba la talla, reflexionó. Rostro, pelo, forma, altura, peso... Aunque nunca se había sentido atraído por una mujer como ella, Harriet era, de algún modo, un compendio preciso y perfecto de todo lo que a él más le gustaba. Disfrutaba contemplándola, tan natural, desprovista de esa acuciante necesidad por causar buena impresión con su ropa o sus palabras. También había en ella una inocencia confiada que Rafael encontraba fascinante. Su compasión hacia Gemma Barton lo había irritado sobremanera, pero al mismo tiempo admiraba su bondad y generosidad.

De repente frunció el ceño, alarmado por la profundidad y el cariz que estaban tomando sus pensamientos. Harriet le gustaba, y era muy extraño que a él le gustara de verdad una amante. Pero ¿y qué?

El médico era un señor mayor, de carácter franco y enérgico. Harriet tenía magulladuras en un costado del cuerpo y sufriría molestias durante un día o dos. Añadió que también presentaba todos los síntomas del estrés por el exceso de trabajo y que necesitaba descansar más.

—Para ser una mujer que ha venido a Irlanda para llevar un estilo de vida más sencillo y relajado, no se puede decir que lo estés cumpliendo a rajatabla —comentó Rafael cuando volvieron a quedarse solos.

—Me encanta lo que hago y me encanta mi hogar. Pero puede que haya subestimado la cantidad de trabajo que implicaba levantar un negocio.

—Qué diplomática eres... Estás obligada a trabajar el doble de duro para compensar el hecho de que yo posea la mitad de la finca.

—Eso no me importa. Soy feliz —replicó ella alegremente—. Siento haberme quedado dormida.

—Estabas en el sofá, no en mi cama, así que estás perdonada.

A Harriet se le pusieron las mejillas coloradas.

Rafael le clavó la mirada de sus sorprendentes ojos dorados.

—Quiero estar contigo en algún lugar donde podamos disfrutar de paz e intimidad. Tengo una casa de campo en Italia, que está situada en un sitio muy tranquilo. Me gustaría llevarte allí.

—Yo... me siento halagada...

—Bien. Lo único que tienes que hacer es preparar el equipaje, aunque ni siquiera eso es necesario. Será un placer para mí comprarte todo lo que necesites. Saldremos en unas pocas horas.

A Harriet le costó medio minuto asimilar la asombrosa declaración.

—Por amor de Dios... ¿Yo holgazaneando por Italia sin más? Es una idea maravillosa y alocada, pero sé sensato... ¡No puedo dejar las cuabras!

—Claro que puedes. Como socio tuyo, tengo la misma responsabilidad que tú. Has trabajado tan duro que estás agotada, mientras que yo no he hecho nada hasta ahora. Pero eso va a cambiar. Lo he preparado todo para que un encargado se ocupe de las cuabras mientras estás fuera, y Davis traerá ayuda del pueblo. Tolly se ha ofrecido para cuidar de tus animales...

Harriet lo miró con una mezcla de incredulidad y frustración.

—Rafael...

—Te encantará Italia —le aseguró él con voz ronca—. ¿Qué tiene de malo una idea maravillosa y alocada? ¿Y cómo definirías tú lo que es sensato? ¿Decir que no a lo que promete ser muy divertido? Hoy podrías haber muerto, y en ese caso nunca más habríamos podido estar juntos.

Soltó aquella dramática declaración con un tono tan divertido que Harriet se echó a reír. Pero en otro nivel más profundo no pudo sino apreciar la incuestionable verdad que había expresado en voz alta. Aparte de unas magulladuras, estaba sana y salva, y debía aprovechar la segunda oportunidad que le daba la vida. Y desde luego, sería una lástima desperdiciar la ocasión de ir a Italia con Rafael sólo por ser demasiado sensata.

—Es muy simple. ¿Quieres estar conmigo? —le preguntó él tranquilamente—. ¿O no?

Y tenía razón: era así de simple. En apenas un segundo, Harriet decidió lo que quería hacer.

— ¿Que cómo es mi casa de campo? — repitió Rafael con una sonrisa —. Dejaré que te formes tu propia opinión.

El avión aterrizó en Galileo Galilei poco después del amanecer, y habían salido de Pisa en un todoterreno que había estado esperándolos en el aeropuerto. Harriet había pasado durmiendo casi todo el vuelo y aún se sentía un poco soñolienta, pero se volvió hacia Rafael con una sensación de intenso placer.

— Será muy vieja, muy grande y muy lujosa — se aventuró a decir.

— Espera y verás.

Harriet pensó por un momento en Gemma Barton. Después de hablar con Boyce, había decidido no presentar cargos contra la joven. Gemma había admitido todo lo que había hecho y había accedido a ingresar en una institución psiquiátrica para iniciar un tratamiento. Sus padres se la habían llevado a Inglaterra con ellos. Rafael no había estado de acuerdo con aquella muestra más de compasión, pero, en honor a la verdad, no se había entrometido.

Dejaron atrás la autovía y siguieron por una tortuosa carretera rural que ascendía por la ladera de una montaña con el pico nevado. A un lado el terreno caía en un profundo barranco cuyas abruptas paredes estaban cubiertas de árboles. Mirando abajo, a Harriet le dio un vuelco el estómago, pero Rafael era un verdadero italiano que conducía con la misma seguridad y destreza que si estuviera en una vía recta y llana. Por encima de sus cabezas el cielo era de un color azul tan radiante que la hizo parpadear.

— ¿Sabes... que aún no me has besado? — se oyó a sí misma decir.

Rafael le lanzó una mirada sorprendida y se echó a reír.

— Estaba siendo respetuoso. Anoche estabas rendida y cubierta de magulladuras...

— No estaba cubierta del todo — replicó ella.

Rafael no necesitó más provocación. Detuvo el coche en un mirador con unas increíbles vistas al valle, se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia ella, todo en un único movimiento fluido e ininterrumpido. Sus ojos llameantes le recorrieron el rostro ardiente.

— Te estás insinuando... Y eso me gusta...

— ¿En serio? — estaba tan desesperada por sentir su boca que un hormigueo de anticipación le recorría todo el cuerpo.

— Tenía otra razón para contenerme — añadió él con voz ronca —. Si te hubiera besado, no creo que hubiese podido parar.

Harriet sintió cómo una ola de calor le invadía la pelvis y se removió en el asiento, acercándose un milímetro a él.

Rafael le apartó un mechón rojizo de la frente.

— No te asustas con facilidad, ¿verdad?

— No — respondió ella con un hilo de voz. La intensa sexualidad que emanaba la cercana presencia de Rafael la dejaba sin respiración y le aceleraba el pulso.

Rafael descendió con su boca hacia ella, y Harriet sintió una punzada de ferviente deseo que la hizo estremecerse. El beso fue tan dulce y le creó tal adicción que le hizo anhelar el siguiente antes de que el primero se hubiera terminado.

Rafael volvió a levantar la cabeza, respirando agitadamente.

— Quiero seguir esto en la comodidad de mi propia cama.

— Aguafiestas — le recriminó ella con los labios hinchados.

—Libertina —contestó él, con una sonrisa que revélo sus dientes perfectos y blancos mientras volvía a acomodar a Harriet en el asiento.

A Harriet le encantaba la nueva sensación de confianza que tenía con Rafael, pero no pensaba decírselo. Después de todo, él podría haberse olvidado de lo que había admitido en el calor del momento cuando la salvó de ser atropellada por el coche de Gemma, y ella no estaba dispuesta a recordarle que había confesado haber utilizado a Frankie Millar para darle celos. Sin embargo, aquella revelación había tenido un efecto asombroso en su amor propio.

Rafael volvió a la estrecha carretera que serpenteaba entre altas montañas, y finalmente se desvió en lo que parecía un camino cubierto de hierba flanqueado de castaños. Las amapolas y la retama florecían en la hierba crecida. Un tejado rojo cubierto de lino apareció en la distancia y Harriet se inclinó hacia delante para observarlo. Bajo el techo de terracota se extendía una construcción alargada de piedra, con ventanas a diferentes alturas y sin ningún tipo de orden ni simetría. La granja ofrecía un encanto suave y maduro para el que no parecía pasar el tiempo.

—¿Es ésta? —preguntó Harriet dubitativamente.

—Ésa es... La fattoria Cavaliere. ¿Qué te parece?

Harriet ya se estaba bajando del coche para contemplarla de cerca.

—Es como volver atrás en el tiempo.

—Valente nació aquí.

Ella se dio la vuelta con los ojos muy abiertos.

—¿En una granja? ¿Tu padre, el implacable hombre de negocios? ¡Me estás tomando el pelo!

—Te aseguro que no. Era el hijo mejor y odiaba la vida en el campo. Se marchó de aquí en desgracia y nunca volvió.

—Por lo que cuentas de él, parece que fue desgraciado en todas partes. ¿Qué fue lo que hizo?

Rafael abrió la deteriorada puerta de roble y Harriet miró a su alrededor con gran interés. Se habían combado unas cuantas piezas de mobiliario antiguo y rústico, pero todo estaba en orden. La decoración había sido reducida a la belleza desnuda de la vieja madera y las bastas paredes.

—Valente hizo su fortuna engañando a la gente con varios negocios. Era lo bastante listo como para librarse siempre de ir a la cárcel —le contó Rafael con cierto sarcasmo—. Entonces se casó con la hija de un vecino por su dinero y la abandonó en Roma cuando ella estaba embarazada. Ella era demasiado orgullosa para volver con su familia y murió al dar a luz, al igual que su hijo, sola y destrozada. Mis abuelos estaban tan avergonzados que repudiaron a mi padre.

—Pero ahora es tu casa, así que debes de haberlos conocido.

—Conocí a mi abuela antes de que muriera, hace cinco años. Dos de sus hermanas le sobrevivieron, y también muchos pariente suyos. Y ahora ocupémonos de cosas prácticas —comentó con regocijo—. Como podrás ver, las comodidades de esta casa son muy básicas, pero no tenemos por qué quedarnos aquí si no quieres. ¿Estás dispuesta a soportarlo conmigo?

—¿Hay agua corriente y cuarto de baño?

—Por supuesto.



—Entonces deja de ser tan delicado —lo apremió ella—. No estaremos soportando nada. Llévate a una mujer de clase media a un valle soleado de Italia, muéstrale una granja pintoresca con las comodidades básicas y se considerará una privilegiada.

—Eres la primera mujer que traigo aquí, *a mhilis*.

El placer por ser la primera fue rápidamente sofocado por el repentino deseo de ser la única mujer que llevara jamás a aquel lugar. Consternada por aquella desagradable certeza, se puso rígida.

Como si hubiera percibido su reacción tensa, Rafael se inclinó y le dio un beso en los labios entreabiertos. Al instante ella se aferró a él, sintiendo cómo el deseo le recorría las venas como un torrente de fuego líquido.

Él cerró la mano en torno a las suyas y la llevó a las escaleras. Una brisa suave soplaba en el amplio rellano. Los postigos habían sido abiertos en el dormitorio principal. La enorme cama de madera estaba adornada con paneles pintados con flores y preparada con mullidas almohadas y sábanas blancas de lino.

—Me siento como si hubieran pasado cien años desde que te toqué por última vez —le confesó Rafael—. Pensaba ir despacio, pero tengo demasiada hambre de ti como para esperar tanto —y diciendo eso la tomó con sus fuertes manos y le devoró los labios con apremiante ferocidad.

A Harriet se le aceleró desbocadamente el corazón, como si él le hubiera introducido un código especial que activara todas sus hormonas. Rafael llevó las manos por debajo de su camiseta y apartó el sujetador en busca de los pezones endurecidos. Harriet se estremeció con un gemido ahogado y entrelazó los dedos en su espesa cabellera negra. Estaba frenética por sentir la fuerza abrasadora del cuerpo masculino contra el suyo.

—Si nos hubiéramos quedado en el coche, me habrían detenido por escándalo público —murmuró Rafael, desnudando a ambos con una impaciencia que maravilló a Harriet. Cuando su blanca piel femenina quedó expuesta, se detuvo para explorarla con la concentración de un amante experimentado y tremendamente sensual.

—Si me hubieras hecho esperar un minuto más, me habría muerto —respondió ella sin aliento, retorciéndose contra el lino blanco, atormentada por el deseo insaciable que Rafael había desatado en su interior.

Rafael la observó con ojos entornados.

—Quiero darte un placer infinito.

—Me basta con que sea placer —dijo ella, alzando su boca hacia él en un gesto de súplica. Estaba ardiendo de ávida necesidad.

Él la poseyó por sorpresa, penetrándola con ímpetu y rapidez. Una oleada de placer la anegó, pero antes de que pudiera recuperarse él se retiró y volvió a la carga. Su pasión era tan fiera y frenética que la escalada de placer fue tan vertiginosa como salvaje, y la excitación desbocada arrastró a Harriet a un clímax incomparablemente glorioso.

En los minutos que siguieron, experimentó una deliciosa sensación de puro regocijo. Segura en los fuertes brazos de Rafael, se sentía tan feliz que las lágrimas se escaparon de sus párpados.

Rafael la mantuvo bajo él y se movió con satisfacción terrenal contra su piel húmeda y sensible. Aturdida por las secuelas del placer, Harriet le ofreció una sonrisa lánguida. Él la besó suavemente en la frente. Su olor femenino bastaba para

embriagarlo. Su tacto, el modo en que se apretaba contra él... era asombroso. Quería volver a poseerla, y le agarró firmemente las manos mientras la besaba.

– ¿Otra vez? – preguntó ella con voz ahogada cuando él le permitió tomar aire.

– Otra vez.

Mucho más tarde Rafael se había quedado dormido y ella estaba tendida sobre él, observándolo. Sus negras pestañas casi le tocaban los pómulos. Ofrecía un aspecto fabuloso desde cualquier perspectiva, decidió Harriet. Su piel bronceada destacaba intensamente contra las sábanas blancas. Era una delicia mirarlo, y no podía apartar las manos de su poderosa figura.

Se preguntó cuándo se había enamorado de él, y se maravilló de haber podido ocultarse esa verdad incluso a ella misma. Sabía que quería poseer el cuerpo y el alma de Rafael, y que ésa era una ambición aterradora destinada al sufrimiento y la decepción cuando volviera a poner los pies en la tierra.

Pero no había ninguna razón para permitir que la realidad estropeará el presente. Tenía intención de vivir al máximo cada minuto que pasara en Umbria.

## Capítulo 9

Masticando un trozo de pan recién sacado del horno y deleitándose con el sabor aromático de las hierbas, Harriet yacía en la tumbona con una copa de vino tinto. Se preguntó perezosamente qué había pasado con su imperiosa necesidad de trabajar a todas horas y por qué se sentía tan satisfecha consigo misma en vez de verse invadida por la culpa.

Sobre ella, un cedro proyectaba un amplio arco de sombra que la protegía del sol de la tarde. Desde la terraza, por encima de la piscina que relucía como un espejo, podía ver los campos de maíz y tabaco que se extendían en el extremo más alejado del valle, y los huertos, olivares y vides cargadas de uvas que dominaban los terrenos más cercanos.

Era un momento de perfecta plenitud y Harriet lo sabía. Un momento en el que la felicidad no conocía límites y caía sobre ella como el sol estival, envolviéndola por completo. Sentía que el cuerpo le pesaba deliciosamente por el placer que Rafael le proporcionaba. Una sonrisa curvó sus labios rosados. Llevaban dos semanas allí. El tiempo pasaba como una interminable nube idílica en compañía de un amante sin parangón.

Cada día una exquisita selección de platos acompañados de pan recién hecho aparecía como por arte de magia en la mesa de la cocina. Dos hermanas, Donata y Benedetta, se ocupaban de la casa, y respetaban tan escrupulosamente la intimidad de Harriet y Rafael que apenas se las veía. Sus hermanos, que se dedicaban a cultivar la tierra, eran igualmente discretos.

Rafael y Harriet habían salido de la fattoria en unas pocas ocasiones, tan sólo. Al frescor de la tarde él la había llevado a visitar los pueblos medievales de los alrededores, para pasear por las estrechas calles empedradas y cenar en pequeños y acogedores restaurantes donde sólo cabían unos pocos clientes. Rafael conocía los mejores lugares para comer y comprar. Cada vez que ella se fijaba en algo él insistía en comprárselo, por lo que Harriet no tuvo más remedio que decirle que se sentía bastante cohibida con tantos regalos, no siendo ella precisamente una cazafortunas.

— Pero a mí me gusta regalarte cosas — le había dicho Rafael sin dudar —. No me cohíbas tú a mí.

De modo que Harriet había aceptado el collar de oro con un precioso colgante de San Francisco de Asís, que Rafael había querido regalarle para conmemorar la visita de la ciudad de Asís y su basílica, hecha por petición expresa de Harriet. También tuvo que aceptar el reloj de oro que le compró porque, según él, iba muy bien con ella. Al oír que habían impuesto un embargo sobre los artículos caros, le había comprado un pañuelo pintado a mano, un bolso de artesanía que era una verdadera obra de arte aunque demasiado elegante para un uso práctico, y un caballo de cristal en el que Harriet había posado la mirada durante un breve segundo. «Basta», había acabado suplicando, y había logrado convencerlo para que concentrara en su hermana su afán de generosidad.

El día siguiente sería su último día. Rafael era tan reacio como Harriet a dejar Italia. Pero parecía apropiado que finalmente compartieran un día con otras

personas, y por eso Rafael había aceptado una invitación para ambos a la boda de una de sus primas. Desde su llegada, la única persona con la que Harriet había hablado había sido Una. La joven la llamaba cada dos días, y en los días alternos llamaba a Rafael, sin preguntar en ningún momento si estaban juntos en Umbria.

Aquella noche, estaban paseando entre los robles que había tras la casa.

—Tengo que pedirte un favor —murmuró Rafael—. Como ya sabes, Flynn Court está siendo reformada. Tengo un número de profesionales a mi servicio, pero debo confesar que me quedé muy decepcionado con los resultados de un programa familiar en mi otra casa de Kildare.

—Pero ¿por qué? Por lo que pude ver del interior, me pareció perfecta.

—Exactamente. Era como un museo. Quiero que Flynn Court siga siendo un lugar cálido y acogedor, más que un patrimonio artístico. Es una vivienda privada, donde sólo recibiré a mis amigos más íntimos. ¿Querías ser mi consejera en la redecoración del edificio?

Sorprendida, Harriet le echó una mirada interrogativa.

—No estoy cualificada para dar mi opinión como diseñadora de...

Rafael la hizo girarse hacia él y la tomó de las manos.

—Yo creo que sí lo estás. Me gustan los colores que vistes. Creo que tienes muy buen gusto. No te ofendas porque dijera que tu casa parecía un tugurio cuando tu prima vivía en ella. Tú has conseguido transformarla en una casa preciosa y acogedora.

A Harriet se le escapó una carcajada involuntaria.

—Rafael... ¡No puedo hacer que una mansión georgiana de quince dormitorios parezca acogedora!

—¿Por qué no? Posiblemente no sea «acogedora» la palabra adecuada. Deberías ser la máxima autoridad en el tema del color. No soy muy bueno en eso.

—Querrás decir que no estás interesado en eso... Una sonrisa de reconocimiento curvó los labios de Rafael sin el menor escrúpulo.

—Me conoces demasiado bien. ¿Te preocupa el factor tiempo?

—Bueno, no. No había llegado tan lejos...

—No tienes de qué preocuparte. Si aceptas, mantendría al encargado actual en las cuadras para que tuvieras más tiempo libre que dedicar a la mansión.

—¿Por qué me pides que haga esto? Tiene que haber miles de personas a las que elegir.

—No. Sólo confío en un círculo muy selecto de personas —respondió él mirándola fijamente—. Es una petición personal, y nada frecuente en mí. Admito que hasta ahora me negaba a hacerle una propuesta semejante a una mujer...

Harriet frunció el ceño con perplejidad.

—¿Por qué?

—Sé que si tú aceptas no lo harás pensando que es el preludio a las campanas de boda —explicó él secamente.

La fuerza de voluntad impidió que a Harriet se le congelara la sonrisa.

—Yo jamás me casaré —declaró él.

El dolor y la vergüenza se combinaron en un fuerte deseo de abofetearlo. ¿Por qué le estaba hablando así?

¿Le había parecido ella demasiado ansiosa? ¿Demasiado afectiva, demasiado feliz, demasiado cariñosa? La noche anterior Harriet había cedido a la tentación y le había recogido la camisa del suelo. ¿Había presentado él el amor, como un temblor amenazante en los márgenes de su preciada vida de soltero? ¿Lo había asustado ella hasta el punto de hacer necesaria una advertencia frontal y directa?

—Creo que es una decisión muy sabia por tu parte —consiguió decirle—. No estás hecho para el matrimonio.

Rafael siempre había pensado eso, pero por alguna razón, cuando Harriet corroboró la propia opinión que tenía de sí mismo, se sintió gravemente insultado y mucho menos estimado de lo que merecía.

—¿Por qué no? ¿En qué me diferencio de los otros hombres?

—Eres muy autosuficiente...

—Lo próximo que me dirás será que prefieres a los hombres que lloran y todo eso —se burló Rafael—. Me pregunto cómo estarías con alguien débil e inseguro que siempre necesitara apoyarse en ti para todo.

—Por suerte, no tengo ni idea —respondió Harriet. No tenía más que decir. Había sentido cómo la apremiaba su propia herida, la había cortado a tiempo y estaba resuelta a no permitir que sus pensamientos tomaran la dirección prohibida.

—¿Y qué otro problema tengo? —preguntó él con frialdad.

—Yo no diría que tengas ningún problema. Fuiste tú quien me dijo que no estabas hecho para el amor ni el compromiso.

Mucho rato después, en mitad de la noche, Rafael podía oír la respiración profunda y sosegada de Harriet, quien disfrutaba del plácido sueño de alguien ajeno a los problemas y preocupaciones. A la luz de la luna, Rafael golpeó la almohada y cambió de postura por vigésima vez. Quería zarandear a Harriet para despertarla y preguntarle cómo veía ella su relación. Tal vez no estuviera hecho para el amor ni el compromiso, pero no engañaba a nadie ni tampoco le interesaban las aventuras sexuales sin sentido. Tenía sentimientos. Quizá no tuviera costumbre de mostrarlos, pero eso no quería decir que no existieran. Podía ser sensible, considerado, atento... Podía ser cualquier cosa que quisiera ser. Había hecho un enorme esfuerzo por complacer a Harriet, aunque tenía que admitir que no había sido ningún sacrificio, pues al complacerla a ella se complacía igualmente a sí mismo.

Después de todo, ¿qué otra mujer podría hablar animadamente de caballos durante todo el día? ¿Qué mujer discutiría con sincero interés la mejor forma de criar purasangres? Harriet tal vez no hubiera sabido mucho del tema al principio, pero aprendía muy rápido. ¿Qué otra mujer podía entretenerse mientras trabajaba, sin emitir una sola queja ni intentar ganar la atención de Rafael? Le gustaba leer y dar largos paseos. Los simples placeres de la vida. Parecía tan decidida, tranquila y tan poco exigente... ¡Y sin embargo allí estaba, haciéndolo subir por las paredes!

A la mañana siguiente, Harriet vio un mensaje de texto en su móvil. Era de Alice... su primera muestra de comunicación tras meses de silencio.

*Tngo q hblar cntigo. Qndo?*

Harriet se llevó una gran alegría y le respondió enseguida, diciéndole que estaría en Londres dentro de treinta y seis horas.

Rafael no hizo ningún comentario, pero tampoco aprobó la entusiasta respuesta de Harriet ni su disposición a perdonar la traición de su hermana. En su opinión, Alice era tan culpable como Luke y podía volver a hacerle daño.

Las celebraciones de la boda de Teresina, la tercera prima de Rafael, y su novio Alfredo comenzaron temprano con un suntuoso desayuno bufé en casa de los padres de la novia. Harriet se sintió abrumada por la efusiva hospitalidad que le prodigaron.

En la pequeña iglesia sólo había espacio para los familiares más allegados. Teresina, morena y tímida, emergió del brazo de su marido para presidir el banquete de boda que tenía lugar en la plaza del pueblo, donde se habían dispuesto largas mesas a la sombra de los castaños. Los platos fueron servidos ininterrumpidamente, cada uno más elaborado y delicioso que el anterior. Uno de los invitados se levantó para cantar, algunos habían llevado instrumentos, y en un escenario los niños formaron un coro para ofrecerles una serenata a los recién casados. Todo fue muy informal y divertido.

—Una debería estar aquí —le susurró Harriet a Rafael—. ¿Tu familia italiana sabe que tienes una hermanastra?

—Sí. La invité a venir el año pasado, pero no quiso.

—Seguro que se pensó que sólo la estabas invitando por cortesía. Tendría un miedo terrible de no ser aceptada. Ser hija ilegítima le provoca mucha inseguridad.

—¿Te das cuenta de que estás convirtiéndote en algo semejante a una enciclopedia con piernas especializada en adolescentes difíciles?

—Rafael... ahora mismo estoy tan llena que mis piernas no podrían llevarme a ninguna parte —le confesó ella—. Tendrás que llevarme en brazos al coche.

Rafael le clavó la mirada en su sonrisa burlona y, antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, reclamó su boca con un beso. Al instante se oyó una explosión de risas y aplausos, seguidos de comentarios divertidos en italiano.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Harriet.

Rafael se encogió de hombros y ella se ruborizó. No era difícil adivinar el significado de las bromas, y menos en una boda. Estuvo tentada de decirle que ella no se casaría con él ni aunque se lo pidiera de rodillas, pero sabía que lo mejor era no expresar aquel sentimiento.

Estaban esperando para subir al avión en Pisa cuando Eva, que obviamente había hablado con Alice, llamó y le pidió a Harriet que se vieran mientras estuviera en Londres. Eva rara vez mantenía más que unas pocas palabras con Harriet por teléfono, pero en aquella ocasión fue aún más breve y concisa que de costumbre y no le dio oportunidad a su hija para decirle que estaba a punto de despegar de Italia.

Una vez en Londres, Rafael se separó de ella con la mayor discreción, emplazándola a cenar en su apartamento aquella noche antes de que él se fuera a Nueva York.

—Puedes quedarte en mi casa esta noche y volver a Irlanda por la mañana.

Alice abrió bruscamente la puerta de su apartamento.

—Será mejor que pases.

Harriet se fijó inmediatamente en cuánto había cambiado su hermana en los últimos meses. Alice había perdido peso y, aunque siempre había sido delgada y

esbelta, el resultado no la favorecía en absoluto. Tenía el rostro demacrado y su traje gris de pantalón no se parecía en nada a su estilo joven y aventurero. Harriet puso una mueca de desagrado al recordar lo que Boyce le había dicho sobre Luke: a su ex novio le había gustado que ella también vistiese como le gustaba, como una señora vieja y apagada.

Alice vio cómo Harriet pasaba la vista por el apartamento.

— Luke está en Manchester en viaje de negocios — declaró —. Ni siquiera sabe que te he invitado a venir, ¡y si se lo dices lo negaré!

— ¿Por qué iba a querer decirle nada a Luke? — preguntó Harriet, sorprendida por el tono de acusación de Alice —. Ni siquiera sabía que vivíais los dos aquí. Pensaba que estabais compartiendo su apartamento. No he visto a Luke desde que rompimos.

— ¿De verdad no lo has visto desde entonces? — insistió Alice, mirándola fijamente con sus ojos pardos —. ¿O sólo te estás haciendo la tonta? ¡Tal vez piensas que es la hora de la venganza y hayas hablado con él por teléfono todos los días! ¿Cómo podría saberlo yo?

Alice estaba al borde de las lágrimas. Viéndola tan nerviosa y angustiada, Harriet no pudo evitar que una punzada de compasión traspasara su impaciencia.

— No he tenido el menor contacto con Luke.

Su hermana no ocultó el alivio que le produjo esa confirmación, pero su expresión volvió a nublarse enseguida.

— Bueno, si no has sabido nada de él, pronto tendrás noticias tuyas... ¡La boda se ha pospuesto!

— Oh...

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Harriet pensó un momento y asintió lentamente. En aquellas circunstancias no se le ocurría nada que no sonara igual de provocador. Los planes de boda la habían afectado al principio, pero había creído que Luke había abandonado sus reservas porque estaba enamorado. Ahora estaba claro que su relación con Alice era bastante problemática, por lo que no era extraño que Luke se hubiera echado atrás ante la perspectiva de un matrimonio inminente.

— Tuvimos una pelea terrible el fin de semana...

— Alice... no quiero involucrarme en esto — se apresuró a interrumpirla Harriet —. Pero siento mucho que las cosas no estén saliendo bien.

Las lágrimas resbalaron por el rostro turbado de su hermana.

— Claro que no lo sientes. Éste es tu momento... ¡Debes de sentirte muy orgullosa!

— Por supuesto que no. ¿Por qué dices eso? Luke y yo rompimos hace meses.

— Dijo que yo lo convencí para que te dejara... que soy demasiado estúpida para él — balbuceó Alice entre hipo y sollozos de desesperación —. Yo lo quiero... Lo quiero de verdad... ¡Y lo estoy perdiendo!

A Harriet se le encogió de pena el corazón.

— No debes permitir que Luke te hable así. Puede ser muy crítico, pero tienes que hacerle frente.

— ¡Pero yo no soy lista como tú! — protestó Alice —. Yo no fui a la universidad... no sé hablar de política... y tampoco me interesa. ¡Pero es lo único que saben hablar Luke y todos sus amigos!

—¿Qué ha pasado con las vacaciones de esquí, el gasto que suponen los niños y todos esos chistes de abogados?

Alice había estado restregándose los ojos, pero aquel inesperado comentario le hizo abrirlos como platos. Y entonces empezó a reír... sin poder parar. Estuvo riéndose hasta que se atragantó, y entonces empezó a llorar de nuevo. Harriet abandonó su postura de distanciamiento y la rodeó dubitativamente con un brazo para llevarla hacia el sofá. Alice se dejó caer a su lado y siguió llorando desconsoladamente.

—Lo quiero... lo quiero con todo mi corazón —repetía con voz ahogada—. ¡No sé qué voy a hacer!

Harriet se sintió culpable por pensar que ella nunca habría amado lo suficiente a Luke para tolerar que la acusara de ser demasiado estúpida para él. Pero los restos de su ira hacia Alice se habían borrado.

—Al principio estaba loco por mí... ¡Lo estaba! —murmuró Alice dolorosamente—. Siempre me estaba enviando mensajes picantes al móvil. Creí que me amaba. Pensaba que tú y él habíais estado juntos tanto tiempo que se había aburrido y que nunca se casaría contigo.

—Puede que tuvieras razón.

—No, sólo me estaba diciendo a mí misma lo que quería creer. Ahora sé que estaba equivocada —los ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Luke nunca deja de compararme contigo. Has estado con él desde que erais estudiantes. ¿Cómo se supone que puedo competir con eso?

—¿Qué tiene que decir Eva de todo esto?

Alice soltó una amarga carcajada.

—¿Mamá? ¿Tú qué crees? No quiere saber nada. Nunca quiere enterarse de nada cuando las cosas salen mal. Está furiosa porque la boda se haya pospuesto y dice que ya nunca se celebrará. El mes pasado dio una gran fiesta para nosotros en París y presentó a Luke como mi novio. ¡Ahora no hace más decirme que la cancelación de la boda la dejará a ella en ridículo y que tengo que aprender cómo agarrar a un hombre!

La última frase la pronunció gritando y empezó a llorar otra vez. Pero aquellas lágrimas ya no eran tan sentidas, así que Harriet le pasó un paquete de pañuelos y fue a la cocina a preparar un poco de té. Había estado pensando en hablarle a Alice de Rafael, pero ahora veía que no era el momento. Conocía demasiado bien a su hermana y sabía que hablarle de su propia felicidad haría sentirse a Alice aún más desgraciada.

Alice aceptó la taza de té y le hizo una incómoda confesión a su hermana mayor.

—Te he echado muchísimo de menos. Nunca fue mi intención hacerte daño... simplemente sucedió. Estaba loca por él, y llevaba mucho tiempo celosa de ti...

—¿Cuánto tiempo?

Alice enrolló un mechón rubio en el dedo y puso una mueca.

—Supongo que desde mis diecisiete años. Luke siempre se estaba burlando de mí. Sabía que me gustaba, y eso le encantaba, de modo que siempre hubo una especie de coqueteo entre nosotros. Pero yo me sentía muy mal, así que empecé a comportarme de un modo engreído y superior, cosa que él detestaba.

Harriet se inquietó un poco al descubrir lo joven que había sido Alice cuando empezó a interesarse por Luke. Recordó vagamente cómo Luke solía burlarse de su



hermana pequeña. Harriet no le había dado mayor importancia, y se había preocupado más por la aparente hostilidad que había acabado reemplazando a las bromas. Ahora se le ocurrió pensar que Luke se había aprovechado de la joven.

—Y sobre cuándo empezó lo nuestro... Unos seis meses antes de que nos sorprendieras, llamé una noche para hablar contigo, pero estabas de viaje —le contó Alice, que no podía parar una vez haber empezado a confesar—. Luke me invitó a tomar una copa. Yo bebí demasiado y me besó... Y a partir de ahí...

Harriet no quería saber los detalles.

—No tenemos que hablar de eso. Pero, pasara lo que pasara entre Luke y tú, somos y seremos siempre hermanas y podemos permanecer unidas.

—No si Luke me abandona y vuelve contigo.

—Alice... estás dando por hecho que yo quiero volver con él, y no es así. De modo que haz el favor de quitarte esa idea de la cabeza.

—Lo siento... —murmuró Alice. Apretó los labios temblorosos y agachó la cabeza.

Harriet pensó que era una lástima no estar en posición para convencer a Alice de que Luke no era bueno para ella. Pero las evidencias eran demasiado claras. Luke había despojado a su hermana de toda seguridad en sí misma y la había convertido en un amasijo de nervios y dudas. Durante toda su vida Alice había sido una chica encantadora y entusiasta. Pero su experiencia no parecía haberle enseñado las técnicas de supervivencia que más necesitaba ahora.

—Estaré al otro lado del teléfono siempre que quieras hablar conmigo —le dijo Harriet dulcemente—. Y serás bienvenida cuando vengas a Ballyflynn.

—Eres muy amable —dijo Alice con un suspiro lastimero—. Pero allí no hay más que barro y caballos, y yo no soy una chica de campo.

Un par de horas más tarde, Harriet estaba llamando a la puerta de la suite de su madre. La sorprendió que fuera Gustav quien le abriera y la hiciera pasar. El tercer marido de Eva, un hombre alto y enjuto con el pelo fino y rubio, rara vez acompañaba a su mujer a Londres, por lo que era prácticamente un desconocido para Harriet.

—Eva está acostada... Todo esto ha sido un trauma para ella —le dijo Gustav, muy serio y rígido.

Harriet sentía que el aplazamiento y posible cancelación de la boda había sido mucho más traumático para Alice que para su madre, pero estaba más que acostumbrada a la habilidad de Eva para convencer a todos de que era una persona extremadamente frágil y sensible, a quien había que proteger a toda costa de cualquier influencia maligna.

—Quiero que me prometas que no le dirás nada que pueda angustiarla todavía más —añadió Gustav en voz baja e impaciente—. Entiendo que esto es muy difícil para ti también...

—¿Para mí? Oh, lo siento... te refieres a mi anterior compromiso con Luke —recordó Harriet secamente—. Eso ya está más que superado. En realidad, he llegado a la conclusión de que Alice me salvó de cometer el mayor error de mi vida.

—¿Luke? —preguntó él, observándola con perplejidad—. Discúlpame, pero ¿qué tienen que ver Luke y Alice con esto? Es la intromisión de Boyce en un asunto confidencial lo que ha causado la angustia de tu madre.

—¿Boyce? —repitió ella.

Entonces comprendió lo que el marido de su madre intentaba decirle y se quedó helada. Evidentemente, su hermanastro había mantenido su promesa de hablar con Eva sobre la necesidad de Harriet por saber quién era su padre. Harriet no podía creérselo, ya que la conversación sobre aquel tema había sido muy breve y no había esperado que Boyce fuera a llevar tan lejos su apoyo.

—Sí, Boyce. Fue una suerte que yo oyera la discusión entre tu hermano y mi mujer y me diera cuenta de lo que estaba pasando. Eva está destrozada, lo cual es bastante comprensible —dijo Gustav con un tono de censura y reproche. Miró el rostro palidecido de Harriet y, aparentemente satisfecho de haberla impresionado con sus palabras de advertencia, abrió la puerta de la sala de estar.

Las persianas habían sido bajadas para atenuar los fuertes rayos de sol, y a Harriet le costó unos segundos ajustar la vista a la penumbra. Eva estaba echada en el sofá. Vestida con un traje negro y diminuto de última moda, su madre parecía muy delicada y vulnerable.

—¿Cómo estás? —le preguntó Harriet con la boca seca, sin poder creerse que al fin tuviera la posibilidad de averiguar algo sobre su padre—. Siento mucho que Boyce te haya...

—¿Crees que no sé que fuiste tú quien lo animó a hacerlo? —le espetó su madre.

—Ya hemos hablado de esto, querida —intervino Gustav en un tono extremadamente suave—. Así como es natural que Harriet sienta curiosidad, es del todo conveniente para ti que satisfagas esa curiosidad. Después de esto, estoy seguro de que Harriet estará de acuerdo conmigo en que nunca más vuelva a mencionarse el tema.

Harriet había confiado en que Gustav hiciera gala de unos mejores modales y la dejase a solas con su madre. Pero después de oírlo decir aquello, se preguntó si no sería gracias a él que Eva había sido finalmente convencida para hablar.

—¿Tienes que quedarte ahí, por encima de mí? —le preguntó Eva con cierta petulancia a su hija.

—Lo siento —se disculpó Harriet, y se apresuró a sentarse en el borde del sillón más cercano.

—Antes de que te cuente nada, quiero que me prometas que nada de lo que diga saldrá de esta habitación —decretó Eva.

Harriet frunció el ceño.

—¿Pero por qué...?

—Creo que la discreción que pide tu madre es razonable —comentó Gustav.

Harriet estaba tan tensa que habría aceptado cualquier condición, pero no podía evitar pensar que aquella exigencia era bastante injusta y perversa. ¿Acaso cualquier información que recibiera no sería suya para disponer de la misma como mejor le pareciera?

—Si no me das tu palabra, no te diré nada —sentenció Eva.

Harriet respiró hondo y prometió que trataría con la mayor discreción cualquier información que recibiera. Se sorprendió cuando vio a su madre relajarse un poco, y se preguntó qué clase de confesión iba a hacerle que requiriera una confidencialidad semejante.

Gustav se colocó detrás del sofá y se inclinó para ponerle una mano en el hombro a su mujer, quien desplegó un bonito pañuelo de encaje entre los dedos.

—Te pido por favor que recuerdes lo joven que era yo cuando me quedé embarazada de ti.

—Sólo diecisiete años —aclaró innecesariamente Gustav.

Harriet, que cada vez estaba más nerviosa, tuvo que reprimir el fuerte impulso de señalar que era consciente de aquel dato y que nunca había mostrado la menor intención de criticar las circunstancias de su nacimiento.

—Lo primero que debo decirte es que el hombre que me causó tantos... problemas —pronunció la palabra «problemas» con un mohín de desagrado— ya no está vivo.

Harriet tragó saliva al sentir una punzada de decepción. Nunca se le había ocurrido que su padre biológico pudiera estar muerto. Aunque tenía que recordar que a ella la habían concebido casi treinta años atrás.

—Era mucho mayor que yo... Casi me doblaba la edad —explicó Eva—. Pero era un hombre muy atractivo y sofisticado. Sabía exactamente cómo impresionar a la joven ingenua que era yo por aquel entonces.

Se hizo un largo silencio.

—¿Y qué pasó? —la presionó Harriet.

—Yo trabajaba a tiempo parcial en la tienda del pueblo. A veces él venía a comprar cigarrillos y se quedaba a charlar y reír conmigo. Un día que estaba lloviendo se ofreció a llevarme en coche mientras yo volvía caminando a mi casa. Me sentí halagada por su interés —le reveló con voz tensa—, y cuando me pidió una cita tuve que mantenerlo en secreto, porque mi padre era muy estricto. Ojalá lo hubiera pensado mejor...

Eva interrumpió el discurso por culpa de un sollozo ahogado, y Gustav rodeó rápidamente el sofá para sentarse a su lado y tomarla de la mano.

—Era el tipo de hombre que perseguía a las jovencitas. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Me alegra que lo entiendas —dijo Eva, mirando con sus enormes ojos azules a su marido y hablando como si estuvieran solos—. Había oído rumores sobre cómo había tratado a su mujer, pero no presté atención. Aunque la iglesia no reconocía su divorcio, para mí era un nombre soltero.

—Es normal —dijo Harriet. No podía comprender por qué el marido de su madre tomaba el protagonismo en un asunto con el que no tenía nada que ver.

Eva se aferró a la mano de Gustav y miró a su hija con dureza.

—Me temo que no hay nada nuevo ni emocionante en mi historia. Tu padre dijo que me quería. Dijo que quería casarse conmigo y yo lo creí. Estaba desesperadamente enamorada de él. Cuando descubrí que estaba embarazada, acudí directamente a él. Era tan inocente que pensé que se llevaría una gran alegría. ¿Sabes lo que me dijo?

Manteniendo la mirada fría y desafiante de su madre, Harriet negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Dijo que el bebé que yo llevaba en mi interior no era culpa suya y que debía de haber estado con otros hombres.

—Ahora tal vez puedas entender por qué tu madre quería olvidar lo que le pasó hace treinta años —dijo Gustav—. Puede que fuera un tópico, pero aquel hombre sedujo a Eva con mentiras y luego la abandonó.

—Es horrible... —murmuró Harriet, preguntándose si estaría siendo demasiado sensible al sentir que los pecados de su padre se habían convertido de algún modo en los suyos.

—Desde entonces no volví a verlo ni a saber de él. Me escapé de casa y embarqué en un ferry rumbo a Inglaterra.

—¿Cuándo murió?

Eva hizo otro mohín con los labios y se encogió débilmente de hombros.

—Hace poco. En realidad, hace sólo unos pocos meses. Pero por favor, no pienses que te privé de la oportunidad de conocerlo. Él jamás te habría reconocido como hija suya. Habría negado tener el menor vínculo contigo.

—Tu madre estaba protegiéndote del dolor y el rechazo —dijo Gustav—. Por desgracia, tu padre no era una persona muy agradable.

Harriet observó a Gustav intentando ocultar su incomodidad.

—Pareces saber mucho sobre mi padre.

—No tengo secretos para Gustav —declaró Eva. Harriet intentó no pensar en los secretos que le había ocultado a su propia hija.

—¿Puedo saber cuál era el nombre de mi padre?

—Cavaliere —respondió Eva alzando el mentón—. Ahora tal vez entiendas por qué quiero que tu parentesco siga siendo un secreto.

Tan rígida como una estatua, Harriet miró fijamente a su madre. No podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cavaliere? —tuvo que pronunciarlo dos veces antes de que el nombre saliera de sus labios—. ¿Cavaliere?

—Valente Cavaliere. Supongo que nunca habrás oído hablar de él —dijo Eva—. Pero en su día fue un magnate mundialmente famoso. Se casó con la hija del dueño de una casa a las afueras de Ballyflynn, y se divorció cuando ella tuvo una aventura. Ella siempre estaba enferma, y él solía ir a visitar a su hijo.

Gustav tenía el ceño fruncido en una expresión de disgusto.

—Cavaliere era un célebre mujeriego. Estuvo implicado en algunos escándalos bastante sórdidos.

Harriet estaba tan petrificada por la tensión que temía que un simple movimiento la rompiera en pedazos. Su madre se había referido a la fama de Valente Cavaliere en un tono tan presuntuoso que resultaba horriblemente inapropiado. Incapaz de pensar con coherencia, permaneció inmóvil como si el tiempo se hubiera detenido. Cavaliere... El nombre se había introducido en su cabeza y allí daba vueltas frenéticamente, como un barco atrapado en un remolino. El sudor le empapaba los labios y las palmas de las manos.

—Siempre me has recordado a tu padre —le dijo Eva, casi con dulzura—. Tienes el mismo problema con tu peso.

—¿Valente Cavaliere? —articuló el nombre vocalizando cada sílaba—. ¿Estás diciéndome que él fue el hombre que te dejó embarazada... mi padre?

—¿No acabo de decírtelo?

—Es muy duro para Harriet tener que asimilarlo, querida —dijo Gustav.

Harriet separó sus entumecidos labios.

—Sí. ¿Estás completamente segura de que Valente era mi padre?

—¿Estás siendo horriblemente grosera! ¿Cómo te atreves a ofenderme así? — espetó Eva con las mejillas encendidas. Se levantó con un movimiento tan repentino que pilló a Harriet y a Gustav por sorpresa y salió de la habitación.

—Es un shock para ti, pero Eva no puede entender eso —dijo Gustav con un suspiro—. Ahora podrás ver por qué tu madre te pidió discreción. Tiene un miedo horrible de que el secreto salga a la luz. Cavaliere tenía muy mala reputación, y ella no podría soportar que la relacionaran con él de ninguna manera.

Harriet no dijo nada. No confiaba en su voz ni en su temperamento. Le parecía que no había ningún modo apropiado de expresar sus sentimientos, así que se levantó para marcharse.

Gustav tuvo la delicadeza de ofrecerle una taza de té y sugerirle que esperara a que su madre volviera. Pero Harriet sabía que estaba impaciente por cerrar de una vez por todas, aquel capítulo. Obviamente no se sentía cómodo con las escenas sentimentales.

Harriet estaba saliendo del hotel sin saber adónde se dirigía cuando sonó su teléfono móvil. Era Boyce.

—He intentado hablar con mamá sobre tu padre —empezó a decir su hermanastro—. Pero ha resultado ser un desastre.

—¿En serio? —preguntó ella en tono apagado y aburrido.

—No sabía que Gustav estaba trabajando en la otra habitación y que pudo oír cada palabra que dijo. ¡Fue un infierno! Mamá empezó a llorar y Gustav entró enseguida. No tuve más remedio que dejar el tema.

—Claro.

—Para serte sincero, no me gustaría volver a hablar con mamá de esto. Ni tampoco decirle a Gustav que se meta en sus propios asuntos. Lo siento.

—No te preocupes. No es tan importante.

—¿Estás segura?

—Totalmente —afirmó Harriet, intentando respirar hondo—. ¿Te contó algo mamá?

—Nada.

—¿Le hablaste de Rafael?

—No. Ya sabes cómo es. No quería que yo fuera a Irlanda, así que no le interesa lo más mínimo lo que pueda contarle de allí.

—Mejor así. Hazme un favor... no menciones a Rafael. Es... bueno... él y yo... hemos terminado —confesó de forma brusca.

—¿En serio? ¿Esas dos semanas de vacaciones eran el beso de despedida? Tengo que reconocer que me sorprende. Por cierto, han aceptado mi oferta para comprar Slieveross.

—Oh, eso es fantástico...

Boyce concluyó pronto la llamada y Harriet devolvió el móvil al bolso. Hasta que un hombre que pasó a su lado la miró no se dio cuenta de que tenía el rostro cubierto de lágrimas. Intentó recuperarse con todas sus fuerzas. Sus pensamientos intentaban apuntar directamente al corazón de la agonía que crecía en su interior, pero estaba convencida de que si reconocía aquella agonía, ésta la llevaría al borde de la locura.

¿Cómo podía el mundo ser tan pequeño? ¿Y cómo podía el destino ser tan cruel para convertir lo que más amaba, valoraba y necesitaba en lo que acabaría

destruyéndola? Sintiendo cómo las emociones más primitivas amenazaban con invadirla, reprimió la peligrosa turbulencia interna y se obligó a pensar en los pasos más pequeños y sencillos que tenía por delante.

Ni siquiera necesitaba pensar un plan de acción. Después de todo, sabía lo que debía hacer, ¿no? Rafael estaría esperándola en su apartamento. Había que romper la relación. Inmediatamente. No había necesidad de decirle lo que su madre le había contado. Ninguna necesidad en absoluto. A Rafael no le hacía falta saberlo. Y aunque lo supiera, eso no cambiaría nada ni haría la situación más aceptable. Valente Cavaliere había arruinado la vida de su hijo prácticamente desde su nacimiento. Rafael no se merecía otra desgracia más que añadir a la larga lista. Ella podía ahorrarle la horrible verdad e impedir que tuviera que vivir con la misma, que era a lo que ella había sido condenada. ¿No era lo mejor que podía hacer por él? ¿No era el único modo que le quedaba para demostrarle su amor?

Un criado la hizo pasar al interior del ático. Aquel apartamento era tan moderno como tradicionales eran las otras viviendas de Rafael: altos techos, amplias extensiones de mármol y piedra caliza. Rafael estaba hablando en francés por teléfono y al principio no la vio, apoyado relajadamente contra el borde de una mesa de cristal. Su silueta alta y fuerte se recortaba contra la luz que entraba a raudales por la ventana que tenía detrás. Se rió y movió una mano en un gesto expresivo. Por un instante Harriet temió que se le fuera a romper el corazón, cuando la agonía que había conseguido reprimir emergió de nuevo con toda su fuerza y amenazó con destruirla.

—Harriet... —dijo él suavemente, y extendió una mano hacia ella con la seguridad de un amante convencido de que su atención era bien recibida.

El rostro de Harriet perdió su color, y su delicada piel blanca se tensó sobre sus frágiles huesos. Apretó los labios, negó con la cabeza y se dio la vuelta para salir del despacho, dándole a entender en silencio que esperaría a que él terminase la llamada.

Rafael la vio salir y frunció el ceño. Harriet tenía algo que decir sobre su madre y su hermana, y no era algo precisamente agradable. Ella no mentía, y él ya había sacado sus propias conclusiones. En su opinión, Eva era una persona superficial y descuidada, y Alice una niña mimada y rencorosa; ninguna de las dos merecía a Harriet. Ahora ella había vuelto de visitarlas como si acabara de presenciar un accidente en cadena, y Rafael supo exactamente de quién era la culpa.

Era evidente que debían producirse algunos cambios, pensó. La próxima vez él estaría presente cuando Harriet viera a su familia. De ese modo podría asegurarse de que la trataran con el debido respeto.

Harriet entró tambaleándose en el cuarto de baño, donde las náuseas acabaron por superarla. Luego, con la frente apoyada en la fría pared de azulejos, empezó a temblar incontrolablemente. Se sentía como si estuviera viviendo una pesadilla de la que no podía despertar. Por primera vez en su vida, no podía encontrar nada por lo que mereciera la pena ser optimista, y aquella sensación de negra desesperanza amenazaba con engullirla para siempre. Luchando por recuperarse, se mojó la cara con agua fría y se miró al espejo, pero enseguida apartó la mirada. Tenía que hacerlo y salir de allí. Un pequeño paso cada vez. Pero el siguiente paso que tenía que dar era el más horrible y difícil de todos.

—Tengo algo que decirte...

Rafael inclinó la cabeza, luciendo aquella carismática sonrisa que Harriet tanto adoraba.

Con la espalda completamente rígida, se obligó a mantener la vista en su dirección pero sin enfocar la mirada.

— Me encantó Italia y lo pasé muy bien. Pero me gustaría que volviéramos a ser socios en las cuadras... y nada más.

— De acuerdo — murmuró Rafael, totalmente inexpresivo.

— He sido muy feliz y no quiero que pienses que no te aprecio — siguió Harriet, buscando desesperadamente las palabras adecuadas para no hacerle daño.

El rostro de Rafael permaneció impasible.

— ¿Por qué habría de pensarlo?

— Simplemente he pensado en esa posibilidad, y no podría soportarlo — murmuró Harriet frenéticamente, entrelazando sus inquietas manos delante de ella —. Para mí es muy importante que sepas que he sido muy feliz contigo...

— Pero no lo eres en este momento.

Harriet parpadeó, asfixiada por sus pensamientos y reacciones.

— ¿Cómo dices?

— Parece bastante obvio que en estos momentos no te hago muy feliz — concretó Rafael con dureza.

— Pero eso no es culpa tuya — arguyó ella con expresión afligida —. Por favor, no pienses que es culpa tuya. Espero que podamos seguir siendo amigos.

— No — respondió él sin dudarlo.

A Harriet le temblaba el labio inferior, y tuvo que bajar la mirada al suelo de mármol hasta que recuperó un mínimo control sobre sus emociones.

— Es muy importante para mí.

— O estás en mi vida con mis condiciones o estás fuera de ella.

— Entonces estoy fuera — murmuró ella.

— ¿Sigues pensando ir directamente al aeropuerto? — preguntó él.

— Sí — respondió con un hilo de voz.

Rafael agarró el teléfono.

— Mi chófer te llevará.

Harriet esperó que dijera algo más, en vano. El silencio se la clavó en la piel como unas garras invisibles, y temió que si hacía algo por llenarlo, acabaría permitiendo que la verdad saliera y dañara a Rafael tanto como la había afectado a ella.

Para protegerse de aquel riesgo, Harriet se giró sobre sus talones y salió al vestíbulo. Un minuto más tarde, apareció el criado con su maleta. Ningún otro sonido quebró el silencio hasta que el zumbido del interfono anunció la llegada de la limusina. Harriet quiso volver corriendo al estudio y decirle a Rafael que... ¿Qué podía decirle? ¿Qué había que decir?

Sintiendo como la desesperación fraguaba en su interior como un bloque de cemento, bajó en el ascensor hasta el aparcamiento subterráneo.

## Capítulo 10

Una casi se cayó de su bicicleta en su desesperación por hablar con Harriet.

— ¡Creo que Fergal está viendo a esa turista inglesa que se hospeda en Dooleys!

Harriet miró la expresión angustiada de la joven y apartó rápidamente la mirada.

— ¿Y?

— ¿Es que no sabes lo que siento por él? —preguntó Una con un gemido ahogado—. ¡Acabo de verlo paseando por el pueblo con ella!

Con gran esfuerzo, Harriet se liberó de sus propias preocupaciones y rodeó a la chica con un brazo.

— Siento que estés dolida.

— Estoy más que dolida... Lo quiero. ¡No puedo soportar que esté con otra persona!

Harriet respiró hondo pero no dijo nada.

— Vamos... ¡Di lo que estás pensando! —le exigió Una con vehemencia.

— Eres demasiado joven para Fergal, y me temo que él tiene que seguir adelante con su vida —murmuró Harriet lo más amablemente que pudo.

— No entiendes lo que siento por él —masculló Una—. Se lo dije a Rafael y él lo entendió... porque no me dijo lo mismo que tú... ¡Él se limitó a escuchar!

Harriet se fijó en un agujero que tenía el saco de pienso que estaba abriendo. Ella no era tan ingenua como Una, que no parecía sospechar lo protector que era su hermano. Se imaginó a Rafael escuchando. Él, demasiado listo y reservado como para expresar sus pensamientos. Habían pasado diez días desde que se separaran en Londres. Rafael había sido frío como el hielo. No había expresado ni sentido nada. Pero ¿qué había esperado ella? ¿Acaso no era mejor así? Para Rafael no había sido más que una aventura de la que pronto se olvidaría. ¿Por qué eso debería dolerle todavía más a ella? Le pesaban tanto los párpados que se maravillaba de no quedarse dormida de pie. Pero sabía que, por muy cansada que estuviera, la asaltarían las pesadillas y se despertaría angustiada en mitad de la noche, y que entonces estaría condenada a dar vueltas en la cama hasta el amanecer.

— No creas que no he notado el modo tan extraño en que os estáis comportando Rafael y tú. Si no he dicho nada es sólo porque Tolly me lo prohibió —añadió Una, antes de marcharse a ayudar en la rutina matinal de alimentar a los caballos y limpiar el estiércol.

Harriet quiso correr tras ella y preguntarle cómo se estaba comportando Rafael. Ansiaba saber de él, pero no se permitía a sí misma buscar esa información. Toda su fuerza de voluntad la empleaba en reprimir su deseo... y sus pensamientos. Incesto. La palabra y su significado la atormentaban sin piedad. Había intentado ignorarla, pero volvía a la carga una y otra vez. Un crimen contra el orden moral y la sociedad. Un crimen contra la ley. Un crimen que se había cometido y que no podía deshacerse.

Con todo, le resultaba difícil creer que hubiera cometido un error tan grave, aunque hubiera sido sin darse cuenta. ¿Cómo era posible que de todos los hombres del mundo se hubiera enamorado del único que guardaba con ella el mismo vínculo que Boyce? Por otro lado, era lógico que se negara a creerlo. ¿Cómo podía confiar en sus propios celos acerca de la dramática revelación de Eva? ¿Por qué una vena de



extraño cinismo le recordaba que incluso a sus diecisiete años Eva no se había rebajado al nivel de cualquier tipo vulgar y ordinario? Hasta en una remota aldea irlandesa, su madre había conseguido atraer la atención de un hombre rico e interesante. Pero Eva siempre había sido muy hermosa, y ¿por qué demonios iba a mentir sobre algo así?

Si Valente Cavaliere había engendrado a Una, ¿por qué no podría haberla engendrado también a ella trece años antes? Rafael había reconocido que su difunto padre era un mujeriego sin la menor conciencia ni sentido de la responsabilidad. Harriet había mirado las fotos de Valente en Internet y había buscado en vano algún rasgo de semejanza entre su supuesto padre y ella. Rafael y Una habían heredado la altura y la tez de Valente, pero ella no guardaba el menor parecido físico con el hombre. Aunque eso sólo significaba que había heredado todos sus rasgos de sus genes maternos.

¿Sería posible que en algún nivel inconsciente hubiera sentido una fuerte afinidad con Rafael y Una desde el principio por la existencia de una relación sanguínea? Era una posibilidad que no quería ni plantearse.

Aquella noche estaba tomando un baño cuando oyó el helicóptero sobrevolando la casa. Antes de poder detenerse, había corrido hasta el dormitorio del fondo para observar cómo el aparato descendía hasta desaparecer tras los árboles.

Vestida con unos pantalones de montar limpios y una camiseta verde, estaba dándoles de comer a Sansón y a Peanut en la puerta trasera cuando levantó la mirada y se quedó petrificada por la sorpresa. Rafael estaba junto a la explanada de tierra más allá de los establos, viendo cómo Fergal hacía avanzar a Tailwind a su ritmo.

Harriet fue incapaz de contener la arrolladora necesidad de mirarlo. Ahora podía percibir una dolorosa semejanza en su figura alta y poderosa. Pero en cuanto experimentó la atracción magnética se avergonzó de sí misma y entró en casa, abrumada por la culpa. Ya no sabía cómo comportarse en su presencia. Diez días antes se habría sentido libre para caminar hacia la explanada y unirse a los dos hombres. Ahora estaba cohibida por la angustia y la inquietud. Media hora transcurrió lentamente, hasta que oyó el ruido de un motor al arrancar y cómo un coche se perdía en la distancia. Había vuelto a marcharse, pensó, y justo en aquel instante llamaron a la puerta principal. Con el corazón en un puño, fue a abrir. Rafael la observó con una expresión tan oscura como el cielo nocturno.

— ¿Cómo estás?

— Muy bien — respondió ella débilmente.

Estaba mintiendo, pensó Rafael: parecía como si no estuviese descansando ni comiendo lo suficiente. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero su intención era llegar al fondo del misterio.

— ¿Puedo pasar?

Harriet dudó, pero se apartó para permitirle entrar.

— ¿Por qué no me dijiste que mi hermana estaba enamorada de Fergal Gibson?

Sorprendida por la inesperada pregunta, Harriet frunció el ceño.

— ¿No se te ocurrió que podría estar en peligro? — añadió él.

— No. Con Fergal no. Es un muchacho decente y sensato, y muy consciente de la edad de Una. No está haciendo nada para animarla — respondió Harriet

tensamente—. Odio decir esto, pero seguramente sea él quien esté en peligro por Una.

Atónito por su franqueza, Rafael casi soltó una carcajada.

—Me lo imagino. Y aprecio tu sinceridad.

—Sólo digo que Una puede ser una chica muy decidida. Pero no creo que tengas que preocuparte. Parece que Fergal está saliendo con una turista ahora.

—Eso es sólo una fachada. Fergal no es tan indiferente a mi hermana como a mí me gustaría que fuera.

—Le tiene cariño a Una... sí...

—Puede que ni él mismo lo sepa, pero está colado por ella. Es una situación peligrosa y voy a encargarme de ponerle solución —sentenció Rafael, y se apoyó contra la mesa de roble con perezosa tranquilidad—. El siguiente punto en la agenda... somos nosotros.

Harriet se puso rígida.

—Se ha acabado.

—Pero lo que me gustaría saber es... ¿por qué?

Se hizo un silencio lleno de tensión. Harriet tenía la mente en blanco. La pregunta era muy sencilla, y completamente previsible, y aun así no podía pensar en una respuesta.

—No hay nadie más, ¿verdad?

—No... —la admisión se le escapó de los labios sin que pudiera pensarlo.

—Entonces explícame qué ocurrió con tu madre y tu hermana.

Ella se quedó helada.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando volvimos de Italia todo iba muy bien. Pero entonces desapareciste unas cuantas horas y al regresar parecías un fantasma que no quería saber nada de mí.

—No, no fue así...

—Sí fue así, y quiero saber qué cambió. ¿Alguien te previno contra mí? ¿Te contaron alguna historia que te heló la sangre? —su mirada la traspasó con una fuerza penetrante—. Estoy intentando entender el problema.

—Yo no diría que haya un problema...

—Pero lo hay. Me he pasado los últimos diez días sin ti. Eso es un problema.

Aquella declaración hizo que Harriet se estremeciera.

—¿Lo es?

Rafael entornó su intensa mirada.

—Diez noches solitarias que fueron igualmente dolorosas.

Harriet sintió que se ponía pálida y que los músculos de la cara se le contraían.

—¡No! —exclamó, dándose la vuelta.

—¿No qué? Esto es algo nuevo para mí, *a mhilis*. Nunca me he visto en esta situación. Normalmente soy yo quien rompe una relación, pero esto me ha pillado por sorpresa. Muy pocas personas han conseguido hacerme algo así.

—¿Estás diciendo que nadie te ha rechazado nunca? —le preguntó ella. De repente sentía el ridículo deseo de rodearlo con los brazos y echarse a llorar.

—Lo único que quiero es una explicación. ¿Qué ha pasado? Si me lo dices, te prometo que no volveré a sacar el tema.

Harriet apretó los puños mientras intentaba contener las lágrimas.

—No es tan sencillo...

—Claro que sí. ¿Por qué las mujeres siempre tenéis que complicarlo todo?

Harriet se sentía cada vez más abrumada por la siniestra verdad que reprimía en su interior.

—No lo sabes todo... y no quieras saberlo...

—¿Qué es lo que no quiero saber? —preguntó él, captando la insinuación al vuelo. Era demasiado tarde para reconocer su error.

—Es sólo una forma de hablar. Rafael le puso las manos en sus hombros tensos y la hizo girarse lentamente hacia él.

—No, no me mientas. O mejor debería decir que no sigas «mintiéndome. Respeto y aprecio tu sinceridad, pero desde que entraste en mi apartamento de Londres vi que me ocultabas algo.

Harriet se sentía acorralada, aunque él había dejado caer las manos y se había apartado de ella.

—¡No!

—Sea lo que sea, necesito saberlo. ¡Porque no saberlo me está volviendo loco!

Ella se dirigió a la puerta y la abrió de golpe.

—Creo que deberías marcharte...

—¿Y tú dijiste que podíamos ser amigos?

Harriet no confiaba en sí misma para mirarlo a los ojos.

—Hablaré contigo sobre Una o sobre las cuerdas, pero no sobre algo más personal.

Rafael caminó lentamente hacia la puerta.

—No me detendré hasta que me lo digas.

—Déjalo —murmuró ella en voz baja y suplicante—. No me presiones más con esto.

No había esperado que Rafael la abordara y le exigiera una explicación. Ni había estado preparada para que él dejara caer su máscara de frialdad e indiferencia para una confrontación abierta con ella. La única mujer que lo había abandonado. Se le escapó un sollozo ahogado y se abrazó a sí misma, como si intentara contener su pena. Las lágrimas abrasivas resbalaron por su rostro en silencio.

Cuando había creído que le era indiferente a Rafael, había podido convencerse a sí misma de que sólo estaba precipitando un final que de cualquier otro modo habría tenido lugar. Se había consolado con la certeza de que una aventura no tenía futuro... de que, en efecto, no había perdido nada, ya que el interés de Rafael se habría esfumado inevitablemente a las pocas semanas. Pero ahora Rafael había acudido a ella, diez días después de que ella saliera de su vida, y le había pedido una explicación. No estaba demostrando frialdad ni indiferencia. Era un hombre reservado que confiaba en muy pocas personas. Y también era muy orgulloso. Sin embargo, había tenido la suficiente humildad para preguntarle qué pasaba, e irónicamente, eso la hacía sentirse peor que nunca.

Rafael escuchó el saludo de Albert al amanecer... en su novedosa y particular versión nocturna. Le fastidió que por primera vez no sintiera ganas de estrangular al maldito gallo. Y también le fastidiaba haber pasado la noche en vela después de

haberse saltado la cena. Su mundo ordenado y tranquilo se tambaleaba peligrosamente, y eso lo inquietaba.

Era un hombre que se regía por la lógica, y como tal, lo desconcertaban los comportamientos incoherentes. Algunos hombres decían que esos comportamientos eran propios de las mujeres. Pero él había apreciado el sentido común de Harriet desde que la conoció. Harriet no hacía montañas de un grano de arena. En la fattoria había resplandecido de felicidad y satisfacción. Incluso cuando estaba dormida lucía una sonrisa en su boca sensual. Su tolerancia y buen humor habían suavizado los bordes de cualquier irritación. A Rafael se le antojaba como un oasis de paz en medio de una guerra.

Entonces, ¿por qué una mujer como ella empezaba a actuar de un modo tan extraño? ¿Por qué de repente ponía fin a una aventura más que satisfactoria para ambos, y por qué al mismo tiempo se empeñaba en ofrecer una imagen inconsolable? Cuanto más se esforzaba Rafael por resolver aquel enigma, más impaciente se volvía por llegar al fondo del asunto. Sólo entonces quedaría satisfecho, se dijo a sí mismo. En cuanto ella le diera una explicación razonable, podría olvidarse de todo para siempre.

Harriet atravesaba el viejo bosque de robles poco después de las seis de la mañana, como cada día. Normalmente iba a caballo, pero Bola de Nieve estaba indispuesta por una infección viral y el veterinario había aconsejado que guardara reposo. Podría haberse llevado a Missy en su lugar, pues había disfrutado sacando de paseo a la joven yegua, pero Una la montaba ahora casi a diario, y a Harriet ya no le gustaba tomarla prestada.

Como siempre, se detuvo a descansar en el corazón del bosque, donde el roble, el fresno y el espino crecían juntos. Allí recordó la primera vez que estuvo con Rafael en aquel claro. Antes de continuar hacia la playa, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas ser feliz, como si aún fuera una niña que creía en los lugares mágicos y los hechizos de las hadas.

La arena dorada se extendía en un extenso arco ininterrumpido desde las rocas de un extremo hasta el lejano cabo en el otro. Aquel día el cielo era de un gris violáceo y apenas soplaban aire. Con la cabeza gacha, Harriet empezó a pasear por las dunas.

— Harriet...

Levantó la cabeza de golpe, echando hacia atrás su melena rojiza y con un destello de angustia en sus ojos azules.

— ¿Cómo es posible que no me hayas visto? —le preguntó Rafael, mirándola desde el lomo de su gran castrado negro—. ¿Por qué no estás montando a Missy?

— Una la adora...

Él arqueó una ceja interrogativamente y ella captó la insinuación.

— No se le ocurriría decir nada si yo montara a Missy, pero recuerdo cómo me sentía yo con mi primer caballo, y creo que está bien que Una tenga a Missy para ella sola.

Rafael puso una mueca.

— ¡No me puedo creer que ni siquiera haya pensado en comprarle un caballo para ella sola!

Sintiéndose cada vez más cómoda con la conversación, Harriet fue perdiendo poco a poco la tensión que le producía la presencia de Rafael.

— ¿Por qué se te tendría que haber ocurrido? Si mal no recuerdo, hace un par de meses ni siquiera sabías que a Una le gustaban los caballos.

Rafael desmontó del caballo con un movimiento ágil y fluido. Sus ojos buscaron los de Harriet, a quien se le secó la garganta.

— Me encanta mirar las flores que crecen por aquí — confesó ella, dándole con el pie a una flor lila con forma de trompeta —. Es preciosa.

— Es una campanilla.

El timbre profundo e intenso de su voz la rodeó como una cadena. Harriet echó a andar sobre las hierbas que salpicaban las dunas hasta la arena mojada de la orilla, donde se apreciaban las huellas de cascos.

— Cuando mi madre aún estaba bien, me traía a pasear a la playa y me enseñaba a nombrar las flores silvestres y las veneras: cardos, eringios, hinojo marino, vieiras, buccinos... — recitó él tranquilamente —. Todavía me acuerdo de los nombres.

A Harriet le costaba tragar saliva por culpa del nudo que se le había formado en la garganta.

— ¿Amigos?

— Ni hablar — rechazó Rafael —. Sólo intento convencerte de que no tienes por qué salir huyendo cada vez que esté a dos metros de ti. No corres ningún peligro. En estos tiempos políticamente correctos sólo un estúpido se arriesgaría al contacto físico sin haber sido animado.

Harriet se encontró involuntariamente con una mirada ardiente que la desafiaba. El rubor le cubrió toda su pálida piel.

— Pero lo más extraño que es tú estás mostrando señales contradictorias — reveló él con voz sedosa.

— ¡Por favor, no digas eso! — exclamó ella, apartándose de él mientras negaba con la cabeza —. Estás confundido.

— Si fuera un hombre educado y cortés, estaría de acuerdo en que me he confundido, pero nunca te mentiría. De hecho iré aún más lejos y te diré que tú ya mientes bastante por los dos. ¿Por qué no eres sincera conmigo?

— Déjalo... ¡Déjalo de una vez! — le espetó ella —. ¡No entiendo por qué sigues insistiendo!

— ¿No lo entiendes? — preguntó él, acercándose —. Piensa en esas noches en Umbria, cuando nos quedábamos hablando después de la cena y seguíamos hablando al amanecer. Piensa que nunca tuvimos una sola discusión.

— Oh, sí, claro que la tuvimos...

— Pero sólo por tonterías. Recuerda cuando te compré las fresas de aquel huerto y tú dijiste que nunca habías sido tan feliz.

— El hecho de que siempre me estuvieras dando de comer fue un gesto encantador para una mujer que vivía siguiendo una dieta estricta. Y el vino también ayudó — admitió. Los recuerdos la bombardeaban sin cesar. Recuerdos que se había negado a examinar abiertamente con la excusa de que sería una equivocación deleitarse con algo que nunca debió pasar entre ellos.

— No fue el vino, fue la compañía. Yo tampoco me aburrí contigo.

Harriet se echó a reír, pero fue una carcajada casi histérica, y estaba caminando a tal velocidad que las pantorrillas le dolían. Había alcanzado las rocas en el extremo de la playa y ya no podía seguir avanzando, así que se dio la vuelta para encarar a Rafael, furiosa por la presión a la que la estaba sometiendo y desgarrada por una amarga sensación de injusticia.

— ¿Qué quieres que te diga?

— Sólo quiero saber qué pasó realmente aquel día.

— ¡Sólo! — repitió ella con voz apagada. Rafael la miró con toda la fuerza de su voluntad en los ojos, persuadiéndola para que hablara.

— Merezco la verdad.

— ¡Nadie merece la verdad que yo sé! — gritó ella, dejándose arrastrar por la mezcla de frustración, cansancio y amargura que se habían combinado para barrer su autodisciplina.

— ¿Por qué? — insistió Rafael —. ¿Qué verdad es ésa?

— ¡Que tu padre también era mi padre! — declaró ella.

Habiéndose traicionado a sí misma con aquella confesión, sintió que las pocas fuerzas que aún tenía la abandonaban. Estaba en estado de shock, pues había llegado al límite sin darse cuenta. Las palabras prohibidas habían escapado de sus labios con voluntad propia.

Rafael permaneció observándola impasiblemente. Sólo la rigidez de sus rasgos revelaba que había oído lo que ella había dicho.

— ¿Qué tontería es ésa?

— Ojalá fuera una tontería...

— ¡Es una idea repugnante! — espetó él, tomándola de las manos —. Pues claro que es una tontería. ¿Qué otra cosa podría ser?

El estrés había consumido por completo las energías y la resolución de Harriet.

— Aquel día fui a ver a mi madre. Me dijo que Valente Cavaliere era mi padre.

— ¿Tu madre...?

— Ella no tiene ni idea de que tú vives aquí, ni de que yo te conozco. Ni siquiera sé si sabe que existes. Llevaba mucho tiempo preguntándole quién era mi padre... y finalmente me lo dijo. Valente Cavaliere.

— Es una sugerencia asquerosa — masculló él. Sus fuertes manos casi aplastaron las de Harriet, pero se dio cuenta y la soltó murmurando una disculpa—. Es imposible.

— ¿Eso crees? — preguntó ella, aferrándose a cada palabra que decía Rafael, hipnotizada por las expresiones que cruzaban su rostro —. ¿Crees que es imposible?

— Tiene que serlo... Por mi salud mental tiene que ser imposible — declaró con vehemencia —. Puedo decirte sin ningún prejuicio que es una posibilidad del todo improbable. Mi madre estaba viva cuando te concibieron a ti. No creo que Valente viniera a Irlanda durante esos años. No tenía la menor relación con mi madre desde el divorcio. Era su asistente personal quien me traía aquí de visita...

— Pero ¿por qué iba mi madre a mentirme justamente ahora, después de haber mantenido en secreto la identidad de mi padre durante casi treinta años?

El color saludable de la piel de Rafael iba apagándose poco a poco, quedándose completamente pálido a excepción de sus ojos, que ardían con fuerza.

— No pensabas decírmelo, ¿verdad?

—Jamás te lo hubiera dicho...

—¿Por qué? ¿Acaso soy un niño al que debes proteger? —la acusó Rafael, y Harriet se estremeció de dolor, porque era la primera vez que lo veía mostrar su furia abiertamente.

—No. Pero ¿qué sentido tiene que los dos nos sintamos como ahora? —susurró ella en tono angustioso—. No podemos cambiar nada.

Rafael la fulminó con la mirada y apartó la vista, respirando aguzadamente. Tenía la mandíbula apretada y la boca firmemente cerrada. Estaba seriamente afectado. Harriet podía verlo. Quería alargar los brazos y tocarlo, pero sabía que no podía hacerlo. Hasta la última fibra de su ser le dolía por haberle dicho la verdad... y se despreciaba a sí misma por su propia debilidad. Rafael se había quedado tan aturdido y afectado por la revelación genética como ella había estado.

—Tengo que pensar en esto... —dijo en voz baja y ronca.

Ella asintió bruscamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y las manos tan fuertemente apretadas que le dolían los dedos. ¿Cómo podría habérselo dicho cuando no había ninguna necesidad de que Rafael lo supiera?

—¿Estás bien?

Ella volvió a asentir.

—Pues claro que no estás bien —murmuró él.

Se aupó a la silla de su caballo y Harriet se dio la vuelta para perder la vista en la inmensidad del mar. No confiaba en sí misma para verlo cabalgando sobre la arena.

Su hermanastra. Rafael se preguntaba una y otra vez cómo podía aceptar lo inimaginable. Nunca se había permitido odiar a Valente. El odio, como casi todas las emociones, le resultaba aberrante. Eso no quería decir que no hubiera despreciado a Valente, y desde que alcanzó la edad adulta en adelante había superado a su padre en inteligencia y autodisciplina. Pero parecía que Valente había sido el último en reírse, porque ahora estaba muerto y el pasado no podía cambiarse.

También se preguntaba por qué la madre de Harriet había decidido contarle una mentira semejante después de tantos años, y descubrió que no tenía ninguna respuesta.

Pero lo principal era muy simple: no podría tener a Harriet. Nunca debería haber empezado nada con Harriet, y nunca podría volver a estar con ella. Era un fruto prohibido. Una socia y nada más. ¿Con cuánta frecuencia la vería en las cuadras? ¿Y cómo la vería? ¿Como una amiga? ¿Podría mantenerse en una relación amistosa?

De haber sido el tipo de hombre que se enamoraba, Harriet habría sido la única, reconoció amargamente. Tenía suerte de no amar a nadie, pensó mientras bajaba a la bodega a por una botella de brandy. Se sentía muy mal, y pensar lo hacía sentirse aún peor. Decidió que se sentiría mucho mejor cuando hubiera bebido lo suficiente para borrar cualquier pensamiento racional. Era la primera y última decisión que tomaría en un tiempo.

Tolly llamó a Harriet aquella noche y fue directamente al grano.

—Rafael está bebiendo y él nunca bebe. ¿Hay algo que debería saber?

Harriet se puso pálida e inclinó la cabeza.

—No.

—¿Pero todo ha terminado entre vosotros?

—Sí.

—Y obviamente los dos estáis muy contentos al respecto.

—No tenemos elección —dijo ella con voz ahogada. No podía soportar la idea de que Rafael estuviera solo y amargado.

—Siempre hay elección.

—No. ¡A veces las decisiones se toman por ti y son muy crueles! —espetó ella. Se excusó y corrió a la oficina a ocultar su angustia.

Al tercer día, Albert despertó a Rafael con un canto más fuerte de lo habitual. Rafael soltó un gemido. Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido una imagen borrosa de pesadillas y desolación, pero ya era suficiente. Se levantó de la cama y se metió en la ducha.

Harriet... Su recuerdo lo golpeó como un puñetazo en la garganta.

Un café bien cargado lo esperaba cuando volvió al dormitorio. Tolly siempre iba un paso por delante, pensó amargamente mientras ponía una mueca de dolor por la horrible resaca.

—Enseguida tendrá listo su desayuno favorito —le prometió el viejo mayordomo desde el fondo del vestíbulo. Sabía perfectamente que lo único que impedía a Rafael recurrir de nuevo al olvido que ofrecía el alcohol era la fuerza de voluntad.

Rafael contempló la hermosa vista que ahora tenía la vieja casa como punto de referencia central. Se preguntó qué estaría haciendo Harriet y apartó su plato. Había perdido el apetito.

—Después de que mis padres se divorciaran, ¿con cuánta frecuencia vino Valente a Flynn Court? Tolly lo miró atónito.

—Nunca vino.

—Ya sé que no tengo ningún recuerdo de que viniera de visita. Pero ¿es posible que viniera al pueblo y se hospedara en otra parte?

—¿Por qué haría algo así? Hasta donde yo sé, su padre no volvió a poner un pie en Irlanda hasta meses después de que enterraran a su madre. Recuerdo muy bien su primera visita —dijo Tolly—. Dio mucho que hablar en el pueblo. Hizo que se le celebrara una misa conmemorativa por su madre, y también que se bendijera la casa. Era un hombre supersticioso y su conciencia lo inquietaba. Vino aquella única vez, y fue incapaz de quedarse ni siquiera una noche bajo este techo. Pasaron años hasta que volvió a alojarse aquí.

—¿Tan buena memoria tienes? —le preguntó Rafael.

—Tan buena como usted... o quizá mejor.

A Rafael le brillaron los ojos con renovada energía y retomó el plato para seguir comiendo. La memoria de Tolly concordaba con lo que él siempre había creído. Podía comprobarlo y hacer preguntas. Pero lo primero y más importante era pedir unas pruebas de ADN. La madre de Harriet tal vez no hubiera mentido, pero cabía la posibilidad de que estuviera equivocada. No sería la primera mujer que sacara conclusiones erróneas.



—¿Hubo algún rumor que relacionara a Valente con alguna mujer aparte de la madre de Una? —preguntó.

Tolly frunció el ceño.

—Ninguna que yo sepa.

Rafael condujo hasta la pequeña iglesia a las afueras del pueblo. Aunque había hecho generosas contribuciones para su restauración, no había puesto un pie allí desde el funeral de su madre, más de doce años antes. Entró y respiró hondo antes de seguir avanzando. Encendió una vela y le rezó una oración a San Judas, el patrón de las causas perdidas. Necesitaba a un santo fuerte para afrontar el desafío.

—Rafael... —el padre Kearney se detuvo en la entrada al verlo. El pequeño sacerdote intentaba ocultar el shock que le producía encontrar en su parroquia a la oveja más descarriada del rebaño.

Harriet estaba discutiendo distintos métodos educativos con una clienta cuando Rafael entró en el patio de los establos. Asintió cortésmente con la cabeza y se dirigió a la oficina para esperarla allí.

La clienta, madre de tres niñas pequeñas, soltó un suspiro y le dedicó a Harriet una cómica sonrisa de disculpa.

—Parece una estrella de cine. Ya sé que mirar no es de buena educación, pero siempre lo hago.

Harriet caminó lentamente junto a las cuadras vacías. Rafael también provocaba en ella el deseo de mirar. En Italia, cada mañana que se despertaba a su lado se dedicaba a contemplarlo absolutamente maravillada. Pero ahora mirar con placer a Rafael estaba prohibido, y reconocer aquello la hacía sentirse más desgraciada que nunca.

Peanut salió de la oficina en persecución de la pelota. A Harriet la conmovió que Rafael jugara con la cerdita, y los ojos se le llenaron estúpidamente de lágrimas.

Rafael se irguió cuando ella entró.

—De acuerdo... Quiero que me escuches con atención. Aún no estoy convencido de que seamos parientes. Los hechos no casan de un modo indiscutible.

—Pero...

—Exactamente, ¿qué te contó tu madre? Harriet le reveló los pocos datos que su madre le había contado.

—Valente no fumaba. Puede que fuera el único vicio que no tenía —comentó Rafael irónicamente—. Y si hubiera fumado, habría mandado a su chófer a comprar tabaco. Nunca hacía nada por sí mismo si podía pagar para que alguien lo hiciera por él.

Harriet frunció el ceño, incómoda.

—Ésos son detalles insignificantes.

Los ojos dorados de Rafael se posaron en ella.

—Cierto. Pero necesitamos saber si él era tu padre, y lo necesitamos saber sin que quede la más mínima duda. La única manera para conseguirlo es mediante una prueba de ADN.

—No... Me he pasado dos semanas luchando por aceptarlo. Perseguir una utopía a estas alturas no tiene sentido —arguyó Harriet—. No me gusta lo que mi madre me dijo, pero no voy a negarlo. Lo acepto por duro que sea.

—Yo no acepto tan fácilmente algo que no me guste. Hará falta una prueba de ADN para convencerme —insistió él, y la rodeó con un brazo antes de que ella adivinara sus intenciones. Por un instante, sus imágenes quedaron reflejadas en el espejo que había sobre la chimenea—. Míranos bien. No podríamos ser más distintos. Sé que es posible que dos hermanos no se parezcan, pero en nuestro caso las diferencias son demasiadas. Lo que yo persigo es una explicación científica, no una utopía.

Harriet apartó la mirada del espejo.

—Prefiero pasar página y vivir con ello.

—Pero yo no. Quiero una confirmación científica. Valente dejó una muestra de su ADN. No te rías... Mi padre tenía la esperanza de que algún día pudiera ser clonado. Yo también me haré la prueba. Es sólo un algodón de saliva. Y aunque tú no quieras hacértela, creo que deberías. Así tu identidad quedará plenamente demostrada. Después de todo, si eres la hija de Valente, nunca más tendrás que volver a viajar en clase turista.

Furiosa, Harriet se apartó unos pasos de él.

—¡No te atrevas a decir eso! —le espetó—. No quiero nada suyo... y menos que nada su dinero. Es lo último que me interesa. Si hubiera sospechado lo que iba a conseguir con mi estúpida curiosidad, me habría quedado toda mi vida en mi feliz ignorancia.

—¿Crees que yo no me siento igual? —le preguntó él. Su mirada sombría la traspasó por entero, sofocando su ira.

Carcomida por la culpa, Harriet se dio la vuelta.

—Lo siento mucho... Nunca debí decírtelo.

—Eres la única persona de todas las que he conocido que cree que necesita protegerme —dijo Rafael, aventurándose a soltar una amarga carcajada—. No soy tan frágil.

Harriet apretó los labios y no hizo ningún comentario. ¡No era ella la que se había pasado tres días bebiendo! Tolly la había mantenido informada, y ella había estado preocupada día y noche por Rafael. Había deseado desesperadamente ir con él y ofrecerle apoyo, pero por desgracia ella era la última persona a quien Rafael necesitaba. Aun así, era dolorosamente consciente de que sólo con verlo el día se le hacía más soportable y su espíritu se animaba un poco. Por el contrario, la hacía sentirse culpable, avergonzada y terriblemente débil.

—¿Accederás a hacerte la prueba?

—Sí... si eso te hace feliz —aceptó ella.

—Magnífico. Esta tarde a las cuatro en Flynn Court. Ella abrió los ojos como platos.

—¿Hoy?

—Quiero que las pruebas se realicen con la mayor rapidez y discreción posible. Los resultados tardarán unos cuantos días.

Las pruebas fueron realizadas a los veinte minutos de que Harriet llegara a Flynn Court. El especialista con gafas que se ocupaba del procedimiento se comportó como

si no hubiera nada fuera de lo común en realizar una prueba de ADN. Al terminar, Rafael acompañó a Harriet a su coche.

— ¿Alguna vez te pones el broche que te regalé?

Harriet tragó saliva.

— Lo miro.

— Sean cuales sean los resultados de la prueba, me gustaría vértelo puesto.

Harriet agachó la cabeza para ocultar las lágrimas que empezaban a fluir a sus ojos.

— De acuerdo.

Tenía la convicción absoluta de que los resultados demostrarían que su madre había dicho la verdad. ¿Qué pasaría cuando Rafael se viera obligado a aceptar lo inevitable? ¿Empezaría a pensar en ella como en su hermanastra? ¿U optaría por alejarse? Cuando se sorprendió a sí misma pensando que era afortunada por poseer el cincuenta por ciento de las cuadras, supo que no podía caer más bajo.

A la mañana siguiente, Fergal se presentó a la hora del desayuno. Aceptó la taza de té que Harriet le ofrecía y le dedicó una amplia sonrisa.

— Rafael Flynn me ha ofrecido un trabajo en sus cuadras de Kildare. Ayudante de adiestramiento, nada menos... Bueno, seré uno de los cuatro ayudantes, ¡pero es una oportunidad fantástica!

Harriet estaba asombrada.

— No sabía que estuvieras buscando un trabajo.

— No lo estaba buscando — dijo él riendo. Su entusiasmo era tan contagioso que Harriet también quiso sonreír—. Pero trabajar con caballos es lo que siempre he soñado. Cuando el señor Flynn vino a ver cómo adiestraba a Tailwind la semana pasada, pensé que estaba interesado en el castrado. ¡Pero en vez de eso estaba examinándome para el puesto!

— Así que te vas a Kildare. ¿Qué opina tu madre?

— Ella sabe que mi corazón no está en Dooleys. Seguirá ocupándose de la oficina de correos, pero mi tío contratará a un encargado para el bar. Yo ganaré un buen sueldo y compartiré una vivienda en las cuadras, así que podré enviar dinero a casa — explicó seriamente el joven.

— Me alegro mucho por ti.

— La única pega es que tengo que irme casi de inmediato. He hecho algunos arreglos para vender mis caballos. No tenía sentido intentar quedármelos.

— ¿Cuándo tienes que irte?

— Pasado mañana. No tendré ocasión de despedirme de Una, de modo que confío en ti para que lo hagas de mi parte — dijo con voz áspera, mirándose los zapatos—. Espero venir a casa una vez al mes.

— No olvides pasarte por aquí para mantenerme informada.

Harriet estaba horrorizada de la despiadada eficacia de Rafael en conseguir sus propósitos. Le había dicho que se ocuparía del enamoramiento de su hermana y no había estado bromeando. Una y Philomena acababan de irse a Dublín en un viaje de tres días que les había regalado Rafael. Una viviría en Ballyflynn y Fergal estaría al otro lado del país. La joven se quedaría destrozada, sin duda.

Al día siguiente Harriet invitó a comer a Tolly, quien le llevó como siempre fruta y verduras, además de flores y pasteles. A Harriet le encantaba su compañía. Si la confesión de su madre no hubiera sido tan delicada, la habría compartido con Tolly.

El timbre de la puerta sonó cuando habían acabado de comer. En ese momento estaban discutiendo sobre los posibles emplazamientos para el huerto que tenía pensado cultivar en otoño.

— Sólo quiero empezar por lo más fácil: lechugas, guisantes... — estaba diciendo Harriet cuando abrió la puerta.

— Te habría llamado por teléfono, pero temía que no respondieras. Necesito hablar contigo — declaró Luke rotundamente.

Harriet se quedó absolutamente petrificada al ver a su ex novio.

Tolly se acercó a la puerta de la cocina.

— Si tienes visita, iré a trabajar un par de horas en mi huerto, antes de que se ponga el sol — dijo. Se acercó a Luke y le ofreció la mano —. Soy el vecino de Harriet, Joseph Tolly.

— Luke Jarvis.

La cálida sonrisa de Tolly se esfumó de inmediato y salió reacio de la casa.

Harriet se volvió hacia Luke.

— ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

— Alice y yo hemos acabado.

Ella lo observó intensamente, buscando en vano al hombre que una vez había amado. No era tan alto como recordaba, y estaba más gordo. Harriet no lo encontró atractivo en absoluto.

Ocho años, pensó con pesar. Había despreciado ocho años, en todos los aspectos... pues nunca había amado a Luke como amaba a Rafael. Aquella verdad innegable la hizo sentirse tremendamente culpable, así como menos preparada para culpar a Luke por su infidelidad. Aunque podría haber tolerado mucho mejor su traición si hubiera sido con otra persona que no fuera su hermana.

— Has montado un buen revuelo en mi familia — le dijo ella.

— Te debo una explicación.

— No creíste que me debieras ninguna cuando importaba, así que no malgastes ahora el aliento.

Obstinadamente decidido a no renunciar a su propósito, Luke se mantuvo en sus trece.

— Aún siento mucho por ti, Harriet. En realidad, no creo que nunca haya dejado de amarte. Alice ha sido la mayor equivocación de mi vida. Estoy aquí para pedirte que me concedas una segunda oportunidad.

Harriet lo observó con incredulidad.

— Ni siquiera tú puedes imaginar que consideraría siquiera la posibilidad de volver contigo después de haberte acostado con mi hermana. ¡Ni que pueda aceptar la estúpida declaración de que aún me querías mientras planeabas casarte con ella!

— Tú y yo estábamos hechos el uno para el otro... pero la relación se volvió demasiado cómoda. Yo no quería casarme con Alice, pero una vez que te perdí no pude afrontar que tu hermana y yo no podíamos estar juntos. Debí casarme contigo hace un par de años. Fue culpa mía que nos estancáramos.

— No había pasión entre nosotros.

—Prefiero tener a una mujer con cerebro y trabajadora —arguyó Luke—. Alice y yo sólo podíamos compartir una aventura, y nunca fue mi intención que hubiera algo más. Lo que he tenido con ella no fue real... Sólo fue una fantasía.

—Tal vez, pero aun así no me interesa. He encontrado mi fantasía con otra persona... y es real. Muy real, te lo aseguro —se le formó un nudo en la garganta al hacer aquella declaración, pero no se avergonzó por ello. Tal vez nunca más pudiera volver a estar con Rafael, pero con él había aprendido lo que era el amor verdadero. Nadie podría arrebatarse jamás esa certeza ni la plenitud que había disfrutado brevemente.

Luke frunció el ceño.

—Siempre me has amado a mí, Harriet. Puede que no te ofrezca una fantasía, pero formamos un buen equipo...

—No puedo creerme que pienses que aún siento algo por ti... ¡No puedo creérmelo! —declaró exasperada.

—Mi empresa va a abrir una sucursal en Nueva York y voy a trasladarme allí para empezar de nuevo. Podríamos ir juntos —su expresión se endureció—. Incluso podríamos casarnos antes de irnos.

Harriet casi estalló en carcajadas cuando Luke le ofreció el sacrificio definitivo. Pero se contuvo y abrió la puerta, dejando entrar los brillantes rayos del sol veraniego.

—Vete a casa, Luke —le dijo, sintiendo vergüenza por él—. ¡No seas tan perezoso como para ni siquiera molestarte en buscar a otra mujer!

—Pero tú eras parte de mi vida... ¡No me siento completo sin ti! —protestó él.

Harriet vio que verdaderamente Luke aún sentía algo por ella, pero le había causado demasiado dolor y sufrimiento para poder tenerle lástima.

Cuando Luke se marchó, fue al granero a examinar las cajas de objetos diversos que habían sacado de los viejos cobertizos antes de que los demolieran. Mientras se dedicaba a ordenar las cosas en varios montones, puso la radio para que le hiciera compañía.

De repente la música dejó de sonar y se hizo el silencio.

—Harriet...

Se dio la vuelta bruscamente. Rafael estaba de pie, dejando caer la mano de la radio. Su elegante traje gris de seda desentonaba incongruentemente en los polvorientos y desordenados confines del granero.

—Estoy sin arreglar —murmuró ella.

—Tu ex ha venido a visitarte —dijo él.

Harriet parpadeó.

—¿Te lo ha dicho Tolly?

—Iba camino del aeropuerto cuando me llamó para contármelo.

—¿Camino del aeropuerto?

—Tuve que dar media vuelta. ¿Qué quería Luke?

Harriet se frotó las manos mugrientas en los muslos.

—Bueno... No te lo vas a creer... Quería que volviera con él.

—Lo creo —afirmó Rafael tranquilamente.

—Pobre Alice —suspiró ella.

Rafael dio un paso adelante y se quedó completamente inmóvil, como si alguien lo estuviera apuntando con un arma.

— ¿Vas a volver con él?

Harriet lo miró perpleja.

— ¿Te parezco tan estúpida y desesperada?

Rafael extendió las manos en un gesto tranquilizador, pero menos expresivo que de costumbre, y respiró lenta y profundamente.

— Necesito tomar ese vuelo o perderé mi próximo contrato —dijo sin mucha firmeza.

— ¿Ibas camino del aeropuerto y diste media vuelta sólo para preguntarme por Luke?

Rafael asintió brevemente con la cabeza.

— Pero... ¿porqué?

Él se encogió de hombros y movió las manos, como si él tampoco lo supiera.

— Tengo que irme —fue lo único que dijo, y a los treinta segundos había desaparecido, dejando a Harriet con la duda de si lo había soñado todo.

Treinta y seis horas más tarde, Harriet estaba revisando el vallado de un prado cuando vio que Tolly le hacía gestos frenéticos con la mano desde la verja. Su coche estaba apartado junto a él y tenía el motor en marcha. Pensando que algo grave había ocurrido, Harriet corrió hacia él.

Tolly le tendió un teléfono.

— Es Rafael... ¡Dice que es urgente!

— ¿Por qué no llevas tu móvil encima? —preguntó Rafael cuando Harriet contestó.

— Olvidé llevármelo esta mañana. ¿Se puede saber qué ocurre?

— Tengo los resultados. No eres mi hermanastra.

— No soy tu hermanastra... —repitió Harriet con la boca seca, sintiendo cómo la sangre le abandonaba el rostro mientras el shock, la esperanza y el miedo se fundían en una sensación que destruyó su capacidad de razonamiento.

— No somos parientes... salvo en que ambos somos humanos.

— No somos parientes... Pero ¿estás seguro? —le preguntó con voz temblorosa—. ¿No pueden haberse equivocado en el laboratorio?

— Respira hondo y escúchame —le aconsejó Rafael—. Las pruebas son concluyentes. No eres mi hermana. No tenemos el mismo padre. He hecho que comparen mi ADN con el de Valente para comprobar que efectivamente soy hijo suyo, ¿de acuerdo? No hay margen de error para estos resultados.

A Harriet la cabeza le daba vueltas y le temblaban las piernas. Se sentía débil y vulnerable como una gatita indefensa.

— De acuerdo.

— Tendremos que hablar con tu madre de esto. Harriet abrió los ojos como platos, ya que aún no podía pensar con claridad.

— ¿Tendremos? ¡Pero Eva está en París!

— Conseguiré un vuelo para ti. Nos encontraremos en París mañana por la mañana. Llama a tu madre para avisarla y dile que llevas a alguien a quien te gustaría presentarle.

— Todavía no puedo creerme lo que me has dicho —susurró ella. De repente tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Créetelo. Ya ha pasado. Nunca más tendremos que pensar en esta pesadilla.

Cuando Rafael colgó, sus palabras seguían reseñándole a Harriet en la cabeza: «Ya ha pasado. Nunca más tendremos que pensar en esta pesadilla». Cerró los ojos con fuerza, olvidándose de que Tolly seguía al otro lado de la verja, como si hubiera echado raíces allí. ¿Le había insinuado Rafael que la relación seguía en punto muerto? Y, de ser así, ¿podía ella culparlo? ¿Qué clase de aventura podía sobrevivir a un malentendido semejante?

—Harriet... —la cara de Tolly era una expresión arrugada de consternación—. No pretendía escuchar, pero he oído lo que le has dicho a Rafael. ¿Era eso lo que pasaba entre vosotros? ¿Es posible que te creyeras que podíais ser hermanos?

Harriet se puso colorada al darse cuenta de lo poco discreta que había sido, y agradeció poder confiar en Tolly para guardar el secreto.

—Sí, llegamos a pensarlo. Pero nos hemos hecho la prueba del ADN y gracias a Dios... Bueno, no fue más que un malentendido.

—¿Pero de dónde sacaste esa idea?

Harriet puso una mueca.

—De mi madre.

—¿Quieres venir a mi casa? Creo que es hora de que tengamos una charla sobre algo que ha estado rondando en mi cabeza.

Ella se fijó en su acongojada expresión. Cuando conoció a Joseph Tolly, le había confesado que le gustaría saber quién era su padre. Ahora recordaba sus sospechas de que el viejo pudiera saber algo más sobre su historia de lo que estaba dispuesto a admitir.

Una vez en su casa, Tolly la hizo sentarse junto a la vieja mesa.

—Es posible que yo sepa quién es tu padre. Siento que deba decírtelo, pero no me siento bien por hacerlo.

—Te agradecería mucho cualquier cosa que me digas.

—Tu madre solía trabajar los fines de semana en la tienda del pueblo. Los dueños eran la familia más próspera en muchos kilómetros a la redonda. La hija se llamaba Sheila. Era un poco mayor que tu madre, pero las dos eran muy amigas. Sheila se comprometió con mi hijo Robert cuando tenía diecisiete años y se casaron un año más tarde, cuando él cumplió los veintiuno. Eva fue una de sus damas de honor.

Sheila y Robert Tolly. Harriet sólo pudo pensar en la hostilidad de Sheila hacia ella y su madre.

Tolly abrió un cajón y sacó un álbum de fotos antiguas.

—Aquí están los tres juntos.

Con todo el cuerpo en tensión, Harriet observó la foto en color de la boda. Eva parecía un ángel rubio con un horrible vestido de satén rosa, y su sonrisa se le antojó falsa a Harriet. Sheila parecía feliz y nerviosa, y Robert Tolly había sido sorprendentemente atractivo de joven.

—Los novios eran muy jóvenes... demasiado jóvenes —dijo Tolly respirando profundamente—. Mi hijo siempre ha negado que le hubiera sido infiel a Sheila con tu madre. No admitirá nada. Ni siquiera querrá hablar de ello. Sólo puedo ofrecerte datos, pero no pruebas.

Harriet escuchaba con atención cada palabra.

—Sigue.

—Sheila perdió un hijo a los pocos meses de la boda. Eva dejó de trabajar de repente en la tienda y Sheila empezó a propagar desagradables rumores sobre la moralidad de tu madre a todo el que quisiera escuchar. Mucho tiempo después oí que por aquellos días habían visto a Robert con Eva en su coche. Pero sólo son cotilleos —recalcó cuidadosamente—. Un poco después, tu madre se marchó de Ballyflynn.

—¿Y tú crees que tu hijo puede ser mi padre? Tolly pasó varias páginas del álbum para enseñarle otra fotografía.

—Ésta es mi difunta esposa, Muriel. Eres su viva imagen... y tu pelo es del mismo color. Pero eso no significa mucho, ¿verdad?

La alegre mujer de la foto había muerto mucho antes de que Harriet naciera, pero el parecido era innegable. Harriet esbozó una sonrisa a través de las lágrimas y le agarró la mano a Tolly.

—Me encantaría tener un abuelo en lugar de un padre.

—Si hubiera sabido que ibas a hacerte esas pruebas de ADN, podríamos haber estado seguros. Robert se habría negado, pero yo desde luego no —le aseguró Tolly.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Si tu propia madre no quería decírtelo, y mi hijo también se empeñaba en guardar silencio, no me pareció adecuado entrometerme —sacudió su canosa cabeza—. Intenta no pensar muy mal de Robert. Él y Sheila han tenido sus problemas y decepciones. Sheila nunca tuvo otro hijo, y eso fue un motivo de gran tristeza para ella. Si eres la hija de Robert, eso explicaría por qué mi nuera sintió la necesidad de ser tan grosera contigo al hablar de tu madre aquel día en la tienda... Sí, el padre Kearney me lo contó.

Harriet puso una mueca de dolor y compasión.

—Oh, cielos... qué complicado es todo esto —suspiró—. ¿Cuándo descubriste que yo existía?

—Kathleen me lo dijo un par de años después de que nacieras. Ella creía, al igual que yo, que Robert había sido el responsable, pero no había modo de estar seguros. Eva le dejó muy claro a tu prima que no quería tener el menor contacto con nadie de Ballyflynn. Cuando me enteré de que ibas a venir a vivir aquí me llevé una gran alegría, porque albergaba la esperanza de poder conocerte.

Una sonrisa de absoluta felicidad iluminó el rostro de Harriet.

—Apuesto a que fuiste tú quien dejó las flores y encendió el fuego el día que llegué a la casa.

—Quería que te sintieras bienvenida... y que quisieras quedarte para siempre.

Harriet se levantó y le dio un abrazo.

—Gracias por haber estado ahí desde que llegué.

Pensó en llamar a Rafael para compartir con él la confesión de Tolly, pero le faltaba seguridad en sí misma para hacerlo. Se lo diría cuando lo viera en París. De momento, necesitaba darse una ducha y arreglarse el pelo.

Estaba haciendo el equipaje y pensando angustiada qué ponerse cuando Una irrumpió en la casa, gritando desesperadamente.

—¡Fergal se ha ido!

Harriet la hizo sentarse y le explicó que Fergal vendría a visitar regularmente las cuadras y que ella podría verlo entonces.



—Casi nunca —murmuró la joven con voz afligida—. ¡Odio a mi hermano!

—¿Por qué? Le ha ofrecido una gran oportunidad a Fergal...

—¿Cómo?

—Fergal es muy buen chico, y tremendamente popular. Imagino que será igualmente popular en las cuadras, y apuesto a que estará muy bien allí. Rafael lo sabe. Aquí Fergal sólo podía trabajar como camarero, y no creo que eso impresionara mucho a tu hermano.

—Tienes razón —concedió Una, totalmente entregada a la visión optimista de Harriet. Reprimió un sollozo y tomó un pañuelo de papel—. A Rafael no lo impresionaría nada en absoluto.

—De este modo, Fergal podrá demostrar lo que vale y además hacer lo que más le gusta...

—¡Y podrá conocer a otra chica!

—Eso también es posible —admitió Harriet.

La expresión de Una volvió a tornarse angustiada.

—Supongo que sí.

—Pero sólo tiene veintidós años... Dudo que se meta en algo demasiado serio, al menos de momento.

Aquella predicción pareció fortalecer a la consternada joven.

—Quiero demasiado a Fergal... —declaró, secándose los ojos—. Lo encerraría en una torre si pudiera.

Harriet conocía aquel sentimiento, pero pensó que era mejor no coincidir demasiado con Una.

—Si quiero ver más a Fergal, tendré que conseguir que Rafael me lleve a las cuadras y a las carreras... —comentó la joven pensativamente.

A Harriet le pareció que aquello sería un desafío demasiado grande para la muchacha.

Una soltó un profundo suspiro.

—Eso significa que tendré que ser una empollona.

Harriet parpadeó, totalmente perdida.

—¿Cómo dices?

—Tienes que saber cómo tratar a Rafael. Siempre está hablándome de las recompensas por trabajar duro, así que si me pongo a estudiar como una loca tendrá que llevarme a las carreras si lo pido. No podrá negarse si eso es lo único que quiero —miró a Harriet y suspiró—. Cuando quieras algún consejo sobre cómo clavar a Rafael a la puerta de la iglesia, cuando estés lista para soportar el famoso discurso del padre Kearney sobre los suplicios del matrimonio, sólo tienes que pedírmelo.

Harriet sabía lo bajo que podía llegar a caer cuando la tentación era demasiado fuerte.

—Quiero decir que en estos momentos Rafael es un blanco demasiado fácil —añadió Una.

Rafael la estaba esperando en una limusina en el aeropuerto Charles de Gaulle de París.

Harriet llevaba un vestido del color de los arándanos. Lo tenía un poco ajustado en el busto y las caderas, ya que su figura se había redondeado un poco en Italia, pero el intenso color combinaba a la perfección con su melena rojiza y su piel blanca.

Cuando se encontró con los ojos dorados de Rafael el corazón le dio un vuelco en el pecho, pero él no hizo ningún movimiento hacia ella, y su expresión parecía preocupada mientras conducían por las atestadas calles de París. Sin embargo, escuchó atentamente la historia de Tolly e incluso sonrió.

—Debería haber imaginado que había una relación especial entre Tolly y tú — murmuró.

Ella esperó, pero él no dijo nada y Harriet pensó que tal vez no estaba interesado. Tras haberse confirmado que no eran hermanastros, lo más probable era que a Rafael no le importara en absoluto quién fuese su padre.

—Debo advertirte que mi madre puede ser muy temperamental —lo previno, sintiendo que tenía que decírselo antes de entrar en el apartamento de Eva y Gustav—. Y Gustav se muestra extremadamente protector hacia ella.

—Deja que yo me ocupe de esto.

La expresión aburrida de Eva desapareció en cuanto vio al hombre alto y atractivo que acompañaba a su hija.

—Mi nombre es Rafael Flynn —se presentó Rafael—. Rafael... Cavaliere... Flynn. Eva se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dice?

Gustav se había quedado igualmente atónito.

—¿Cavaliere? ¿El hijo de Valente Cavaliere?

—¡No puede ser su hijo! —protestó Eva. Sin más preámbulos, Rafael dejó un documento sobre la mesita de mármol.

—Los resultados de las pruebas de ADN. ¡Harriet no es hija mi padre!

—Eso es imposible —dijo Gustav—. Hace varios años que sé que él fue el padre de Harriet...

—Pues no es cierto —declaró Harriet—. ¡Valente Cavaliere no era mi padre!

—¿Por qué no le dice la verdad a su hija? —le preguntó Rafael a Eva.

—Creo que me voy a desmayar... —murmuró ella con voz débil.

—Fingir un desmayo no le servirá de nada —repuso Rafael fríamente.

—¿Cómo se atreve a hablarle así a mi mujer? —le espetó Gustav, furioso.

—Me atrevo porque después de que Harriet haya vivido en la ignorancia durante años, su mujer decidió contarle una mentira repugnante e irresponsable. Y se la contó justo cuando Harriet y yo éramos amantes...

Gustav se quedó tan horrorizado por aquella declaración que miró enmudecido a Rafael y luego a su mujer.

—Eva... ¿es posible que estuvieras equivocada?

—Es más que posible —continuó Rafael—. Mi padre no pisó Irlanda durante los cinco años siguientes al nacimiento de Harriet. Dudo mucho que alguna vez conociera a su mujer.

Eva rompió a llorar.

—¿Era mentira? —la presionó Gustav. Eva se apartó de él y lloró con más fuerza. Gustav se puso rojo y salió de la habitación.

—Mamá... —murmuró Harriet, angustiada por aquella escena. Odiaba ver cómo su madre mostraba su fragilidad delante de Rafael—. Por favor, dime si Robert Tolly es mi padre.

Su madre levantó la cabeza bruscamente y la miró horrorizada.

—¿Cómo sabes qué...?

—De modo que lo es —la interrumpió Harriet duramente.

—No tienes mucho futuro como interrogadora, Harriet —dijo Rafael.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó Harriet a su madre.

—¡Porque le conté esa mentira a Gustav antes de casarnos y luego no podía cambiar mi versión! Tienes razón... Nunca conocí a Valente Cavaliere. Pero lo oí todo sobre él en Ballyflynn. Era lo más emocionante que le había pasado nunca a esa miseria de pueblo —declaró Eva, desafiante—. Dije que él era el padre de Harriet porque era rico e importante, y Gustav se quedó impresionado con eso.

—¿Por qué no podías decirle a Gustav la verdad?

—¿De verdad piensas que iba a confesarle a mi futuro marido que una vez me quedé embarazada del hombre que se había casado con mi mejor amiga?

—Entiendo que eso habría hecho que se lo pensara dos veces antes de casarse —murmuró Rafael, totalmente inexpresivo.

Una inesperada carcajada escapó de los labios de Eva.

—Mi respeto por Harriet aumenta por momentos. ¿Es usted tan rico como dicen los periódicos?

—Madre, por favor... —le suplicó Harriet, estremeciéndose al ver la codiciosa mirada de Eva—. ¿Puedo preguntarte qué pasó entre Robert Tolly y tú?

—Nada que merezca la pena contar. Creía que lo amaba —dijo Eva con expresión amarga—. Pero él me dio falsas esperanzas. Nunca tuvo intención de dejar a Sheila, cuya familia tenía dinero. Yo no tenía nada que ofrecerle. Cuando me quedé embarazada, le entró el pánico. ¿Quién te crees que me pagó el billete para subir a aquel ferry? Tu maravilloso padre. También me dio un poco de dinero para un aborto. Pero entonces conocí a Will Carmichael y decidí casarme.

Harriet se había puesto pálida. Rafael la rodeó con un brazo, mencionó algo sobre una cita urgente y la sacó rápidamente del apartamento.

—¿Crees que Gustav perdonará a Eva por haberle mentado? —le preguntó Harriet mientras subían a bordo del avión con destino a Manda.

—Diría que tu madre es más que capaz de convencerlo. ¿Estás pensando en hablar con Robert Tolly?

—No lo creo. Pero apuesto a que su padre le dirá que lo sé todo. A Tolly le gustaría hacerse la prueba del ADN, y no hay duda de que los resultados confirmarán su palabra. Puedo vivir sin el interés de mi padre, y hay que tener en cuenta los sentimientos de su mujer. Tal vez algún día ella lo reconsidere y acabe aceptándome —Harriet se tapó un bostezo con la mano—. Lo siento. Creo que nunca he estado tan cansada.

Rafael tuvo que sacudirla para que despertara cuando aterrizaron en Kerry. Caía una ligera llovizna y la neblina cubría las colinas mientras conducían de vuelta a Ballyflynn.

—Voy a llevarte a Flynn Court —dijo Rafael—. Tenemos un par de cosas que aclarar.

Los nervios invadieron a Harriet. Por alguna razón sintió que tenía que decir algo para llenar el silencio, y se puso a hablar sobre sus planes para el huerto mientras el Range Rover se detenía junto a la mansión georgiana.

—Debo de estar aburriéndote soberanamente —murmuró ella cuando entraron.

—Tú nunca me aburres. Pero ahora me toca hablar a mí.

Antes de que pudiera empezar, Peanut y Sansón salieron a recibirlos.

—Dios mío... ¿qué están haciendo aquí? Parece que se sienten como en casa —dijo Harriet con preocupación—. Espero que no te importe.

—Pues claro que no me importa. Veo a Albert todos los días —su expresión se suavizó al mirar el rostro ansioso de Harriet—. Quiero entregarte mi mitad del negocio. Te la mereces...

—No, yo no... No seas ridículo. ¡Si dejamos de ser socios, no tendré ninguna excusa para verte! —exclamó sin pensar. Entonces se dio cuenta de lo que había dicho y se llevó una mano a la boca—. Ups...

—Pero ¿desde cuándo necesitas una excusa para verme?

—Ya no sé dónde estoy contigo.

—¿Sigues enamorada de Luke?

—Cielos... ¿cómo puedes preguntarme eso? ¡Le eché a patadas de mi vida! —le recordó con orgullo.

—Eso no significa que no lo sigas queriendo. He estado obsesionado con Luke desde que te conozco.

—¿Cómo?

—Cuando te conocí estabas enamorada de él, y todo lo que querías conmigo era una aventura... ¡tú, picara desvergonzada!

A Harriet se le encendió el rostro.

—Sólo lo pensé. No tenía intención de...

—Y no querías que te fotografiaran conmigo en Leopardstown.

—Ya te expliqué por qué no...

—Pero no me convenció. Y cuando estabas en mis brazos y me llamaste Luke, destruiste toda la seguridad que tenía la relación.

Harriet puso una mueca de dolor a recordarlo.

—Aquél fue el peor error de todos. Sé que fue horrible, pero sigo sin saber cómo pudo suceder...

—Pero sucedió, y me hiciste creer que estabas conmigo por despecho. Luego me dijiste en Italia que no estaba hecho para casarme, lo que cual volvió a llevarme a sacar desafortunadas comparaciones.

—Oh, eso lo tuviste bien merecido —declaró ella con los ojos brillantes—. Te empeñaste en dejar muy claro que nunca pensabas casarte, así que ¿qué esperabas?

Rafael soltó un gruñido.

—Aún no me has dicho lo que sientes por Luke.

Harriet se enfrentó a la impaciente mirada de sus espectaculares ojos dorados.

—Dejé de amar a Luke desde que me enamoré de ti.

Rafael pareció quedarse atónito.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que todo empezó la noche de la hoguera... aunque nunca se me hubiera ocurrido pensar que...

—¿Me amas? —la interrumpió él con una radiante sonrisa. Sin darle tiempo a responder, tiró de ella y la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin aire—. Mi idea era declararme en el vuelo a casa. Tenía el champán preparado y el anillo, pero te quedaste dormida... ¿cómo es posible?

—¿Ibas a declararte? Dios mío... ¿Por qué no me despertaste? —le reprochó.

Él se echó a reír.

—Estoy locamente enamorado de ti, *a mhillis*.

—Pero dijiste que no estás hecho para amar...

—Hasta que te vi corriendo por el césped con aquel pijama de flores. Nunca he sentido nada igual con nadie. Contigo todo es especial... Y lo de Italia fue mágico... No quería que se acabara —la miró con intensidad y ternura—. Pero no supe que estaba enamorado de ti hasta que pensé que ya no podría tenerte nunca más.

—La mentira de Eva... lo de ser hermanos...

—Creí que iba a volverme loco. Nunca me había sentido tan vacío. Ni siquiera podía confiar en mí mismo cuando estaba cerca de ti. Fue entonces cuando me di cuenta de que te amaba.

—Y buscaste refugio en la bebida. No vuelvas a hacer eso nunca más.

—¿Hay algún defecto mío que no sepas?

—Sé que amas, y sé que te amo y... ¡Enséñame ese anillo!

Era un diamante espléndido. Mientras Harriet contemplaba maravillada cómo lucía en su dedo, Rafael le sugirió que celebraran la boda en Flynn Court.

—¿Antes de que empiece la temporada de las carreras? Bien pensado —corroboró ella—. Una se pondrá loca de contenta. A propósito, si empieza a asistir a un colegio por los alrededores, a su hermana tal vez le resulte difícil tener a una adolescente en su pequeña casa siete días a la semana.

—Ése era un asunto que me preocupaba.

—¿Crees que Una podría venirse a vivir con nosotros?

Rafael la miró con el rostro tenso.

—¿No te importaría?

—No. Me siento muy unida a ella.

—¿Cómo puedo cargarte con esa responsabilidad cuando estemos casados?

—Es mi elección.

—Desde luego, no me he equivocado contigo —dijo él, mirándola con una sonrisa maliciosa—. ¿Significa esto que voy a tener siempre mis camisas recogidas?

Ella se puso de puntillas, con un brillo de picardía ardiendo en sus ojos azules, y le susurró al oído.

—¡Ni lo sueñes!

Sintiéndose como una princesa en su traje de novia, Harriet daba vueltas frente al espejo de cuerpo entero. El vestido sin mangas tenía una cintura vasca que resultaba muy favorecedora, y la seda estaba revestida de tul bordado con cuentas de cristal que reflejaban la luz. La herradura de oro de esmeraldas y diamantes estaba agarrada a la diadema dorada que sujetaba el velo, donde lucía maravillosamente.

—Me siento tan orgulloso de ti que podría echar a volar —le confesó Tolly mientras escoltaba a su nieta al interior de la iglesia engalanada con flores.

Iba rodeada por sus damas de honor, Alice y Una, y por Emily, la hija pequeña de Will y Nicola Carmichael. Miró de reojo la expresión ansiosa de Alice y le dio un apretón en la mano. Apreciaba el esfuerzo que había hecho su hermana para ser su dama de honor a pesar de tener el corazón destrozado.

— Ahora sí que me has hecho enfadar de verdad al quedarte con un millonario — había admitido Alice, riendo y llorando a la vez, cuando la boda se estaba preparando —. No me extraña que no quisieras volver con Luke.

Con una cálida expresión de afecto, Una le apartó una brizna de hierba de la cola del vestido y se la estiró posesivamente. Claramente consciente del malhumor de Alice, había decidido hacerse cargo. La pequeña Emily estaba muy erguida, chupándose el pulgar y aferrada a la mano de Harriet.

Al recorrer el pasillo de la iglesia del brazo de Tolly, Will y Nicola le sonrieron y Boyce le hizo un guiño. Eva, con su esbelta mano posada en la manga de Gustav, contemplaba a su hija rebosante de satisfacción. La boda de su hija con el millonario propietario de Flynn Court la había convencido para volver a Ballyflynn de visita.

Harriet, sin embargo, sólo tenía ojos para el hombre que la esperaba junto al altar. Una exquisita imagen de San Judas, el santo patrón de las causas perdidas, embellecía la capilla.

— Eres la viva imagen del sueño que siempre he tenido —le murmuró Rafael, y el corazón de Harriet se colmó de felicidad.

Para cuando los fotógrafos se apostaron a la entrada de la iglesia, Alice parecía haberse recuperado de su desánimo. El padrino de Rafael, Stephanos, el guapo heredero de un imperio comercial griego, estaba haciendo un gran esfuerzo por agradarle. Nunca un corazón destrozado había relucido con más fuerza, pensó Harriet con regocijo. Y Boyce, ocupado en reformar su casa de Slieveross, estaba hablando con Fergal.

Dos caballos blancos tiraban de la elegante carroza que llevaría a Rafael y a Harriet de la iglesia a la finca. Una horda de fotógrafos se afanaban en plasmar el evento. El banquete, que tendría lugar en Flynn Court, prometía ser la mayor fiesta que Ballyflynn hubiera conocido.

Al día siguiente la pareja de recién casados saldría para su luna de miel en el Caribe. Harriet devolvió el anillo de compromiso a su posición original, junto al nuevo anillo de boda, y recordó cuando había pensado en encerrar a Rafael en una habitación cargado de cadenas. Nunca había imaginado que no serían cadenas sino anillos lo que la atarían por siempre a ella.

— ¿Adónde vamos? —preguntó, al darse cuenta de que la carroza se había desviado de la ruta directa a casa.

— Ya lo verás.

El cochero detuvo los caballos donde el camino se estrechaba para internarse en el bosque de robles. Rafael salió de la carroza y ayudó a bajar a Harriet, que contempló asombrada la alfombra roja que había sido extendida sobre el sendero.

— ¿Estoy soñando?

Sonriendo, Rafael la llevó al corazón del bosque, donde el roble, el fresno y el cerezo crecían juntos. Harriet le aferró fuertemente la mano. Era un momento de felicidad tan absoluta, que la belleza del paisaje hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Este es el lugar que siempre me recordará a ti —le confesó Rafael—. Es especial...

—Sí —susurró ella—. Muy especial. Él la miró intensamente y ella sintió que el corazón se le aceleraba.

—Te he traído aquí para decirte que te quiero como nunca creí que podría querer a una mujer, *a mhilis*. Y que tengo intención de ser el mejor marido y el mejor padre que pueda haber...

—¿Padre? —repitió ella sorprendida. Las orgullosas mejillas de Rafael se ruborizaron ligeramente.

—Espero que pueda serlo algún día.

Harriet lo miró a los ojos, henchida de felicidad.

—No sabía que estuvieras preparado para tener niños.

—Ni yo tampoco —admitió él con un suspiro, estrechándola entre sus brazos—. Las hadas han tenido la última palabra. Estás acabando con mi imagen de mujeriego.

El brillo de sus hermosos ojos hizo que Harriet creyera en la magia.

—Te quiero con todo mi corazón —le dijo con voz suave, y entonces él la besó.

Y siguieron besándose en silencio... hasta que recordaron el gran número de invitados que los esperaban en su futuro hogar.

*Fin.*